Enrique Llamas

LO NUESTRO

AdN

Enrique Llamas

LO NUESTRO

AdN Alianza de Novelas

Enrique
Llamas

LO NUESTRO

AdN Alianza de Novelas

A Mercedes Castro.

Porque cuando llega, cambia el viento

Cuando se supo que los Juegos Olímpicos de Barcelona podían convertirse en el penúltimo intento de este milenio de desestabilizar lo poco, lo muy poco que hay estabilizado, se decidió no realizar los Juegos, sino diseñarlos.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Sabotaje olímpico*

—Es una terrible aventura ser niño —dijo ella.
—De acuerdo. Y dejar de serlo. Y ser hombre o mujer. Y dejar de ser algo para convertirse en aquello que nadie ha explicado cómo está hecho. Esa es la más terrible de las aventuras.

CARMEN KURTZ*, Al lado del hombre*

El joven príncipe hace su entrada.

Encabeza la comitiva final, la más esperada. Conlleva cierta sorpresa que sea el heredero quien vaya delante, quien porte la bandera de la nación. Una sorpresa entusiasta, una sorpresa que hace que a los presentes les crezca el pecho. Que se les contagie la sonrisa, la luz que irradia el heredero al trono. Tenía que ser él. No podía ser otro excepto él. Resulta evidente, natural, que sea él. Qué manera de medrar el orgullo de quien lo ve. Con su entrada, con su saludo, el hijo del rey parece consumar en ese momento el viaje —a veces lento, vertiginoso otras, pero siempre hacia adelante— que durante los últimos años ha acelerado a la nación hasta situarla a la altura de Occidente. Con su entrada demuestra no solo eso, sino que el futuro ha llegado. Lo corroboran los vítores, el vivaz revoloteo de los colores de la bandera allá donde se mire. Es él, y no la vanguardia teatral que hace unos momentos llenaba el campo, el verdadero regalo.

El séquito del heredero lo configuran los hombres y mujeres más preparados, más elásticos, más rápidos, más fuertes, más constantes y más jóvenes. No podía ser de otra manera, porque el joven príncipe también está entre ellos. Los más elásticos, rápidos, fuertes y constantes. Los más jóvenes.

Son solo unos minutos, pocos, y sin embargo suficientes: quedan grabados para siempre en la retina de quien es incluso demasiado pequeño como para llegar a entenderlo. La alegría es ensordecedora. Un zepelín corona el aire. El país termina en ese instante con todos sus complejos, esos que en los últimos años se han ido extinguiendo a base de trabajo y avances en ocasiones dolorosos. Todo lo justifica este momento. Se certifica que cualquier medida ha sido buena, acertada, porque —ahora sí— hemos pasado de escalar puestos a ser, en esta tarde de verano, el centro mismo del mundo.

El aire caliente, húmedo, llega a todos los rincones del planeta. El príncipe encarna la tradición y la modernidad, los valores de humanidad, de superación, de esfuerzo y resultado que hermanan a todos los deportes.

Gloria.

Arriba, las manos de los asistentes del palco de honor abrasan de tanto aplaudir. Pero se les olvida la quemazón; la imagen del joven príncipe diseña el milagro. Y aplauden más. Aplauden ahora a rabiar. Se levantan ante el grito de entusiasmo general porque ellos han

demostrado que en esta nación, y en la nación que engloba a esta nación, son capaces de saltar por encima de las diferencias ideológicas, de las históricas, de los recuerdos dolorosos. Todo para traer el futuro ante los ojos del mundo.

Dulzura.

En el palco presidencial las sonrisas les desbordan las caras. Ellos son los responsables del avance. De la modernidad. De ser el centro del mundo. La popularidad de la que gozan solo la habían imaginado en sueños. Allí están don Juan Carlos de Borbón, doña Sofía de Grecia, Felipe González, Jordi Pujol, Pasqual Maragall, Juan Antonio Samaranch… No evitan saludar. Saben que el foco también está sobre ellos.

Esperanza nuestra.

La esperanza nuestra, piensan en el palco, está resuelta. Los demás, los de abajo, los que solo aplauden y no saludan, creen que ya está hecho, que este es el fin de la historia de España, que todo está logrado. Es esta muchedumbre la que, aunque no lo sepa, tendrá que buscar otras esperanzas cuando acabe la bonanza en los salones de sus casas, en las televisiones de los bares donde celebran que hoy se consagra un nuevo modelo de país. Desde el palco piensan que allí abajo hay unas expectativas ya cumplidas. Pero no es nuestra esperanza, barruntan, es la suya y ya caducará.

Y quizá pensaran eso arriba, desde el palco, hinchados de orgullo como pavos. O eso creemos ahora, años después, que pensaron.

Pero no adelantemos acontecimientos. Todos somos buenos videntes del pasado: sabemos que los símbolos, que los colores de las banderas, pueden terminar volviéndose contra los héroes con solo descolocar el orden de sus franjas. Y en aquel momento, allá arriba, los del palco no podían predecir su destino. Al igual que en el campo, sobre la hierba, tampoco lo habían sabido los personajes que, articulados por actores, calculaban al milímetro sus movimientos.

De momento, bajamos con el pueblo: «Un solo clamor, un solo aplauso. Gran recibimiento para España». Lo dicen en la locución de la televisión pública. Y en eso estamos. También dicen: «Si este es el principio, qué será el final».

Pero de momento, insisto, estamos aquí, con la gente. Con lo que ven. Ya ha anochecido, pero es más de día que nunca. El grana y el oro brillan. El príncipe heredero porta la bandera y sonríe.

Arriba, sus hermanas aplauden también, inmaculadas y jóvenes.

La mayor llora emocionada.

Polo

… y sin embargo me extraña el movimiento de mi muñeca, que, como si ella sí supiera lo que está pasando, vulnera la costumbre. Gira dos veces antes de detenerse y accionar el «clic» que abre el pestillo. Percibo una extrañeza, pero tardo en identificarla con la doble vuelta de llave, que es habitualmente innecesaria. El clima del rellano —frío— alcanza una extraña tibieza que contrasta con el calor que cae a plomo en la calle. Aun así, a los pocos segundos se revela también viciado, insoportable. Al menos es seco. No tiene la textura pegajosa, casi dulce, del ambiente que me ha rodeado durante estas últimas dos semanas. Cuando yo estaba en el centro del mundo.

Fue a finales de julio, en un avión de apariencia similar o probablemente el mismo que hace apenas una hora me ha aterrizado en Barajas, cuando llegamos a Barcelona. Miguel, que en rara ocasión había salido de Madrid, estaba agitado y no se molestaba en disimularlo. Hoy, tras dos semanas de convivencia estrechísima, todavía no me acaba de confesar que aquel de hace quince días fue su primer vuelo.

Apenas desembarcamos, él vio en la pista de El Prat un cartel inequívoco, adornado con los cinco aros. Sus señales nos invitaban a desviarnos del recorrido trazado para el resto de pasajeros, demasiado ocupados recogiendo sus equipajes de mano y sus sombreros de ala ancha.

—Disculpe, señorita azafata… —el que preguntaba era un hombre no tan mayor como parecía—, la familia olímpica, ¿también sigue ese cartel?

Llevaba varios cortes, paralelos, en las mejillas. Los de aquellos que no están acostumbrados a afeitarse. Yo metí la libreta en la mochila, guardé los papeles de la marca de pasta y enderecé mi espalda. Continué bajando las escaleras. Abajo, Miguel, impaciente, me indicaba con la mano derecha que le siguiera. Con la izquierda no dejaba de señalar el cartel con los aros de colores. Abultaba más la cámara que él. En Madrid había montado una escena antes de embarcar para que no nos la facturasen y poder llevarla encima.

Al poner un pie en el suelo fui consciente de la bofetada húmeda y empalagosa del calor de Barcelona.

No era un calor hostil como lo es esta doble vuelta de llave tan extraña, tan fuera de lugar. Inquisitorial. Parece preguntarme: «¿Quién eres tú?». Como si mi casa fuera la gruta de Alí Babá y yo un ladrón. Con esta pregunta, y con los dos giros de mi muñeca, reparo en que nunca cerramos la puerta con llave. Ni siquiera durante los meses en

los que pasaban farlopa en el piso de al lado, y eso que por el rellano pasó lo mejor del barrio.

Entro en casa y me extraña que Jaime no me haya hecho llegar a Barcelona recado alguno de que no estaría aquí a mi llegada. Espero que no tarde en venir, porque, si no, voy a empezar a dar cuenta de las cervezas que acabo de comprar en el Simago. Aunque escucho un silencio extraño, poco dado a frecuentar nuestro piso, no lo puedo evitar y grito:

—¡Jaime!

Nadie contesta, claro, y niego con la cabeza por haber tenido esta reacción cotidiana que en este momento me resulta absurda.

Es justo ahora, al levantar la cabeza, cuando soy consciente de la extrañeza que, en forma de olor a Mr. Proper y Cristasol, empieza a entrar por las aletas de mi nariz. Avanzo por el pasillo oscuro. Las persianas están bajadas casi del todo para frenar el calor de agosto. Llego al salón y me siento extraño, fuera de lugar. Como si mi presencia pudiera ensuciar, desordenar algo. Como si yo ya no viviera aquí. Parece el salón de unos supuestos inquilinos del futuro. Unos inquilinos que trabajan el olor a pulcritud y que cubren cuidadosamente el viejo sofá con su funda para luego alinearlo en perfecta simetría con la mesita baja, que en una esquina exhibe revistas perfectamente colocadas dejando espacio para las que irán llegando. Es curioso, ordenadas parecen menos, pienso. Y qué extraño es todo. Vuelvo la vista a las paredes, allí están los pósteres de Nirvana, de Courtney Love. Sí, ellos demuestran que esta es mi casa. Continúa siendo mi casa. No hay inquilinos del futuro. Incluso la Sega está en su sitio. Este es el piso en el que desde hace años vivimos yo y Jaime.

Cierro los ojos extrañado y dejo en el suelo la bolsa de viaje. Me la regalaron en Banesto cuando abrí la cuenta y domicilié allí la nómina. Me concentro, buscando con los oídos el goteo rítmico, acompasado, del grifo de la cocina. No oigo nada. Apenas el suave murmullo de la nevera. Inquieto, giro y me dirijo, como en la casa de un extraño, hacia la cocina. Me doy cuenta de que las suelas de mis zapatillas chirrían contra el brillo inusual del parqué. Si la algarabía lo hubiera permitido, hubiera oído ese mismo chirrido en el aeropuerto del Prat a finales de julio, hace apenas dos semanas.

—Ah, pues mira qué bien indicado lo tienen todo.

Los que llegábamos a trabajar cruzábamos el aeropuerto de forma ordenada, a través de los pasillos delimitados para nosotros. A nuestro lado los turistas se mezclaban con alboroto. Llevaban cámaras colgadas del cuello, camisetas amplias, de colores, pantalones

vaqueros claros y anchos, de tiro alto y, por lo general, cortos. Griterío de mil idiomas. La parte del suelo marcada para nosotros estaba llena de flechas e indicaciones en varios idiomas. Éramos menos que los turistas y avanzábamos más confiados. Privilegiados entre los privilegiados. A mi lado, un señor de pelo blanco y cara rosada, con gran bigote y corbata ancha con prendedor, que no soltaba un cigarro de entre sus dedos, exclamó:

—*Oh! It's easy, Seoul was a mess!*

El olor a preparativo ya desplegado se mezclaba con la sal que muchos percibíamos en el aire. Había alegría, ruido, sensación de fortuna. Al contrario de lo que solía suceder, el personal del aeropuerto saludaba a los extranjeros con un «¡Hola!» amplio y brillante. Los aterrizados contestaban con sus mil acentos. Un cosquilleo lo invadía todo.

—Joder, Miguelito —dije casi sin pensar—, estamos en el puto centro del mundo y resulta que en el puto centro del mundo se saluda en español.

—¿Qué dices?

Elevé el tono.

—¡Que estamos en el puto centro del mundo!

El espectáculo que tenía delante me impedía mirar a Miguel. La vista se me perdía entre los mil colores de las banderas. No quería que se me escapara ni una sola de aquellas franjas que lo saturaban todo.

Si viera esto Jaime, pensé, empezaría a birlarles banderas a los guiris. O a comprar mil imanes de recuerdo para colocarlos en la nevera. La nevera la noto extraña, por cierto, ahora que entro en la cocina. Parado en el quicio de la puerta, tardo unos segundos en darme cuenta de dónde viene esa extraña vaciedad. Hay una asepsia en bruto. La misma que se contempla en un piso limpio y pulido hasta la extenuación, a punto de ser estrenado. Vuelvo a recordar los miles de imanes que he visto las dos últimas semanas. No compré ninguno porque apenas un par de los más pequeños cabrían en la puerta del frigo. Es gracias a ellos, al revoltijo de sus colores, como caigo en la cuenta del origen del vacío en la cocina. La nevera brilla inmaculada. Faltan los imanes. Su ausencia es más notoria de lo que había sido su presencia. En el centro de su blancura destaca tan solo una fotografía en la que salimos yo y Jaime, hecha hace un par de años en un pueblo de Valencia. Volvíamos a dormir al coche tras pasar parte de la mañana bailando bakalao. Esa imagen está sujeta con un imán pequeño, redondo, que conserva restos del yeso del adorno que lucía en otros tiempos.

—Joder, tío, ¿han entrado a robar o qué?

Otra vez no puedo evitar hablar en alto. Solo. La persiana protege a la cocina de la claridad exterior excesiva, dañina. Voy a mi habitación y me fijo en que incluso la bandera de mi Atleti parece estar planchada, en consonancia con el extraño silencio, rimando con la luz que entra en diagonal a través de las rendijas de la persiana. Ni siquiera hay polvo en el aire. Tampoco parecía haberlo en Barcelona, era imposible con semejante ir y venir de banderas, de luz, de sonidos. La claridad del aire resplandecía y nosotros éramos inmunes al vacío, porque no existía. Habíamos salido del aeropuerto casi sin darnos cuenta, siguiendo las indicaciones. Teníamos ya delante un autobús nuevo, que brillaba.

—¿Sois de Televisión Española? El autobús que hay allí os dejará directamente y sin paradas en la Villa Olímpica.

Un voluntario adolescente, con el bozo mal afeitado, nos sonreía. Parecía nervioso.

—Nosotros… —cierto sonrojo en mi voz porque no entraríamos en ningún estadio, y yo quería ocultar mi rubor— somos de la privada. Pero sí, nos alojamos en la Villa Olímpica.

—Pues id a ese autobús y preguntadle a ella.

Nos señaló a una chica con polo blanco, banderita de España bordada industrialmente en el pecho, bajo los aros olímpicos. Llevaba bermudas anchas, blancas también, y una cinta en la frente que me recordó a aquella chica que era el objetivo único de nuestro viaje.

—¡Hola! *Welcome to Barcelona!*

A mí me hubiera encantado seguir un poco más con el equívoco. Fingir el acento cerrado de, por ejemplo, la Federación Estadounidense de Vela, y contestar con un *thank you* altisonante. Iba ya a abrir la boca cuando Miguel se me adelantó:

—¡No! ¡Nosotros somos de aquí! Bueno, venimos de Madrid…

Chasqueé los labios con fastidio. ¿Por qué dos españoles no íbamos a parecer estadounidenses? Al fin y al cabo, éramos de Madrid. Solo nos faltaban pañoletas con barras y estrellas. O bandera alguna, vaya.

—¡Bienvenidos a Barcelona, entonces! —La chica no soltaba la sonrisa, aunque en los extremos de sus labios se podía leer cierta decepción.

Cuando subimos tocamos la tapicería nueva de los asientos. Reinaba el olor de los coches recién comprados. Casi mareaba. Dejé caer un poco más sonadamente de lo debido mi mano sobre la nuca de Miguel.

—¿Qué haces, tío?

—Eres un panoli, joder. ¿No ves que yo me quería hacer pasar por guiri y preguntarle a la piba esta *where is…?* —Y callé, claro, porque

me di cuenta de que no sabía decir ni siquiera «Villa Olímpica» en inglés.

—*Where is* ¿qué? Se nos ve que somos españoles en la cara. La próxima te la devuelvo, tolay, que eres un tolay.

—No te pongas así, Miguelito, que era una colleja cariñosa. Es que la azafata está buena que te cagas. Por cierto, ¿no tendrás agua? Hace un calor…

Agua. Abro la nevera porque tengo sed. Agarro con cuidado el tirador de la puerta porque está roto desde hace años. Al asirlo me doy cuenta de que el asa ha sido fijada. Alguien la ha arreglado. La luz amarilla y un aire frío me golpean la cara. No hay nada. Está completamente vacía. Solo una botella de plástico que me mira solitaria, reutilizada, en la repisa interior de la puerta. No está fría, debe de haberla metido Jaime no hace mucho. Bebo a morro. No es hasta que bajo la vista cuando veo, en la parte de la encimera que linda con el frigo, un papel claramente arrancado de una libreta.

Vuelvo enseguida.
No hagas planes hoy.

¿Qué hostias dice este?, pienso. El muy cabrón irá mal de pasta y todavía querrá que le invite a comer por haber limpiado el piso. Cierro la puerta de la nevera y clausuro el frío que alivia esta sequedad de agosto. Escucho. Soy capaz de reconocer con certeza esta forma particular que tiene el ascensor al detenerse en nuestro rellano cuando el que sube es Jaime. Me lo corrobora ahora el ruido seco de las pisadas que anticipan su entrada en nuestra casa. Junto con la pulcritud del piso y esta tristeza de su imán solitario y roto, la nevera me dice que algo raro pasa. Oigo a Jaime resoplar en el rellano, enredarse sus piernas con el sonido leve y crujiente de un par de bolsas de plástico del súper.

Escucho la llave entrando en la cerradura, quebrando el silencio. La televisión está aquí y me mira inerte, apagada, presidiendo con mano dura la pulcritud del salón. Una perfecta quietud estival en el patio de luces, todas las persianas bajadas. Las vecinas, ausentes, y las pocas que quedan, tranquilas, silenciosas. Apenas un giro breve, no llega a una vuelta. Se oye un pequeño «chas»:

—Hombreee, ha vuelto el olímpico —oigo desde la cocina, mientras mis ojos reparan de nuevo en ese silencio extraño, en el orden que carece de signos de vida.

—¡Joder, qué bullicio, qué de peña! —Miguel no soltaba la cámara y miraba por la ventanilla del autobús, que tardó en arrancar lo que tardamos en sentarnos—. ¡Qué de vida, tío!

Yo miraba, entusiasmado, por encima de su hombro. Dejábamos atrás el aeropuerto. El autobús parecía arrastrar consigo una cola de alegría, como los adornos de un coche nupcial. Cierto sentimiento de altivez llenaba el aire.

Avanzábamos deprisa, las carreteras tenían señalizado un carril olímpico, para que circuláramos todos los trabajadores de los Juegos. Nos sentíamos privilegiados. Lo éramos. La chica que estaba en la puerta del autobús ahora recorría su pasillo saludando a los pasajeros. Decía «¡Hola!» a todo el mundo, para luego chapurrear en francés o en inglés cuatro frases que no alcanzábamos a entender. Avanzaba inestable, sin apenas agarrarse a nada. Pronto llegó a nuestra altura.

—¡Hola otra vez! Bueno, a vosotros os puedo hablar en español, ¿no? —reía, y el cambio en el tono de voz permitía ver su entusiasmo relajado, como si al situarse a nuestra altura dejara de hacer su trabajo —. ¿Cómo es que habéis llegado ahora? Vuestros compañeros lo hicieron esta mañana, más temprano.

—Ah, ¿sí? —Miguel, una vez más, me tomaba la delantera—, pues nos dijeron que llegaban por la tarde.

—¡Uy, qué va! —La chica no perdía la sonrisa, encantada de saber más que nosotros—. Vinieron casi a primera hora, solo los de la tele ya llenaron un autobús entero.

Yo me daba cuenta del error. Perfectamente. No, nosotros no pertenecíamos a ese autobús. Nuestro cometido era más pequeño, sí. Pero yo tenía que hacer ver que era infinitamente más importante. Esta vez fui yo quien se adelantó:

—No, no —sonreí y me erguí, tapando a Miguel—, ellos eran de Televisión Española. Nosotros somos de la privada.

—¡Anda! ¿Y solo venís vosotros dos?

—Los demás vienen más tarde. Además, nosotros somos más listos.

—Y más chulos… Cómo sois los de Madrid… ¿Y por qué sois más listos, a ver?

—Pues porque los dos somos cámaras y redactores a la vez. Porque hacemos de todo. Polivalentes.

Mientras Miguel continuaba torpemente la explicación, ella no apartaba la vista de nosotros. Mi compañero hablaba agarrado a la cámara, como si fuera turista despistado, aunque bien podía parecer que era la cámara la que agarraba su escuálido cuerpo. Yo sostenía la libreta. Aunque ya no tanto, éramos los más jóvenes del autobús. Normal que se interesara por nosotros.

—Hemos venido a hacer algo más especial. —Noté cómo se me agravaba la voz—. No los Juegos en general. Algo más cuidadoso, diferente…, algo más español, más nuestro. Es un encargo de una

empresa privada, además de la televisión para la que trabajamos, claro.

Temía que Miguel me cortara, que restara misterio a mis palabras revelando ya cuál era nuestro trabajo. Sin embargo, calló y me escuchó atento. Como si fuera de mí de quien tuviera que adivinar, él también, qué habíamos ido a hacer allí.

—¿Sí? Algo más nuestro… —Ella se recolocó la cinta de la frente—. Bueno, os dejo, que tengo que darles folletos a todos los que van en el autobús. Dejadme acabar y vuelvo, a ver si mientras tanto consigo adivinar cuál es vuestra misión. Por cierto, tengo que daros esto —nos alargó dos folletos impresos en mil colores— de la Expo de Sevilla y del AVE, el tren que han hecho nuevo. No hace falta que os lo explique, ¿verdad?

—No hace falta nada, monada.

—Pues eso, ahora vengo y me seguís contando.

Y sin dejar de sonreír se giró y volvió a repetir su «¡Hola!» amable y alegre, y cogió dos folletos y se los dio a dos reporteros ingleses y Jaime entra cargado con dos bolsas de la compra y una sonrisa amable que no es nada alegre. Es extraña y predefinida. Completamente distinta a la de Laia, como luego supimos que se llamaba la voluntaria del autobús.

Deja Jaime las bolsas en el suelo y viene a darme ese abrazo masculino. Ese abrazo que apenas junta los cuerpos. Su calor breve se concentra en la palma de la mano abierta, en el golpe seco que cae sobre mi espalda, temeroso de un cariño más amplio. Yo soy incapaz de moverme.

—¿Qué pasa, tronco? ¿Cómo ha ido?

No se detiene. Ni siquiera menciona lo de su hermana. Vuelve a coger las bolsas del suelo y se va a la cocina. Aprecio la forma de dos packs de cerveza, el chasquido de las bolsas de patatas. Apenas he visto su rostro.

—¿Qué pasa?

Lo observo en la cocina, una extraña preocupación me invade, me conquista, toma el control de mi voz sin que pueda hacerla retroceder. No debería resultar extraño tanto orden. Creo que es la ausencia de los imanes lo que más me desasosiega.

—¿Han entrado a robar o qué, Jaimito?

Le conozco desde el primer día de clase de primero de carrera. Nos miramos a la cara nada más entrar en el aula. Él ya estaba sentado. Me llamó la atención por su forma de vestir, sudadera sin marca y pantalones anchos: distinto a todos mis amigos, que, como yo, habían nacido y vivido entre la calle Princesa y avenida de Islas Filipinas. Le

pregunté su nombre en el descanso entre la primera y la segunda clase. Ahora no contesta. Saca las cervezas y mete todas menos dos en la nevera. De un armario saca un bol de plástico que ya estaba en ese piso cuando, hace cinco años, decidimos alquilarlo. Rara vez lo hemos usado.

—¿Para qué sacas el bol?

—Para qué va a ser, tío. Para las patatas.

—¿Desde cuándo hemos puesto nosotros un bol para las patatas?

—Tío, ya ves, se tiene el bol y se usa.

Jaime repara en que yo también había subido una bolsa con cervezas.

—Ahhh, mira, si habías pillado cerveza tú también. Espera, que las meto al frigo. No has hecho planes, ¿verdad? Hoy no los hagas. —Le veo sacar las latas de las bolsas, abrir la nevera—. ¡Joder!

Su queja rompe el ambiente en suspensión de la casa. Aporta cierta normalidad, que me tranquiliza.

—¿Qué pasa?

—Nada, tío, que soy un puto inútil. Me he vuelto a cargar el asa de la nevera. No te ha dado tiempo ni a ver que la había arreglado.

La voluntaria que llevaba una cinta en la cabeza tampoco tuvo tiempo de volver a los asientos donde Miguel y yo la esperábamos. Cuando quisimos percatarnos, estábamos ya prácticamente sumergidos en el olor a nuevo de la Villa Olímpica. Habíamos tardado poco aun teniendo en cuenta que el conductor, que era la primera vez que estaba en Barcelona, se había perdido. Me extrañó que Miguel no quisiera levantarse del asiento, pero el muy zorro esperaba a la chica. Pronto, el autobús se vació del resto de viajeros: periodistas, familia olímpica y trabajadores de todo tipo.

—Venga, Miguelito, levanta, que tenemos que salir.

—¿Y esta prisa que te ha entrado? Oye, que te toca llevar la cámara, eh.

Él había advertido que yo también tenía interés por la muchacha, que volvía un poco sofocada desde la cabecera del autobús.

—Hemos llegado y no me ha dado ni tiempo a que me contarais qué habéis venido a hacer aquí. Ni qué es eso de que otra empresa, además de la vuestra, ha confiado en vosotros para algo muy importante.

Disimulé una sonrisa. El conductor había vuelto a arrancar el motor como señal inequívoca para invitarnos a bajar. Miguel ya se encaminaba hacia la puerta, resignado.

—Pues ya te digo. Nosotros pasamos de la ceremonia de inauguración, del Cobi y de todo eso…

—Jo, me han dicho que la ceremonia de inauguración va a ser una pasada. —A la chica Profidén la interrumpió con un gesto abrupto el conductor; un tipo de gesto despistado y acento andaluz que nos miró con nerviosismo—. ¡Ay! Es verdad… —Sin perder la sonrisa, dio un saltito. Pero esta criatura, ¿será mayor de edad?, pensé—. Nos tenemos que ir. No paran de llegar aviones y tenemos que traer a más gente aquí. A este paso se me van a acabar los folletos. Pero oye, que nos volvemos a ver seguro, y me contáis qué es eso que has venido, bueno, habéis venido a hacer. Yo estoy por aquí todos estos días. Me llamo Laia, por cierto.

Y con la misma gracia con la que antes decía «¡Hola!» a los guiris nos espetó un «¡Adiós!» que aún me duele en los oídos como una bofetada de las que dejan pitido. Aquel «¡Adiós!» nos obligó a bajar al calor denso, húmedo, de Barcelona. Tras nosotros las puertas del autobús se cerraron y, cargados con cámara y maleta, empezamos a buscar el apartamento que se nos había asignado.

—¿Subimos las cosas y nos damos un garbeo o qué, Polo?

Procurábamos que el equipo de vídeo y audio no se golpeara contra nada ni nadie. El bullicio nos envolvía como un papel burbuja. Entraba y salía gente de los comercios, de los Todo a 100 nuevos, recién pintados, situados en los bajos de los también nuevos edificios. No faltaba de nada.

—Bueno, chaval, ¿me vas a contar qué tal esta movida de las Olimpiadas o qué? Joder, no se habla de otra cosa.

—Los Juegos Olímpicos. Las Olimpiadas son los años que van de unos Juegos Olímpicos a otros.

Al contrario que de costumbre, Jaime no chista ante mi corrección. No me llama pedante. Calla. Se dirige hacia el salón seguido del chirrido de mis J'Hayber. Hace malabares con las dos cervezas y el bol, procurando que no se le caigan.

—Hubiera sido más fácil que trajeras las patatas en la bolsa. Como siempre.

Calla de nuevo. Calla más. Abre las dos cervezas. Ese sonido de las Águila-Amstel es lo único que permanece en el aire. Estoy cada vez más inquieto. Yo no soy capaz de beber, pero un atisbo del Jaime al que estoy acostumbrado se deja entrever ahora, porque se está metiendo entre pecho y espalda más de media lata de cerveza. Sin respirar. Se da un golpe en el tórax al acabar y eructa llevándose la mano a la boca. Es la primera vez que le veo eructar así. Con educación.

—Hoy no hagas planes —insiste. Acuso cierto nerviosismo. Junta las manos. Los dedos de la derecha aprietan los de la izquierda. Noto

que está sudando—. Hoy tenemos el día para ti y para mí. Hoy hay farra de la buena.

El silencio. Otra vez. Jaime no me había mirado desde que abrió la puerta de casa. En cambio ahora no quita los ojos de mí.

—¿Qué pasa, tío? ¿Por qué cojones no hay imanes en la nevera?

Titubea un poco. Abre la boca. Está hablando. Me explica.

Tomo aire y grito, grito muy fuerte, mucho rato, grito mientras Jaime se abre otra cerveza, grito mientras oigo cómo mi alarido hace que las vecinas que no se han ido a Denia, a Benidorm, a Marina d'Or, vamos, a lo que son las playas de Madrid, abran las ventanas del patio de luces y miren alarmadas hacia nuestra ventana y pregunten que qué pasa y Jaime se asusta tanto por mi reacción ante su noticia que me tapa la boca pero sigo gritando hasta que se me saltan las lágrimas y me duele la mandíbula porque no entiendo nada.

Pero estoy callado. No reacciono ante su noticia. Las vecinas que no se han ido de Madrid están tranquilas, en sus casas.

Cuando él acaba de hablar, yo sigo sin abrir la boca porque siento que algo se acaba.

Clara

Cuando salió del portal, miró hacia la fachada. A pesar de llevar sus trece años viviendo en el mismo edificio —ella no conoce las mudanzas—, ha sido en los últimos meses cuando ha tomado esa costumbre. Los ladrillos marrones, colocados al tresbolillo, se alternaban impertérritos, monocordes, aburridos, hasta llegar al cuarto piso. Si al menos tuviera la pretensión de ser más alto, pensó Clara.

Aquella noche, sin dejar de caminar, como si a pesar de todo le diera miedo despedirse, continuó mirando las terrazas de las viviendas. Estaban destinadas a dar falsa sensación de amplitud, de confort. Así lo habían anunciado las vallas publicitarias de tantísimos edificios que, como este, continuaban aflorando en las periferias de Madrid. Lo que no habían querido pensar los promotores inmobiliarios era que los interiores de las viviendas resultaban tan escasos como en muchas ocasiones las medidas de planificación familiar. Por eso las terrazas acabarían forradas de aluminio visto sin llegar a prescindir de la barandilla roja. Ganaban así una escasa amplitud para perder una no muy notoria y falsa sensación de amplitud. Y en esto, pero a su manera de adolescente, pensaba Clara cuando miró por última vez cómo los ladrillos se multiplicaban no solo en su edificio, sino en tantos otros que se sucedían impávidos y que miraban desnudos hacia la carretera que corría al ras de las fachadas, entrando con indiferencia en Madrid.

En la mochila había metido lo justo, pilas de repuesto para los cascos, tres bragas limpias, las más sufridas, como decía su madre; dos camisetas, unas bermudas amarillas y anchísimas y una chaqueta deportiva que le regalaron en su último cumpleaños. Había estado meses pidiéndola y la guardaba con celo. Apenas se la había puesto por miedo a perderla o a romperla. Era el mismo modelo que, por televisión, le había visto llevar a Arantxa: Kelme, con la huella de un león bien visible en el lado derecho del pecho. La había observado con tanta atención cuando la vio en la pantalla que se aprendió su diseño de memoria, al igual que se intentan retener los rasgos de una persona querida y anciana antes de que se esfume. Días más tarde, vio una fotografía en una revista y la recortó. El cuello alto, la franja amarilla a la altura del codo, la parte superior de las mangas de color rojo, el resto blanco, con una parte azul, triangular, en los laterales. Se ajustaba a la cadera con un elástico que abombaba la tela. Sus amigas se la habían pedido las pocas veces que se la había puesto. Ella, una niña con un juguete nuevo, no había querido dejársela. Y sin embargo

para ese viaje había decidido llevarla.

Para esa noche también había intentado imitar, con especial esmero, el corte de pelo de aquella chica que se había convertido en el foco de su admiración. Se había echado laca esa madrugada antes de salir de casa, poco a poco, para no despertar a sus padres. Impulso de última hora —¿cómo podía no haberlo pensado antes?— fue meter el bote de Nelly de su madre en la mochila. Zapatillas de repuesto no llevaba, pensó que las suyas, por ser de plástico, serían más o menos impermeables. Menos mal que allí donde iba no llovería. O eso esperaba toda España.

Llegó el autobús. Sacó del bolsillo de su mochila la cantidad justa para pagar el interurbano. La llevaba preparada. Contadas las pesetas con una pulcritud exacta. Después de tres semanas observando por el balcón, había sido capaz de calcular también a qué hora pasaría el autobús por la parada de su casa. Por eso no tuvo que esperar demasiado y el calor de la madrugada no llegó a hacérsele pesado, aunque fuera capaz de notar las oleadas que desprendían el asfalto y el pavimento, que, ante la ausencia de sombra de los árboles, habían estado absorbiendo la temperatura durante las horas del día.

Atrás fueron quedando hileras de edificios idénticos al suyo, todos con sus terrazas de aluminio visto y sus toldos a rayas blancas y verdes, recogidos a aquellas horas para dejar escapar el calor. Atravesaron descampados y rozaron viviendas que sobrevivían pegadas al filo de la autopista. Al fin llegaron a Madrid, al intercambiador de avenida de América. Aquí había fallado el cálculo, pensó. Todavía quedaba una hora larga para que saliera el siguiente autobús que planeaba coger, pero daba igual. Mejor esperar que ir con prisa. Aprovechó para comprobar que el billete que le había comprado de tapadillo la hermana mayor de Tina seguía en su sitio, en un bolsillo interior de la mochila vaquera. Fue también al baño, donde —entre manchas de óxido del espejo y con la certeza de que en los retretes algún drogadicto se calmaba el mono— comprobó su peinado. ¿Era quizás el momento de colocarse la cinta en la cabeza, como hacía Arantxa, para llegar a su destino ya preparada? No. Mejor esperar. Pero sí que se dio dos toques con la laca al pelo.

Llevaba Clara el oído aguzado para escuchar por megafonía el número de la dársena. No era la única. Varios grupos de jóvenes —ninguno lo era tanto como ella— se reunían haciendo cola con la agitadera propia de aquellos a quienes no les ha importado madrugar. Había también otras colas en varias dársenas cercanas, todas con el mismo ambiente. Un conductor exhausto les abrió la puerta y empezaron a subir al autobús. Les rodeaba el aire viciado de los tubos

de escape que se acumulaba en el subterráneo.

—¿No eres tú muy joven?

Clara se encogió de hombros mientras un temor se cruzaba en su interior. Tenía la respuesta preparada, pero no le dio tiempo a contestar. Los que estaban a su espalda para subir en el autobús, impacientes, la empujaban. El conductor, indiferente, no preguntó más. Ella se sentó al lado de una ventanilla y volvió a comprobar que en la mochila todo estaba en el orden esperado. La sudadera impoluta. Qué ganas tenía de ponérsela.

—¡Hola! ¿Te importa que me siente aquí?

Tendría más o menos su edad. Una chica regordeta, con gafas rectangulares de un metal dorado y cierto aire masculino, le estaba pidiendo un lugar en el asiento de al lado. El que daba al pasillo.

—Es que esto se está llenando. Todo el mundo viene con alguien y yo voy sola, ¿tú también vas sola?

Clara asintió. No había contemplado conocer a alguien en el trayecto. Mejor que se sentara aquella chica gordita que no una de esas jóvenes de melena corta y cardada que la acomplejaban con su presencia.

—Sí, siéntate.

Una tímida sonrisa intentó llenar el rostro de la muchacha, que llevaba el pelo recogido con un coletero ancho, historiadísimo. Llevaba una camiseta de Take That.

El motor del autobús no cesaba y se unía al de otros que parecían tener el mismo destino. Poco a poco fue siendo sofocado por los jóvenes que entraban con una algarabía inmensa, cantarina. Clara los observaba maravillada: pantalones vaqueros de tiro alto, camisas y camisetas anchas, metidas por la cintura. El pelo con cortes que resaltaban su volumen. Miró su reloj, parecía Casio, pero era una imitación. Ella misma había rayado días antes el nombre de la falsa marca para que no se viera. A quien le preguntara le diría que era un Casio auténtico, y que se había rozado en una caída. En casa tenía otro nuevo, falso también, pero prefería ese porque tenía el nombre borrado.

Fuera del subterráneo debía de seguir siendo de noche. En su casa todavía no se habrían percatado de su ausencia e, intuía, no lo harían hasta media mañana, cuando llegara la hora en la que su madre la sacaba de la cama sin más contemplaciones.

—¿Tú también vas a ver los Juegos?

No habían arrancado y la otra muchacha ya le volvía a dirigir la palabra. Sin remilgos. Esperaba que no fuera así todo el trayecto. Eran al menos nueve horas de camino.

—Sí, claro, ¿y tú? —devolvió la pregunta para no parecer descortés.

—Claro —y sonrió aún más—, tengo entradas para ver la gimnasia rítmica. Me gusta mucho Carolina Pascual, ¿y a ti?, ¿también te gusta la gimnasia rítmica?

La chica se había entusiasmado sin que Clara le diera pie a ello. Decidió ser cortante. No quería estar nueve horas hablando con una desconocida.

—No.

Su respuesta no fue capaz de borrar la sonrisa de su acompañante, que colocó las palmas de las manos sobre las rodillas, dispuesta a esperar como si el viaje fuera un simple paseo. A los pocos minutos, pero con cierto retraso, Clara vio como las puertas del autobús se cerraban. Se había sentado justo a la altura de la puerta de atrás, un lugar que ella consideraba privilegiado, cerca de los últimos asientos. Fue entonces cuando pudo comprobar el olor a polvo de las tapicerías. Tintadas en un degradado de colores antaño más vivos, habían ido perdiendo fuste y vivacidad. Estaban llenas de las quemaduras redondas que dejan las colillas. Los ceniceros incrustados en el respaldo del asiento delantero habían sido vaciados, pero apestaban a ceniza. La persona que tenía delante reclinó el asiento, rozando las rodillas de Clara. Ella intentó hacer lo mismo. Fue incapaz.

—¡Deja que te ayude!

Su compañera de asiento no tuvo problema en inclinarse sobre ella y poner su peso sobre las piernas de Clara. Alargó el brazo para manipular la palanca que reclinaba el respaldo. Jadeaba.

—Lo siento. No puedo. Creo que está atascada. Las palancas de los asientos del autobús de mi colegio funcionan perfectamente… Oye, y tú, ¿a qué colegio vas? Yo al Estudio.

Se lo temía. Ese tipo de chicas siempre sacaban a relucir el nombre de colegio privado como un escudo de armas. El de Clara tenía un nombre corriente, seguro que repetido en otras ciudades. La EGB era igual en todos los centros, o eso le oía repetir a su padre, aunque ella nunca se lo había creído.

—Yo es que al colegio voy andando.

Y zanjó la conversación. Su madre le hubiera dicho que era una maleducada. «Y lo peor es que a la que llamarán maleducada es a mí». Le parecía oírla.

Amanecía ya. La carretera empezaba a deslizarse a través de las ventanillas. Madrid quedaba atrás por primera vez en mucho tiempo. Durante el año apenas recorría un par de veces la distancia que les separaba de Cartagena, y la velocidad siempre constituía para ella

algo a estrenar.

Temía que su compañera le volviera a abordar con su conversación en cualquier momento, así que abrió uno de los bolsillos exteriores de su mochila y sacó el casete con las canciones de Mecano que había ido grabando de la radio. Muchas estaban repetidas, pero daba igual. Aquel verano el grupo estaba de gira. Enchufó los cascos y se concentró en la música. Mientras comprobaba de nuevo su peinado en el reflejo de la ventana, volvió a acordarse del propósito de su viaje: «Qué suerte tiene —pensaba—. Arantxa conoce a Ana Torroja y a José Cano; fueron a su cumpleaños, cuando hizo dieciocho años».

Pronto se quedó dormida. Y así estuvo, con la boca abierta, sin soltar el casete, que llegó a su fin. Se despertó muerta de frío.

—Iba a haberte dado la vuelta a la cinta para que siguieras escuchando música. Pero es que estás muy agarrada al casete…

Tenía los brazos helados porque el aire acondicionado del autobús soltaba un chorro de frío sobre ellas. Se dio cuenta de que todo el mundo llevaba jerséis y sudaderas. Dudó si sacar la suya.

—No tienes una sudadera o algo a mano, ¿verdad? —Su compañera parecía encantada de verla despertar—. Te puedo dejar un jersey.

El abotargamiento del sueño y de la mala postura le llenaban el cuerpo y la cabeza de unas incómodas hormigas. No podía pensar con claridad. Estaba la sudadera, que tan pulcramente había guardado, en la mochila. Sacarla en ese momento le parecía estropearla, no quería arrugarla tan pronto.

—Pues sí, si tienes algo… Yo, como es agosto, no he traído nada.

La otra sacó un jerseicillo rojo. De punto. Suave. Marca Lee. Reconoció la ausencia del tacto que tienen las prendas crecederas. Heredadas.

—Gracias…, eh…

—¡Estíbaliz! —contestó la otra, encantada de la oportunidad de decir su nombre—. Me llamo Estíbaliz. Mis padres me pusieron así, por Mocedades.

Qué horterada, pensó. A su amiga Tina le habían puesto ese nombre por las Grecas. Aunque mejor no pensar por qué a ella le habían puesto Clara.

—Gracias, Estíbaliz. Yo me llamo Clara… —Se quedó callada, y pronto comprendió que su compañera esperaba una explicación sobre su nombre. No quería darla, pero ahora tampoco quería caer antipática y tener que devolver el jersey—: Y no sé por qué me llamaron así.

—¿Nunca lo has preguntado?

—No.

El silencio volvió a sentarse, incómodo, entre ellas. Estíbaliz con la actitud de quien espera. Clara buscando postura para volver a dormir, aunque encontrarla parecía ya tarea imposible.

—Y a ti, de los Juegos, ¿qué te gusta?, ¿qué es lo que vas a ver? Ya que te he dejado el jersey, podrías contarme algo.

Otra vez, esta no calla. Parecía que iban a tener que estar así hasta llegar a Barcelona. Y quedaban al menos siete horas. Tomó aire. Abrió el casete y disfrutó con el golpe seco de su tapa. Le dio la vuelta a la cinta.

—Nada —qué mentira—, voy a ver Barcelona porque va a haber mucha marcha estos días.

Estíbaliz sacó de su mochila una carpeta forrada con fotos del equipo de gimnasia rítmica. Igual que aquella donde Clara pegaba las fotos de la tenista. De su interior, la otra sacó dos entradas relucientes. Llevaban impresos los aros de colores de la figura olímpica.

—Son las entradas para ir a verlas. Mi tío trabaja en el Ayuntamiento y me las consiguió él. Si nos hacemos amigas, quizá te pueda conseguir entradas a ti.

La mirada de Clara cambió. Se dio cuenta entonces, como si mordiera un cebo, de que había organizado su escapatoria de Madrid con mucho tiento, pero solo eso: la huida. Le había parecido tan improbable poder llevarla a cabo, tan imposible imaginar que efectivamente conseguiría transgredir la rutina estival hasta llegar al autobús que no había preparado nada más. Ahora pensaba que tenía que ser rápida, cumplir su objetivo a la mañana siguiente —era su única oportunidad— y volver a Madrid.

—Ah… Que tu tío trabaja en el Ayuntamiento…

—Claro, en la concejalía de deportes, ya te digo. Estos días no para de trabajar. Todo el día con el alcalde. Ya me ha dicho mi tía que quizá ni siquiera lo vemos. Por eso tengo yo entradas. Me voy a quedar con ellos, con mis tíos, en su casa. Viven en Gràcia. ¿Tú dónde te quedas?

Mientras escuchaba a Estíbaliz, aquella quemazón en el pecho y los nervios de los días previos a su partida habían caído, pesados, transformándose en un vacío en su estómago que crecía y crecía hasta ensanchar su garganta. Y su garganta se enchanchaba tanto que presionó a sus lacrimales. Sentía cómo la sombra de su inesperada compañera de viaje la cubría.

—¿Quedarme? Bueno, por Gràcia también…

—¿Sí? ¡Qué casualidad! Pues seguro que nos vemos. ¿Y te quedas sola o en casa de alguien, Clara?

—No.

—¿No qué?

Que no tenía respuesta. Notaba cómo su cuerpo se enfriaba a la umbría de Estíbaliz.

—Que me quedo donde quiera. Mis padres me han dado dinero para pagar un hotel.

—Ah, qué suerte.

Pensó Clara, por primera vez desde la escapatoria, que el que realmente se escapaba allí era el tiempo.

—Pero sí hay una cosa que me gustaría ver…

—¿El qué?

Estíbaliz parecía entusiasmada con que su compañera por fin entrara con ganas en la conversación. Lo mismo salía con una amiga del viaje, pensaba.

—Tengo mucha curiosidad por ir a ver el tenis. Mi padre juega mucho en las pistas del hipódromo de Puerta de Hierro, que vamos todos los domingos.

Un alud de mentiras sobre Estíbaliz para abrigar el frío que parecía transmitir. Ni siquiera sabía Clara si el hipódromo tenía pistas de tenis. Nunca había pasado por su puerta. Lo que sabía era que los domingos se plantaba allí medio barrio de Salamanca.

—Pues seguro que se puede, ¿no has comprado entradas?

—Yo pensaba… comprarlas allí. El primer partido individual femenino es mañana por la mañana. De Arantxa Sánchez Vicario.

Se veía rodeada de mentiras como quien está rodeada de escombros. Ahora necesitaba a Estíbaliz, y necesitaba que ella actuara desde esa caverna falsa, engañosamente protectora, que había formado la escoria a su alrededor.

—Bueno, yo te puedo dar el teléfono de mis tíos, y cuando sepas en qué hotel te quedas me llamas y a ver si mi tío tiene entradas.

—Claro, cuando llegue al hotel te llamo.

Y miró hacia arriba, hacia los huecos de los que salía el aire acondicionado, asustada al pensar que realmente no tenía un lugar donde dormir.

Media hora más tarde, y cada vez más lejos de Clara, su madre, que nunca había pasado por el hipódromo —ni el más mínimo interés—, y su padre, que jamás había cogido una raqueta de tenis —ni falta que le hacía—, discutían sobre la conveniencia de despertar ya a la niña. Es mediodía ya, mujer, deja a la cría descansar, que está de vacaciones; no son formas, que tiene una edad, hombre, bastante tiene la niña con que te pongas a pasar el aspirador ahora, por la mañana, ni siquiera su hermano se levantaba tan tarde, qué más dará, es la niña de tus ojos y no se te puede decir nada, luego, claro, soy yo la

mala.

Y ella alargaba el cuello para comprobar que no pitaba todavía la olla donde preparaba una ensalada de garbanzos y apagaba el aspirador con el pie y, tras pasar un trapo a la mesa donde su marido apoyaba una cerveza de la marca del Continente, le recriminaba que no la hubiera posado sobre una servilleta y se remangaba la camiseta del Veranoski y enfilaba el breve pasillo para abrir la puerta de la habitación de su hija, que estaba astillada por haberle intentado quitar hacía algunos meses las pegatinas de la infancia. Pero deja a la niña que duerma tranquila, joder.

—Venga, Clarita, que no son horas y necesito que me ayudes.

Sin mirar entró en la habitación y de un golpe seco levantó la persiana. Se arrepintió de su impulso, porque suele romperse ese tirador ya muy remendado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel bulto de la cama eran los peluches de su hija. Los mismos que acabaron en cajas el día en que decidió quitar las pegatinas de la puerta.

Y, esta vez sí, el grito se oyó en el patio de luces. Arriba, Marga, vecina del tercero, llenaba el tendal con restos de camisetas viejas convertidas en trapos de cocina.

Polo

Ahora, que ya sé por qué no hay imanes en la nevera, no tengo qué decir. Ahora, que conozco los motivos por los que Jaime ha traído las patatas, las ha puesto en bol y me abre la siguiente cerveza y me la tiende, me siento solo. Jaime no me alarga una cerveza, me tiende mi vida y dice: «Ahora, tú solo». Se ha convertido en el padre que quita los ruedines a la bici de su hijo, que separa las manos de su cintura en el agua para ver cómo se mantiene a flote sin ayuda. Él, que es un año más pequeño y al que siempre le he tenido que guardar las borracheras.

Soy yo el que, ahora, se ha bebido la cerveza de un trago. No me he dado cuenta de que, al terminarla, he doblado la lata con el puño.

—¿Qué?

Me pregunta. Lo hace con esa mirada suya que le da la displicencia de ser más rubio. Más alto.

—¿Qué de qué?

¿Por qué me siento así? Si de las dos calamidades el que pone más orden soy yo. Soy yo el que sabe acabar las noches. El que le sujeta la frente al otro, le desviste y le mete en la cama.

Él, el que cuando amanece abre un pollo de farlopa porque nunca ha sido suficiente. Yo, el que le frena.

—Tío, no te preocupes, vamos a seguir saliendo de marcha igual.

Levanto la mirada.

—Bueno, de momento tengo que pagar el alquiler yo solo, si te parece poco. Ni de coña me vuelvo con los pijos de Argüelles a casa de mis padres. Prefiero los yonkis de este barrio.

—No me jodas, si con lo de Barcelona te has forrado, tío. —Su voz se pierde por el pasillo, va a por más patatas, parece ser que también me las he acabado. Noto en los labios el placer complaciente de la sal. Él fuerza una carcajada—. A ver, a ver, entre dietas, desplazamientos, extras… y que estamos en el glorioso año, ¿cuántos kilos te has levantado?

—Kilos de mierda me he levantado, Jaime, no te jode…

Los kilos de mierda estaban constituidos por varios ejemplares del *¡Hola!,* el *Lecturas, Mundo Deportivo,* un par de apuntes, una *Súper Pop* y un dosier de prensa lleno de fotos elaborado por pastas La Familia. Desde el primer día yo los empecé a amontonar sobre una de las dos camas gemelas de mi habitación en la Villa Olímpica. Una cama para dormir lo poco que dormíamos. Otra como escritorio.

Miré la cama destinada al descanso. Me negaba a ocuparla yo solo cada una de aquellas noches. La Villa Olímpica, con tanto cuerpo

atlético, olía a picadero.

—Eh, Miguel, si volvemos a ver a la Laia esta, la hablo yo, ¿capichi? No me seas mierdas, tío…

Ahora al mierdas —a otro mierdas— lo tenía sentado al lado. En nuestro sofá. En mi sofá.

—De la mensualidad de agosto te voy a pagar mi parte entera. Hasta que encuentres a alguien, yo…

—¿Vas a pagar dos alquileres a la vez?, ¿y de dónde piensas tú sacar la pasta? A ver si es que me entero yo ahora de que en *Triunfo* os untan bien de pelas y yo no lo sabía y llevo pagándote las copas diez años.

Voy bajando el tono poco a poco. Como un defensa, Jaime despeja la pelota y me habla de su hermana, queriendo diluir el abandono. Me doy cuenta de la creciente incomodidad de mi amigo, que ha aumentado hasta rozarme, hasta dejar en mi piel una mucosa que se me adhiere, que es fría, que me culpabiliza. Me voy a disculpar, a mi manera. A la manera mía y de Jaime.

—No me comas la cabeza con otro tema, tío, que me parece debuti esto que me dices de que te vas con tu pava. Pero me dejas flipando.

—Bueno, Polo, es que, claro, no te he dicho…

—¿El qué?

Jaime mira hacia otro lado. No soporto su incomodidad, que ya no solo me roza, sino que invade toda la sala. Me he acabado la segunda cerveza casi sin darme cuenta. Me levanto.

—Voy a por un par de birras.

Mientras abro la nevera sin agarrar el asa, oigo la voz de Jaime reverberando por el pasillo. Habita un espacio vacío que resulta nuevo.

En cambio, las voces de la Villa Olímpica se pisaban unas a otras por los pasillos de los edificios con olor a nuevo, por las calles recién pintadas. Parecía el estallido de un viaje de COU. Resultaba difícil pensar que habíamos ido allí a trabajar y que nuestra labor era seguir a una criatura casi adolescente. Más bien perseguirla, por mucho que yo me esforzara en teñir esta tarea de heroicidad.

—Eh, Polo.

—¿Qué pasa?

A Miguel no podía haberle dado tiempo ni siquiera a abrir la maleta. Le acababa de dejar hacía tan solo unos segundos en la otra habitación.

En ese momento, en la Barcelona del verano de 1992, me pareció que el aspecto vallecano de Miguel estaba fuera de lugar. Le faltaba sofisticación, diseño. Olía a pueblo.

—Que yo paso de estar aquí encerrado, que si nos vamos fuera.

—Vale, pero espera, que no soporto esta humedad. Me doy una ducha y en diez minutos bajamos a dar un garbeo.

No era yo su jefe. Tampoco era aquello de la ducha una sugerencia hacia él, aunque así se lo tomara.

—De puta madre. Cuando salgas me doy yo otra.

Miguel se metió en su habitación rápidamente para buscar las toallas.

El que de pronto se ha quedado sin rapidez es Jaime. Parece lento de reflejos, como si se acercara otra confesión. Es casi un recién despertado.

—… nada tío, lo del alquiler, que no te preocupes.

No sé dónde poner pie. Traigo dos latas de cerveza. Menos mal, porque el calor aprieta la garganta, los antebrazos. Hoy va a pegar fuerte. El aire se mueve farragoso y seco en el espacio entre mi camisa y mi piel. Caigo ahora en la cuenta de que Jaime está completamente vestido. Es extraño, en verano suele quitarse la camiseta nada más entrar por la puerta. Pero, en definitiva, quizás aquí ya no esté su ropa tampoco. No tengo valor para girar la vista hasta la puerta de su habitación. Temo el vacío como nunca he llegado a temer el desorden.

Jaime me abre la cerveza. Compruebo que su frente no está seca. En ella comienza el brillo tan particular que este piso da a la piel en los meses de julio y agosto.

—Que lo que te iba a decir…, nada, que la semana que viene empiezo en un nuevo curro. Es de puta madre, así que por agosto despreocúpate.

—¿Sí? ¿Te han vuelto a llamar de *Diario 16*? ¿Te hacen fijo y dejas *Triunfo?* Joder, me alegro. De Barcelona todos los de las privadas hemos vuelto acojonados con el tema del curro…

Voy mermando yo también la velocidad de mi voz. Jaime niega con la cabeza. Frunce los labios. La vista fija en un cojín que heredamos de casa de mis padres y que lleva aquí todos estos años. Lo coge y lo estruja con las manos. Como hace cuando llega el derbi y el Atleti va perdiendo. Casi siempre, vamos.

Yo los cojines de la habitación de Barcelona ni los toqué. Por las noches caía rendido y en las pocas horas de sueño apenas me removía. Dejaba una marca constante y poco profunda sobre la fina colcha y ni siquiera llegué a ordenar todos aquellos papeles que se acumulaban en la otra cama. El bullicio exterior y Miguel llamaban a mi puerta constantemente. Uno solo podía pararse a pensar en la calidad del momento que respirábamos.

—No me has dado tiempo ni a pasarme una toalla por el pelo.

—Para qué, con esta humedad…

No esperamos a los ascensores, que se movían incesantemente en sus huecos, llenos de gente. El entusiasmo nos impidió esperar y bajamos por las escaleras, cruzándonos con muchos de los que venían en el autobús. Tenía la sensación de que tal multitud únicamente podría desembocar en largas colas de espera.

La calle parecía un parque de atracciones. Como si alguien, un invisible director de cine, hubiera organizado el espectáculo de la alegría: una interpretación urbana y masiva de la felicidad. Los kioscos rebosaban gente. Allá donde miraras encontrabas flashes de cámaras. Había que esperar para llamar desde una cabina telefónica, y era absolutamente imposible encontrar sitio en las terrazas que atestaban el pavimento. La algarabía y el gentío llenaban aquella humedad, que de pronto parecía también imprescindible, con el cometido de colmar algún hueco que, en el aire y por despiste, pudiera haber quedado vacío. Repito: parecía imposible que fuéramos allí a trabajar.

—Entonces el curro nuevo no es el de *Diario 16*.

Le pregunto cuál es, extrañado. Durante todos estos años ha estado enlazando unos contratos con otros, de más larga o más corta duración. Siempre alentado con promesas de que el siguiente sería indefinido. O que, al menos, reuniría mejores condiciones. Me dice dónde va a trabajar y yo me atraganto.

—¿¿En un despacho de qué??

—Treiders. Bueno, los treiders de una constructora.

Impone un acento inglés falso y engolado, que en mi vida he oído. En él las erres han perdido su fuerza.

—No lo digas así, que pareces maricón, no me jodas.

—Es que se dice así.

—Pero ¿cómo has conseguido eso?

—Tío, con esta movida nueva que van a hacer…, lo del Ixeb 35…

—Ibex 35.

—Eso, lo del Ibex 35, pues van a necesitar gente.

Sé que ha evadido mi última pregunta. Que no me ha contestado. Que además no tiene ni idea de qué va su trabajo.

—No me jodas que te vas a ir al edificio de la Bolsa, con un maletín, a pegar gritos.

Gritos, pero de alegría. Una muchedumbre dirigiéndose a todas las direcciones posibles. La humedad pegada al cuerpo, las camisetas pesadas. Pero todo daba igual en el centro del mundo.

—Tío, tío. Tenía que haber sacado la cámara, mira qué de peña.

A Miguel se le perdía la mirada bobaliconamente entre la masa. La

miraba con fijeza, como si esta fuera a desaparecer. Que no. Que no van a salir corriendo. Que van a estar aquí dos semanas, decía yo. Que esto es la hostia. Lo que vamos a beber, lo que vamos a ligar, mira qué extranjeras, al final ellas son las que vienen a pasárselo bien. Mejor que bien.

—¿A qué hora tenemos que estar en el estadio?

Me hablaba a mí, pero la mirada de Miguel se dirigía a un culote relleno con las nalgas de una alemana. Su dueña no paraba de fotografiar, con una cámara desechable, todo lo que se le ponía por delante.

—Pues si esto empieza a las nueve y a las seis es el acceso…, pon que tengamos que salir de aquí una hora u hora y pico antes… Joder, no podemos llevar la puta cámara.

La alemana había acabado el carrete porque la ruedecilla no giraba más. La dejaba caer dentro de su mochila y sacaba otra nueva, precintada. Tiraba despreocupadamente al suelo su envoltorio.

—Oye, ¿tú no estás como nervioso? Y eso que no curramos hasta mañana…

—Yo estoy de puta madre, los que tienen que estar acojonados son los de organización. Llevarán desde el ochentaisiete preparando todo esto, como para cagarla hoy…

Y justo él la caga ahora. Toda la vida, todos estos años currando en *Diario 16,* en *Triunfo,* empalmando contratos. En ocasiones, sobres de dinero bajo la mesa como único pago. Comiéndose mierda para que ahora tire la toalla.

—A ver, a ver, que yo no voy a ir al parqué de la Bolsa a pegar gritos… Yo voy a hacer la comunicación de las operaciones. Desde una redacción.

—¿Cómo que desde una redacción?

—Desde una oficina, digo.

Vaciamos las cervezas casi sin respirar. Cuando acabo una lata la estrujo. Se acaba de convertir en un ritual. El hueco que la finalización de los Juegos ha dejado en mi interior presiona contra la boca de mi estómago, vacía mi mente, que solo puede proyectarse hacia atrás…

… ayer a estas horas todavía estábamos allí, aunque ya se anticipara la nostalgia del mismo modo en que se anticipa el mar con su olor a sal cuando estás cerca de la costa. ¿Qué hacía a estas horas hace justo dos días? No lo sé, pero seguro que me sentía más pleno. ¿Y hace una semana? Hace dos todo acababa de empezar, quedaba todo por delante. Qué afortunado era: anticipábamos un cansancio histórico. Todo estaba barnizado por una capa consistente, sólida, labrada durante años, que nos hacía evidenciar lo histórico del

momento que vivíamos. Nunca más en nuestras vidas seríamos conscientes de la importancia de un lugar, de un tiempo tan concretos. Ahora, aquí, en el salón, mientras aplasto una lata tras otra, el vacío que ha dejado el barniz y los volúmenes que este cubría se han convertido en algo concreto, tangible. Un hueco inmenso que no admite ser llenado por nada, excepto por el recuerdo de aquello que acabas de vivir y que ya no se toca, un recuerdo gaseoso que se diluirá hasta empaparnos para formar parte de nosotros cuando ya esté modificado por la memoria.

Y este vacío ahora se agranda ante la visión de mi casa, entera y vacía para mí. Toma una nueva dimensión al pensar en esta cerveza que a partir de ahora no me tomaré porque yo no bebo solo. Que no habrá sonidos cuando entre aquí. Que dejaré silencio cuando cierre la puerta.

—Tío, ¡todo el piso para ti!

Me parece incluso oír la respiración de la casa: ese ruido sordo y constante de la nevera. Aprovecha para tomar aire y parar ahora, cuando callamos. Hasta ese ruido eléctrico, mecánico, parece encontrar eco.

Recuerdo ahora otro sonido igual de callado, por lo contenido: el de las hojas que se pasan, los bolígrafos que subrayan. Los cuchicheos atrapados, vivos, deseando reventar las paredes de la biblioteca. Creo que fue ahí cuando nos hicimos amigos. Yo, durante la carrera, estudié poco, pero Jaime no estudiaba nada. Antes de entrar a los exámenes le contaba rápidamente qué era lo que había memorizado en los días previos, y al cabrón con eso le valía. Tiene carisma hasta en un examen de Documentación. Y, sin embargo, muchas tardes venía a la biblioteca sin avisar. Me buscaba hasta encontrarme, se sentaba a mi lado con un periódico y, en lugar de estudiar, leía la prensa. El cabrón se leía hasta las esquelas, pero esperaba pacientemente hasta que yo acababa y nos íbamos a la cafetería. En ocasiones tampoco leía, solo se revolvía en su silla como si quisiera contarme algo.

—Para leer la sección de sucesos, mejor estudia.

—Me lo paso mejor con los atracos.

Cuchicheábamos.

Un pitido sordo, viejo, atraviesa de repente el vacío. Parece que lo rasgara. Jaime da un salto en el sofá.

—Tantos años y no te has acostumbrado al ruido del timbre.

Se levanta él para ver quién es. Algo inédito. Normalmente, si suena el timbre, nos quedamos parados en el sofá. Al principio ni siquiera nos miramos. Es únicamente cuando insisten, y vuelve a sonar, nos dirigimos un «Te toca a ti», vago y perezoso, para que el

otro se levante. Solo sacar la basura genera tantos problemas de convivencia.

No sé quién llama. Es alguien impaciente, porque Jaime todavía no ha llegado al telefonillo y este vuelve a sonar. El aire ya está rasgado. Le oigo preguntar quién es. Creo que escucho incluso el ruido metálico que hace la cerradura del portal. Jaime abre la puerta de casa y espera mientras suenan los pasos que se acercan por la escalera. Parece que no quiere volver al sofá. Tiene esa sonrisa canalla que no me hace anticipar nada bueno.

—¿Pero me quieres decir quién es?

Sigue con la mirada fija en el rellano. Oscila entre la risa y el regodeo:

—Tu hermano.

Mi hermano. Llamó dos o tres veces al teléfono del piso en la Villa Olímpica. Dos o tres veces que yo escuchara el mensaje en el contestador, porque estoy convencido de que llamó todos los días y que no me localizó.

El aire de Barcelona en este verano sí que era imposible cortarlo. El color, el bullicio, las señales que indicaban la realidad indiscutible del mundo lo impedían.

—¿Qué? ¿Cómo va eso? —Cuando llamaba al teléfono del piso de Barcelona no esperaba ni siquiera a que yo contestara para seguir hablando—. ¿Qué tal mi hermano mayor, la estrella mediática de la familia?

—Deja de decir tonterías.

Y llegado este punto, me acomplejaba. Sentía un ligero sonrojo que me ruborizaba el cuello desde el borde de la camiseta. Me costaba frenarlo para que no me alcanzara el rostro.

—Bueno, bueno. En el bufete todo el rato con la tele puesta, a ver si sale el niño.

Se lo había explicado ya, pensaba. Él sabía de sobra lo que yo iba a hacer allí, que no iba a poder grabar dentro de los estadios, ni acceder como periodista a ninguna de las competiciones. Casi todo mi trabajo giraría en torno a una mujer. Una chica. Casi una adolescente. Pero no quería repetírselo una vez más.

—Cuando vaya a salir la entrevista, os aviso.

—¿Pero va a salir o qué?

—Sí, joder, cada vez que veas un anuncio de la puta marca de pasta, tú piensa que ese anuncio se emite porque a mí me han mandado aquí. Va a salir.

Seguía hablando. Yo estaba convencido de que no me escuchaba. Que solo quería colgar el teléfono para soltar en el mil veces

nombrado bufete lo que yo le había contado. Para presumir.

—Bueno, bueno, bueno. —Siempre la misma cantinela al teléfono —. Cuéntame cosas. A ver, desde el principio, llegaste, ¿y qué? Y la ceremonia de inauguración, ¿qué? Por la tele, impresionante… Oye, que conste que me parece fatal que las privadas no la podáis retransmitir, ¿eh?

Ahora está entrando en casa. Lleva un traje de chaqueta cruzada, de lino. Se le marcan ya las arrugas de haber venido conduciendo. Lleva unas Kappa blancas, impolutas, y bajo la americana una camisa amarilla. La corbata un poco desajustada, un poco descentrada, le da un aire infantil: tiene estampados unos monos que intentan escalar hacia su cuello. Vuelve con el cuento:

—¡El hermano pródigo! No me jodas que te lo has pasado tan bien que te vas a hacer catalufo ahora… Ei, Jaime.

Ni le mira. Ignora a mi compañero de piso. A mi amigo, ahora que, desde ya mismo, no vivimos juntos. Me levanto del sofá. La lata de cerveza que llevo en la mano está mediada. Mi hermano me ha quitado las ganas de beber. Palpo los bolsillos del pantalón buscando el paquete de Lucky que compré en el aeropuerto. No lo encuentro y Jaime me alarga su cajetilla.

—¿BN? ¿Desde cuándo fumas tú BN? Son cigarrillos de embarazada.

—Deja de decir mariconadas, tío.

Miro a ambos lados. A uno tengo a mi hermano, con su corbata de monos. Al otro a Jaime. Agarro dos cigarros. Me los llevo a los labios y los enciendo. Recojo uno con el índice y el anular y se lo coloco a Jaime la boca, rozándola. Se echa hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Que ahora te da miedo que te los encienda yo?

Se ríe. Hay un trasunto nervioso en el sonido que sale de sus labios. Al otro lado mi hermano sigue empantanándonos.

—A ver, chaval. Cuéntamelo todo. Empieza por la inauguración.

Claro, pienso, ahora te cuento estas dos semanas. Es imposible, aunque eso no lo entenderías. Pero estas dos semanas han sido todo. Han sido una vida. También la que hubo que esperar allí, para entrar al Lluís Companys. Lo que aguardamos desde que entramos hasta que empezó. Pero mereció la pena. Mataría por estar ahora en esa espera. Todo lleno de abanicos granas y gualdos. La voz de Constantino Romero en catalán. Un «HOLA» dibujado en la pista con los cuerpos de varios adolescentes que corren ordenadamente de un lado a otro, vestidos de pájaros rojos y amarillos. Un zepelín cruzando el cielo. Todo es rojo y amarillo. La emoción pugnando por reventar tu garganta desde el interior. Ahora es desde fuera desde donde me

ahogan: mi hermano y Jaime.

—Pero es muy largo. —Solo quiero labrar esta excusa con mi hermano, posponerla hasta que se olvide de mi relato, de que yo estuve allí, es todo demasiado bravo, demasiado colorido, demasiada pulsión para que él lo entienda—. Cuando comamos con papá y mamá.

—Vale, entonces te cuento yo.

Agradezco que me corte la explicación, la excusa. Pero a la vez me extraña: como si hubiera esperado dos semanas a que yo volviera para preguntarme y acto seguido detener mi respuesta. Me mira con una sonrisa bobona, brillante de estupidez y autosuficiencia. Jaime me mira también. Es la primera vez en este día que noto su complicidad de siempre. Sé leer en sus ojos lo que me dice: que mi hermano de un tiempo a esta parte se ha vuelto gilipollas.

Se lleva la mano al bolsillo y saca el puño cerrado. Con las yemas de los dedos extrae de él unas llaves con un llavero de Curro, la mascota sevillana. Las agita ante mí. Las hace sonar.

No puedo más: ¿no tienes boca para decirme que te has comprado un piso a tocateja? A saber en qué barrio esnob. Agradezco la complicidad de Jaime, pero no está en condiciones de tendérmela: tú, ¿a cuento de qué te vas de casa en pleno agosto después de cinco años?, ¿qué cojones te pasa a ti? Me levanto. Levanto también la mano y abofeteo primero a mi hermano.

—¿Qué? ¿Me pasas por la cara que mientras yo perseguía por Barcelona a una cría y a una marca de pasta tú te has comprado el piso de tus sueños en el barrio más pijo de Madrid?

La palma de la mano me arde. Como si hubiera echado sobre una herida cal viva. Pero me da igual. Me doy la vuelta para abofetear también a Jaime, plis-plas, sin volver la mano.

—¿Y tú? ¿Te largas a vivir con tu tronca y me dejas aquí solo? ¿Sin avisar, cabrón? ¿Qué coño voy a hacer? ¿Cómo voy a pagar esto solo? ¡No sé si después de estas dos semanas me voy a quedar sin curro!

Los miro con las manos en los bolsillos. Las palmas no me arden porque no las he despegado de las perneras del pantalón. Están quietas, en contra de lo que a mí me gustaría. La ceniza de este cigarro de cartón empieza a caerme en los pantalones desde la boca. Ambos me observan. Doy una enhorabuena tibia y hastiada a mi hermano. Solo Jaime es capaz de calibrar cómo me siento:

—Eh, venga, tío, levanta y alégrate. Creo que ya te lo he dicho —quiere encubrir cierto cariño en su voz, mi hermano le mira indiferente—, pero espero que no tengas planes para hoy. Hoy es nuestro día.

Clara

Las puertas de los armarios estaban lacadas de blanco. Sus tiradores, amarillos, desafiaban también a la pulcritud de las baldosas hidráulicas de la pared, blancas, con una fina cenefa gris en sus bordes. Al lado del microondas, una cafetera igual que la de El Esquinazo, el bar de Tomás. Aunque esta era más pequeña, más limpia. También más silenciosa. Nunca pensó que esas máquinas podían brillan como brillan los coches nuevos. La única nota de desorden venía de un paquete de café molido, que se apoyaba contra uno de los flancos de la máquina. Cien por cien arábiga. Su olor permanecía denso, pastoso pero agradable. En la cocina de su casa nunca olería como en esta otra. Olor a café recién hecho. Como el de algunos establecimientos, pero como si lo hubieran limpiado y quitado la pátina grasa, toqueteada, de las atmósferas de los bares de su barrio. En esa cocina había un olor pulcro.

En la nevera se alineaban perfectamente imanes que reproducían piezas de museo. Los habían comprado en distintos viajes: Venecia, París, Londres, Niza… Nada tenían que ver con los que decoraban el frigorífico de su casa. Uno con el teléfono de Pizza Hut sujetaba la factura de la luz; otro, en el que se podía leer la palabra «Benidorm» y al que le faltaba una esquina, sostenía la lista de la compra. Aceite de girasol, huevos, sopa de sobre, patatas, Oscar Mayer. Nescafé.

Siempre Nescafé. Por allí el Nescafé no estaba ni se le esperaba.

Se le había hecho de noche sin apenas darse cuenta, como si el ambiente, la alegría de las calles, hubiera encubierto la marcha del sol. Y, sin embargo, así era. No sabía muy bien la adolescente en qué había gastado aquellas horas, pero todavía no había conseguido entradas para el partido del día siguiente; sus intentos, pensaba, habían sido torpes como los de una niña pequeña.

Al llegar a Sants había conocido a la tía de Estíbaliz.

—Esta es mi amiga Clara, ha venido también unos días por aquí.

—Encantada, nena, soy Joana.

Poco más habían hablado. Le pareció que Joana sonreía demasiado. Tras comprobar Clara una vez más que tenía el número de teléfono de los tíos de su nueva amiga apuntado, se escabulló de allí como pudo. A modo de despedida, se valió de una excusa.

—Bueno, tengo que ir al baño. Estíbaliz, te llamo con lo de las entradas, a ver si…

—Uy, pero, nena, no vayas al baño en la estación, que…

—Si será solo un momento. —Y ya alejándose—: Te llamo, eh. Esta noche.

Desde ese instante había estado sola. Para comer había pedido un «bikini», que resultó ser un sándwich mixto que le pareció carísimo, y había paseado por la playa y por la Ciudad Olímpica. Todas las personas a quienes había preguntado en los puntos de información por las pistas de Vall d'Hebron le habían dicho que estaba lejos, que imposible ir andando, y que si quería conseguir entradas para el día siguiente ya era un poco tarde.

Y así se le había hecho de noche, aunque no lo pareciera, porque las calles seguían rebosantes de gente y llenas de ruido. A pesar de la multitud, Clara se sentía como en aquellos días de invierno en los que la oscuridad te sorprende antes de tiempo para quedarse durante meses establecida en horas que no deberían ser suyas. Había estado preguntando por Gràcia con una curiosidad displicente que la predisponía a mirar a aquel barrio por encima del hombro. Un sentimiento extraño, al que no conseguía poner nombre y que relacionaba sin saber por qué con el tono con el que su padre se refería al centro de Madrid.

—¿Qué tal tu nuevo jefe?

Aquella conversación había tenido lugar en su casa no muchos días antes, una mañana en la que su padre volvía del trabajo con los gestos arrugados y pesadez en la mirada.

—Un pijín, un pijín del centro de Madrid. Lo primero que ha hecho después de presentarnos los planes trimestrales y los objetivos de producción es decirnos que se va de vacaciones dos semanas. A San Sebastián. ¡Con dos cojones! A ese sí que lo llevaría yo a San Sebastián, pero a San Sebastián de los Reyes, a que aprendiera lo que es bueno y unas fiestas de barrio.

Pero ni siquiera eso. A ella es que ni siquiera a las fiestas de San Sebastián de los Reyes la llevaban. En eso pensaba mientras marcaba en una cabina el número de los tíos de Estíbaliz.

—*Diguim.*

—Eh…, hola, soy Clara, preguntaba por Estíbaliz.

Se dio cuenta de que no sabía de su nueva amiga apenas nada. Tampoco los apellidos.

—Ahora se pone.

En medio de los sonidos callejeros con los que se llenaba la espera, Clara contemplaba las anchas y lustrosas aceras de aquel barrio. Enfrente, una tienda llamada Dos i Una. Observando el escaparate le resultaba difícil explicarse a sí misma qué vendían allí.

—¿Sí? ¿Clara?

—¡Soy yo, sí! —No esperó más, no quería gastar dinero en aquella cabina telefónica—. Estoy aquí, en el barrio de tus tíos. Delante de

una tienda que se llama Dos i Una.

—¡Ah! Pero eso es justo aquí al lado. Dime, ¿dónde duermes? Seguro que podemos vernos. Oye, oigo mucho ruido, ¿cómo no llamas desde la habitación del hotel?

Cuando escuchó esa pregunta, Clara volvió echar un vistazo a los edificios cercanos. Blancos, altos, inmaculados. Tan inmaculados que hasta la alegría del ambiente parecía resbalar por sus fachadas. No quería decirle que ahora suponía que, con el dinero que había sisado, no podría pagar una habitación por allí. Que planeaba pasar la noche en la calle. Ya dormiría al día siguiente. Desoyó a Estíbaliz.

—Oye, pues dime cómo quedamos mañana, ¿al final tu tío tiene entradas para ir al tenis?

—¡Claro! Solo tenemos que ir a la taquilla y dar su nombre. Como está en política, tenemos entradas para lo que queramos, ¿sabes? Mi tía pudo hablar con él antes y se lo dijo…

Al oír aquello, Clara intentó imaginarse a la mañana siguiente, tan solo unas horas después, en la misma cancha que Arantxa Sánchez Vicario. La euforia que había pensado que sentiría se refrenaba: era demasiado bonito, había sido incluso demasiado fácil encontrar aquellas entradas. Seguro que sucedería antes algo que se lo impidiera. No había previsto quedarse ante aquel logro un poco fría, como si le estuviera pasando a otra. Aun así, y por lealtad a sí misma, siguió con la conversación:

—¿Y cómo quedamos mañana, Estíbaliz? Si quieres aquí, en la tienda esta, y ya vamos hacía allí, ¿tú sabes ir?

—Iremos con mi tía. Pero dame un momento, ¡no cuelgues!

Cuando escuchó cómo al otro lado dejaban el teléfono sobre la mesa, Clara introdujo con ansiedad una moneda de veinte duros en el teléfono, muerta de miedo de que se acabara la llamada antes de cerrar los detalles del encuentro. Ni siquiera reparó en que, en el caso de acabarse el saldo, podría volver a llamar.

—¿Sigues ahí? Oye, que no te muevas, que le acabo de pedir permiso a mi tía y voy a verte. Así quedamos ya bien para mañana y me enseñas dónde te quedas esta noche. No te muevas, ¿vale?

Hubiera colgado el teléfono. Hubiera salido corriendo. Pero todavía tenía que saber cómo se encontrarían al día siguiente. Tampoco quería exponerse a un enfado por el que su nueva amiga desapareciera y la dejara sin entradas. No quería reconocer que pasaría la noche en la calle y por eso buscó con ansiedad la puerta de un hotel cercano. Le diría que se alojaba allí y cuando se despidieran fingiría que entraba. Se dio cuenta entonces de que no podía estarse quieta. Que sus manos sudaban. Que a sus pies les recorría un movimiento nervioso. Ante la

representación de su mentira, esta la ataba a una respiración extraña.

Le dijeron que había macarrones para cenar y Clara asintió con ansia. No sabía lo que era «a la bolognesa», pero le daba igual. Un hambre feroz, animal, se había apoderado de su cuerpo cuando, poco después de llegar a buscarla a aquella cabina telefónica, Estíbaliz le dijo que por qué no se quedaba a dormir con ella. Desde entonces el hambre, saliendo de su escondite, cubría con su nubosidad el principal propósito del viaje.

—Nena, encontrar hotel sin reserva en medio de este follón, imposible. —La tía la miraba con sonrisa displicente—. No sé cómo vienes sin reserva.

Porque pensaba pasar la noche en la calle, pensaba Clara. Porque solo una noche en Barcelona bastaba para cumplir su sueño. Ahora que estaba allí, ahora que el tiempo se le deslizaba con una rapidez inexperta, tendría que esmerarse en disfrutar lo que estaba viviendo. Observaba los tiradores amarillos de los armarios lacados de blanco. El brillo de la cafetera de la cocina. El paquete de café inmaculado, con su aroma fuerte y preciso.

—¿Puedo ir al baño?

—Claro, claro; mira, vete mejor al de aquí abajo.

Clara la miró en silencio. Desde su corta edad pudo ver cómo Joana se quitaba manifiestamente importancia.

—El baño de abajo es el que usarás tú. Arriba dormimos Pep y yo. Es que esto es un dúplex. Qué tonta soy, no te hemos enseñado la casa. Las escaleras son una lata para andar mostrándola. Por cierto, que no sé cómo esta mañana has podido ir al de la estación, ¡con la de cosas que pasan en los baños de las estaciones!

Porque cuando bajó de la estación y quiso correr a los baños, la tía de Estíbaliz estuvo a punto de impedírselo, pero Clara había desaparecido con tal precisión que prefirió dejarla ir.

Al sentarse en el retrete, Clara sintió las rodillas doloridas, encofradas con hormigón. Restos del pesado viaje en autobús. Su ánimo, su preocupación, le daba un respiro ahora y cedía el paso al hambre y al cansancio. Ahora estaba allí, pensaba, preguntándose cómo serían los macarrones a la bolognesa. Pronunciado así, tal cual, con la g perezosa seguida de la n. Sabiendo que tendría, por educación, que esforzarse y poner buena cara si no le gustaran. En el baño intentaba disimular con una tosecilla rala, desvaída, el ruido del chorro de su orina contra el agua. Era un sonido que siempre le había resultado indiferente y que de repente, allí, la avergonzaba. Fue entonces cuando oyó a la tía de Estíbaliz entonar un leve reproche secuestrado por una tonalidad tonta, dulzona. Blandamente le

preguntaba por qué su amiga había llegado allí, a Barcelona, en julio de 1992, sin una reserva de hotel. Estíbaliz parecía disculparse bajando la voz más de lo recomendable. Clara endureció su vientre para detener la micción y poder escucharla. Estaba extrañamente hinchada.

—Es que ella ha venido de último momento. A ella le gustaba mucho el tenis y…

—No te preocupes, vida mía, si ya sabes que te has de traer a quien quieras. Si a mí, más que nada, es por tener preparada la habitación.

Se alegró entonces Clara, dejando escapar ya la orina sin contención, tranquila al fin.

Cuando acabó, alargó con cuidado la mano derecha al papel higiénico. Al tacto notó algo extraño, en lo que en un primer momento apenas reparó. No fue hasta limpiarse cuando comprendió que tenía una textura distinta. Suave, acolchada. Su madre no compraba aquel papel.

Tiró de la cadena con tiento, como si así el agua al caer fuera más discreta. Con pudor de nuevo, y al comprobar que no había dejado rastro alguno en el váter, reparó también en el bidé, de un blanco impoluto. Estaba liberado de las zapatillas que en su casa todos dejaban descuidadamente allí.

Volvió a la cocina y, sin llegar a apoyarse en el marco de la puerta porque su rigidez se lo impedía, contempló a Estíbaliz y a su tía. Hablaban sin ser conscientes de su presencia. Vio cómo Joana sacaba un recipiente enorme de cerámica. En el borde se podía leer una firma. Era, ante todo, muy moderno.

—¡Qué perola tan bonita!

Joana se giró con una sonrisa que tensaba artificialmente los músculos de su cara.

—¡Uy, nena! Hacía mucho que no oía esa palabra.

—¿Cuál?

—Perola.

—¿Y cómo se llama?

—Aquí la llamamos fuente, guapa. ¿Te gusta?

—Es preciosa.

Quería evitarlo, pero Clara era incapaz de no replicar los halagos que su madre dirigía compulsivamente a todo lo que estuviera ante sus ojos cuando estaban de visita en casa de alguien conocido. Una costumbre que había llegado a generar la náusea de su hija.

—Me alegra. Es de Mariscal.

—¿De Mariscal? Eso qué es, ¿un banco? —Joana la miró, ahora sí, desconcertada. Calculando, como si en algún momento hubiera podido

estar equivocada, el valor de aquella pieza que tenía en la mano y que iba a estrenar con unos macarrones bolognesa—. Sí, un banco…, ¿no regalan vajillas?

—Qué graciosa eres, nena. Mariscal es el que ha diseñado a Cobi.

Cobi también estaba allí. Grabado en una taza blanca que parecía esperar su turno al lado de la cafetera. Aquella en la que jamás se depositaría ni un solo poso de Nescafé.

Su madre consumía compulsivamente aquella marca. Disolvía varias veces al día dos cucharadas muy colmadas a rebosar, en agua caliente. A menudo el contenido de la cuchara se le vertía por la mesa, con un descuido inusual en ella. No tardaba nunca en limpiarlo. Cuando veía el Nescafé ceder a las habituales mañas de su mujer, su padre se reía con displicencia. Otras, le echaba la bronca.

—Tú no eres tan torpe, mujer…

—Pues claro que lo soy, siempre lo he sido —mentía ella—, me lo dices como si nos estuviéramos conociendo y estuvieras sorprendido.

Clara observaba, callada. Ya no se inmutaba cuando a su madre el bote se le caía encima de la mesa, esparciendo parte de un contenido que luego tiraba a la basura. Se le caía a ella, a quien le sacaba de quicio que a su hija o a su marido se le resbalaran tarros, paquetes, cubiertos, sobres de sopa.

Un día, no hacía mucho, a su madre se le cayó sobre la mesa de la cocina un paquete abierto de azúcar. Después de maldecirse, la recogió cuidadosamente y casi con mimo volvió a meterla en el paquete. A Clara esos movimientos le extrañaban y no supo decirse por qué.

—¿No la tiras?

—¿Y por qué la voy a tirar?

—Porque se te ha caído.

—Como en esta casa hubiera que tirar todo lo que se nos cae…

Seguía afanada en la cocina y Clara no sabía si intervenir o no. Era capaz de vez que sus palabras atraerían la electricidad de las de su madre. Pudo más su incomprensión molesta, respondona, de adolescente.

—Pero está sucia.

—¿La qué?

—La azúcar.

—Qué va a estar sucia.

Su madre la ignoraba. Se apresuraba a guardar el paquete y a pasar un paño húmedo por encima de la mesa.

—Pero el Nescafé…

—Cómo tienes hoy el día, Clarita; anda, ve a darle la tabarra a tu

padre.

Porque el Nescafé, la multitud de veces que se le caía, no volvía nunca al tarro. Siempre iba directo a la basura, igual que el tarro en sí cuando todavía no estaba terminado. Poco tardó Clara en acabar comprendiendo aquella prisa por quitarse de en medio los botes de Nescafé. O más bien por comprarlos.

—Tú di que sí, mujer.

Aquel otro día su padre no estaba de un particular mal humor, pero aun así hablaba con la molestia de tener que tragar todavía los restos de pechuga de pollo que masticaba:

—Un día vas a acabar tirando el café cuando el bote todavía esté a medias. Eso sí, no se te olvida quitarle la etiqueta ni pa' Dios.

La madre chistó y Clara pudo notar en ella un sentimiento sonrosado, estéril. Un sentimiento que decía: «También lo hago por vosotros». Su cuerpo se recogió sobre sí mismo y, de espaldas a ellos, metió la etiqueta en un sobre abultado. Allí muchas otras esperaban para ser enviadas con la esperanza puesta en un sueldo para toda la vida. Les rodeaban las baldosas ya amarillentas, festoneadas de flores que habían palidecido de tanto ser fregadas.

Clara pudo ver lo que eran los macarrones a la bolognesa cuando Joana llenó la fuente. Tuvo entonces que reprimir una admiración que estuvo a punto de salir por su boca. Resultaba que aquellos macarrones no eran más que pasta con tomate y un par de albóndigas. Tanto misterio para eso. Tanto pensar en aquella misteriosa receta para que resultara ser lo mismo que en su casa. Aunque su madre, eso sí, pusiera las albóndigas por separado.

—Aquí tenéis, niñas. A ver qué tal me han quedado —lo comentaba con la seguridad de quien ha repetido, con éxito, decenas de veces el mismo proceso—, comed lo que queráis.

Mientras comían, Joana las miraba sin quitar ojo. De vez en cuando pasaba una mano por el pelo de su sobrina.

—¿Y mi tío Pepe? ¿No llega a cenar?

—Ay, nena, no lo llames así. Ya no le llamamos así en ningún sitio. Tu tío Pep, como es natural, tardará en llegar. Salió de casa antes de que se hiciera de día y ya se llevó el traje para esta noche. Me parece que no le verás hasta mañana.

—Es que mi tío trabaja con el concejal de deportes…, bueno, Clara, eso ya lo sabes… Tiene mucho trabajo, ¿verdad, tía?

—Eso es. Por eso tenemos entradas para mañana. Como somos familia, tenemos derecho a ellas.

Con un pitido que en aquella casa parecía distinto, el teléfono sonó.

—¡Ay! Lo he dejado en el piso de arriba, qué tontería. —Aquello

quería decir que en esa casa había teléfono inalámbrico y que Joana salía de la cocina para ir a por él—. Por cierto, he comprado dos pares de prismáticos monísimos, Esti, para que podamos ver la gimnasia bien. Mañana nos pueden servir. Contesto al teléfono y ahora vengo.

—¿Esti?

Su nueva amiga hundió la mirada en el plato y rebañó el tomate que quedaba en él, deseando que su tía volviera y que interrumpiera con su vuelta la pregunta sobre su nombre.

—Desde el año pasado mi tía se empeña en llamarme así. Dice que es más mono que no se sepa si viene de Estíbaliz o de Esther. O de Estefanía.

Abrió la boca para meter un generoso trozo de pan. Clara se fijó en que la forma de sus pechos apenas clareaba tras la camiseta de algodón, retenidos por un sujetador de la marca Princesa.

Y en aquel gesto de llevarse el pan a la boca con el que también su madre daba por finalizados los platos, Clara por fin reconoció un gesto familiar. Tan familiar como los filetes empanados, el pescado frito, la tortilla de patata, el puré de verduras. Tardaría todavía algunos años en entenderla. En comprender también la oleada de pánico que había ascendido por su cuerpo. Se había recompuesto rápido, eso sí, para empezar a correr sin saber en qué dirección ni sentido hacerlo. Empezó a gritar el nombre de su marido:

—¡Por favor! ¡Ven corriendo!

Y en el salón, sobre el sofá de escay que habían traído del pueblo, un lento mover de articulaciones cansadas, envejecidas antes de tiempo en un hombre que apenas llegaba a los cincuenta. Sus rodillas, sus nudillos, sus cervicales se habían visto obligadas a severos excesos desde antes de cumplir los catorce años.

—Qué cojones pasa ahora…

Y aunque lo dijo casi en un susurro, su incomodidad empezó en el silencio que contestó a aquella frase, porque su mujer no le afeó la expresión. Tampoco le recriminó nada, tan solo siguió llorando:

—Por favor te lo pido, ¡ven corriendo!

La extrañeza creció para tomar la forma de una piedra roma que incomoda al cuerpo sin clavarse en ella. Una piedra que dificulta levemente la respiración y que se encontraba en ese «por favor»: una fórmula que se había extinguido entre ellos hacía ya muchos años.

—Ven. ¡La niña, la niña!

Y a él ya las articulaciones se le habían olvidado, como aquellas mañanas en las que arrancaba el turno americano para dejarle diez días sumido en un cambio horario cruento, constante. Porque él pensó que a la niña le habría pasado algo y, simplemente, lo que pasó fue

que no la encontró. Lo que sí encontró fue la sábana revuelta y los peluches, los mismos que hacía no mucho ella había guardado en cajas. Estaban repartidos a lo largo de la cama, simulando un bulto humano.

—Pero y la niña, ¿dónde está la niña?

Corría ella por el escueto pasillo. Sus pasos eran cortos pero veloces, olvidando una edad que no había alcanzado pero que sin embargo tenía.

—Voy a llamar a su hermano, lo mismo está con él. ¡Trae el listín de teléfonos de la cocina! ¡Ve buscando los números de sus amigas!

Y dónde estaría el listín de los cojones, pensó:

—Lo que hay que hacer —gritaba él— es llamar a su hermano.

Mientras él buscaba respuestas, su cuerpo se desmadejaba con un miedo insólito, nuevo, de una intensidad que desconocía.

Horas más tarde, cuando Clara, la niña, ya había aprendido que los macarrones a la bolognesa son macarrones con tomate y albóndigas, pensó en avisar a su hermano. Pero mejor no. Sospechaba que en cualquier momento este podría ponerse de parte de sus padres. Joana regresó. Tapaba el auricular con la mano izquierda.

—Nena, estoy mirando a ver si el Pep mueve algún hilo, eh…, por si también nos pueden dejar otro par de prismáticos en taquilla.

Otro calor distinto, el de la euforia, alcanzó las sienes de la adolescente. ¿Los prismáticos? A ella le daban igual los prismáticos. Ella veía muy bien. Con un poco de suerte, si les tocaba cerca de la pista, la podría llamar, darle la mano, dos besos, tocarla… No tenía lugar apenas para imaginar la posibilidad de que esto ocurriera.

—Ya está —Joana colgó el teléfono—, me ha vuelto a decir que ya han dejado aviso en el acceso que nos tocado para que podamos ir las tres, mañana por la mañana. Bueno, lo que ya sabíamos. Cualquier problema, me ha dicho que le llamemos, pero que no digamos nada de esto a nadie. Es que tenemos derecho por ser familia suya, ¿sabes? Pero está feo decirlo por ahí…

—Muchísimas gracias.

—*Merci* a ti, guapa. Pero mañana hay que salir pronto. Esto es en Vall d'Hebron. Eso casi no es ni Barcelona…

Joana salió de la cocina con una aparente y difusa preocupación. Estíbaliz agarró por las muñecas a Clara y acercó su rostro al de la nueva amiga.

—No te preocupes, que no le he dicho que nos acabamos de conocer. Ah, y si no hay prismáticos te dejo los míos un poco para que puedas verla. Pero, eso sí, esta noche vienes a mi cama y me cuentas bien de dónde sales…

En lugar de difuminarlos, el paso del tiempo consolidaría en Clara los recuerdos de aquella noche: qué pudo ver, y sobre todo escuchar, a oscuras, antes de meterse en la cama. Algo que la helaría por dentro y que daría al recuerdo del viaje ya para siempre un sabor amargo. Recordará también que sería esa la primera vez que dormiría en una habitación individual. La primera que tenía un espacio con una sola cama, un cuarto en el que ni su hermano ni sus primas podrían aparecer de pronto. Quizás el olvido llegó porque la memoria se vería arrastrada por todo lo que ocurrió al día siguiente, cuando a las diez de la mañana entró en el estadio y vio sus dimensiones. Comprendió entonces lo lejos que estaba todo, incapaz de asumir la cantidad tan abrumadora de gente que allí había. En ese momento su entusiasmo se deshizo, porque ella empezó a sentirse pequeña, lejana a sus objetivos. Nunca, ni en las fiestas del barrio, había visto tal muchedumbre. Tampoco en el estadio al que algún domingo había acompañado a su padre y a su hermano, donde con orgullo se pintaban la cara con los colores de su equipo. Pero aquello no era como lo que había conocido hasta entonces, parecía más bien una presa gigante, rebosante. Un vacío en el estómago le comunicó el vértigo ante lo descomunal, ante lo lejos que estaba la arena, ante lo lejos que estaba de todo. Incrédula, empezaba a sospechar que sus esfuerzos le hubieran llevado hasta allí solamente para poder mirarla, si acaso, con unos prismáticos prestados. Era casi como verla por la televisión. Para aquello no hubiera hecho falta escaparse de casa. Tuvo que reprimir el llanto, que se asfixiaba ante la alegría, el alboroto de la multitud.

Cuando allá abajo, en la arena, empezó el partido, se dio cuenta de que sí, de que la alegría es contagiosa. La competición duró setenta y un minutos. Aunque momentos antes hubiera parecido imposible, en ellos Clara se olvidaría de todo.

Polo

Llevo desde que entró en casa intentando quitármelo de encima. Jaime no ayuda, más bien sonríe complacido: lo conozco, y sé que en el fondo se está descojonando. A él también le resulta difícil creer que mi hermano no se percate de mi impaciencia. De mis ganas de salir corriendo y perderle de vista. Pero es que a mi hermano, sencillamente, lo que yo sienta le da igual. Acabamos de salir de casa o, más bien, nos ha sacado él para meternos en un Seat Toledo nuevo.

—¿Y el Ronda?

—El Ronda, a desguazar.

—Tío, ese coche estaba bien.

Mi hermano me sonríe con esa boca estúpida, blanca, que le han colgado de la cara desde que trabaja en el bufete. Se me representa que los estúpidos monos de su corbata han trepado hasta sus orejas para tensarle el rostro y mostrarme esa sonrisa plastificada, de anuncio de televisión, que contrasta al lado de la de Jaime. La de este —aunque también me joda porque nace de su burla hacia mí— es abierta, franca. Conserva ese punto al desgaire y socarrón del halago barato.

—¿Y esta piecita de dónde la has sacado?

Antes de entrar, Jaime posa la mano en el capó del coche, como si fuera la espalda un empleado dócil que ronronea. Por gilipollas tiene que retirarla rápidamente. No hemos llegado al mediodía, pero la pintura del techo ya quema. El sol cae seco, a plomo, sobre nosotros.

Durante las últimas dos semanas se me había olvidado esta sequedad. La piel, en cambio, era lo primero que sentía al despertarme en Barcelona. Brillaba poderosa de sudor, envuelta cada mañana en un salitre aéreo. Pegajosa. Morena sobre la cama blanca, sin deshacer, del apartamento. Húmedos también los calzoncillos, la única prenda que llevaba puesta. El pelo pastoso, pegado a las sienes, y la barba ya áspera, cálida y reluciente. Era tan espeso el aire que la primera tentación del día era meterme en la ducha fría, con la ropa interior puesta. Me afeitaba sin mirarme al espejo, tal era la prisa. Me vestía sin cuidado; daba igual, había llevado mi mejor ropa. A Miguel y a mí no se nos ocurría jamás desayunar. Eso hubiera significado perder mucho tiempo.

A mí no hacía falta que me despertaran. La impaciencia y el calor, con su tacto viscoso sobre mi cuerpo, se encargaban de hacerlo. El cansancio estaba, pero no se le prestaba atención.

—Disculpadme por el carro, eh. En unos seis meses me han dicho que me pasan el catálogo bueno de bugas. Para que elija.

—¿Qué es? ¿Coche de empresa?

Es Jaime quien pregunta. Por eso miro hacia el asiento de atrás. Le busco con sorpresa. Qué poco natural me han sonado estas palabras en la boca de mi amigo, ¿coche de empresa? Nunca le he oído expresiones así.

—Eso es, tronco.

Mi hermano, que parece no acordarse de que hasta hace nada circulaba en un Ronda, contesta. Mira a Jaime por el retrovisor. Me siento fuera de lugar, fuera de la órbita de mi hermano, fuera del coche, pero también —y esto es lo que más me incomoda, lo que casi me duele— fuera del alcance de las palabras de Jaime. No consigo entender en qué momento ha empezado él a hablar de coches de empresa. Él, que ha ido enlazando contratos inestables uno detrás de otro. Siempre acusando ese año de edad que le llevo, siempre un poco por detrás de mí, siempre un poco más inmaduro. Yo le pongo la copa cuando se queda sin pasta, yo le meto en la cama, yo le doy los condones que guardo en la mesilla si él ha pasado de comprar los suyos. Joder, Jaime, si parezco tu novio, y ahora hablas de coches de empresa.

—Me han dicho que de momento me dan este, ya os digo. Cuando vean que funciono en mi nuevo puesto en el bufete, me dan a elegir.

Lo quiere recalcar. Apreciar la escucha en la mirada de Jaime me expulsa todavía más de este coche. El aire de fuera, que resplandece en los filos de las señales de tráfico, me parece ahora cargado de calor, pero más libre que yo. Las paredes de mi estómago se deshacen incómodas, por orden de ese olor a plástico recalentado, al nailon nuevo y brillante de las tapicerías de los coches no muy caros pero presuntuosos. Bajo la ventanilla con la manivela.

—Eso sí, el carro nuevo que pillen, que sea con elevalunas eléctrico. Para que mi hermanito, la estrella de la familia, no se deje el brazo en la manivela.

Alarga su mano derecha para darme un cachete en la nuca. Se la retiro con violencia.

—¿De qué vas tío? Las manos en el volante. —Y recurro al truco de siempre, pero me avergüenzo en cuanto sale de mi boca, ha sonado tremendamente infantil—. Que también soy mayor que tú.

—Bueno, la estrella mediática, cómo se pone.

Reincide con la broma. La sonrisa de Jaime se ensancha y asoma un poco la lengua, lo hace cuando se quiere reír de mí. Al menos ahí está el Jaime de siempre. Continúa:

—Sube la ventanilla, anda, que para algo he puesto el aire acondicionado.

—Paso, tío. Mucho presumes de coche, pero el puto olor a nuevo me está mareando.

—Sí —Jaime abre la boca—, deja la ventanilla abierta. Yo también me estoy mareando.

En Barcelona olía a pólvora. Y no es que proviniera de los petardos —alguno sonaba, los perros se desbocaban con su sonido—, sino que todo era en sí mismo eléctrico. Todo erizaba la piel. Como aquella muchacha. Laia se llamaba, que el segundo día de nuestra estancia allí volvió a aparecer, esta vez guiando a un grupo de japoneses que torpemente intentaban darse aire con abanicos rojos y amarillos. Debían de ser los mismos abanicos que el día anterior habían llenado el Lluís Companys.

—¿No se supone que tú deberías estar preparándote la entrevista? —A Miguel se le escurrían los ojos por el mismo sitio que a mí.

Pero a mí la entrevista ya se me había perdido en las entretelas que la corta falda vaquera de Laia no tenía.

—Déjame, anda, no seas pelma. Prepárate tú los planos, no te jode, que te toca grabar a ti.

—Sí, los que le estás haciendo tú a ese monumento.

Los japoneses caminaban dóciles, sudorosos, tras ella. Intentaban en vano que sus sombreros y pamelas arrojaran sombra sobre su cara. A mí me parecían su séquito.

—Qué poco acostumbrada está la boca del burro a la miel.

—Es la boca del asno, imbécil.

Mi hermano sigue conduciendo con soberbia. Me cuesta creer que él, con lo quejica que ha sido siempre, no se maree ante el olor del salpicadero de plástico grueso, medio gris medio azul, que arde ante nosotros. El pino de fieltro que cuelga del retrovisor interior manda efluvios pesados, sintéticos. Están en dura competición con el aire cargado a aroma de concesionario.

—Ya estamos llegando.

Las calles han cambiado cuando hemos cruzado la Castellana. Ahora son ligeramente más anchas, más rectas. Sin duda alguna, más limpias. El Toledo se mueve seguro, poderoso. Parece haber perdido el miedo a la rozadura. Como si en este barrio los rayones tuvieran más solera.

—El blanco es un color muy sucio.

Como un animal que se asusta, giro la cabeza. ¿Jaime acaba de decir que el blanco es un color muy sucio? Él, que deja reposar la ceniza desprendida del cigarro sobre el vello del pecho. Él, el experto en bajar el vidrio solo cuando se acumulan varias botellas bajo la excusa de que tirarlas de golpe le quita el estrés. Él acaba de decir que

el blanco de este coche es un color sucio. Mi mirada, que ignora deliberadamente porque la intuye, queda interrumpida por un pitido absurdo, ridículamente alto, que empieza a sonar terco en el interior del coche.

Proviene de una especie de maletín cuadrado, rígido, con una agarradera de metal negra. Del conjunto de disparates que este día me dispone, este es el más evidente de todos. El más esperado. La confirmación definitiva de la entrada de mi hermano en el mundo de los estupendos. El otro hijo de mis padres —como le llamaba cuando éramos niños y él todavía no tenía sueños de grandeza, hace no tanto— alarga una mano en dirección al pitido y descuelga. Dice su nombre:

—¡Hola! Soy Laia.

—Y yo Polo, monada, no te preocupes que no nos ha dado tiempo a olvidarnos de ti.

Era imposible no mirar a sus piernas, casi completamente al aire. Quise fantasear con una gota de sudor, salada y animal, que resbalara por la parte interior de sus muslos hacia las rodillas, hacia los tobillos, perdiéndose en la suavidad del arco de su pie. O quizá no fuera de sudor.

La realidad era que, a pesar del calor, sus piernas estaban perfectamente secas.

—¿Qué tal ayer? ¿Os gustó la inauguración?

Lo preguntaba con orgullo, como si la inauguración hubiera sido cosa completamente suya. De una forma u otra todos nos sentíamos así: los barceloneses con los catalanes, los catalanes con el resto de España. Los españoles con Europa. Con nosotros mismos. Como si a nuestro cargo hubieran corrido los niños agitándose de un lado a otro vestidos de pájaros y de flores, la voz de Carreras, de la Caballé, la minuciosa puesta en escena de la Fura. Sus trajes. Aquel barco, aquel monstruo enorme que nos hizo olvidarnos de todo. Excepto del vellocino de oro.

—Preciosa. —Pero no tan carnal la ceremonia como tú, pensé. Y seguí—: ¿Adónde vas con este rebaño?

—Estoy haciendo tiempo con ellos, se supone que nos recoge un autobús y que les voy a enseñar el Park Güell. De camino pasaremos por Casa Batlló, pero me tengo que dar prisa en explicársela, porque la verán sin bajar del autobús. Como no se ponga el semáforo en rojo, no sé cómo lo voy a hacer.

De puta madre lo vas a hacer, monada, de puta madre. Explícame a mí la casa Batlló esta noche. La casa Batlló y lo que tú quieras.

—De puta madre, tío. Ahora le llamo y le digo que el fiscal estará

de nuestra parte… Claro, claro, a ver, nadie va a mirar si tiene el domicilio fiscal en Andorra…, ese país es un gua. Nadie se acuerda de él. Ya estamos demasiado ocupados en España como para mirar allí… No, si te parece miramos a Portugal o a los indios esos que han traído a la expo de Sevilla… Ya te digo, tío… Te tengo que dejar, que tengo un bisnes. Chao.

Tengo la cabeza fuera de la ventanilla. Casi me reconforta el aire cálido y seco del barrio de Salamanca. ¿Qué dice mi hermano de Andorra? Si este no es momento para irse a esquiar; está todo el mundo en Barcelona o en Sevilla.

—Joder, mola cantidad.

—¿El qué?

Mi hermano vuelve a mirar a Jaime a través del retrovisor. Lo hace con el tono autosuficiente, burlón, de quien conoce perfectamente la respuesta pero quiere oírla en voz alta.

—El teléfono, tío.

—Es guay, ¿eh? —Alarga el brazo y lo coge por el asa. Por la forma en la que lo extiende, sin perder la vista de la carretera, debe de pesar—. Píllalo. No andes descolgando, que lo mismo vuelven a llamar. Cuando me cambien de coche me darán también uno móvil de verdad. De esos que caben en el bolsillo.

Jaime lo agarra, lo sube y baja, calibrando su peso. Pulsa alguno de los números y lo devuelve. Tengo la sensación de que mi hermano sonríe como los viejos que enseñan sus dientes de oro. Reduce la velocidad ahora y aparca.

—Oye, a lo mejor tu bus es ese.

Miguel, diligente, le señaló a Laia un autobús inmenso, de dos pisos, que acababa de aparcar cerca de nosotros, en uno de los laterales de la plaza de Catalunya. Ella alargó el cuello y asintió. Su sonrisa era tan brillante, tan pesada, que parecía que iba a caerse y a estrellarse contra el suelo. Pero que ni siquiera así se rompería.

—Ay, jolín. Pues creo que sí. Me voy a tener que llevar a los japoneses allí.

—Y yo, ¿cuándo te voy a poder volver a ver? —Di un rodeo con la mirada antes de enfocarla. Como si me hiciera de rogar—. Quiero decir… verte y que no tengas que llevar o a los japoneses a la Casa Milá o a un autobusero andaluz de vuelta al aeropuerto.

Sonrió otra vez y dejó caer los ojos. Joder, lo que parece gustarle a esta criatura el suelo, pensé.

—Esta noche hay una fiesta en la Trauma. Podéis ir. Tomad.

Se sacó de la mochila dos invitaciones que tenían, cómo no, a Cobi impreso en el envés.

—Si no tenemos mucho curro, nos pasamos a verte.

—Genial, claro. Me piro, vampiro, que los japoneses me llaman.

Sin que su sonrisa ni su mirada llegaran al suelo, Laia se alejó. O más bien la alejaron, porque una marabunta de japoneses la rodeó con avaricia, apropiándosela. Qué coño querrían si no la iban a volver a ver en su puta vida.

—¿Qué trabajo dices que tenemos que acabar para ir esta noche a la fiesta? —Miguel me miraba con cierta preocupación—. Si los recursos los podemos grabar ahora y la entrevista es por la tarde a primera hora. No creo que se tarde demasiado en ir a la Delegación de Hospitalet para mandar a Madrid las piezas… Además, lo podemos hacer desde aquí, desde plaza de Catalunya, con el «Amic» ese, la movida esta de…

—Joder, Miguelito —interrumpí su explicación sobre aquel invento, ni siquiera le miré, mi vista revoloteaba ahora entre el gentío—, a ver si te tengo que enseñar a hacerte desear un poco. Pero vete haciéndote a la idea de que esta noche tú vas a por su amiga.

—¿Qué amiga?

—La que tenga. Yo voy a por Maca.

—Se llama Laia…

—¿Y qué he dicho, Miguelito?

—Has dicho «Maca».

Y me mordí un sentimiento de rabia. Una quemazón irritante que certificaba una vez más que, cuatro años después, no estaba por encima de ella porque seguía surgiendo su nombre a mi boca.

Ahora no me quiero hacer de rogar. Lo que quiero es acabar con mi hermano. Que nos enseñe lo que nos tenga que enseñar y que se largue. Que nos deje tranquilos. Antes de salir de casa supe ver que la sonrisa navegable, entreabierta, de Jaime, estaba acompañada por las finas arrugas que se forman en sus ojos cuando esboza una promesa. Tiene algo preparado para hoy. Probablemente nada del otro mundo. Algo solo para él y para mí. En cualquier caso, algo vulgar, corriente, que se adapte a engrosar la filas informes de las noches y los días memorables. La última vez que vi esa cara —hace ya un par de meses— me metió en el viejo Panda de su padre y condujo del tirón hasta Valencia. No dormimos en dos noches.

Ahora acabamos de aparcar y yo ya les espero fuera del coche, con los brazos cruzados. Espero hasta que veo cómo crece una fina línea, húmeda de sudor, en el contacto de mis brazos con la camisa ancha, negra, con dos grandes franjas naranjas y amarillas a los lados. Era la única limpia que me quedaba esta mañana, en Barcelona, antes de coger el avión. Por fin salen.

—Venga, joder, que me voy a freír en la acera.

—Tranquilo, hermanito, que andaba explicándole a Jaime cómo funciona el teléfono.

No sé desde cuándo me trata como si el hermano mayor fuera él.

—En Barcelona, en los ordenadores que había en el centro de prensa de plaza de Catalunya —puerilmente, intento quedar por encima—, teníamos una cosa, el «Amic», para enviarnos material de unos ordenadores a otros…

El caso es que no me escucha y ahora se adelanta a nosotros, andando a buen ritmo por la acera. Lleva el traje de lino hecho un cristo. Totalmente arrugado. Lo siento, pero se nota que ha empezado a vestirlos hace tan solo unos meses.

—No me he enterado muy bien —tengo a Jaime al lado, observando cómo mi hermano se detiene en un portal—, pero parece ser que funciona como un puto teléfono normal. ¿Qué decías de los ordenadores?

Le miro con sonrisa impostada. Demasiado impostada.

—No me mires así, Polo. Yo no le he pedido que me lo explicara. Ahora subimos rápido, que nos enseñe la choza y nos pegamos el pire. Total, podemos empezar a calentarnos el morro cerca de aquí.

—¿Cerca de aquí? Nos van a chupar las pelas por dos birras.

—Bueno, pues cruzamos la Castellana y empezamos en el Tigre.

Casi me choco con mi hermano. Se ha detenido en un portal grande. Cubierto de mármol. De esos que desde pequeño me huelen a tumba. Habla con un hombre que debe de estar al borde de la jubilación y que sostiene un transistor encendido. Algo dicen en las noticias sobre Filesa. Asiente con placidez y empuña una escoba.

—Entonces entra usted en septiembre. —Tiene la mirada cálida de quien ha cuidado mucho.

—Puede que a finales de agosto. Cuando me dejen los del Banco Atlántico.

Los escucho casi por educación. Entiendo que este hombre va a entrar a formar parte del paisaje cotidiano de mi hermano. Me dan ganas de decirle, en un arrebato estúpido, que aunque no lo parezca él es el pequeño de los dos, que por favor le cuide, que no le deje convertirse en un estúpido. Más aún.

—Mira, este es mi hermano Polo. Lo verás en Navidad, si es que se deja invitar, claro.

—Con mucho gusto.

—Encantado —respondo, siento que la camisa sigue empapándose de sudor, que la frente empieza a serme resbaladiza, que nadie me ha dicho el nombre del portero—. Disculpe, ¿su nombre?

—Braulio.

—Encantado de nuevo, Braulio.

El hombre, gentilmente, se gira y alarga una mano, indicándonos que pasemos.

—Adelante, por favor.

El frío envuelve el portal. El mármol da la frescura de los panteones. Mi piel parece destensarse, como se destensó cuando llamamos a Madrid desde la delegación de la tele en Hospitalet y oímos que, por aquel día, las piezas que enviamos les servían.

—Dicen que especialmente la de Canaletas. No me preguntes por qué. El editor no se ha puesto muy tiquismiquis con la duración.

Miguel rio, divertido con su propia ocurrencia. Habíamos hecho una pieza sobre la preparación de los hospitales para la avalancha de turistas. En Canaletas habíamos grabado a unas inglesas que, de un color rojo que escocía solo con mirarlas, mojaban sus camisetas en la fuente para ponérselas después.

—Van a saturar los hospitales con sus quemaduras. Con esto de la Comunidad Europea, bien podrían pasarles luego la facturita a Londres.

Yo ya no le escuchaba. Solo me preocupaba grabar pronto la entrevista de esa tarde, que sería de nuevo en Barcelona. Después volveríamos a Hospitalet y la enviaríamos a Madrid.

—Entonces esta noche vamos a esa fiesta y antes grabamos la entrevista y la chutamos a Madrid. No tiene un montaje complicado, ¿no?

—No.

—¿Las preguntas las tienes?

—Claro que las tengo, imbécil. Desde la marca de pasta nos la han dado hecha. Esta cría… será un talento y todo lo que tú quieras, pero con veinte años ya tiene pelas para enterrarnos a ti y a mí. Pero oye, que yo no se lo cambio por mi situación.

Miguel me miró por encima de las gafas de sol, con gesto displicente.

—¿Qué dices, tío?

—A esta niña la han tenido en una granja orwelliana desde que era pequeña. No me jodas. Lo que hemos vivido de chinorris los demás ella no lo puede comprar.

—Me vienes ahora con esas…

Pasta para comprar este piso a tocateja seguro que tendría. Más después de haberse llevado el bronce. No como mi hermano, que farda por haber podido juntar el dinero de la entrada y una hipoteca a quince años. A Jaime, cuando entramos, se le cae un silbido de la

boca.

—Di que sí. Partiendo el bacalao. A lo Mario Conde.

Es amplio. Tiene varias habitaciones que mi hermano nos enseña con delectación. Está completamente vacío, pero restos de papeles, de polvo y de pelusa ruedan por el suelo como si lo hubieran sacado todo de forma apresurada. También hay suciedad en los cristales. En un cuarto pequeño, al fondo de la casa, cuyos quicios tienen signos de haber sido forzados en algún momento, descansa un cuadro de cuerpo entero apoyado contra la pared. Está envuelto en papel de burbuja. Parece el retrato de una mujer. Su mirada certera atraviesa el envoltorio. No sé por qué, pero esa pintura no me gusta. Me resulta fiscalizadora.

—El piso era de un marqués, el viudo de esta del cuadro, que debió de ser una actriz. Su hija murió hace tiempo, era de esas que aparecen muertas en los portales. Debió de salir en los periódicos. La madre murió hace un par de años y él se retiró al campo.

—¿Cuántos kilos te han sacado?

Kilos de mierda, me gustaría responder a Jaime, los que va a adelgazar él en el nuevo trabajo.

—Una ganga —gira la cabeza, no quiere dar el precio, sigue hablando mientras salimos ya de ese cuarto—, parece que el marqués quería quitarse el piso de encima y darle el dinero a su hermana. Todo esto me lo contó la de la inmobiliaria, que le encanta hablar. Que, por cierto, menudo polvazo tenía…

—Y da a las dos calles —Jaime y su torpe y nueva obsesión con los datos—, a Hermosilla y a Claudio Coello.

—Si te pones ahí, tienes para plano y contraplano.

—Cojonudo. Oye, Miguel…

—¿Qué?

La luz blanca que entraba por las ventanas nos cegaba los ojos. La entrevista sería en una sala que nos habían reservado en aquel mismo hotel.

—Que a mí no me hace falta que se me vea la cara. Y que si quieres ponerte tú y que grabe yo…

—No te preocupes, que la protagonista es ella.

En la sala del hotel brillaba de fondo una trasera inmensa con el logo de la marca de pasta repetido constantemente. Asegurándose su presencia en pantalla desde cualquier lugar en que grabáramos.

—¿Y cuál es la primera pregunta? Ya por curiosidad…

—Que si está nerviosa.

Tenía cierto rubor. Una especie de sonrojo que me recordaba al oído mi carrera universitaria, mis diez años de experiencia, la

extinción de mi contrato en el mismo momento en que los Juegos se clausuraran a ritmo de rumba. Todo eso, todo el fulgor de las cámaras, de las pantallas, toda mi preparación… para entrevistar a una cría de veinte años. Un talento, sí. Una persona cuyas capacidades y la totalidad de sus esfuerzos han sido dirigidas, canalizadas, hacia esos Juegos Olímpicos. Anulando todas las demás virtudes, atándolas para potenciar aquella en la que sobresalía, al igual que a un paralítico se le atan las extremidades útiles para que consiga mover, con esfuerzo, el índice y el anular de la mano muerta. Mi primera pregunta, sin duda, no hubiera sido si estaba nerviosa.

—Que estos Juegos sean en Barcelona, en tu ciudad, ¿te anima o te pone más presión, más expectativas sobre ti? Eres muy joven…, se espera mucho de ti, ¿eso lo consideras justo?

—¿Qué dices, macho?

—Nada, no digo nada. Lo que me gustaría preguntarle.

Pensaba en alto. Ocurre a veces. La rabia se convierte en algo físico que sube por mi cuerpo. Acaba por cristalizar en una flema roja, candente, que sale por mi boca, verbalizándose. Me pasaba de crío, cuando mi hermano pequeño se llevaba la atención de mis padres. Me pasa ahora, con varios años de carrera, una montaña de contratos bien pagados pero precarios en su duración y también una serie de preguntas prefabricadas cuyas respuestas han sido estudiadas y debatidas por el entorno de la entrevistada y pastas La Familia. Y la gente, admirando. La gente, desde el dueño del quiosco al que van mis padres hasta mi exnovia, todos, admirando que yo estuviera allí. Mi exnovia, encendiendo el televisor y encontrándose mi cara. Que se joda. En Barcelona en 1992. La rabia ante la ignorancia de mi padre, que no había logrado entender por qué había aceptado este trabajo, era tanta, y tan repentina, que seguí hablando solo:

—El momento más importante de su vida tan joven. Ha sido criada y educada para esto desde 1986, cuando se supo que en 1992 esto iba a ocurrir aquí, en su puta ciudad. Que ella iba a tener que estar aquí y que todos tendríamos los ojos puestos sobre ella. Y se acabó. En dos semanas, sea cual sea el resultado, se acabó. Si falla, falló, y no podrá remediarlo. No se lo dirán, pero pasará de promesa a decepción. Si lo hace bien, si se lleva el oro, se acabó también. El momento más importante de su vida se acabó para siempre. Dime, Miguel, ¿a ti te hubiera gustado saber, desde crío, que el momento más importante de tu vida te lo han impuesto, que lo ibas a vivir tan joven y con todo el puto mundo mirándote? Porque tengo treinta y un años y creo que el momento más importante de mi vida no ha llegado aún. No sé si llegará, pero desde luego todavía no lo he vivido. Cuando ella tenga

nuestra edad, habrán pasado más de diez años desde el momento más importante de su vida.

Miguel bajó la cámara de su hombro. Me miraba a mí, pero parecía que sus ojos vieran a través de mi cuerpo.

—Hostia, no lo había visto así…

Nos quedamos en silencio. El aire, su humedad eléctrica, se habían detenido. Parecía mentira que más allá de aquella sala aséptica reinaran el deporte y la alegría.

—Pues no lo vamos a saber. No lo vamos a saber porque no se lo puedo preguntar. Le tengo que preguntar si está nerviosa. Pues claro que lo estará. Estará cagada de miedo, joder. Y va a decir que no.

Nos miramos a la cara, con una mezcla de rabia y pena. De repente nos interesaba de verdad. Queríamos de verdad saber cómo sentía esa niña la presión sobre ella. Era esta una de las ocasiones en que no me ponía en el lugar del espectador, sino que, a la fuerza, el espectador era yo.

—Y si…

Pero un murmullo avanzaba apresurado por los pasillos del hotel. El rumor amenazaba con irrumpir a través de la puerta e inundarnos, sin dar margen al pensamiento. Tan solo a la supervivencia. Negué con la cabeza.

—¿Y si preguntamos fuera de micro?

La puerta de la sala donde estábamos se abrió. Como un niño pillado en falta, Miguel se subió la cámara al hombro. Elvira Vázquez, la responsable de todo aquello, entró arrastrando un torrente de personas. Tras ella también estaban los hermanos, los padres de la muchacha. A ella no se la veía.

—Buenas tardes. Ya estamos aquí.

—Por favor, vámonos de aquí.

El piso de la calle Hermosilla con Claudio Coello me asfixia. Necesito una cerveza, una terraza. La voz de algún extraño resonando en las calles vacías del Madrid de agosto. Mi hermano pide un momento: «¿Qué os creéis, que vamos a estar aquí todo el día?, tengo un mitin que atender», dice. Va al baño, aunque sabemos —porque habíamos oído al portero recordárselo— que el agua está cortada.

Jaime coloca, fraternal, una mano sobre mi hombro. Con la mano libre hace un gesto rápido señalando la puerta. Me está diciendo que nos largamos pronto. Vuelve mi hermano, con movimientos rápidos. Respirando pesadamente.

—Eiiii, que no os he ofrecido, ¿os hace?

Pasa el dedo por el filo de la tarjeta del Banco Atlántico que trae en la mano y me lo acerca a la boca. Tomo su dedo y me lo acerco a los

labios, chupo incluso con lascivia y ahora sí, vámonos, que ya es hora.

Noto cómo se me adormece el paladar. No esperamos al ascensor. Bajamos por la escalera desbocados. Con la rapidez y la sensación de coordinación de este estado acelerado. Y, pim pam, me pongo las gafas de sol en el portal y, pim pam, decimos adiós muy educadamente al portero y, pim pam, acompañamos a mi hermano al coche y abre la puerta y pillo el puto teléfono móvil y, pim pam, pim pam, lo golpeo contra el capó del Toledo y, pim pam, pim pam, pim pam, contra la acera y, pimpam pimpam pimpam pimpam, hasta que, pimpam, me quedo solo con el asa en la mano. Por puto yupi, por puto yupi de mierda, hermanito pequeño.

Pero sé que la coca, cuando la restriegas contra los dientes, no sube tan rápido. Y además ahora no, todavía no va a sonar la música adecuada. Así que cojo la mano de mi hermano y la dirijo hacia su propia boca y él me dice «Joder, hermanito, me quieres y cuidas tanto que ni las sobras me dejas darte. Mirad a ver, que tengo más».

—Yo también tengo lo mío, hermanito.

He mentido. Qué voy a tener. En un arrebato de dignidad, le miento para quitármelo de encima y salir de ahí cuanto antes.

Clara

Podría haber sido aquella la primera vez que Clara viera amanecer. Contemplar cómo la oscuridad se dilataba y hacía hueco a esos rayos de luz que, primero tibios, después más sólidos, hacen flotar el polvo a través de las rendijas de las persianas.

—Va a ser la primera vez que empalme —dijo Clara.

—¿Y qué es eso? —contestó Estíbaliz.

—Pues que te quedas despierta de noche, de fiesta, hasta que se hace de día. Entonces vuelves a casa al día siguiente.

—Eso yo es que nunca lo he hecho —admitió Estíbaliz—. Yo tengo que estar a las once en casa.

Y Clara iba a haber dicho que ella también, pero no lo dijo porque le daba vergüenza, en primer lugar, y porque se le cerraban ya los ojos, por último. Pero esto fue antes de que decidiera volver a su cuarto para dormirse, no ver amanecer y, por lo tanto y en su jerga, no empalmar.

Quizá por eso, momentos antes, por ser aquella la primera vez que dormía en una habitación con una sola cama, cuando apagó la luz, a Clara la congoja le había llenado el cuerpo. Estaba acostumbrada a tener al lado la cama de su hermano, aunque hiciera ya muchos años que estaba vacía. Ayer, a estas horas, pensaba, los nervios no la dejaban dormir. Ella misma se daba pequeños pellizcos, se frotaba los ojos para no perder el autobús que tendría que llevarla a Avenida de América. En su primera noche en Barcelona, por el contrario, de repente notaba su cuerpo agarrotado por el miedo. No entendía por qué, justo antes de apagar la luz, se había sentido poderosa, enérgica, guapa. O en una sola palabra: se había sentido mayor. Había palpado con orgullo su sujetador deportivo, sus bragas lisas, sin aquellos dibujos infantiles, que su madre le solía comprar.

Antes de quedarse a oscuras se había regodeado. Conseguiría ver a Arantxa Sánchez Vicario. La admiraba con la distancia que la primera juventud arroja sobre los recién estrenados adolescentes. Envidiaba su éxito tan temprano, tan indudable, una realidad ya, pero todavía una promesa, una niña aún, pero también una adulta, española y catalana, una mujer que ha despuntado en el universo masculino de sus hermanos. Le fascinaba su cara redonda, dulce, la mirada retadora de quien ha superado todos los obstáculos. Para Clara, Arantxa era la prueba de que el esfuerzo y el sacrificio tienen una recompensa evidente, tanto en el deporte como en la historia de un país, aunque en esto Clara no reparaba. Quizá podría comprar un regalo y tirárselo a la pista: un muñeco o unos llaveros con forma de raqueta de tenis

que había visto. Quizás algo para su perro, Roland. Quería, si fuera posible, poder tender algún lazo más estrecho con su ídolo. Al día siguiente, tras el partido, ya cerraría el billete de vuelta. Le iba a dar igual si le caía la bronca o no al llegar a casa, porque ella ya era mayor. Así se sentía.

Sin embargo, a los pocos segundos de apagar la luz, notó cómo su cuerpo se desinflaba. Sin quererlo, buscó los muñecos con los que un día antes había fingido el bulto de su cuerpo. Necesitaba abrazarlos. Le molestaba el sujetador del mercadillo: una amiga le había explicado que no se lo podía quitar para dormir; en una revista que compraba de tapadillo había leído que, si lo hacía, el pecho se le caería antes de cumplir los veinte. El elástico de las bragas, que tampoco había querido quitarse, le apretaba. Incluso notó cómo la barbilla empezaba a temblarle un poco. Se sentía acogotada. Se sorprendió pensando en esa palabra, «acogotada», que era la que usaba su padre cuando había despidos en la empresa, la que utilizó también su tío, en Cartagena, cuando la primavera pasada amenazaron con cerrar la fábrica en la que trabajaba. Sabía que, aquella vez, había habido protestas.

—Habéis conseguido lo más grande.

Aquella tarde su padre no lloraba, pero estuvo media hora sin soltar el teléfono, gritando de alegría. Su hermano, en Murcia, estaba al otro lado de la línea. Detrás de él también había vítores de alegría. Cuando colgó, su padre les invitó a todos a cenar en El Esquinazo. La que sí lloraba era su madre.

—¿Han conseguido que no cierren la fábrica?

—Con dos cojones mi hermano, sí señor. Sí, señor. Así sí se consiguen las cosas, sin miedo. —Le había secado las lágrimas a su mujer, la había abrazado, la había besado de tal forma en la boca que a Clara le dio pudor—. Pero ya verás, ya verás cómo los periódicos no hablan de esto…

—Ay, mira, me da ya igual eso. Lo importante es que no se van a la calle.

—No se van, no, joder, ni mi hermano ni sus compañeros. Qué cojones le han echado…, quemar el Parlamento de Murcia, ¡con un par!

En la felicidad de ese recuerdo reciente, que no lograba entender, pero que de alguna extraña forma percibía, buscó alegría Clara desde su cama de Barcelona. Pero aquella vez apenas le calaba. El brusco cambio en su ánimo la impulsó a encender de nuevo la luz. Tenía la esperanza de que el cambio se volviera a operar bajo la bombilla encendida. Sin embargo, le pareció de mala educación interrumpir la

oscuridad. Llegó a añorar la futura bronca de sus padres con tal de tenerles cerca. ¿Por qué, si hace unos segundos se sentía como una diosa, ahora se sentía así? Apretó con fuerza los ojos para que soltaran alguna lágrima, ¿por qué, de repente, echaba de menos a sus padres? Para detener aquellos pensamientos, se puso silenciosamente la camiseta y, con mucho cuidado y sin calzarse, fue a la habitación de Estíbaliz, que también estaba en el piso de abajo. Le había prometido que iría a verla. Se lo debía por haberle conseguido las entradas.

Mientras recorría el pasillo se dio cuenta de que aquello era algo con lo que fantaseaba de pequeña. Recorrer la casa a oscuras. Entrar de puntillas en la habitación de su hermano para que le contara esas historias de miedo que él sabía y que llamaba leyendas urbanas. Le hubiera gustado experimentar la sensación de infringir una norma saliendo de su cuarto para poder ir al de él. El miedo de los cuentos se mezclaría con el filo cálido de aquella orden según la cual había que acostarse pronto y no salir de la habitación. Sin embargo, no podría ser así. En su casa tan solo tenía que dar dos pasos para ir de su cama de formica a otra idéntica. No había más habitaciones.

—¿Cuál quieres que te cuente hoy?

—La del niño que pensaba que le lamía la mano el perro, pero en realidad el que se la lamía era el asesino de sus padres.

—Ya… —su hermano se quedaba callado unos segundos—, pero es que me sé una nueva.

—Pero yo prefiero…

—Es que esta nueva… Nada, mejor no te la cuento para no asustarte, porque además pasó de verdad, a un amigo del hijo de Paco, el de El Esquinazo…

Y Clara se lanzaba contra el cuerpo de su hermano casi con violencia.

—No, no, dímelo.

—No te quiero asustar porque conoces al chico al que le pasó. El niño pelirrojo del parque, ¿sabes? Hace mucho que no lo veo. Claro, porque hizo una güija y desde entonces nadie sabe dónde está.

Esa fue la última historia que su hermano le contó, la Navidad anterior, cuando pasó un par de noches en casa. Echaba de menos cuando todavía vivía con ellos y le ponía un colador en la cabeza para decirle que era una superheroína. Cuando se reía de su madre por su manía de chupar con rabia las tapas de los yogures buscando un premio debajo. Se daba cuenta ahora, mientras caminaba de puntillas hasta la habitación de Estíbaliz, de que el deseo de que su hermano volviera no era tal. No lo era porque ella ya era incapaz de reírse de su madre y el colador hacía tiempo que le quedaba ridículamente

pequeño. De repente, lo que quería era volver a tener ocho años para que todo aquello no le resultara demasiado infantil.

—Ya pensaba que no vendrías.

Clara se quedó en la puerta, sin saber en qué dirección moverse: si hacia su habitación de nuevo o hacia la cama de Estíbaliz.

—Menos mal que has cumplido con tu palabra, porque no puedo dormir. Cada vez que cierro los ojos tengo la sensación de que ya estamos en el estadio, pero que estoy sin pantalones, en bragas, ¿no te ha pasado nunca soñar eso, que vas desnuda?

Dijo «en bragas» con la misma descarnada soltura con que su madre mencionaba aquella prenda. Clara llevaba meses pensando que el diminutivo le quitaba vulgaridad. Se recreó en ese pensamiento para ahogar la risa tonta que le producía aquel sueño.

—¿Sin bragas en el estadio?

—No, no, con bragas pero sin pantalones, ¿sabes? Una vez, en la biblioteca de mi barrio, encontré un libro de interpretación de sueños y debe de ser que esto lo sueña mucha gente.

—¿Y qué quiere decir? —Clara dudaba ahora si había soñado eso en algún momento.

—No me acuerdo…

Estíbaliz mentía. Y como si quisiera tapar la mentira se movió a un lado de la cama y le pidió a Clara que se acercara. Ven, súbete, vamos a hablar un rato y no te preocupes, que como mi tía no tiene hijos me lo consiente todo. Y a ti también. Cuéntame a qué colegio vas, que no me lo has dicho, y si tienes novio, ¿tienes novio?

—Venga, Clarita, que te caliento los pies.

—No seas pesado. —Aquella otra noche no tenía ganas de historias de miedo, tenía mucho sueño.

—Ven, y te cuento una cosa que le he visto hacer a mamá en el súper.

Claudicaba siempre, invariablemente.

—Cuéntame.

—¿El qué?

—Lo que le has visto hacer a mamá.

—Si yo no le he visto hacer nada…

Entonces Clara iba a la cama de su hermano y le daba una patada en la rodilla. Él hacía como que se dolía tremendamente. Pues me has hecho daño, tanto que ya no sé qué era lo que te iba a contar. Y entonces Clara preguntaba y preguntaba hasta que creía acorralarle. A veces no sabía si las historias eran inventadas o ciertas, pero se recreaba —igual que él— en el proceso. Esta ocasión había sido el verano anterior, un día en que el viejo coche de su padre, que él había

heredado, le dejó tirado. Le había dado pereza volver a Madrid en transporte público.

—Míralo, qué señorito, que no quiere coger el cercanías.

—Yo es que nací para señorito, sí.

—Pues mira dónde has ido a parar… —Y señalaba con la cabeza en dirección a la terraza de aluminio visto. Qué lista es la jodía, pensaba el hermano, pero no le decía nada—. Entonces, ¿qué le has visto hacer a mamá en el supermercado?

—Pues verás, yo había entrado con el notas del Chino a por algo de beber al Pryca, porque estábamos donde el Turbo y se nos había acabado la priva. Entonces desde el pasillo vi a mamá a lo lejos, ella no me vio. Yo estaba cogiendo unas Matutano.

—¿Pero Matutano-Matutano o de la marca del Pryca?

—Matutano-Matutano. Que yo no soy un cutre. Ya sabes que un día me casaré con una rica heredera. Bueno, entonces vi a mamá en el pasillo de los cereales y el café. Claro, donde el Nescafé…

—Los compró todos, estoy segura.

Y Clara se rio. Y siguió riéndose hasta que se dio cuenta de que lo estaba haciendo sola.

—Peor… —le dijo su hermano—, ¿a que no sabes qué estaba haciendo? Cogía los tarros de Nescafé, miraba a los lados y, cuando se aseguraba de que nadie la veía, arrancaba la etiqueta y se la metía en un bolsillo como si nada. Luego se fue adonde los yogures.

—Te cagas en las bragas —dijo Clara, que solo usaba aquella palabra en esa expresión.

—Sí, pero, bueno, cogió solo dos porque el resto de etiquetas ya estaban arrancadas.

—¿Y eso en el centro de Madrid pasa?, ¿la gente se lleva las etiquetas del Nescafé?

A veces, Clara preguntaba por Madrid de la misma forma en la que había llegado a Barcelona: como si se tratara de un animal mitológico. Sobrevenido a veces. Imposible.

—No, qué va, en el centro de Madrid no pasa.

—Tengo novio —le espetó a Estíbaliz—. Bueno, no es novio, es un rollo. Ya te contaré.

—¿Y es mayor?

—Sí, sí, es mayor. Está aquí, en Barcelona.

Durante aquella noche, Estíbaliz volvió una y otra vez sobre el novio de Clara. Ella improvisaba las mentiras. Fingió por qué no le vería en la ciudad. Engañó cuando le explicó por qué no dormía con él. Sentía que esa figura inexistente, pero con un pie apoyado en la realidad, la hacía mayor a ojos de la recién conocida.

El sueño la salvó de la mentira, porque ahora ya las vencía. Los laberintos de su engaño no le habían hecho olvidarse de una pequeña preocupación —mínima todavía, como un grano de arroz— que se seguía clavando en ella, preguntándole también cómo sería volver. Entrar en casa. Decir que se había ido sin avisar porque era ya mayor. ¿Se sentiría en ese momento así, mayor, o querría correr a abrazar a sus padres?

Ahora el sueño podía con ella, más exhausta por evadir las preguntas de Estíbaliz sobre su novio que por el cansancio físico. Un poco agobiada, y con miedo a perderse algo mientras dormía, abrió la puerta de la habitación de su nueva amiga para volver a la suya.

Fue en ese momento cuando un ruido metálico llegó hasta ellas, encajando en sus oídos con la misma precisión con que encajaba la llave en la cerradura. Clara se quedó congelada, agarrada al quicio de la puerta. ¿No estarían entrando a robar? Quizá quisieran llevarse la perola de Mariscal.

—Será mi tío. ¡Espera a que suba al piso de arriba y luego te vas a tu habitación!

Contuvieron la respiración. La puerta de entrada a la casa se cerró. Clara escuchó el bronco sonido de aquellos pulmones que han fumado mucho. Tanto que el aire pareciera entrar ya sucio en los pulmones. Escuchó también cómo las llaves se dejaban prácticamente caer sobre el mueble de la entrada y cómo el hombre se desvestía y descalzaba a medida que avanzaba por el pasillo. Unos pies calzados solo con calcetines subieron, cansadísimos, por la escalera. Le esperaban arriba.

—Pep, ¿qué hora es? —Sin embargo, una impostada suavidad en la voz parecía apaciguar el ritmo que se intuía en su cuerpo, en la elección descuidada de las palabras.

—Las tres, cariño. La hora de acabar de trabajar. —No pensaba esperar más; como el marinero que ve picarse la mar, recogió velas—. Te he traído un regalo.

Había prisa en la voz masculina por entregar aquello, que más parecía un pasaporte en un país extraño. Silencio. Un papel que se desgarra. Clac. Una caja que se abre.

—Tsch, Clara, sal ahora, venga.

Y Clara, con tiento, como si comprobara la estabilidad del suelo cada vez que apoyaba los pies, salió hacia su cuarto.

—Ay, qué bonito…

—¿Te gusta? Es de Óscar Mariné.

—Cómo no me va a gustar.

Escucha Clara cómo la caja es depositada sobre una mesa. El sonoro chisporroteo de un beso breve. Parece que lo que sea que había en la

caja ha abierto las puertas de ese país cada vez más extranjero.

El tono de su madre era distinto cuando su padre subía de El Esquinazo. Las palabras no eran las mismas, tampoco la respuesta que encontraban.

—Os han echado otra vez, ¿no?

Un suspiro.

—Os han echado porque Paco querría cerrar el bar. Que si es por vosotros, seguís.

—Pero, mujer, que es sábado…

—Y mañana domingo, ¿y qué?

—Que yo llevo un mes trabajando sin parar y ahora que tengo días libres…

—Pues para qué pasarlos con tu familia, claro.

Las palabras no eran las mismas, no. Tampoco las respuestas. Y, sin embargo, escuchando a los tíos de Estíbaliz, Clara notaba un nerviosismo más feroz, un más violento frufrú de las zapatillas sobre el suelo. Aquí parqué, en su casa linóleo. No era el mismo reproche. Lo sabía porque se había parado al pie de las escaleras para escucharlo. Derrotada por la curiosidad.

El mismo beso breve, también, en los labios.

—*Amor meu…, estic agotat.*

—Ay, *clar que* sí. Pero, cuéntame, *que ha dit l'alcalde?*

—Qué va a decir. Lo de siempre. Venga, a dormir.

—Bueno, cariño, a descansar, porque mañana otra vez… —Ahora suspira ella—. En el fondo tengo ganas de que esto acabe para poder irnos al crucero. Por cierto, estuve revisando los folletos y he visto que hay fotógrafos todo el rato por el barco. No hace falta comprar otra cámara.

—Ya hablaremos del crucero…, a ver si es posible ir.

Una conversación absurda, fuera de hora. Y ese silencio.

—Venga… —solía decir su padre—, esta semanita dejamos un día a Clara en el comedor del colegio y nos quedamos tú y yo solos todo el día. Podemos ir a dar una vuelta por Madrid, si te apetece.

Otra vez. El lugar donde vivían no era Madrid. Su hermano siempre le decía que sí, pero no. Que aquello era y no era Madrid. Pero lo cierto es que cuando había ido con sus padres por la Gran Vía el paisaje no se parecía en nada a aquel al que ella estaba acostumbrada.

—¿Cómo que no nos vamos de crucero?

—No he dicho que no, he dicho que lo mismo no es posible. No te pongas estupenda ahora, ¿me has dejado el traje de mañana preparado? El de Toni Miró.

—Te he dejado preparado el de color gris.

—Joder, Joana, te lo dije bien claro antes. Quiero el azul. El azul. El de Toni Miró.

Clara, anclada en el suelo, no llegó a preguntarse por qué no seguía el camino hasta su habitación. La voz había subido tanto a cuenta del traje que se oía desde toda la casa. La misma Estíbaliz debería estarla oyendo. Pero aun así no se podía mover.

—Perdona, no te había…

—Me paso todo el día preocupado por el trabajo. Buscando entradas para mi sobrina y su amiga, y no solo no me lo agradeces, sino que además te equivocas en lo único que te pido. En lo único.

—Cariño, perdona, de verdad, si es que además antes de que llegara Estíbaliz tuve que ir a casa de Lucía a…

—¿Otra vez con tu amiga Lucía? Verdadera obsesión por ella tienes.

Las palabras, de pronto, empezaron a mezclarse con el crujir del parqué del piso superior que, nervioso, acompasaba sus sonidos a las pisadas nerviosas, vacilantes, de Joana.

Hubo quienes no durmieron tampoco aquella noche porque la pasaron al lado del teléfono que estaba fijado a la pared de la cocina. Él había bajado al bar solo para aprovisionarse de tabaco y subir inmediatamente a casa. Ella no se movió.

—Yo no puedo cursar todavía una orden de búsqueda —afirmó el policía—. Si me dicen que falta dinero de su hucha y una mochila, es evidente que se ha ido por su propio pie. Estén tranquilos, volverá.

La primera ausencia que ella notó en el armario fue la chaqueta Kelme que le habían regalado en su último cumpleaños. En medio de la preocupación, de la angustia, de aquel puño incrustado en la boca de su estómago, presionando los pulmones, no pudo evitar que de su boca saliera un:

—Esta hija de puta…

El viejo listín, regalo de bodas de unos vecinos del pueblo, había rizado más los bordes de sus páginas en las últimas horas que en sus ya treinta años de vida. Y la letra C, donde se apuntaban los números de todas las amigas de Clara, había perdido a lo largo del día la consistencia de su tinta negra.

—De verdad, Tina, mi vida, que si sabes algo dínoslo, que no nos vamos a enfadar, que ella tampoco se va a enfadar ni aquí se va a enfadar nadie. Es que estamos muy preocupados.

Las habían localizado a todas. Muchas de ellas pasaban los agostos allí, en el barrio. Con otra contactaron en un hotel de Sevilla, aunque no pudieron hablar con ella hasta la madrugada, cuando volvían de la Expo.

—¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si ha ido a Madrid andando por la cuneta y nos la han atropellado?

—Que no, que no —resoplaba el padre, mezclando las posibilidades que a él se le pasaban por la cabeza con las que se le pasaban a su mujer—, que la niña sabe coger el autobús. O habrá hecho autoestop.

—Mira, mejor que haya hecho autoestop a que haya ido sola. Ojalá.

Se tranquilizaba ella con la idea del autoestop cuando, gracias a un instinto extraño, a un recuerdo sin importancia, pero repetido al borde de las doce de la noche, volvió a llamar a la mejor amiga de su hija.

—Soy yo, la madre de Clara.

—¿Habéis encontrado ya a la niña?

—No, pero ¿me puedes pasar a Tina, por favor? Acabo de recordar una cosa, ya sé que es tarde, pero…

—No te preocupes, mujer, yo te la paso.

Seguía nerviosa, agitadísima, sus músculos al borde del desgarro por la tensión acumulada. En cambio, una extraña certeza amenazaba ahora con poner la situación en otro orden. Ella no quería decírselo todavía a sí misma en voz alta. El recuerdo de una conversación la mantenía alerta:

—Qué perra te ha dado con la hermana de Tina, Clara.

—Es una tía debuten, y quiere estudiar INEF.

—Tú lo que vas a estudiar es una carrera, ya te lo voy diciendo. Así que que no te llene la hermana de nadie la cabeza de pájaros.

—¡Es una carrera, mamá!

—¿Y para qué sirve?

—Para ser profesora de gimnasia.

—Ah —de su mente no se acababa de difuminar la posibilidad de que su hija tuviera algún deseo extraño para su futuro—, no sabía que había carrera para eso.

—Sí, y a ella le gusta mucho el tenis, además.

Así que ahora tiraba del hilo de aquella chaqueta Kelme que se había ido con su hija y se aferraba al teléfono con una ansiedad más nueva, pero también más benevolente.

—Tina, cariño, mira, que seguimos sin saber nada y además ¿sabes qué? Hay una cosa que me extraña mucho.

Silencio.

—Su chaqueta de Kelme. La blanca con franjas de colores, ¿sabes? Esa que dice que no se la dejaría a nadie, ni siquiera a ti, que te lo deja todo.

Y deja otro silencio. Sabe que se trata de manejar los tiempos, de mantener al interlocutor alerta. No hay más espectadora que ella y, si acaso, su marido, que parece que se come el tabaco.

—Tina, ¿tu hermana no sabrá nada? Porque Clara hablaba mucho de ella últimamente, a lo mejor nos puede ayudar.

No le alcanza a subir por la garganta la satisfacción —ni se le decanta desde los ojos—, porque es demasiada la angustia, pero hay un pequeño triunfo en la leve extinción del silencio al otro lado, amenazada por el rumor de un sollozo.

Muchas semanas más tarde, cuando Clara volvió a salir de casa para ir al colegio, Tina no sabría cómo pedirle perdón por haberla delatado. En lugar de hacerlo se concentró en evitar las lágrimas de culpa que se escurrían por sus ojos. Clara no dijo nada. Le dio un abrazo. Estaba ya tranquila porque no tendría que mentir más a sus amigas: en Barcelona, por fin, había ocurrido algo que llevaba tiempo ansiando. Sobre lo que había estado mintiendo en el último año.

Pero de momento Clara no sabía nada de la delación ni del fin de su mentira. Incapaz de moverse, al pie de la escalera de ese dúplex de Gràcia, escuchaba el crujir del suelo, las palabras cada vez más aceleradas de Pep, las que se vestían de excusa, farfulladas, de ella. Para una cosa que te pido. Hoy no, hoy no, lo hablamos mañana, hay una invitada en casa. Me da igual la puta invitada. Ya me da igual hasta el puto traje. Pero te saco el traje que tú querías ahora. Eso ya da igual, no ves que ya me da igual, que lo que pasa es que no me escuchas. Eso no es verdad.

—Déjame en paz, joder.

Y al crujir del parqué lo interrumpe un tumulto que baja, que más bien cae, que más bien es empujado por las escaleras.

Cuando Joana llega abajo y, dolorida, intenta como puede levantar la cabeza, Clara se da cuenta de que desde el piso de arriba un hombre impecablemente vestido la mira violento y respira fuerte y le clava los ojos y pregunta pero esta puta niña qué hace aquí.

Polo

Llevamos aquí sentados desde la hora de comer. Ahora las sombras se alargan y la luz toma ese tono anaranjado que en Madrid advierte de la cercanía de la noche. En algunas de estas horas, pero no sabemos cuántas, se nos ha unido el Juanma, al que hemos visto por casualidad y se ha sentado a tomarse una birra. Al final también dos copas. Lo sabemos porque se ha ido sin pagar y las cuentas no nos salen. Hace todavía tanto calor que no estoy borracho, a pesar de lo bebido, porque he debido de sudar los botellines que sin sentir me he ido metiendo. Echamos el cálculo de las horas que llevamos en esta terraza. Más de seis.

—¿Y qué, no te has ligado a ninguna en Barcelona?

—Bueno, ha habido de todo…

No digo más. Callo. Me duele el orgullo. Tomo aire y espero, espero a que Jaime se dé cuenta de que no quiero hablar de eso.

—Colega…, a ver si esta noche espabilas, ¿eh?

—Voy servido, Jaime…

—Lo sé, pero…

Sé en lo que piensa. Sé en quién piensa. Que desde Maca no he tenido nada serio. Que va para cuatro años ya. Muchos. Demasiados años, está pensando.

Pero, como me conoce como nadie, ve mi cara. Cambia el gesto. Está a tiempo.

—Habrá que moverse.

En el rostro de Jaime se abre ahora una sonrisa demasiado horizontal, como las de los reptiles. Trama algo, lo que sea que lleve imaginando todo el día.

—¿Quieres alargar la noche porque me vas a llevar al Alien?

Niega con la cabeza sin perder el gesto. Repite:

—Habrá que moverse.

Miguel estaba preparado, esperando en su habitación a que yo diera la orden de irnos. Impaciente como un perro. Todos lo estábamos. Bajamos de nuevo por las escaleras, no queríamos perder ni un segundo esperando al ascensor. Olíamos los dos a espuma de afeitar. Al pasar por delante de un bar acristalado, nos dimos cuenta de que ahí estaba yo: en la tele.

—Lo que es bueno para Barcelona…

Una pieza que habíamos enviado a Madrid. Habíamos utilizado unas grabaciones de archivo cedidas por TV3.

—… es bueno para Cataluña…

Nadie miraba a la tele, para qué, si la noticia les rodeaba.

—… y lo que es bueno para Cataluña…

Y claro que sí, que fuera de Barcelona el resto de España nos miraba.

—… es bueno para España.

Y también miraba el resto del mundo. O alguien nos miraría, quería pensar. Aunque los cabrones de Televisión Española habían puesto todas las emisiones de La 2, veinticuatro horas al día, a disposición de los Juegos Olímpicos. A pesar de eso, quería creer que alguien nos observaba a nosotros, a los de la privada, aquella cadena que me daría de comer al menos hasta la clausura de los Juegos. Quizás algún colgado estuviera viendo aquella pieza de archivo sobre lo que dijo Maragall el día en que Barcelona se convertía en ciudad olímpica.

—Ei, tío, tío, ¡nuestra pieza!

—Venga, Miguel, que eres una estrellita; tira, que no llegamos.

Y qué más te dará, si seguro que está todo el mundo con la pública. Con la cadena de González.

—Espérame, que corres más que Indurain. Oye, ¿te confirmaron cuándo sale la entrevista?

—Más tarde, al final del informativo.

Esa mierda de entrevista, pensé.

De los balcones colgaban banderas de Cataluña. Imposible encontrar un taxi. Venga, vamos un rato andando, le dije, tampoco pasa nada si nos hacemos de rogar.

—Y tú, ahora, ¿cómo piensas venir hasta aquí, eh? Dónde me decías que os habíais pillado el piso, ¿en avenida de la Paz?

A Jaime parecen hundírsele los ojos, como si recordara de repente su mudanza. A mí, desde luego, también se me había ido olvidando. Pero acabo de caer en la cuenta de que no sé cómo vendrá ahora Jaime a Madrid desde tan lejos.

—No, no es en avenida de la Paz. Es en Arturo Soria. Y antes de que digas nada: eso es también Madrid, aunque no sea el centro.

Suelto una carcajada algo impostada. Suspiro. Pongo los ojos en blanco. No sé si debería estar aquí, botellín de Mahou tras botellín, gastando pasta, ¿cómo cojones voy a pagar ahora el alquiler yo solo?

—Vamos a ver, tío. Toda tu vida renegando de las afueras. Te vienes a vivir al centro, a tomar por culo de tus padres y a un barrio lleno de yonkis con tal de estar cerca de todo y, de repente, te piras con tu pava a vivir a Arturo Soria.

En los ojos de Jaime veo miedo. Un miedo nuevo que yo no conocía. Su mirada se hace pequeña, como la de un crío. Manosea una servilleta entre los dedos. No hace la bromita infantil y básica con la que cierra el ritual de siempre antes de levantarse de una mesa:

doblarla hasta que en el texto del envés se pueda leer «Gracias puta».

—Gracias, puta.

—Jaime, es que no entiendo. Yo sé que era algo que ella te había pedido, pero hace un mes no estabas por la labor.

—Es más cómodo, tío. Y ahora más, que voy a estar con el traje para arriba y para abajo todo el día. Y las oficinas no quedan lejos de allí.

Me río otra vez. Ahora, abiertamente.

—Te has convertido en un señor con traje.

Los señores con traje no paseaban por todas las calles de Barcelona. Ellos eran más de chófer, de bajada de bandera, de «por la Diagonal» en un intento vano de enmendar la picaresca de los taxistas que saltaban de rodeo en rodeo y de atasco en atasco. Cuando llegamos a la Trauma, el ambiente que había allí dentro no distaba demasiado del que había en la calle. La música era más alta, eso sí.

Hu-ha.

Eso no era bailar, era dar saltos de pura euforia. Concentrarse en los movimientos de la base electrónica como en un credo que se repite hasta el infinito. Hasta los típicos tíos que miraban babosos tras las columnas, los pardillos, se animaban. También se unían las chicas tímidas que esperan a que algo o alguien les saque de la barra.

Chiquitan chiquititan tantan.

—Tío, no sé cómo vamos a encontrar a Laia aquí —dijo Miguel.

Giré el cuello lentamente. Creo que le miré un poco por encima del hombro.

—A Laia la busco yo solito. Tú no te preocupes, seguro que tiene amigas.

Más que hablar había que gritar, pero tenía la sensación de que no más de lo que lo hacíamos en la calle.

Que tu pan pan que tu pan que tepe tepe.

La diferencia era que allí la música rebotaba, nerviosa, contra todos nosotros.

—Mírala, allí está. Anda, Miguel, por qué no vas a pedir. Tráeme un Larios-Cola.

—Qué morro tienes.

Casi me enfadó su respuesta. Así que le puse una mano en el hombro y articulé las palabras mágicas que redimen a los capullos como yo, que no tenemos razón y lo sabemos: «Por favor».

Pan pan pan que tun pan que pen.

No me lo quise decir a mí mismo, pero en el fondo tenía miedo, miedo a que Miguel me quitara a Laia. Un miedo absurdo, irracional, si este pardillo no se entera de nada, no se come un colín, no se sabe

hacer de rogar. Miedo, al fin y al cabo.

—Ei.

Ella no me vio al llegar, tan ocupada como estaba en que se le dislocara el cuello bailando, moviendo su media melena negra al aire, como si quisiera esparcir su olor. La amiga con la que bailaba, y que estaba frente a mí, le hizo un gesto con la cara, un *eiesetiotemira.* Ella se giró, sin parar de moverse. Y otra vez: Hu-ha.

Llevaba un sujetador negro. Lo recuerdo con nitidez. Los bordes de su encaje, la textura imaginada, suave, presionando su pecho porque se lo había ajustado un poco de más. Encima una chaqueta, un chal, una blusa, no sé cómo definirla, negra también y semitransparente, completamente abierta, que le llegaba hasta las rodillas. Mostraba más que ocultaba. Y un short alto, negro por supuesto, que ceñía a la altura del ombligo y que no llegaba ni a la mitad del muslo. Me sobraron dos segundos para obsesionarme con la tira del sujetador que unía las dos cuencas de sus pechos.

—Tanto traje…, tío, te va a asfixiar la corbata.

—Hostia, que no se me olvide, enséñame a hacerme el nudo.

—¿Otra vez? ¿Y de dónde sacamos una corbata ahora?

Jaime saca del bolsillo una corbata ancha, llena de colores oscuros. Morado, amarillo, naranja. Parecen los trazos gruesos de uno de esos cuadros que pudiera pintar un niño. Me levanto de la silla como por resorte.

—¿De dónde la has sacado?

—Del bolsillo.

Este tío es gilipollas. Me río, primero me río. Le digo a él que me río por no llorar. Me enciendo un cigarro. No tira, huele a quemado. Ahora se ríe él.

—¡Mecagüendiós!

Me lo había puesto del revés. Me arranco el pitillo de la boca y lo tiro con rabia. Era el penúltimo. Me alarga Jaime la caja de BN.

—Que no, que peino de los cigarros de tía. Me queda uno todavía.

Lo coge él de mi cajetilla. La cerveza le hace estar más relajado, porque me lo pone en los labios. Lo enciendo y él separa sus dedos de mí. Me trago el humo concentrándome en cómo baja por la garganta, cómo llena y ensancha mis pulmones. A veces no entiendo que esto pueda ser malo.

—Venga, Polo, en serio, enséñame otra vez a atarme esto, antes de que se haga de noche y se nos vaya de las manos.

Nadie va a fijarse en lo que está a punto de ocurrir: dos tíos de treinta años de pie en una terraza, uno enseñando al otro a hacerse el nudo de la corbata, colocándose como tantas otras veces, en la

intimidad de su casa, frente a un espejo. Pero ahora no hay espejo, tenemos que imaginarnos su reflejo, y yo imaginarme una vez más que me hago el nudo a mí, cuando es a él al que se lo hago. Pero Madrid tiene estas cosas: ni ante semejante absurdez alguien va a mirar. Menos mal.

Le pido que se ponga de pie, ahí, en medio de las mesas y las sillas de plástico. Que me dé la espalda. Solo sé hacerle el nudo de la corbata a otra persona si se coloca pegado a mí, como si fuera a abrazarle la cintura, para repetir los mismos movimientos que haría si el nudo fuera para mi cuello.

—A ver, lo primero…

Muevo el cigarro a la comisura del labio. Se me va a caer.

—… como encima se me caiga el cigarro, te voy a matar.

Con los brazos hago los movimientos precisos que requiere una corbata. Le hago el nudo. Lo deshago y lo repito. Sin cambiar de postura, otra vez lo deshago y, como se haría con un niño pequeño, le digo que otra vez. Pero que ahora lo repita él.

Coloco las manos cerca de las suyas, amparándolas como quien da cobijo a alguien para que prenda un mechero en una tarde de viento. Sigo sus movimientos, apenas tocando el dorso de sus dedos. No le sale mal. La parte delantera algo más larga de lo que debiera. Lo sé porque con su espalda pegada a mi pecho deslizo la tira de seda entre mis dedos índice y anular.

—Repítelo.

No separo mis manos de las suyas. Ahora miro por encima de su hombro. Me roza la sombra de su barba, que empieza a teñir de azul su cara. La tibieza de la tarde de agosto nos rodea y el sudor humedece el labio superior de Jaime. Mi cigarro colgado al otro lado. Huelo los restos de su loción para después del afeitado. La textura áspera, reconfortante, de la piel de su cara.

—Muy bien.

Hago resbalar de nuevo la corbata entre mis dedos, lentamente. Mi dedo anular en su cuello, mi dedo índice contra su abdomen. Respiro su humedad. Su pelo, que huele a verano. Me despido del roce de su mejilla contra la mía. Nunca he sabido, nunca le he preguntado, qué se le pasa a él por la cabeza cuando estamos tan cerca.

—Quita —le digo rápidamente—, que parecemos maricones.

Y se ríe, se descojona en mi cara, como siempre quitándole importancia.

Solo un maricón podría no fijarse, joder, ya puedo espabilar o me la quitarán. Por efecto de las luces de la Trauma, la veía acercarse intermitentemente. Laia aparece y desaparece ante los flashes. En los

instantes de oscuridad me pierdo partes brevísimas de su movimiento. Tan desacostumbrado estaba a esa luz en la ebriedad que, sobrio, llegué a marearme un poco.

—Ei —saluda.

Fascinante. Seguro que entrando así conseguía llevármela a la cama.

—¡Hola! Qué bien verte sin trabajar. Y tan guapa…

Miguel, con los dos cubatas en la mano, se me adelantaba. Qué hijo de puta. Su frase de saludo, tan simple, tan obvia, desarboló en dos segundos toda mi seguridad. Se desmoronó levantando una polvareda.

—Muchas gracias, tú también estás muy guapo. —Y no, no me miraba a mí—. Mirad, os presento a mi amiga Neus.

La Neus, como ella la llamaba, estaba buena, pero a mí no me valía. Yo la quería a ella, para eso había venido. Usé un repertorio básico, pero que me vendría bien para arrancar: —Pues qué bien haber venido. Nosotros no hemos parado de currar. Todo el día para arriba y para abajo y no dejaban de pedirnos cosas. Desde Madrid, ya sabes.

—Cómo sois los de *Madrit*. —Esta, la Neus, que tenía un gesto entre divertido y displicente. Todo daba igual aquellos días.

—Estos son los chicos que conocí en el autobús. Oye, por cierto, que al final no me habéis contado qué venís a hacer aquí. De todo lo que se puede hacer, claro…

A la Neus se le cayó la displicencia con la misma facilidad con que a mí se me hubiera caído la ropa.

—¿Estos son los de «lo nuestro»?

—Sí, los que no me acaban de contar qué es «lo suyo», ¿verdad?

Pero «lo nuestro» había cambiado ya. Para mí, desde la entrevista de aquella tarde, era ya otra cosa.

—No me jodas que llevabas todo el día con la corbata encima, tío.

Jaime se descojona. Después vuelve a repetirse el nudo tres veces, ya sentado. Enrolla cuidadosamente la tira de seda y la guarda en el bolsillo.

—La primera que he pillado.

Pero ¿cómo que la primera?, se me ocurre preguntarle. Si tú no tienes corbatas, querría decirle. ¿Ahora resulta que tienes más de una?

—Joder, tron, te va a dar mi hermano el carnet de guay —le digo.

Se ríe, pero hay algo que se me oculta de su risa. Un ángulo muerto que no me deja ver, un secreto que esconde con cuidado, ocultándome sus ojos mientras alarga la mano y revisa la cuenta y pregunta en voz alta «a ver qué hemos roto» y saca dos o tres talegos y dice que invita él porque él no es un pesetero como esos catalanes que por primera

vez se han llevado la Copa de Europa. Me callo ahora mientras entrecierro los ojos, como el miope que ha olvidado las gafas. Siento de algún modo que yo, tan agudo como me considero, soy el que las ha olvidado. Hay una oquedad que sí intuyo. Pero está llena de algún motivo que no distingo.

—¿Pero vas a invitar de verdad?

Me mira fingiendo sorpresa. Levanta las cejas, se enciende otro cigarro. Está fumando mucho hoy.

—¿Qué pasa? A ver si no puedo invitar a mi mejor amigo…

Nunca le había oído utilizar esa expresión. «Mi mejor amigo». Sonrío por dentro, pero apenas comienzo a esbozar esa sonrisa siento un clavo dentro. Una extrañeza que va más allá de su mudanza y que vuelve a manifestarse en su invitación.

—Solo a mi mejor amigo —aunque aquella mañana en Barcelona sí me refería a Jaime como mi mejor amigo— le consiento que se acueste con la pava que me gusta a mí. Pero porque ya le he levantado yo a alguna otras veces…

Era una exageración. Quería que notara que lo llevaba con humor. A pesar de haberme ido a la cama solo y de haber dormido oyendo los golpes de su cabecero contra la pared que separaba nuestras habitaciones.

Aquella mañana sí le esperaba en una terraza. Una resaca atroz, dura como adoquín, se me había instalado tras los ojos. Las gafas de sol pegadas a mis cejas. Meterme en la ducha había sido una tortura. Miguel, en cambio, había aparecido con unas ojeras espesas, pero por la expresión de sus ojos parecía no dolerle demasiado la cabeza. Lo que más me jodía era que había dormido mucho menos que yo.

—Podrías haber bajado a la Barceloneta a bañarte. El agua del mar quita las resacas.

—Bájate tú ahora al mar, no te jode.

Hasta el zumo de naranja me sabía a ginebra.

—A mí no me hace falta bajar para quitarme la resaca. La he sudado.

—Cabrón…

La noche anterior yo ya había claudicado ante Laia tras dedicarle mil gracias, mil chistes. Le había hecho una pajarita, a la luz de los estrobos del local, con una servilleta de papel mientras Miguel pedía la última. Cuando me giré vi que mi compañero olvidaba el cubata lleno en una repisa para lanzarse, vacío de miedo, a los labios de aquella Neus que, sin remordimiento, había dejado su firma en forma de moratón en su cuello.

—¿Qué nos piden hoy de Madrit?

Ahora él imitaba el acento de los barceloneses.

—Un coñazo. Un reportaje sobre el trabajo de los Mossos durante estos días. Si hay conflictos, lo bien que lo harán. Si no los hay, lo bien preparados que están. Prefieren este último enfoque.

—Dime que lo ventilamos pronto.

—Lo de siempre. Cuanto antes empecemos, antes lo mandamos a Madrid.

—Y por la tarde…

Miguel me interrumpió. Pensé que él lo había olvidado. Que la obsesión era solo mía. Pero no.

—… por la tarde he visto que la marca de pasta organiza un evento en un garito que se llama Up&Down. Y que ella va a estar allí. Tendremos que ir pronto, mañana juega el primer partido y no creo que la dejen quedarse mucho. ¿Nos llevamos la cámara? Hoy la cámara te toca a ti. La verdad es que en la cuestión de la cámara no había reparado. No nos iban a dejar grabarlo. A ella a lo mejor la engañábamos, pero por la televisión no nos iban a permitir emitir nada que no estuviera pactado. Eso era así. A nosotros nos pagaban porque pastas La Familia pagaba a su vez a esta nueva cadena privada para hacer bombo de su patrocinada, que transmitía la imagen de la juventud, del éxito, incluso en aquellas fotografías de ella comiendo espaguetis. En el caso de que lográramos hablar con ella a solas, aquella entrevista que yo proyectaba en mi mente se iba a quedar ahí. Con la pregunta de Miguel me di cuenta de que las que yo tenía pensadas para ella se quedarían entre nosotros: cómo llevas la presión; tienes que estar nerviosísima porque se han pasado años hablándote de esto; cómo te educaste, lejos de tus padres, en un centro de alto rendimiento alemán en Marbella, en tu país pero lejos de tu casa, en tu país pero sin tu idioma, sin tus amigos, rodeada de exigencia y de competidoras; qué haces siendo tan joven con todo el dinero que ganas; y después de esto qué, qué hay después de esto si tú ya has ganado un Roland Garros siendo menor de edad. Esto, estas preguntas que son sinceras porque yo ansiaba la respuesta, se había convertido en lo nuestro. En lo que me hubiera gustado contestarle a Laia que hacíamos en Barcelona. En algo que obviaríamos al público. En algo personal.

—No nos van a dejar emitirla, no vamos a llevar la cámara —a veces lo personal también queremos que permanezca—, nos llevamos la grabadora, por si acaso.

Miguel me miró. Suspiró. Puso los ojos en blanco y se cubrió la cara con las manos, arrastrándolas por la piel como si así se arrancara el sueño. Sacó un talego de la cartera.

—A esta invito yo.

—Pero qué fantasma eres…

Odio que me inviten, suelo intuir que la mayor parte de las veces se hace porque hay un sentimiento de culpa. Miguel, por haber follado cuando yo no follaba. Jaime, porque oculta algo, porque hay algo que no soy capaz de ver pero que sé que está ahí. No solo en la invitación. También en su mudanza sorpresiva, en su nuevo trabajo. En el nudo de la corbata.

—Jaime.

—Qué.

—Que si con el sueldo que te pongan te vas a poder pagar ya tú solito el abono de la ópera o te lo van a seguir regalando.

Agarra los brazos de la silla y respira hondo. No le ha gustado nada la bromita. Hace dos años, el seis de enero, llegó de comer en casa de sus suegros más borracho de lo recomendable, pero menos de lo que le gustaría: —La he cagado, tío, menuda movida…

Para él la movida era que no había comprado regalos para sus suegros. Para mí, que estos le habían regalado un abono para la ópera. Me tuvo que oír la carcajada todo el vecindario.

—¿Pero desde cuando te mola a ti la ópera?

—Bueno, alguna vez… alguna vez los he acompañado… ¿Qué iba a hacer si me lo habían pedido ellos?

Miraba resignado el abono. Además, habría costado una pasta, me decía. No faltó a ninguna representación de la temporada.

Pero ahora mi broma no le gusta. Respira y aguanta la embestida. No quiere discutir. Tampoco me mira a la cara. Está incómodo y empieza a palpar la mesa. Tiene la vista en el suelo y no la levanta.

—Dame un cigarro —le pido—. Ahora pillo yo más.

Me lo alarga y solo levanta la mirada para darme fuego. Me roza brevemente los ojos con los suyos. Cuando suspiro, el humo, ese humo de cartón piedra, entra en mi pecho y me arrepiento de haberle pedido tabaco.

—¡El puto BN! Se me había olvidado, ¿me puedes explicar por qué tienes esta mierda de tabaco?

—No es mío. A ver, que se lo pillé mi piba, que dormí con ella y no había otro por casa.

—¿Y desde cuándo fuma tu novia tabaco de embarazada?

Lo pregunto sin pensarlo. Pero es ahora, al cerrar la interrogación, cuando me doy cuenta. Tú también te has dado cuenta de que entre los labios tengo la respuesta. Jaime calla. Levanta la vista. Ahora sí.

—A ver, Polo, vamos a seguir haciéndolo todo igual…

Su respuesta finge ser la de quien consuela a un niño de una herida

en la rodilla. Me ofende. Es tan infantil como ese niño, como ese consuelo. Porque esto no es una herida en la rodilla.

No soy capaz de mirarle.

—¿Qué dices, tío? —pregunto con los ojos clavados en el suelo.

—Ya lo sabes. Ya sabes lo que he dicho.

—No. Es que no lo has dicho. Es que no has dicho nada.

El camarero llega. Cobra rápido, parece que intuye que ha llegado en mal momento. Se va y Jaime sigue callado.

—¿Pero tú lo quieres?

—Lo quiere ella… y bueno. En algún momento tenía que llegar. Es lo natural, ¿no?

Pero existen los condones, le digo, el DIU, la marcha atrás…

—Fue una marchatrás, Polo.

Existe el aborto, le digo. Me levanto y le agarro del brazo. Esto es muy serio, grito, esto es para toda la vida. La gente empieza a mirarme. No me jodas que lo quieres tener porque lo quiere ella. Te ha pillado. Te ha hipotecado pero bien con ese piso que fijo que os ha puesto su padre. Te ha atado con corbatas y tú no lo ves. Todo esto le digo mientras tiro de él, mientras me lo llevo arriba, a la glorieta de Alonso Martínez. Tiro tanto que siento que si volviera la vista solo vería su brazo detrás de mí, en mi mano, y a él allí atrás, sentado en la terraza, manco y despistado. Sin un brazo y con un hijo. Pero no, sigue conmigo, y he llegado al cajero de la glorieta, y saco la tarjeta y retiro una cantidad enorme, absurda de dinero en billetes de cinco, de diez mil pesetas.

—¿Ves esto, Jaime? Pues coges esto y os vais a la Dator y que aborte.

Y le meto los billetes en el bolsillo de la camisa. En los de los pantalones. En la boca.

—¡Y no tengas hijos porque ella quiere, panoli!

El grito es tal que me mira toda la glorieta.

Mi silencio, sentado en la mesa de la terraza, es escandaloso. Mi inmovilidad, tan inmensa que me mira todo el mundo.

Clara

Todavía quedaba largo rato para que llegara la hora en la que su madre, en Madrid, irrumpiera en la habitación. La destaparía, abriría ventanas y pasaría el aspirador. Y es que eran solo las siete de la mañana, pero los nervios ya la dominaban; ¿debería llamar a casa y, al menos, decir que estaba bien? Desde luego no era este el estado de ánimo que habría vaticinado. Pesimista. Guardaba pocas esperanzas de que pudiera cambiar, de que —de pronto— volviera a sentirse poderosa, libre, capaz. Pero era quizás aquella libertad de estar por primera vez sola, fuera de casa de sus padres, la que la atenazaba. La que la llevaba a querer dormir más, a volver a cerrar los ojos y desaparecer. Era eso. Pero no era solo eso.

Sabía que debían madrugar, pero por educación prefirió esperar en la cama. Era todavía demasiado pronto. Había oído salir a Pep, pero, aunque no sabía por qué, le daba más miedo encontrarse con Joana. Escuchaba atenta, esperando oír la puerta de Estíbaliz abrirse para salir también ella de la habitación. Si salía con ella no le dirían nada. No debería separarse de ella. Pero Estíbaliz no salía. Al otro lado de la puerta, tan solo el cuidadoso caminar de la tía, en zapatillas de andar por casa, a través del pasillo.

Había dormido poco. Se notaba hinchada y, como en una premonición de los colores densos que la empaparían, había soñado con el grana y oro de las dos banderas. Se mezclaban, se ensanchaban, se estrechaban. Se repetían y se entretejían con otra culpa: la de haber visto lo que no debería haber visto. Una culpa tan grande que cubría con holgura la de haber salido sin avisar de casa de sus padres.

Muy pronto oyó los pasos y la voz de Estíbaliz por el pasillo. Susurraba: «No podemos tardar, a ver si se levanta Clara».

Buscando parapetarse tras su amiga, Clara saltó de la cama. Al abrir la puerta del cuarto de invitados, fingió un bostezo.

—¡Qué casualidad! —La voz de Estíbaliz sonaba forzada—. ¡Nos hemos despertado a la vez!

A ella no la engañaba, pensó Clara. Por fuerza tenía que haber escuchado lo que había ocurrido la noche anterior. Aquello tenía que haberle quitado el sueño y mantenido toda la noche en vela.

—Buenos días, nenas, ¿habéis descansado?

Joana estaba en bata, pero maquillada. Cojeaba ligeramente. Sonreía.

—Vete a tu puta cama. ¡Y mañana hablamos! ¿Qué hace esta niña levantada, Joana?

—Nena, ves a la cama. Habrá ido al baño, Pep. Mañana hablamos,

Clara.

Como si le soltaran un lastre de los pies, Clara regresó a su cama rápido, sin perder de vista el suelo. El calor no impidió que se tapara hasta los ojos con la sábana. Notaba el pecho enfangado. Insectos en las articulaciones.

Ahora el desayuno esperaba, paciente y ya preparado, sobre la mesa. Había pan cortado para entrar en la tostadora, zumo en una jarra, una fuente de cruasanes, una tarrina de mantequilla y otra de mermelada…, y sobre todo aquello, presidiendo la mesa, estaba el capricho insatisfecho de todos los veranos.

Cada año, al finalizar el curso, lo pedía con ansia. Siempre se lo negaban. Hacía unas cuantas Navidades —cuando todavía creía— la había llegado a incluir en la carta a los Reyes Magos, pero ni con esas logró hacerse con una. Sus primos, en Cartagena, tenían una heredada, un modelo antiguo. Pero daba igual que fuera vieja. Cuando iba a verlos en verano, se turnaban para utilizarla. La mayor parte de las veces, la conmiseración de la clase media, se la dejaban.

—Dejad a Clara, que ella no tiene.

Se la había pedido también a su hermano, por si le pudiera conseguir una, y le hubiera pedido a sus amigas que le pasaran las viejas, las de veranos anteriores, de no darle una vergüenza tremenda. La cuestión es que nunca, jamás, la había conseguido.

—¿Pero no ves que el ColaCao que a ti te gusta es de otra marca? Además, para la Baticao hay que comprar la caja grande, y ya me dirás tú lo que nos duraría. Se caducaría.

Toda esa avalancha de deseo, pequeño pero repetido constantemente, se le vino encima al ver el último modelo de la Baticao, el de aquel verano, sobre la mesa. Estíbaliz ya lo tenía entre las manos y se disponía a accionar el tirador que agitaba la leche.

—Empiezo yo y luego te dejo, ¿vale?

Clara asintió con avidez.

—Porfa, consígueme una —le decía a su hermano cada mes de julio, con insistencia infantil, vestigio de los deseos no cumplidos—, que ningún verano la tengo.

—Pero si el cacao que a ti te gusta es el otro.

El verano que oyó también a su hermano decir eso, Clara frunció el ceño y se rebeló.

—No es que no me guste otro, es que ese es el que compra mamá, que me dice que siempre se le olvida comprar ColaCao-ColaCao.

Su hermano respondía con un silencio grave, de quien no encuentra respuesta. Cambiaba de tema con rapidez experta. Lo que nunca conoció Clara fue su enfado a finales del último verano.

—Y este trasto, ¿qué hace aquí? —preguntó señalando una coctelera vieja que su madre había encontrado al fondo del aparador del salón.

—Pues nada, no hace nada, porque tu hermana es una señorita. Así que, si quieres ese trasto, te lo llevas.

Estaba su hermano de visita en casa antes de irse de vacaciones a Valencia, y acababa de descubrir la coctelera sobre la encimera de la cocina.

—No me digas que a mi hermana pequeña le ha dado por hacer un Sex on the Beach.

Su madre, sin avisar, le soltó una colleja.

—No digas guarradas. Tu hermana es una niña.

Él se rio, pero la alegría se le fue extinguiendo según escuchaba a su madre, que había comenzado a explicarse con una mezcla de cabreo y estupor.

—Estaba haciendo limpieza de los armarios del salón y ahí estaba, en el fondo de uno, muerta de risa. Total, que la iba a tirar, no sé de dónde sale ese cacharro, ya ves lo que lo hemos usado, y me acordé de la manía que tiene Clara con la Baticao. Así que le di la coctelera para que se batiera ella el ColaCao ahí, en la coctelera…

—Pero mamá…

—¿Qué pasa? ¿Me vas a venir tú también con lo de tu padre?

—¿Tú no te das cuenta de que lo que quiere mi hermana es…?

Y discutieron, claro. Ella apenas agachó la cabeza al final, consciente de que hacía ya varios años que su hijo le sacaba una. A pesar del gesto, no reculó.

—Pues lo mismo es. El resultado es el mismo. —Agarró la coctelera —. Toma, te la llevas tú, por aquí en medio no la quiero ver.

Se la llevó a Valencia y quedó olvidada en un párking a la entrada de la Spook Factory. Ya nadie se acordaba de la coctelera, nadie excepto Clara, que ahora agitaba la Baticao hasta que la espuma amenazó con reventarla.

Mientras tanto, Joana miraba a las niñas, entusiasmadas con el aparato. Se apoyaba con un brazo en una esquina de la mesa. Demasiado ocupada en cubrir su cuerpo como para entender esa fascinación.

—¿Qué queréis para desayunar? —Y enumeraba todo lo que había encima de la mesa como si ellas no pudieran verlo.

No eran los cruasanes como aquellos blandos y pequeños, envueltos en bolsitas individuales de plástico, que de vez en cuando su madre compraba, sino grandes y crujientes. De nuevo, el olor del café lo envolvía todo.

—Venga, niñas, rápido, el partido empieza a las diez y hay que estar un rato antes. Por cierto, he hecho unos bocadillos.

—Uy —a Estíbaliz parecían darle igual los bocadillos, tan solo su apariencia—, qué mono el papel.

—¿Te gustan? Es mono, sí…, es un papel de Mariscal.

—¿Los podemos llevar en esas bolsas tan bonitas?

—¿Las de Vinçon? Claro, claro, tengo varias, elige la que más te guste.

Después de una ducha rápida e incompleta —el agua no llegó a todas las partes de su cuerpo, era incapaz de entender el mecanismo de aquel grifo—, Clara se puso una de las dos camisetas, de color rojo, que llevaba en la mochila. También sus pantalones favoritos: unos shorts amarillos. Decidió dejar la chaqueta en casa, no fuera a perderla.

Pensó en comprar más ropa, pero el escaso dinero que llevaba en la cartera —y que había conseguido sisando poco a poco a sus padres y hurgando en los cajones de su ropa interior— era insuficiente para comprar nada más allá que una camiseta que tuviera la figura de Cobi estampada. Aunque de eso Clara no llegaría a darse cuenta, no le daría tiempo, porque el deseo desmedido de adquirir algo memorable, de ver Barcelona y de ser mayor se había caído por las escaleras la noche anterior, junto con la tía de su amiga. Solo la cabezonería por ver a Sánchez Vicario permanecía casi intacta, como única superviviente a los golpes contra los escalones. Desde hacía unas horas sabía con certeza que debía salir de Barcelona cuanto antes.

Cuando llegaron al estadio sintió que su humor cambiaba. Toda aquella culpa pareció desvanecerse en cuanto entraron en las pistas de Vall d'Hebron. El lugar le pareció inmenso. Y sin embargo, a pesar de la alegría, de la muchedumbre, de la segura victoria —se decía que la tenista española era muy superior a su rival rumana—, una sombra de decepción la cubrió: estaba muy lejos de ella. No podría ni saludarla. Empezó a pensar que el viaje había sido en balde. Aquella dimensión arrojaba una distancia inmensa sobre el objeto de su admiración. Se le comprimía la garganta en un intento de llanto que la avergonzaba profundamente.

Fue un partido corto, pero más cortos se le hicieron a Clara los gritos, la emoción, la adrenalina subiendo por el estómago en cada saque. Allí había algo animal, como si los instintos individuales se hubieran proyectado hacia los movimientos de la tenista española. Había lágrimas de tensión, pero también seguridad y certeza sobre el final. La gente se levantaba de sus asientos, aplaudía y gritaba. Daban alaridos y palmas, depositando en la joven tenista una idea abstracta

que se concretaba en la pelota que cruzaba el campo. Sintió Clara por primera vez que formaba parte de algo más grande: un cuerpo articulado con un solo propósito, que la hacía poderosa y a la vez la ocultaba, que le daba una identidad que era más grande que ella. Sintió, por un momento, que sí, que el viaje y las mentiras habían valido la pena, que lo valdría también la futura bronca de sus padres. Pero fue un partido corto y todas aquellas sensaciones, el sentimiento de formar parte de algo más grande que uno mismo, que la masa sudorosa de las gradas, duraron menos aún: cuando acabó, cuando el bullicio y las banderas se disolvieron, Clara se dio cuenta de que había conseguido olvidarse de todo. Pero pronto volvió a notar la misma fisura que ya había acusado la tarde anterior. Sentía aquella grieta como la de un coloso de forma humana cuyo mármol empieza a resquebrajarse por el tobillo. Quizás aquel vacío lo evitaran las muñequeras que Arantxa había llevado durante el partido; las había podido ver por los prismáticos que le prestaron. Una con la bandera de España, otra con la de Cataluña.

Y con la vana esperanza de encontrar muñequeras así recorrieron al salir los puestos de la zona, atestados de turistas. Era imposible encontrar nada en medio de la marea de manos que buscaban, de objetos que tan pronto como eran repuestos desaparecían.

—Veinte duros.

—*Sorry?*

Y el dependiente buscaba en una lista de palabras que, pegada con celofán, chivaba idiomas extranjeros.

—Uan jandred pesetas.

Pero en aquel trasiego las muñequeras no aparecían. Tampoco nada que pudiera sustituirlas. En cada intento la grieta se abría y subía un poco más, escalaba por encima del tobillo, ascendía por la superficie del gemelo y ya alcanzaba la rodilla cuando Clara se dio cuenta de que no solo había ascendido, sino que en la planta del pie era ya ancha: una cavidad lo suficientemente grande como para alojar a sus padres dentro. Mientras ella buscaba dos muñequeras, una con la bandera española, otra con la catalana, de pronto se encontró preguntándose dónde estaban ellos, qué harían, si la estarían buscando, cómo habrían pasado la noche anterior.

Para ellos la noche anterior había sido la primera de la ausencia de su hija. No sabían aún que había estado a punto de pasar la noche en la calle, pero que en ese momento estaba en el barrio de Gràcia, en un piso más caro, más grande, donde se había aprendido a toda prisa a chapurrear catalán. Un piso donde Clara había visto algo que no debería haber visto.

—La niña está en Barcelona.

Colgó el teléfono con un golpe brusco para volver a descolgarlo con tanta fuerza que casi lo desprende de la pared de la cocina.

—¿Cómo que en Barcelona? ¿Dónde?

Ella ni siquiera le miró porque ya marcaba con ansiedad, como si quisiera desprender los números de la rueda.

—Pues en Barcelona. No sé más. Lo sabía la hermana de Tina, parece ser que ella fue la que le compró los billetes. Le dije a su madre que ya hablaríamos ella y yo. Estoy llamando a su hermano.

No cabía en aquellos días en la cabeza del padre de Clara el concepto de Barcelona. Ni en la suya ni probablemente en la de ningún español. Incluir lo cotidiano en lo extraordinario no es fácil. Incluir a su hija en esa amalgama de imágenes, de ilusiones, de supuestos peligros, era difícil. No hacía muchas semanas el Gobierno había conseguido una tregua de ETA. ¿Y si era falsa? Buscó con la mirada las llaves del 127. Había que ir a por ella.

—Lo que hay que hacer es llamar a su hermano y pedirle el 127, lo tiene él ahora, ¿no?

Ella no lo miraba, escuchaba atenta el tono de la llamada de teléfono.

—Eso hago.

—Lo que yo digo es que hay que llamarle ya, porque él conoce a gente que está ahora allí, ¿no?

—Ay, ¿no ves que eso es lo que estoy haciendo? Lo que yo no sé es si el amigo del niño está ahora en la Expo o en las Olimpiadas. Mira, tengo un lío que ya no distingo entre Sevilla y Barcelona.

Él apagó un cigarro aplastándolo contra el cenicero. Estaba casi entero. Se encendió el siguiente.

Tampoco sabía el matrimonio que en unas horas estarían dentro de aquella grieta ahondada en el ánimo de su hija, que se hizo más profunda al no encontrar las muñequeras que de pronto se revelaban como importantísimas, fundamentales. Pero esa ansiedad apenas tapaba otra más grande: tras el partido, tras haber conseguido su objetivo, un desánimo, un frío y un arrepentimiento viscoso, lleno de culpa, revestían a Clara. No se lo quitaría de encima hasta conseguir llegar a su casa. Se sentía sucia porque no sabía si había merecido la pena.

Y con la suciedad, con su peso plomizo, brillante, tuvo que convivir el resto de la mañana. Porque había conseguido ver a Arantxa con las entradas de alguien que pegaba a su mujer. Porque ella no se atrevía a decir que se quería ir ya a su casa y dar con la noticia de su marcha una oportunidad para que se despidiera de ella lo que había visto la

noche anterior. Porque no había forma de volver a Gràcia sola y recoger sus cosas. Porque Estíbaliz se empeñó en ir a ese otro parque con su tía. Porque en ese parque estaba Barcelona, a sus pies, pequeña como si pudiera poseerla, elegir qué edificios le pertenecían y cuáles no, allí podría recorrerla sin tráfico, sin gente. Entera para ella. Viendo aquella maqueta, Clara sintió que podría haber sido la dueña de la ciudad si no fuera, claro, porque aquello ya le daba igual. Si no fuera porque todo, la brillantez de la Barcelona del día anterior, la alegría en la calle, el piso primorosamente diseñado donde había dormido, había trascurrido con urgencia del deseo imaginado a la realidad, primero, para pasar después a ser el mero decorado de una huida. Porque por aquellas aceras parecía deslizarse de forma imposible la suciedad sin hacer mella, porque aquellos muebles solo se podían disfrutar si se miraban y no se usaban, porque los modales de aquella familia eran únicamente una fachada adecentada con prisa que escondía un dolor que ella había escuchado sin apenas verlo. Repentinamente Barcelona no le interesaba, porque el brillo no era el de las telas muy usadas, ni su amplitud la que da la comodidad de un hogar propio, donde las alturas superadas se marcan en el quicio gastado de una puerta hecha de conglomerado. No quería ya Barcelona, porque prefería la verdad fea pero cómoda de las de su barrio, de las verbenas. Aquel sonido ahora lejano, más estridente, pero más agradable para ella, aquel sonido que olía a comida frita, a puesto ambulante y a su casa.

—No veo las pistas de esta mañana, ¿dónde están?

—Ay, nena, es que no les ha dado tiempo a ponerlo. La maqueta es de hace unos años…, no es la Barcelona de ahora, que es más moderna. Además, lo de esta mañana no es casi ni Barcelona, es Vall d'Hebrón, que es otra cosa.

Estíbaliz miraba a su tía esperando una respuesta. Todavía conservaban ella y Clara ese resquicio de la niñez en el cual reside la confianza de encontrar el conocimiento absoluto en cada adulto.

—¿Y por qué no lo arreglan?

—Eso no lo sé, se lo puedes preguntar a tu tío, Esti.

«Si es que le llegas a ver, que mejor no», pensó Joana mientras se imaginaba con qué regalo su marido disculparía esa noche su ausencia del día y la presencia de la noche anterior. Mientras, pensaba dónde me apoyo yo ahora porque me duele la cadera y no se me puede notar. Clara deseó ser ajena a ese rumor que acompañaba a Joana, un rumor interno, silencioso, y que sin embargo ella oía. Como si estuviesen sintonizadas las dos, por aquello que Clara había presenciado la noche anterior, en la misma frecuencia.

—El estadio quedaría por allí —se lo oyeron a una chica morena, con un polo que tenía grabados los aros olímpicos—, y por aquí el estadio de Vall d'Hebron.

Al oír aquello, Clara y Estíbaliz acudieron al punto donde se suponía que debía estar la réplica en miniatura del estadio.

—¡Nenas! No os alejéis, ¿no veis cómo está esto de gente? Venid, vamos a la tienda. No entiendo que no tengáis hambre… ¡Mira que olvidarnos los bocadillos en casa, en la bolsa de Vinçon!

Ese desconocimiento sobre Barcelona, esa falsa libertad que le impedía irse, imprimió en Clara un agobio hasta entonces desconocido.

Cuando al fin regresaron al piso de Gràcia, lo primero que hizo fue preparar su mochila. En cuanto no la vieran, saldría de allí, tal y como había hecho hacía ya dos noches de su propia casa. La única diferencia era que ahora el sigilo le devolvería a sus padres. No la alejaría de ellos.

—Aquí al lado de casa hay una tienda de deportes. —La energía de Estíbaliz quería ponérselo difícil—. Después de comer vamos, que seguro que tienen las muñequeras. Y oye —añadió bajando la voz—, a ver si me cuentas del novio ese, que anoche no me dijiste nada… ¿Al final vino al estadio? Me dijiste que trabajaba con Arantxa…

—Pero, nenas —Joana parecía salvar, con su interrupción, la mentira sobre el novio de Clara—, después de comer, ¿no preferís dormir la siesta?

—Uy, dormir no —parecía ser la primera vez que Estíbaliz rebatía algo a su tía—, que si dormimos seguro que nos perdemos algo.

—Pues a lavaros las manos.

—¿Qué hay para comer?

—Os he preparado *carn arrebosada,* a ver si os gusta.

Todo era distinto, incluso los nombres de la comida lo eran. Tanta novedad empezaba a pesar en el ánimo de Clara. Ella quería refugiarse en el gazpacho de su madre, siempre con demasiado sabor a pepino, siempre demasiado ácido; en el melón con jamón que preparaba su padre cuando decía que él se encargaba de la comida; o en el plato combinado, siempre el mismo, dos filetes de lomo, dos huevos, patatas que irremediablemente sabían al vinagre de la ensalada vecina, que servían en El Esquinazo cuando algunos domingos bajaban a comer allí. Y eso que tampoco tenía mucha hambre, pensó, a pesar de que el desayuno ya parecía lejano. Se acordó de la Baticao y le pareció de pronto un trasto inútil. Pensó en aquella coctelera que su madre había encontrado el verano anterior y que a ella le había molestado tanto. «A ver si llama Raffaella a casa», le había dicho hacía no muchas

semanas. «Claro, y con el dinero del *Hola Raffaella* compramos una caja de ColaCao grande», contestó ella. La mirada de su madre había sido asesina.

Alguien había guardado ahora la Baticao. En su lugar, una fuente inmensa de filetes empanados. Así que la comida era aquello. Otra decepción. Como al filete el rebozado, el catalán había envuelto el nombre de aquel consabido plato para hacerlo pasar a los ojos de Clara como algo nuevo. Empezó a cortar el filete en trozos minúsculos que le costaba llevarse a la boca. Los volvía a cortar, los hacía más pequeños, los movía de un lado al otro del plato mientras alababa su sabor como si fueran algo completamente nuevo para ella. Le cansaba ya aquel esfuerzo constante por ser educada, pero no quería renunciar a él. No sabía.

—¿Y no quieres postre?

Estíbaliz devoraba un Magnum que a Clara se le antojó inmenso. Le empalagaba solo mirarlo.

—No, de verdad, estaba todo buenísimo.

Unas llaves sonaron en el recibidor. Exactamente el mismo sonido que recordaba de la noche previa.

—¡Tío!

Estíbaliz se levantó corriendo y dejó sobre el plato, casi con violencia, el palo de Magnum todavía recubierto de nata. Sin poder evitarlo, Clara se agarró al borde de la mesa. Abrió mucho los ojos. El miedo y la sorpresa tensaron su gesto. Un miedo animal al tío de Estíbaliz, a ese señor con traje que la noche anterior la había increpado, y la sorpresa de que Estíbaliz fuera hacia él, como el niño que desconoce el peligro de los lobos. Era imposible que anoche no hubiera oído nada.

—¡Mi sobrina favorita!

La voz que le llegaba desde el recibidor era eufórica y estaba cansada, y nada revelaba que su sobrina favorita fuera en realidad la única. No era, no podía ser otra persona, y sin embargo Clara llegó a dudarlo. Por educación, y sin pensarlo, se levantó de la silla. El tío entró en la cocina y dirigió inmediatamente su mirada a ella. Obvió a su mujer. Llevaba un ramo de flores en la mano. Y el traje azul.

—¿Qué tal, señorita, descansaste anoche? Te vi cara de cansada…

El mismo peso en las plantas de los pies que la anclaba al suelo. El mismo hormigón en sus articulaciones de la noche anterior. ¿Por qué aquella sonrisa en la cara del tío? ¿Acaso lo que vio anoche fue un error suyo?, dudó. Desde luego era algo que no debería haber visto, pero tal vez algo que había interpretado mal. Debía de ser eso, sí, llevaba todo el día angustiada por algo que no había ocurrido. Pero, si

era así, ¿por qué no le gustaba aquella sonrisa? No confiaba en ella. Con la siguiente pregunta las sospechas de que Pep se guardaba algo aumentaron:

—¿Y de qué os conocéis? —Y la sonrisa ahí, no perdía la sonrisa, una sonrisa de anuncio, pero no, Profidén, pero no—. No nos lo habéis contado…

Las adolescentes se miraron, nerviosas. Su inexperiencia con la mentira les había hecho acordar que ocultarían haberse conocido el día anterior, pero no habían aclarado un engaño común respecto a cómo lo habían hecho.

—Del colegio.

—¿No estás cansado, Pep?

Era Joana quien preguntaba y por segunda vez salvaba a Clara. Resultaba evidente la molestia que le causaba que su marido apenas le dirigiera la mirada. Evidente también su forma insegura de ocultarlo, lo suficiente como para que Clara se percatara de su incomodidad comedida y educada.

Para encubrirse a sí misma, Joana dio un beso fuerte, apretado, crujiente en la mejilla a su esposo. No, lo de anoche no podía haber ocurrido.

—Toma, son para ti —Pep le alargó las flores—, hoy me ha dado tiempo a venir a comer, así te veía a ti y a mi sobrina favorita.

Había algo profundamente falso, como una medalla de latón, en aquella mención repetida a Estíbaliz, que a pesar de sus catorce años conservaba un brillo de admiración infantil hacia su tío. Y a continuación, sin que la pidiera, la excusa a Clara:

—Trabajo en la Concejalía de Deportes y, claro, trabajo muchas horas seguidas. Por eso anoche me viste llegar tan tarde.

—Sí, mi padre también trabaja muchas horas seguidas. —Ella por fin se atrevía a abrir la boca, aunque no supo muy bien en virtud de qué impulso consiguió decir aquello.

—¿Sí? ¿Está en política también?

Dijo aquella palabra, «política», como la galerista que admira una pintura contemporánea que pocos entienden. Algo que debe ser observado a conciencia, con impresión sincera. Y siempre a distancia.

—No —omitió rápidamente a qué se dedicaba su padre, de pronto sintió cierto rubor—, pero tiene turno americano.

A aquella expresión, «turno americano», se habían referido por primera vez en la fábrica con el mismo tono que Pep había utilizado para la palabra «política». El mismo, también, que había usado Clara ahora.

—¿Y eso qué es? —Estíbaliz la miraba con cierta admiración.

—Pues es el turno que utilizan en América. —Con esto Clara intentaba revestir, al igual que los jefes de su padre, la labor de operario de fábrica—. Trabaja dos días de mañana, dos de tarde, tres de noche, libra dos días y así repite otras dos veces. Luego descansa diez días.

Era la primera vez que Pep oía aquello. Joana también.

—Ya podrían darte un turno de esos en el Ayuntamiento, *amor meu,* y así cada tres semanas tendrías vacaciones.

Pep se dirigía ya a la cocina. No le veían la cara.

—Pues no estaría mal, no. Diez días libres al mes, más o menos, y luego además las vacaciones.

Clara calló. Su padre no tenía vacaciones.

—Joana, por cierto, esta noche he reservado para que cenéis las tres en La Venta. Yo no creo que llegue a tiempo.

—Ay, qué bien, qué sitio tan *classy*…

—Al salir no te preocupes por nada. Ellos lo dejarán apuntado todo en la cuenta del Ayuntamiento…

A Clara le pareció que una mueca de dolor interrumpía el esbozo de sonrisa de Joana.

—Vámonos —Estíbaliz la agarraba del brazo—, vamos a la tienda de abajo. A ver si tienen muñequeras.

Consiguió Clara romper su rigidez. Se despidió rápidamente, no quería dar más explicaciones sobre sus padres. Tantas fueron las prisas con las que salieron que se tropezó con el pie de una lámpara.

—¡Ay! La lámpara.

—Cuidado, niñas —Joana hablaba desde allí donde estuviera Pep —, que la lámpara es de Miguel Milá…

Se encontraban ya en la puerta de casa, abriéndola, cuando llegó una voz de la cocina. Fue rápida, consciente. Certera con lo que Clara había visto anoche.

—Clara, ¿puedes venir un momento mientras Esti llama al ascensor?

Estíbaliz escuchó aquello. Como en una traición pulsó el botón del ascensor y se quedó mirando la puerta. Con la misma atención pasiva de la espera del día anterior, sentada en el autobús.

—¡Clara!

Era de nuevo la voz de Pep. Aquella sí que recordaba a la del día anterior. Sí era la de la misma persona.

—Espérame…

Le pidió aquello a Estíbaliz con un susurro, como si su voz hubiera mermado. Pero su amiga no se movió.

Con pasos lentos, cortos, volvió al dúplex y se asomó a la cocina.

Dio un paso atrás cuando vio que Joana no estaba allí.

—¿Descansaste anoche? Te vimos despierta muy tarde…

Otra vez la voz amable, agradable, de Pep. Otra vez parecía imposible lo que había visto anoche. Definitivamente.

—Acabo de llegar y ya me tengo que ir, pero quería pasar por aquí a la hora de comer para verte…, para saber si te había gustado el partido…

Y no podía moverse. No podía moverse porque el único movimiento posible era correr. Correr como un animal porque sí, definitivamente lo de anoche tenía que haber pasado.

—… pero no quiero que mi sobrina espere. Ves y disfruta de Barcelona. Esta noche hablamos los dos.

Asintió levemente con la cabeza. Pep se levantó. Lentamente caminó hacia ella.

—Ves, ahora ves.

Ya se giraba Clara para salir, ya creía estar fuera de la cocina cuando volvió a oír su nombre:

—Ah, una cosa más. —Aquel hombre se había recreado mirándola —. Tráeme el cenicero del salón, por favor, el que está en la mesita de debajo de las escaleras.

Sin decir nada, la adolescente volvió al salón y cogió aquella pieza de cristal que parecía tan elaborada. Sofisticadísima. Nunca hubiera pensado que era un cenicero. Extrañada por la petición, lo sostuvo con las dos manos. Sus piernas parecían gritarle que saliera de allí.

—¿Este?

—Claro, ese, el de André Ricart que compró Joana en Outanto… Así me gusta, que seas obediente. Ahora ves, sí. Esta noche ya hablaremos, a ver si te sigues portando bien.

Pensó que correría, pero sus piernas le obligaron a andar lentamente, como si las sujetara la mirada de aquel hombre guapo, alto, sonriente, que no era guapo, ni tan alto, ni sonriente. Que era muy hombre, pero que no era tan hombre.

Cuando llegó al rellano comprobó que su amiga no la esperaba y bajó despacio, con mucho cuidado, las escaleras hasta el portal. Tenía miedo a caerse también ella.

Polo

Agarro los brazos de la silla para auparme y ponerme de pie y me resbalo. No sé si es el ardor de las palmas de mis manos o que he perdido la cuenta de lo bebido y por tanto desconozco el grado de laxitud de mis piernas. La realidad es que trastabillo y casi me doy de morros contra la mesa, que está salpicada de restos de cerveza. Buena forma de empezar a buscar un nuevo lugar para seguir bebiendo.

—Bueno, bueno, cómo vamos ya…

Jaime fuerza el comentario. Ahora mismo está más preocupado por cómo ha caído sobre mí la noticia que por la responsabilidad que ya para siempre caerá sobre sus hombros. Ahora camino delante de él, y lo agradezco. Así no le veo la cara. Es mi actitud egoísta, lo sé, pero me da igual. Siento algo parecido al momento en el que dejé el *AS* para meterme en los cursos de formación que ofrecía la nueva cadena de televisión privada. Un egoísmo pequeño y reconfortante. Gracias a la televisión dejaría de lado, al fin, el anonimato de mi nombre para que mi cara apareciera en las pantallas. Ahora, en cambio, caminando por delante, al que condeno al anonimato es a ese embrión casi recién fecundado. Lo hago para que mi amigo, su padre, se dedique a mí. El egoísmo siempre ha tenido muy mala prensa.

—Pues debo de ir igual que tú, porque hemos bebido lo mismo.

Como me he apoyado en la mesa, ahora tengo la palma de la mano pringada de cerveza caliente y pegajosa. Está lejos de ese líquido ámbar, fresco, que a veces parece oro disuelto. Saco con ansiedad varias, muchas, servilletas de papel de una mesa vacía que encontramos a nuestro paso. Me limpio y las dejo, sucias, encima de otra mesa. He agotado todas las que había.

—Lo que pasa es que a ti te temblarán las piernas más que a mí. A mí se me va a pasar ahora con un cubata. A ti no, que tienes que aprender a cambiar pañales.

—Tron, aquí los cubatas… ¿cuánto cuestan? Nos vamos a dejar nuestra buena pasta.

En la parte de la discoteca del Up&Down los camareros atendían con rapidez. Correteaban por detrás de la barra agitados, ágiles. En sus frentes, orgullo y hastío de ver pasar por allí caras conocidas. A la rutina se sobreponía el estar presentes ellos mismos durante aquellos días en una página de la historia.

—Estoy por decirte que pidamos el ticket y lo colemos como gastos.

—¿Colará?

—Tú pídelo…

Se notaba, con solo mirarlos a la cara, quiénes eran de Barcelona y

quienes estábamos de paso. Era algo que se traslucía en el orgullo de su postura, en el brillo de la sonrisa o en una ligera sensación de que su vestimenta encajara mejor entre aquellas paredes. Eso o que a la gente que está de viaje siempre se le nota la temporalidad.

—¿La van a dejar venir aquí? Que mañana se estrena… —Miguel miraba a la puerta del bar, como si hubiéramos quedado con nuestro objetivo a esa misma hora y no estuviéramos haciendo lo que realmente hacíamos: esperar un abordaje que quizá fuera profesionalmente ilegítimo.

—La van a obligar a venir —afirmé, impostando seguridad; me dejaba guiar por el cartel promocional de pastas La Familia que había en la puerta del bar—. Además, el partido de mañana parece fácil para ella, aunque seguro que igual que la obligan a venir la obligan a irse pronto.

—Que te dejen venir a una fiesta para luego irte corriendo. Menuda putada. Con veinte añitos, eh, que es cuando más ganas tienes…

—Tú imagínate, Miguelito, ¿qué hacías tú con veinte años? Yo volver a casa a la hora de comer. Arantxa no sabrá lo que es estar en la calle bebiendo. Como cuando no teníamos pasta para terrazas y estábamos toda la noche en el Dos de Mayo.

—Bueno, eso tú. Yo no salía de Vallecas, ni falta que me hacía.

Estamos en la plaza del Dos de Mayo. Cuando nos acercamos a nuestro bar de siempre, a nuestra mesa de siempre, a que nos atienda Andrés, el camarero de siempre, Jaime engarza su dedo índice a mi cinturón. Tira de él hacia atrás. Me retiene. Se me pone una sonrisa tonta.

—¿Pero qué haces?

Y le veo serio. Me habla casi sin mover los labios.

—Tsch, ¿quieres ir a otro lado? Está Maca.

—Qué hija de…

No me detengo. Sigo recto hasta que desengancha de mi cinturón su mano. Me siento en la mesa de siempre, en el bar de siempre. Llamo al encargado de siempre.

—¡Eh, jefe!

Sé que Jaime quiere disimular. Por eso me habla, pero mira a la mesa. Ahora sí, coge una servilleta de papel y empieza a doblarla.

—Eh, tío, hay más bares. Si te tensas, vamos a otro sitio…

Pero no le dejo seguir. Él sabe que no le voy a dejar seguir.

—Es mi puto bar y vengo todos los días que libro. Que casi fichamos como en la oficina. Si está incómoda, que se vaya ella. Qué se ha creído. De aquí no pienso levantarme hasta que vayamos al Alien a bailar.

Era la respuesta que él esperaba. Yo finjo distracción y miro alrededor. Este verano se notan turistas y han invadido las terrazas. Pido dos cubatas.

—Estos los pagas tú, eh.

Resoplo. No lo voy a reconocer, pero me alegra esa advertencia porque indica que Jaime, el que yo conozco, el que empalma contratos precarios y pide dinero prestado a fin de mes, vuelve a asomar. Pese a que vaya a ser padre, pese a que vaya a trabajar en un despacho y tenga que ir en traje. Lo que no consigo quitarme de encima es esta impresión que me queda tras su noticia. Un sentimiento extraño, como el de quien es tan solo un aficionado de la vida. Nunca lo había sentido antes. Ahora miro a Jaime y me duele el cuello porque tengo la sensación de estar mirando hacia arriba, como si él hubiese pasado ya a otra fase y completara un camino que a mí también se me supone, pero que no contemplo. Como si me hubiera adelantado en algo. No se lo reconoceré, por supuesto.

Acaba de adquirir una nueva costumbre que explotar, repitiendo con las manos los movimientos para hacerse el nudo de la corbata. Parece un loco. Insiste sobre ellos como el adolescente que se enciende sin parar cigarros que aspira con fruición para convencer a los demás —y sobre todo a sí mismo— de que ya es fumador. Ni ese adolescente ni mi amigo saben que la nicotina y el nudo son adictivos. El dinero y la imagen lo son también.

Pienso eso con relativa claridad, pero aun así noto cómo mi discurrir se engrandece. Se saca brillo. Como si hubiera un altavoz gigante en mi cabeza y Maca, por la cercanía física, pudiera oírlo. Como si estuviera pendiente de mí.

Pero lo que más me jode, lo que más me revienta, es que no piensa en mí. Que le doy igual. Que hace más de un año que no la veo y no sabría cómo girarme para saludarla. Y eso que es mi bar. El bar de siempre. Y ella lo sabe.

Una de las pocas veces que expresamente decidí no venir aquí fue la primera noche que pasé sin ella.

—Eh, chaval.

Al igual que hacía en la biblioteca, Jaime había entrado sin avisar en mi habitación y se había tumbado a mi lado en la cama. Llevábamos al menos media hora así, sin hablar, y ahora él rompía el silencio.

—Eh, chaval, vamos a la calle, venga. No te vas a quedar aquí todo el día llorando a Maca.

—No estoy llorando.

—Ya. Pues como no estás llorando nos bajamos donde Andrés.

—No, tío, no me apetece donde Andrés.

Jaime se levantó. Cogió una chaqueta y yo, por pura imitación, aquel día le seguí por las calles. No hablamos en toda la tarde. Sé, porque percibía el movimiento de su cabeza, que se giraba para comprobar que yo seguía allí. No caminábamos hacia ningún lugar en concreto, pero anduvimos tanto que sé que llegamos hasta el Vicente Calderón, que recorrimos parte del río sucio, que cuando llegamos al olor a ganado del Matadero se nos hizo de noche y que subimos de vuelta.

—¿Mejor?

Esto fue lo que me preguntó al entrar por la puerta de casa.

—Nunca peor.

Fue mi respuesta.

Hoy, en esta tarde de calor, el discurso es otro:

—Eh, Polo —no contesto a Jaime, no con la boca, levanto las cejas hacia él, me limpio la boca con el dorso de la mano—, que está fea de cojones. Ha adelgazado y se le notan los años.

Suelto una risa sin gas. Como la tónica o la Coca-Cola cuando está agitada. La ignoro y fuerzo un cambio de tema para mostrar mi falsa indiferencia a Maca:

—A ver, explícame bien qué es lo que vas a hacer en el curro nuevo. Que yo me entere. A la bolsa no vas, ¿no?

—No, a la bolsa no voy.

—Pero a la redacción sí.

—No es una redacción, es una oficina.

—Ah.

Oficina. La misma palabra tiene un peso plomizo. El que nunca me ha parecido que tengan las palabras «redacción» o «delegación». No sé qué encaje tiene mi amigo ahí. Si sus futuros compañeros supieran…

—Y nada, con esta movida nueva del… ¿cómo se llama lo que hablamos antes? Lo del 35.

—Ibex 35.

—Eso, pues necesitan a alguien en comunicación. Para hacer notas de prensa, hablar del crecimiento del ladrillo…

Me callo porque me falta una pieza fundamental en esto. Imagino que tiene que ver con el embarazo, con su nuevo piso. Con su nueva vida.

—¿Ladrillo?

—Sí.

—¿Y cómo te enteraste de ese puesto?

—Hice una entrevista.

Nuestra entrevista con Arantxa Sánchez Vicario estaba condenada a

no realizarse. Llevábamos casi una hora en aquel bar, dejándonos la pasta en cubatas, y ella no aparecía.

—¿Tú te das cuenta de que somos unos panolis, Polo?

Asentí frunciendo los labios. Miguel destilaba una seguridad nueva desde el polvo de la noche anterior. Me volvía a sentir como un estudiante que sabe que aquellos trabajillos que le conceden son favores. Igual, pero sin su rutilante ilusión, sin su entusiasmo. Me movía, nos movía, la cabezonería y quizás un atisbo de realismo, un punto de lucidez oscura que no encajaba en aquel 1992. En aquella España. Me sentía como el disidente que lo es porque no solo ve el brillo, el esfuerzo y la excelencia, sino también la falta de encaje detrás del fulgor. Una niña sola rodeada de alemanes. Una marca de comida invirtiendo en ella desde el momento en el que la criatura no debería estar estudiando nada más complicado que la regla de tres.

—Como para traer la cámara, Miguelito.

—Ni la grabadora, aquí va a ser imposible.

Pedimos otros dos cubatas y ya era la tercera ronda. Se nos cae el pelo si se enteran en la televisión de lo que vamos a hacer. Y de que probablemente lo hagamos borrachos. Me distraje un poco con una cintura que pasó, embutida en unos pantalones blancos, por delante de mí.

—Bueno, cuéntame qué tal con la Neus. ¿Es una guarra o qué?

—Joder, Polo.

—Joder, ¿qué?

—Que yo soy un caballero.

Se sonreía, el cabrón.

—A mí lo que me interesa es saber si ella te largó algo sobre Laia, ya sabes, si le ha comentado algo de mí.

En ese momento notamos como el rumor del bar se dirigía, como arrastrado por una brisa decidida, hacia la puerta. Las manos de muchos se disponían a aplaudir.

Ahora aplaudo cínica, ampulosamente. Dejo resonar mis palmadas y dilato el tiempo que separa a cada una de la anterior.

—Bra-vo.

Jaime vuelve a no mirarme. Nunca lo había hecho y hoy parece ser que quiere amortizar el gesto.

—Entonces tu jefe es tu suegro. El constructor.

—El único que tengo.

—El único suegro, porque el único jefe no sé yo…

Silbo. Menuda ratonera. No sé si él es capaz de verla o si no la quiere ver.

—¿Y ella no ha buscado curro?

—Deja, deja. Que se dedique a montar su casa.

—¿Su casa?

Jaime suspira. Toma aire. Habla con el tono displicente, cansado, de aquellos que quieren evidenciar que han captado el mensaje, pero que no quieren discutir.

—Nuestra casa, Polo, nuestra casa. ¿Que la ha elegido ella? Sí. ¿Que va a elegir ella la decoración y los putos muebles?, sí. Pero nuestra casa.

—Me parece que vas a vivir tú en su casa más bien.

Niego con la cabeza. De nuevo Jaime toma aire y aprieta los puños. Me mira con la cara del toro que se piensa si es momento de embestir. Pero ve de nuevo quién está a mi espalda y decide no hacerlo. Estoy rodeado. Por mi mejor amigo y por mi ex. Levanto la mano y le pido a Andrés unas patatas y un cubata. Como sospechaba, paso ya de la cerveza. Necesito potenciar esta sensación de irrealidad que tengo.

—¿No pedimos nada para cenar?

—No tengo ni siquiera hambre, tío… Así nos sube más la copa.

El camarero nos trae los Larios-Cola. Andrés debe de ser pariente del camarero del bar anterior, o también muy buen profesional, porque nota nuestra incomodidad en la mesa, nos sirve y se va corriendo.

—Vamos a ver, Polo. Mi suegro puede que sea un poco gilipollas, pero le va muy bien. PAROSA va a cotizar en el Ibex ese, se está construyendo mucho, se curra por objetivos…

—¿Eso qué es? Ni que los demás no tuviéramos objetivos…

—Pues no. Esto es que yo tengo una nómina, pero que si consigo determinadas cosas, pues cobro más.

Levanto las cejas. Pinta bien lo que dice, pero por mi cabeza pasa la imagen de veinte tíos con anchas corbatas estampadas colgados del teléfono a las once de la noche. En unas oficinas inmensas llenas de papeles y restos de comida precocinada.

—La peña hace mazo pasta así, ¿cómo crees que la gente paga los pisos de Denia?

Un piso en Denia. Se acaba de mudar con su novia a un piso que les ha puesto el suegro en avenida de la Paz o en Arturo Soria y ya está hablando de pagar un piso en Denia. Esto bajo ningún concepto se lo puedo contar a mis padres, tan insistentes en que todos los meses tiro el dinero al pagar el alquiler de un piso compartido en un barrio deprimido del centro de Madrid.

—Mira a tu hermano el pequeño.

Ya escucho, en la voz demandante de mi padre, echármelo en cara. «Tu hermano el pequeño», como siempre dice. Como si tuviera más.

Pero es ahí, en la palabra «pequeño», donde se convierte en un reproche el puesto de trabajo de mi hermano, donde pone el lazo a lo que ellos consideran mi pérdida de tiempo.

—¿Has hablado con tu hermano pequeño? Le han hecho indefinido.

Esto fue hace un año. Minutos después mi madre se había puesto su mejor traje de chaqueta, laca y pintalabios. El pintalabios jamás lo usaba fuera de la Navidad. Dirigía sus pasos hacia El Corte Inglés. Allí había quedado con mi hermano para comprarle un par de trajes nuevos. «De raya diplomática y gris marengo», había dicho, ilusionada. Era sábado y yo había ido a comer con ellos. Antes de salir por la puerta, giró la cabeza y me miró, inquisitiva:

—Y tú, ¿no necesitas nada de El Corte Inglés?

Otra pregunta encubierta. Supe en ese momento, a la perfección, qué había detrás de ella. Si a mí no me hacía falta un traje, una corbata, unos zapatos de suela. Cualquier elemento que representara la entrada definitiva en el mundo de la formalidad.

—No, no necesito nada —y recalqué cada sílaba— de-El-Cor-te-Inglés.

Resopló y cogió el bolso para recuperar la sonrisa y salir a comprar un par de trajes. De raya diplomática. Gris marengo. A su hijo el pequeño.

Resoplo ahora yo también.

—Vamos, que vas a estar en una oficina, colgado del teléfono y del fax para poder invitarme a mí a salir de farra. Bueno, y para pagar pañales.

Se ríe. Ahora recupera su risa habitual, más franca. Agradezco que por lo menos se tome con humor lo que tiene encima.

—Mira, no. Esta ronda la vas a pagar tú, ¿va?

—Qué hijo puta…

Aflojo la cartera y pido la cuenta. La cabrona de Maca sigue detrás de mí, oigo su voz. Esa voz que en ocasiones oigo dormido. La primera copa me hace reconocerme que algunas mañanas de domingo, cuando me despierto y siento el segundo día del fin de semana vacío y solo, busco esa voz. Y ahora la tengo a mis espaldas. Reconocerme esto se lo debo a la ligera ingravidez en el ánimo que anticipa la borrachera. Sin embargo, no está aquí el punto de lucidez que da la primera copa y que es fugaz porque está condenado a extinguirse o a quedar sepultado por la siguiente. Las cervezas de esta tarde lo impiden. Han cavado, negramente, su tumba.

—Venga, que pago y nos vamos a timbrar al piso del Chino. A ver si está.

—¿A qué vamos a ir?

—A qué va a ser, Jaime, a ver con qué nos surte hoy.

—¿Tú no le habías dicho a tu hermano que tenías un pollo?

Evito un resoplido que es una mezcla entre suspiro y bufido. El recuerdo de mi hermano pequeño me incomoda.

—Se lo dije para que se callara. A ver si él va a ser también mi camello.

—Pues estamos en agosto, Polo, a ver si el Chino está. Lo mismo nos hemos quedado sin magia hoy.

—Cómo no va a estar —en el fondo no estoy seguro—. No puede dejar descuidado el imperio que tiene en el barrio.

Pago. Nos levantamos. Noto cómo Jaime esquiva algo con la mirada. Sé lo que esquiva. La misma voz que sale a mi encuentro una vez por semana.

—Ei, Maca, qué fuerte…

Rehúyo los ojos de Jaime porque sé que no ha podido evitar cruzar la mirada con ella. Se lo he notado en el gesto. Me yergo en una postura artificial, pero que revela una incomodidad que sí que es mía. Demasiado recto. El pecho demasiado fuera.

—Anda, qué sorpresa…

El tiempo desde que lo dejamos ha sido mayor que lo que duró la relación. Nos hemos vuelto a cruzar, sí, brevemente. La primera vez salí corriendo gracias a la lluvia, no podíamos estar mucho tiempo en la acera, ella lo agradeció. Otras, gracias a unas prisas siempre ficticias. Han pasado casi cuatro años, pienso, pero seguimos siendo incapaces de cruzar más de cuatro frases. Y de hacerlo mínimamente relajados.

El día en que mi madre bajó a El Corte Inglés arreglada como quien va a un bautizo —y realmente eso era lo de mi hermano, un bautizo de camisa de hilo—, me metí en mi cuarto de adolescente, me tiré en la cama que había abandonado años atrás para malgastar el dinero en un alquiler, y cerré los ojos. No suspiré. Directamente resoplé.

Me había quedado dormido y el sudor pegaba la piel de la nuca a la colcha de raso. Me incorporé con mal sabor de boca. Mi padre parecía estar esperándome en el salón.

—¿Te has quedado dormido?

Asentí.

—Tenías que haber acompañado a tu madre y a tu hermano. Seguro que a ella le hacía ilusión comprarte algo a ti también.

Sí, unos calcetines de los que no dejan marca. Unos gemelos. Un pasador para las corbatas que no uso. Mi madre siempre convencida de que el hábito hace al monje.

—Papá, cuando empiece lo de la tele no me van a pedir ir en traje.

Lo más probable es que me pase el día en la calle y que el año que viene me manden a la Expo o a las Olimpiadas.

Por la ventana se colaba el sonido de la radio de los vecinos.

Por la mañana yo me levanto…

—En la calle…, ¿no podrías buscar un trabajo en un despacho, hijo? Es más tranquilo…

… y voy corriendo desde mi cama…

—Bueno —continuó—, al menos ahora saldrás por la televisión.

… para poder ver a esa chiquilla…

No podía, nunca había podido, con el sonido de la radio de los vecinos ascendiendo por la corrala. Pero cuando escuché las aspiraciones que mi padre tenía para mí —nada más, y únicamente, que verme por la televisión— pude aún menos. Pude aún menos porque, aunque me jodan, esas eran también mis aspiraciones. Y aquella tarde pudieron definitivamente conmigo no solo esas promesas de futuro, sino aquella canción, aquella palabra, «chiquilla», pueril y absurda, con la que la radiofórmula nos taladraba los oídos una y otra vez desde el verano anterior. Respiré hondo, pero no para tranquilizarme, sino para cargarme de peor humor. Para que los acordes de esa melodía odiosa entraran y alentaran mi enfado.

—Así que es eso: que por lo menos ahora saldré por la televisión.

—Bueno, salir por la televisión está bien, ¿no?

… por mi ventana.
Y yo la miro…

—Así, al menos —mi padre continuaba—, nos ahorraremos el dinero de comprar el periódico.

Fui a la ventana con grandes zancadas y la cerré con fuerza, como si quisiera desencajar los cristales.

Al principio, en esa época en la que quieres poseerlo todo de la otra persona, en la que tienes celos hasta de su pasado, creía que a Maca el que le gustaba de verdad era Jaime. Como para no. Era el simpático de los dos. El más guapo. Pero con el tiempo aprendí que no era así, que le gustaba yo. Que no soportaba a Jaime. Y ahora qué tal, qué casualidad, ya ves, de vacaciones, pues sí y yo evito cualquier pregunta y reparo en que todos estamos con los brazos cruzados, incluso la amiga de Maca que no sé quién es y a la que no me presenta

y es verdad que está más delgada, pero sigue teniendo la misma voz. Y nada, me alegro de verte, igual, adiós.

Cuatro años. Cuatro años y ahora no consigo quitarme la sensación de que me sigue con la mirada, de que ve lo que voy a hacer, de que es mi espectadora.

Llego al veintitrés de la calle Espíritu Santo desinflado, en silencio. Me siento más débil, me siento como un alfeñique cuando reparo en que la imagen de Maca va a aflorar durante toda la noche y en que es probable que ella no vuelva a pensar en mí. Jaime no pregunta, pero es incapaz de sacar otro tema. Llegamos a nuestro destino exhaustos de tanto silencio, aliviados porque aquí tenemos algo que hacer. En este edificio tiene el Chino lo que conocemos como su centro de operaciones. No vemos a ningún yonqui ansioso en el portal, esperando a que llegue, algo habitual cuando no está por allí, así que suponemos que está. Buscamos una cabina y marcamos su número, que nos hemos llegado a aprender por si, como hoy, nos entra el capricho a deshoras. Hay que hacerlo así y no llamar directamente al timbre. Últimamente tiene miedo de la pasma, que está limpiando el barrio. Descuelga. Nos dice que subamos. Intento desprenderme de la imagen de Maca en cada escalón. No consigo quitarme de la cabeza la idea de que me observa, de que ve lo que hago. De que me juzga. No soportaba que me drogara. Más de una noche la pasé tendido a su lado, fingiendo dormir con la mandíbula a todo meter.

—¿Qué tienes hoy?

—Mierda de la buena. Como para llegar con los ojitos cerrados donde queráis.

—Jaime, tío, con todo esto lo mismo se nos desencaja la mandíbula.

Le acabamos de pillar al Chino un gramo y dos pastillas. Si nos llegamos a dejar, nos despluma y nos llevamos toda la mierda que tenía. El cabrón nos ha ofrecido hasta heroína. Lo del caballo me ha mosqueado, porque nosotros no somos yonkis, y que Jaime haya vuelto a pagar me ha mosqueado aún más. Sigue sintiéndose culpable.

—Bueno, no tenemos que meternos todo hoy, ¿no?

Pasamos del Alien y vamos hacia el Warhol's. El calor ya no viene desde arriba, ha anochecido y notamos cómo se desprende, negro y ácido, del pavimento, que ha estado absorbiéndolo todo el día. Miro a Jaime de reojo, como si esa imagen nuestra, suya, fuera a desaparecer y a cubrirse con traje, corbata y la correa de un suegro que solo quiere lo mejor para su hija y su nieto.

—Mira, hay un campeonato de dardos en…

Corto la frase. Llevo un dedo a sus labios ordenando silencio. Este

gesto lo hago muy de vez en cuando.

—¿No dices que hoy vamos a pasárnoslo bien, Jaime?

—Vale, pero no te quejes de los dardos. A ver de dónde cojones te crees que salió la Sega.

Me doy cuenta de su desliz, y él también, porque constriñe los labios en una mueca extraña, de niño pillado en falta. Y entonces llega. Es la misma soberbia de cada vez que veo encendido el *tally* de la cámara y sé que está grabando. La misma soberbia de cuando me veo por la tele.

—¿Qué? ¿Que ganaste la Sega en un campeonato de dardos y me la regalaste al día siguiente, que era mi cumpleaños?

El cabrón se empieza a reír. Me la había dado en una bolsa de El Corte Inglés. Me advirtió que me portara bien con ella, que no la golpeara cuando perdiera la partida porque le había costado una pasta. Aquella mentira me la había creído como un imbécil hasta que a la tarde siguiente vi que el premio del campeonato de dardos del Rey Lagarto había sido una Sega. Jaime era incapaz de ahorrar y no tenía un duro. Con frecuencia lo poco que guardaba se lo pasaba a sus padres. Pero, eso sí, tenía una puntería excepcional.

—¿Y lo que has disfrutado tú de la Sega, qué?

No entiendo por qué me ocultó el origen de la consola. Para mí tiene el mismo o más valor el hecho de que me regalara lo que fuera su premio. La habíamos usado los dos, sí, pero no se la había llevado en la mudanza. La soberbia, otra vez, me invadió.

—Lo sé desde el día después de que me la regalaras, tolay.

Es esta aquella misma soberbia:

—¿Voy a tener que estar contento cada vez que salga por la tele porque se me vea la cara, papá? ¿Por qué te vas a ahorrar el dinero del *AS*?

A mí la idea de salir por la tele me ponía cachondo. Eso fue lo que le dije a Jaime cuando me llamaron para ofrecerme este trabajo. Y así era como me sentía. Reconocimiento público después de diez años oculto tras la firma de mi nombre.

—Ni que salir en la tele sea malo. Pero sigo diciendo que estarías más tranquilo, y más estable, en un despacho. Como tu hermano pequeño.

… pero sus dos ojos negros, se me clavan como espadas…
¡Ay, chiquilla!

No pude más. El sonido de la radio seguía colándose por el marco de aluminio visto de la ventana.

—Sí, papá, sí. Mi hermano pequeño, que lo ha hecho mucho mejor

que yo. Joder, todo el puto día recordándomelo. Mejor me voy. Me tenéis muy harto con el tema.

No le dejé seguir hablando. Me largué y le dejé refunfuñando consigo mismo en el salón. Cada vez que saliera por la tele sería una pequeña victoria. Cada vez que alguien les llamara para decirles que me habían visto, victoria doble. Lo que no sabía era que aquel monstruo se volvería contra mí en forma de un aluvión de llamadas que alimentaban mi ego y que, cada día, preguntaban cuándo me «tocaba salir». Me alimentaban. Como si salir en la tele fuera todo. Como si yo no supiera que generalmente haría noticias de mierda.

—¿Y cuándo vuelves a salir por la tele? —me pregunta Jaime para dejar de lado el tema de la videoconsola.

—Tío, tengo dos semanas de vacaciones y se me acaba el contrato. Yo qué sé cuándo vuelvo a salir por la tarde. No seas como mi padre.

—Vale, vale, tronco…, ya paro el carro.

Llegábamos ya al Warhol's. El calor seguía ascendiendo y se me entremetía en el espacio entre la piel y la camisa. Me desabroché un botón.

—Este puto calor.

—Acostúmbrate.

—¿Y por qué me tengo que acostumbrar?

Jaime se sonríe y se palpa el bolsillo donde lleva las pastillas y la coca. Parece que va a decir algo, pero recula y dice otra cosa.

—Tú acostúmbrate. Mañana vamos a pasar más calor. Como en Valencia el año pasado.

—Oye, ¿no habrá mucho crío en el Warhol's?

—Y mucha cría, Polo, y mucha cría. Por eso vamos.

El calor de Valencia el año pasado sí que fue infernal. Y eso que, al menos, vivíamos de noche y dormíamos a partir de la hora de comer. En el hostal, además, se habían equivocado y nos habían dado una habitación con una cama de noventa. Dormíamos allí los dos, compartiendo el sudor, para que ninguno tuviera que dormir en el suelo. Uno abrazaba al otro sobre el colchón porque era la única forma en que cabíamos. Porque tampoco era la primera vez que lo hacíamos. Jaime solo se levantaba, a media tarde, para llamar a su chica y decirle que estábamos a punto de bajar a la playa. Mentira.

—Tío, no cuentas nada. Todavía no me has contado de la tenista. Con el puto coñazo que hemos tenido con la Arantxita en casa…

Me produce sonrojo el nombre de Arantxa. Si Jaime supiera que yo también había caído presa de la obsesión… Aquella conversación que mantuve con ella resultó un tanto frustrante. Al igual que el calor atrapado entre mi piel y mi camisa, estaba condenada a no salir de

allí, a obsesionarnos para que un día, de pronto, olvidáramos sus detalles sin saber cómo. Quizás en un futuro, cuando la tenista volviera a ser noticia, yo y Miguel olvidaríamos sus palabras exactas para recordar tan solo un leve clima, las inflexiones de su voz, los recovecos agridulces de sus expresiones. Los mismos que jamás serían noticia.

Y aun así nunca podríamos emitir aquella conversación, ni hablar de ella debido a aquel prurito extraño que conforma el secreto profesional. Ese secreto era el último resquicio que nos quedaba del brillo del que presume el periodismo cuando lo que cuenta está subyugado a intereses ajenos. En este caso intereses representados por los trabajadores del departamento de publicidad de una televisión privada y los comerciales de una marca de pastas.

Porque, finalmente, Arantxa Sánchez Vicario acabó por entrar al Up&Down. Yo y Miguel nos miramos, nos sonreímos y casi diría que ladinamente, con un interés genuino que nos llenaba la sangre, nos acodamos a la barra. Desde la barra siempre se ve todo mejor. Esperamos el momento en que estuviera más desarmada para ir a hablar con ella. Lo haríamos cuando nadie la mirara, cuando el departamento de comunicación no estuviera encima de ella, recordándole con la mirada las respuestas que seguro habían ensayado, recomendándole con una caída de ojos que se tragara la inseguridad que probablemente sentía. Probablemente acabando las frases que ella había dejado a medias por temor a que se saliera del discurso pactado. Dinos, Arantxa, ¿te sientes sola?

—… y me tienes que explicar bien lo de la marca de pastas. Vamos a ver, ellos ponen la pasta.

Se ríe Jaime de su propia ocurrencia.

—No te voy a corear el chiste. Bastantes bromas hacía Miguel con los de La Familia como para seguir con el cuento. ¿Qué? ¿Entramos a echar unos bailes?

—Sí, me parece que están poniendo una de tus canciones favoritas, Polo…

… y yo la miro
Y ella no me dice nada…

Esta puta canción. Esta puta canción que nunca he soportado y que me recuerda a mi padre hablando de la estabilidad de mi hermano pequeño. A la radio de los vecinos. A la puta corrala. De pronto la sangre de mi cuerpo abulta el doble.

… pero sus dos ojos negros…

Se va a enterar este cabrón…

… se me clavan como espadas…

Entro en el Warhol's a la carrera y busco la cabina del DJ. La cancioncita me acelera como si ya me hubiera metido un cuarto de gramo. Quiero gritarle al DJ que quite la puta canción, gritarle hasta que me duela la garganta, mientras él hace un gesto con el índice en su oreja para indicar que no me oye. Quiero bajar los *faders* para que el garito quede en silencio y solo se me oiga a mí gritar. Dar tanto miedo que nadie se atreva a acercarse a mí.

—… me parece que están poniendo una de tus canciones favoritas, Polo. ¿Eres capaz de entrar o esperamos a que acabe?

Jaime alarga el cuello y se asoma al garito. En sus labios una sonrisa animal. Parece que va a saltar sobre una presa.

—Jaime…

—¿Qué?

—Que vas a ser padre. No la líes.

Pero la línea de su boca apenas experimenta un temblor. A ojos de cualquier otro hubiera pasado desapercibido. No a los míos.

—Déjame esta noche…

Entra delante de mí. La oscuridad reluciente de la discoteca se lo traga. Paso detrás de él.

Llevo la misma sonrisa.

Clara

—Tienes el pantalón manchado.

Clara recordaría para siempre aquella frase, que la asaltó por la espalda y que tardó todavía unos segundos en calibrar. Lo hizo cuando con su mancha palpó la humedad que la delataba. Que la hacía no ya ingresar en el mundo de la madurez, sino salir de forma definitiva del mundo de las niñas.

Aquella mancha hizo que se olvidara de las dos muñequeras. Las habían buscado afanosamente, con la necesidad propia de la primera adolescencia. Tras varios minutos revolviendo en las estanterías de la tienda de deportes, presas de la inquietud y de la urgencia, decidieron preguntarle a una dependienta.

—Perdone, queremos dos muñequeras, una con la bandera de España y otra con la de Cataluña.

—Ay, no sé, déjame ver si hay, ¿no os vale una muñequera roja y otra amarilla? Si los colores son los mismos…

—Sí, ya, pero es que queremos dos con las banderas.

Era Estíbaliz la que hablaba y Clara, poco dispuesta a que le colaran dos muñequeras de un solo color, quiso explicar el porqué de su deseo, convencida de que, al entenderlo, la dependienta se desviviría por ellas:

—Sí, tiene que ser una con la bandera de España y otra con la de Cataluña, ¿sabes? Es que esta mañana fuimos al partido de Arancha Sánchez Vicario y vimos que llevaba una muñequera por cada bandera. Esas son las muñequeras con las que Arancha Sánchez Vicario va a ganar el oro.

Más silencio mientras buscaba en los estantes.

—Yo ya tengo una sudadera como la de ella, de Kelme, pero ahora me hacen falta, necesito esas muñequeras.

La dependienta seguía rebuscando sin mucho interés. Clara ya la veía seleccionar muñequeras rojas y amarillas como si con ellas pudiera formar banderas cuando, en uno de los estantes más bajos, le pareció ver exactamente lo que buscaba.

Recordaría toda la vida aquel viaje breve. También que su interrupción empezó en aquel preciso momento en el que se agachó para rebuscar, porque fue entonces cuando, a su espalda, sintió un respingo de Estíbaliz.

—¡Clara!

Susurraba su nombre con la voz de quien quiere evitar el grito y, por eso mismo, suspende en discreción. Recuerda que, al menos hasta ahora, ha conseguido evitar explicarle por qué la llamaron así.

—¡Clara!

—¿Qué pasa?

Sin levantarse se giró extrañada ante la llamada de su amiga. Estíbaliz tenía los ojos muy abiertos. Y una alarma. Un gesto de alarma en la nariz que apenas podía disimular. No quitaba la vista de los pantalones amarillos de su amiga.

—Tienes el pantalón manchado.

Primero una mente en blanco. Después una mano que gira, que palpa la escasa tela amarilla buscando una mancha que cause tanta alarma.

Habían sido muchas las ocasiones en que había mentido a sus amigas diciéndoles que aquello ocurría a intervalos regulares de, más o menos, veinticinco días. En cada una de aquellas mentiras el miedo a que hubiera una tara, un fallo que hiciera que su cuerpo no fuera como el de las demás, la aprisionaba. Dudaba, cada mes, de sí misma.

Fue aquella la primera vez que sintió esa humedad viscosa. Con las yemas de los dedos, encontró lo que temía y deseaba. Rozó entonces la tela de su pantalón amarillo, empapado de un marrón oscuro casi rojo. Un color casi sólido. No eran aquellos los colores que había imaginado.

La impotencia, el miedo, que sentía hacia el piso de Gràcia empezó a combatir con la urgencia que le ordenaba limpiarse, darse una ducha. Estíbaliz la cogió de la mano.

—Vamos a casa, tienes que cambiarte el pantalón y las bragas.

Solo le quedaba otro par limpio. De pronto, aquellas bragas inmaculadas dobladas en su mochila se le figuraron como la única oportunidad de volver a Madrid. El único billete de vuelta. Necesitaba pensar, pensar rápido. No quería que llegara la noche y tener que enfrentarse a lo que le pusiera delante el tío de Estíbaliz. Debía pensar rápido, pero su cerebro se trababa, como la lengua de un niño que aprende a hablar.

Caminaron por la calle contra las paredes de los edificios. Estíbaliz detrás de ella, tapándola. Clara había pensado incluso en comprar una chaqueta para anudársela a la cintura y tapar los pantalones. No llegó a sugerirlo siquiera. Sería perder tiempo, entrar en una tienda así, manchada. Y sabía que no le alcanzaría el dinero.

Antes de llegar al portal vieron salir de él a Pep. Hablaba por un teléfono enorme. Ya estaba rumbo de la ilusión, de la villa olímpica, de Barcelona, de Cataluña y de España. O eso le oyeron decir.

—Y yo —Joana las esperaba en el salón. Al verlas se levantó dificultosamente del sofá, evidentemente contusionada— voy a descansar los ojos cinco minutos. No hagáis lío.

Pudo percibir Clara los restos de la incomodidad en la casa, como los cuerpos extraños que, al salir, dejan su marca impresa, dolorida, en los contornos de lo que les aprisionaba. Al menos tenían vía libre para meterse juntas en el baño.

—Toma. —Sacó Estíbaliz de su neceser un sobre rosa. «Ausonia», se leía en el envoltorio.

Clara iba a abrir la boca. Abrir la boca para decir que nunca se había puesto una. Que su madre le había mostrado un día una compresa y le había dicho cómo colocarla, pero que ella no había apenas atendido porque de pronto sintió vergüenza. Una vergüenza nueva, a estrenar, corpórea y distinta a las demás, que nunca se había ni siquiera insinuado delante de sus padres. Quería abrir la boca para decir que a ella sí, que, al contrario de muchas de sus amigas, sí le habían hablado de esto en casa. Y decidió, con una angustia obesa, abrir la boca para decir:

—Muchas gracias. Se me olvidó coger en Madrid. —Y siguió improvisando—: Es que no me tocaba.

Recordó Clara entonces un momento antiguo, para ella más lejano en la distancia que en el tiempo. Su madre la obligaba siempre a ducharse por las noches. Ella obedecía mansamente porque evitaba así parte de las carreras precipitadas de las mañanas: el sonido artero y repentino de la persiana, el desayuno apresurado, la mochila casi preparada, el camino al colegio escuchando siempre la misma frase, que un día más llegaban tarde, que qué vergüenza entrar en el aula con la primera clase ya empezada. Aquella noche de domingo era distinta, y sabía y no sabía muy bien por qué. Recordaba cómo se ponía unas bragas limpias, pulcramente dobladas, una noche de domingo de hacía ya algunos años. Recordaba el primer vaho del otoño en el espejo del baño, delatando que el frío ya empezaba a aposentarse. Desde allí, mientras se vestía, oyó a sus padres celebrar algo, abrir las ventanas de la terraza forrada de aluminio visto y asomarse para corear las bocinas de algunos, escasos, coches.

Cuando salió del baño vio en la televisión al presidente del Gobierno. Aquella mañana había ido su hermano a casa, se habían arreglado todos con especial cuidado y habían ido al colegio de Clara. Ella había agarrado de la mano a su padre y le había llevado a su aula. Le sorprendió verla llena de gente adulta haciendo cola.

—Este año hay menos —decía su madre asomada a la ventana de la terraza.

—Pero hay, que ya es bastante.

Le extrañaba a la niña —porque era mucho más niña, o al menos así se recordaba— ver a sus mayores asomados al balcón. Estaban

muy juntos, con un entusiasmo que los llevaba a inclinarse, peligrosamente, sobre la barandilla. Se abrazaban tranquilos. De vez en cuando saludaban con alegría a algún coche conocido que pasara pitando por debajo de la ventana. Clara se acercó a ellos llena de una mezcla de curiosidad y extrañeza.

—¿Qué ha pasado?

Su padre seguía absorto en los bocinazos.

—Nada, hija —su madre se dio la vuelta para cogerla—, vamos a cenar.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué estáis asomados a la ventana?

La adulta la besó, la abrazó, le dijo ve a secarte el pelo.

—No ha pasado nada. Ha pasado lo de siempre.

—No —su padre cerraba la ventana—, no ha pasado lo de siempre. La vez anterior pitaban más. Y la anterior, mucho más.

—Bueno, es que la anterior salimos a pitar nosotros.

Pronto empezaron a llegar vecinos. Traían comida y bebida. Tortilla de patatas, ensaladas, embutido, vino, tartas. Champán. Clara solo estaba acostumbrada a verlo en Navidad. Parecía que la alegría entrara con los gritos de las vecinas, con el tabaco de los vecinos, con ese sube el volumen de la televisión pero qué más da si ya está hecho vamos a celebrar que tenemos otros cuatro años tranquilos no des nada por hecho.

Al día siguiente recuerda ir a clase muerta de sueño. Los vecinos se habían ido tarde, tarde se había acostado. Déjala, esto es más importante que el colegio, había dicho su padre.

Envolvió las bragas sucias en papel higiénico y, todo lo pulcramente que pudo, las guardó en la mochila.

—¿No las tiras?

Miró sorprendida a Estíbaliz.

—¿Para qué? Se lavan y ya está…

—Qué cutre…

Su amiga asintió calladamente, mientras esperaba que Clara se colocara la compresa. La miraba sin disimulo, envuelta en una ausencia de pudor que le parecía imposible. Pero ¿no era eso lo que hacían las chicas? Ir juntas al baño. Hablar a escondidas. Lo había leído en la *Vale*.

Clara había tenido miedo a preguntar. Ella sí estaba envuelta en un pudor inmenso, que la empapaba como agua templada y sucia y que no caía sobre su desnudez, sino sobre su interior. Se echaba en cara aquella vergüenza instintiva y poderosa que le había impedido prestar atención el día en que su madre la sentó en el baño a explicarle qué tenía que hacer cuando llegara el día. Rehuyó el tema presa de un

calor que le calentaba la cara como si hubiera cometido una falta grave. Ahora miraba, inquisitiva, a Estíbaliz, esperando de ella una explicación. El silencio se crio durante dos segundos, alojándose, lleno de aristas, en los ojos de las dos adolescentes.

—Te la estás poniendo al revés…

Rápidamente Clara le dio la vuelta. Una oleada de calor, roja y abrupta como un precipicio, asedió su cuello.

—No me daba cuenta… Qué tonta…

—Coge otra más, por lo que pueda pasar.

Dudó un momento, pero de pronto, con claridad, recordó el dinero que le quedaba. Que no le quedaban tampoco bragas limpias. Cogió dos compresas más. Al rozar la mano de su amiga, su cuerpo demandó un deseo de intimidad, una necesidad de silencio. Cualquier compañía le producía repugnancia.

—Necesito tumbarme un momento.

—Ven a mi cama, como anoche.

Aquella idea casi le causaba una náusea extraña y ancha.

—Bueno, es que necesito dormir de verdad, ¿sabes? Y así aprovechamos que tu tía está con la siesta también.

—Bueno, como quieras, pero ahora en un poco voy a tu habitación.

Una punzada en el estómago. Le parecía a Clara que la otra declaraba conocer su inestable presencia en aquel lugar. Su idea de salir de allí sin decir adiós. Sentía entonces el haberse convertido en su deudora.

Pensó también en sus padres. En la terraza de aluminio visto. En cómo había temido con un miedo palpable, amenazador, grueso, que lo que acababa de pasar no sucediera nunca. En cómo había imaginado, esperanzada, que ocurriera en multitud de escenarios posibles, pero nunca tan lejos de casa. Porque nunca había estado tan lejos de casa.

Ella sabía que sus amigas, cuando les tocaba, llevaban las compresas en la mochila del colegio. Había mentido diciendo que ella también las llevaba. Había incluso fingido que iba al baño a cambiársela. Le fascinaba que en el envoltorio de su primera compresa se leyera «Ausonia». Nunca las había visto en su casa. Solo a alguna de sus amigas y anunciadas por televisión. Las de su madre, que tenían otro nombre, nunca aparecían entre programa y programa, entre aquellos concursos televisivos que consumía automáticamente. Sin sentirlos. Sin dar opción a poder ver otra cosa o a discutir sobre cambiar de canal.

—Tienes la cena en la nevera.

Aquella sucesión de diez sílabas era el reproche inalterable,

perpetuo como un muro, con el que su madre recibía al marido cuando este entraba en casa más tarde de lo requerido, pero aún con Clara despierta. En algunas ocasiones, cuando notaba que titubeaba la llave en la cerradura o que los pasos del hombre separaban poco los pies del suelo, ella continuaba hablando.

—¿Qué? ¿Ya acabó el partido hoy?

Y su padre soplaba, soplaba como si no quisiera que el aire que salía por su boca llegara al linóleo y se quedara en algo inconcreto. A medio camino entre el cielo y el suelo hay algo con tendencia a quedarse calvo.

En una ocasión, la pasada primavera, y tras una derrota del Atleti, Clara oyó contestar a su padre. Había abierto la puerta de la nevera y parecía dirigirse al frío temblor de un plato mellado cubierto con papel albal:

—Y tu concurso qué, ¿acabó? A ver si un día lo ponen en el bar y puedo ver yo a Futre en casa.

Su murmullo quedó tapado por el timbre del teléfono, que, como una barrera, detuvo la devolución del reproche. Clara, que en la cocina rebañaba una tarrina de yogurt, oyó cómo su madre corría hacia el teléfono con una urgencia inesperada.

—¡No lo cojáis! ¡No contestéis!

Su padre miró a Clara, encogiéndose de hombros.

—¿Qué le pasa a tu madre? Si yo nunca cojo el teléfono…

—¿Qué decís? —Su madre se aproximaba disparatadamente por el pasillo, como un torrente de ansiedad dispuesto a astillar todos los muebles, a hacer saltar las baldosas, a romper el aire—. ¡No cojáis el teléfono! ¡Por lo que más queráis!

Se resbaló la mujer en la entrada de la cocina, agarrada al quicio de la puerta, ahí donde se marcaban las estaturas de sus hijos: rojas las marcas del niño, negras las de la niña. De milagro evitó llegar al suelo.

—¡Callaos inmediatamente!

Ya de pie, erguida, y al igual que si fuera a abrir la puerta de su casa a un extraño, se atusó el pelo y, fingiendo calma, descolgó:

—¡Hola, Raffaella!

Tardaría muchos años Clara en reconocerse a sí misma aquellos dos segundos de expectación que siguieron al saludo de su madre. Su padre y ella se miraron. Ella con la boca abierta. Él con los puños cerrados, la vista puesta en otra realidad posible. En una lavadora que no perdiera agua. En una colonia cara para su mujer. Una equipación completa, nueva, de tenis, para su hija y un bono con el que pagarle unas clases. Un congelador que no descongelara sin previo aviso y que le ahorrara el enfado de su mujer por echar a perder la merluza

comprada a mediados de noviembre para Nochebuena. Una conversación con su hijo para decirle que ese dinero que les pasaba todos los meses no se lo diera ya más, que lo podría ahorrar. O gastárselo. No se reconocería Clara hasta muchos años después, ante la anual desilusión de otro veintidós de diciembre, que aquellos dos segundos solo los llenó el zumbido de la luz de la nevera, que llevaba un par de años emitiendo un sonido sucio e incómodo, como si amenazara con anunciar que hasta aquí llegó el frío y que ahora parecía decirle «corre, y ve a la televisión, lo que va a pasar no podrás verlo nunca más». Esos dos segundos a través de cuyo silencio pasaron toda una gama de productos nuevos, necesarios, que amenazaban diariamente con desequilibrar la economía doméstica, fueron interrumpidos de la manera más procaz. Ni si quiera la luz futura nueva, firme y prometedora de esa posible nevera pudo continuarlos.

—Pero, chica, qué dices. Iba a estar yo llamándote a ti si fuera la Carrà.

Una carcajada abrupta, dolorosa como un calambre, acabó con el silencio. A través del auricular, la voz de la tía de Clara había sonado limpia, como una pelota de baloncesto que no roza el aro. Incluso a la madre de Clara se le escapó algo parecido a una risa nerviosa.

—Ay, calla, que es que justo estaba al lado del teléfono y dije: voy a cogerlo, no sea que de esta salga de pobre.

Acabó discutiendo con su hermana, porque no quería reconocer que realmente estaba derrengada en el sofá, pensando que incluso le daría pereza levantarse para apagar el televisor cuando se acabara el programa de Raffaella Carrà, ese en el que llamaba al azar a un hogar español que sería premiado si al levantar el auricular se contestaba con un «¡Hola, Raffaella!».

Aquella noche su madre había intentado esconder su decepción. Acabar con la película que se había montado en la cabeza y que protagonizaba la promesa de una vida más cómoda, no mucho tampoco, pero sí lo suficiente como para sentir que habían subido un escalón. Se había callado ante las burlas de su hija, se había callado también ante la sorna de su marido porque sabía ver que esta última escondía una carencia. Que sí, cariño, que ojalá hubiera llamado la Carrá, pero vamos a reírnos mientras tanto. Que aquí nunca llama nadie. Que aquí nunca tocan los sorteos, ni las porras ni las loterías. Pero tenemos salud. El consuelo de los pobres, había dicho mientras tocaba la madera del quicio de la puerta. Se tumbó aquella noche la madre de Clara en la cama envuelta en su ridículo del mismo modo que meses después lo haría su hija, igual de insomne. No recordaba haber estado así, sobre el colchón, tan tensa, tan despierta, en una

situación tan alejada del descanso. Tenía claro lo que iba a hacer. Pero se dio un margen antes para recordar aquella mañana y el partido de tenis. No había vuelto a pensarlo, pero era consciente de haber buscado, ansiosamente, a alguien más en el estadio. Imposible verlo. Lejos la tenista. Inalcanzable él. Él, al que veía una o dos veces al año y que nunca la había mirado a la cara. Pensó en aquella muchedumbre, en aquellos bloques de viviendas que se veían desde las gradas, a lo lejos, colmenas no muy altas que brotaban al borde de la polución. Ladrillo visto que trepaba edificio a edificio como lo hacía en Madrid. Aquí las construcciones tapaban el desnivel del terreno, convirtiéndose ellas mismas en el propio desnivel si se contemplaba desde las alturas del éxtasis olímpico.

Y, de pronto, sin esperarlo, sorprendida, echó de menos el consabido tacto, uniforme, falsamente recto, de aquellas paredes de ladrillo y aluminio visto.

Con la mirada recorrió la habitación y las escasas pertenencias que estaban fuera de la mochila. Silenciosa, lentamente, empezó a moverse. Recogió todo hasta dejar el cuarto como lo había encontrado. ¿Cómo llegaría a la estación? Preguntaría, caminaría, se metería en el metro. Pero antes de eso tenía que salir de allí. Salir de allí ahora que la tía dormía y que su amiga parecía haberla dejado sola. Separarse de aquella familia extraña para siempre. Que el tiempo hiciera que se olvidaran de ella.

Los que no se habían separado apenas unos metros durante el último día eran sus padres. Solo dos minutos para que él bajara a comprar tabaco. Casi arrancó la madre de Clara, aquella mañana, el cable en espiral que unía el auricular al teléfono. Lo enredó en un dedo mientras los demás, ciegos, marcaban la secuencia de números que comunicaban con el piso donde vivía su hijo mayor.

—No lo coge, voy a llamarle al trabajo.

—Lo que hay que hacer —explicó su marido con calma— es llamarle a la oficina.

Pero tampoco contestó.

—Cojo el coche y voy. —Él parecía resuelto, ya empezaba a buscar, con la mirada nerviosa, las llaves del coche.

—¿A buscarle a la oficina?

—No, a Barcelona, mujer.

—El coche lo tiene el niño. Y no llega a Barcelona, te deja tirado antes.

—Pues voy a Madrid, a buscar al niño, ¿dónde está su oficina? —Pero de inmediato, sin que ella hubiese mediado palabra, se desdecía, como si mantuviera un diálogo paralelo consigo mismo—. Que no,

mujer, que no —la propia idea de lo que iba a decir le ponía nervioso—, que mejor me voy a Barcelona.

—Que el coche no va a llegar, ¿no te das cuenta? Y además, luego, en Barcelona, ¿qué?, ¿por dónde la buscas?, ¿tú sabes cómo tiene que estar eso de gente? No has estado en Barcelona en tu vida.

Pero él ya estaba abriendo el armario pensando qué necesitaría para el viaje, un viaje para buscar a su hija, desaparecida en medio de la alegría y la felicidad de la que todos hablaban.

—Y, además, pasado mañana vuelves al trabajo —continuaba razonando ella—. Se te acaban los diez días de descanso.

—Estoy yo como para ir a trabajar.

Ella le agarró de la camiseta, que se rasgó a la altura del cuello del puro desgaste.

—¿No ves que no están las cosas como para faltar al trabajo? Ya os han avisado. Mira lo de la fábrica de Cartagena.

—Lo de Cartagena lo han solucionado.

—No sabemos por cuánto tiempo, y ya sabes cómo lo han solucionado. Tú quédate, busca al niño y que venga a casa. Avisa a la vecina para que se quede aquí mientras estamos fuera, por si Clara vuelve o llama. Y a mí me dejas en la estación para coger un coche de línea a Barcelona. Las casas que tenga que hacer estos días, ya las haré. De ese trabajo no nos va a faltar. Y no vengas otra vez con lo de Cartagena, ¿o cuánto crees que les van a durar las fábricas allí?, ¿o quieres ir tú también a quemar el Parlamento? No nos podemos permitir eso. Tú no. Soy yo la que va a Barcelona. Ahora, cuando salga y sepa a qué hora llego, vas a llamar a mi prima para que vaya a buscarme a la estación cuando llegue.

Se puso la mochila con tiento, deslizando sus brazos con cuidado para no hacer ruido. Antes de salir de la habitación comprobó que llevaba encima la compresa de repuesto que le había ofrecido Estíbaliz. Después pegó el oído al quicio de la puerta y, como no escuchó más que silencio, la abrió lentamente.

Frente a ella, las escaleras que daban al piso de arriba. Por donde se había caído o por donde habían tirado a Joana, ya no sabía cómo había ocurrido. O sí lo sabía, pero no quería ponerle palabras. Cerró con cuidado la puerta de la habitación para que pensaran que seguía dentro, dormida, y se dirigió a la salida.

Notaba en el pubis la presencia de la compresa. ¿Eso sería siempre así? ¿Más o menos una vez al mes? La incomodidad del algodón la reconfortaba, porque sentía que había alcanzado ya a su amiga Tina y a las demás. Y, a la vez, un sentimiento de extrañeza le recorría el cuerpo. Como si lo estrenara. Los nervios por su escapatoria no

lograban retener aquella sensación.

—Voy a bajar del armario las bolsas de viaje.

Subida a una de las sillas que heredaron de El Esquinazo cuando su dueño decidió cambiar el mobiliario, la madre de Clara buscaba casi a ciegas en el interior del altillo. Movía los brazos como una niña que tuviera los ojos vendados.

—Deja que lo haga yo, te vas a caer…

—Ni que tú no te pudieras caer.

—Creo que la bolsa que buscas está un poco vieja.

—No será de haberla usado…

Era una bolsa de tela que la abuela de Clara había cosido con los retales que sobraron de unas cortinas cuando nació su primer nieto. Tenía más de treinta años.

—Voy a meter lo justo. Dame dinero.

—¿Dónde lo tienes guardado?

—Donde las bragas, debajo. Dónde va a estar.

Con un pudor extraño, en el que no le dio tiempo a reparar, abrió el cajón de la ropa interior de su mujer y hurgó, casi con miedo, en el fondo.

—Quince mil, ¿es suficiente?

—Busca, tiene que haber veinte mil por lo menos.

Discretamente, fue moviendo las prendas. Una a una. Con reparo. Hollando terreno virgen.

—Aquí no hay más.

—Mira, anda, déjame. Como vaya yo y lo encuentre…

Pero tampoco ella dio con nada más. Ni siquiera sacando a puñados las bragas y sujetadores del cajón.

—Se lo ha llevado.

—¿El dinero? ¿Quién? —La sorpresa le impedía reparar en lo evidente.

—La niña, quién va a ser. Por lo menos cinco mil pesetas.

Dobló la mujer con rapidez los billetes que tenía en la mano y los escondió entre su pecho y el sujetador. En la bolsa apenas una muda y una camiseta.

—Llámame un taxi y que me deje en Avenida de América.

—Te llevo yo, mujer, con el coche de los vecinos, que nos lo dejen.

Ella no esquivó la proposición. Un miedo nuevo, inaugural, a separarse empezaba a entrar por su cuerpo.

—En lo que les pides las llaves, diles que suban a casa a esperar, por si suena el teléfono o vuelve la niña —insistió.

Y ahora sí, un silencio pesado, triste como una amenaza ineludible, empapó aquel piso donde el gotelé tapaba las imperfecciones y la

baldosa allanaba el suelo, llenándolo todo de fragilidad. Durante un momento se callaron. Se abrazaron.

—Va a salir todo bien —le dijo ella—. Al final, siempre sale todo bien. Al final siempre sale todo, al menos para que las cosas se queden como estaban. Ya verás.

Tenía agarrado ya el pomo de la entrada cuando giró para mirar por última vez el blanco inmaculado de la cocina. Allí, sobre la encimera, olvidada, esperaba la bolsa de Vinçon con los bocadillos desde la mañana.

Fugazmente comprobó que nadie la veía y entró en la cocina a por la bolsa. Volvió después hacia la puerta con un pensamiento en la cabeza, un pensamiento incómodo, malo, no podía ser bueno y, en cambio, no se iba, no se iba porque aquella podía ser su única oportunidad. Porque a ver cómo explicaba que la había conseguido, porque se había escapado de casa de sus padres y no la merecía. Pero ¿cuándo podría volver a tener una oportunidad así? Con rapidez, olvidando casi su huida y la necesidad de silencio, empezó a abrir cajones y estanterías. Abrió incluso el horno, porque su madre guardaba en él las sartenes. Cuando la encontró la metió en la bolsa y regresó a la puerta.

Ya en el rellano oyó a Estíbaliz llamarla. Sonaba tras ella ese nombre que nunca llegó explicarle a qué se debía, por qué se lo pusieron. El motivo, ahora, le avergonzaba menos. Una vez más, no esperó al ascensor y echó a correr por las escaleras. En su descenso a la calle notó que, con la brusquedad de su huida, un calor desconocido, casi como un chorro de su esencia, salía de su interior y empapaba la compresa. Y se dio cuenta entonces de que aquella huida precipitada daba inicio a su viaje de vuelta y, de algún modo impreciso, a muchos otros viajes. Y supo también que ese rubor que teñía su rostro escondía contra ellas una rabia primeriza. Innata.

Polo

No sé si el límite lo marca la hora —ese grupo de horas de la madrugada que tienden a confundirse porque son equidistantes a la lejanía del sol—, o si lo marca el nivel de alcohol en sangre. El de esta noche es engañoso; llevamos desde mediodía fuera de casa y hemos empezado a beber cuando nos deshicimos del yupi de mi hermano. Mi cuerpo se ha aclimatado a un nivel de alcohol tolerable, constante, que no me impediría funcionar con normalidad ante una urgencia. Pero no me es suficiente. Ahora quiero rebasar ese límite.

En el Warhol's nos hemos tomado ya dos copas y, dada la resistencia de nuestros cuerpos a la bebida, no parece que nos afecten. Ahí está el engaño. Bebemos como si fuéramos impermeables, y así nos sentimos. Sin embargo, hace varias canciones que yo y Jaime hemos perdido la conversación y bailamos el uno al lado del otro. El sudor que nos envuelve multiplica en mi piel la sensación eufórica, eléctrica y visceral de la música. Por eso esta noche el límite es artero, me siento extrañamente lúcido aunque a la vez noto cómo el alcohol ya me ha convertido en ese ser demasiado egoísta, macerado en sí mismo y con tendencia al enfado que tanto me recuerda al abuelo del que heredé mi nombre.

—Hipólito.

Voy a darle a Jaime una palmadita de macho fraternal, pero, como noto que ya he pasado la frontera, lo que hago es colocar mi mano, ligeramente ahuecada, en su nuca. Noto la tibieza del nacimiento de su pelo, que irradia un calor rojo, imantado. Yo no respondo. Él no se inmuta. Sigue bailando. La luz es igual de baja que antes.

—¿Otra copita más, Hipólito?

Lo que me indica que él también ha pasado el límite, porque está juguetón y utiliza el nombre con el que ni siquiera firmo los artículos. El nombre que me encubre y con el que huyo de la presencia imaginada de Maca, que niega con la cabeza cuando ve la deriva de la noche. Que se congratula por haberme dejado una mañana de años atrás. Cuando no lo esperaba.

—Y no me llames, no me llames ni una ni dos veces, ni cada cinco minutos. No me llames más.

La noche anterior yo había llegado una hora tarde a nuestra cena.

—¿Me llevas al VIPS?, ¿otra vez?

—No me jodas, Maca, a ti te gusta…

Un polvo de consolación. Aquella noche Jaime no estaba en casa. Cuando se despertó se vistió. Me dijo que se iba. Que se había pasado la noche llorando porque ya no sabía cómo decirme que la relación no

avanzaba. Que le dejara dos bolsas porque se llevaba sus cosas.

Ahora pienso que lo que ella esperaba era que me duchara, que bajara a por el periódico. Que buscara en la sección de anuncios un alquiler para dos. Que dejara a Jaime aunque llevara solo unos meses viviendo con él.

—Otra copa, Jaimito.

—Pero esta nos la vamos a aliñar.

Lo confirmo: quiere jugar. Pone su mano en la parte baja de mi espalda. Noto mi camisa ya vencida, pesada del sudor de todo el día. Me la cambiaría, pero estamos dentro de la rueda y no pienso salir de ella para ir a casa y cambiármela. Además, no tengo ropa limpia. En Barcelona no puse ni una lavadora y hoy ni he deshecho la maleta.

El sudor nos empapaba al salir del Up&Down. Era un sudor nuevo, crecido en las últimas horas. Un sudor no acumulado. No me acomplejaba porque todo el mundo lucía sus brillos. Era un sudor hecho de humedad y salitre, de entusiasmo y ganas de no perderse nada. Brillante como en una película, salado y animal, que impregnaba el aire del olor a mar, del olor a puerto que Barcelona no había perdido del todo. Un sudor limpio. El sudor más feliz de nuestras vidas.

—Esta cría tiene las cosas más claras con veinte años que yo con más de treinta.

El de la frase era Miguel, pero bien podría haber sido yo. Todavía era de día, el límite lo marcaban las copas que habíamos tomado, no la cantidad de luz.

Arantxa Sánchez Vicario había hablado con nosotros con una sonrisa tan ancha que se le salía de la boca. Me iré pronto. Mañana es el primer partido. No debería tener problemas en él, nos dijo confiada, pero tengo que descansar, ¿cómo es que habéis venido aquí y no estáis en la Villa Olímpica? Veníamos a apoyarte, había dicho Miguel. Fue poco tiempo el que pudimos estar con ella. Diez minutos, dije yo. Miguel me miró sorprendido.

—¿Diez?

—Más o menos, ¿no?

—Yo creo que han sido un par como mucho.

Y, sin embargo, durante un momento pudimos hablar con ella de todo lo demás. De irse de casa, de irse de su familia, de su idioma. De otro miedo.

—Voy a buscar un periódico.

Me giré para mirar a Miguel con sorpresa.

—Otro periódico, Polo, a ver si ahí podemos publicar lo que nos ha dicho. «La verdadera Arantxa Sánchez Vicario», ese es el titular.

Me doy cuenta ahora de que Miguel, la persona con la que he compartido las dos semanas sobre las que pivotarán las ilusiones del resto de mi vida, no conoce mi verdadero nombre. Ni se lo he dicho ni me lo ha preguntado.

—Es broma, ya sé que nadie nos lo publicaría. Y que si lo publicaran perderíamos este curro. Si es que no lo perdemos igualmente cuando esto se acabe…

Y sin embargo, mientras quitaba las ilusiones a Miguel, las mías crecían y construían poco a poco un relato: la entrevista que nadie publicaría porque no había existido y, por tanto, no tenía transcripción posible. Lo que aquella mujer joven, casi una niña, no había dicho y, por tanto, no había podido quedar registrado en ninguna grabadora, pero que yo había creído percibir: que tenía miedo, que había demasiadas miradas sobre ella, que llevaba toda la vida preparándose para esto, como cualquier deportista olímpico pero para ella más, porque no solo era su país, sino su ciudad, porque no solo era ella, sino que eran sus hermanos, repentinamente relegados a su sombra. Porque eran España y Cataluña. Porque era joven y guapa y trabajadora y ganadora. Porque no se podía permitir un mal resultado. Porque después de estos Juegos Olímpicos habría otras competiciones. Y después otras más, y tenía que seguir trabajando para que no se olvidaran de ella. Porque era muy niña y todavía era una especie de novedad. Como España, pensé yo. Como ir a votar un domingo y estrenar la democracia con el miedo de estropearla. Con una solidez que se alardea porque no existe, porque no tiene cimientos, porque estos van creciendo un poco por detrás del mito. Pero aquella entrevista no podría publicarse, no solo porque a nadie le conviniera, sino porque aquello no había salido de su boca. No lo había dicho. De alguna forma, no existía.

—Venga, ¿dónde vamos?, ¿al KGB? Lo mismo están allí la Neus y Laia. Me lo dijo anoche…

—Tú lo que quieres es follar, cabrón.

Se descojona en mi cara y su risa hace que me escueza mi orgullo, que ahora se encoje un poco resentido. No me puedo creer que vaya a estar dos semanas aquí y que no vaya a follar. O al menos no follar con Laia.

—Venga, vamos, Polo. Si está la Neus, seguro que han ido además otras amigas.

—No seas capullo. Das por hecho que no me voy a tirar a Laia, ¿no?

Reculó un poco Miguel, como si se hubiera traicionado a sí mismo o como si me hubiera faltado al respeto. En cierta medida lo ha hecho.

—Yo no he dicho eso.

Fuimos al KGB y, según entramos por la puerta, intenté olvidarme del tema. No voy a confesarle, no a él, con esa cara de pardillo que tiene, mi inexistente tolerancia a la frustración. Tan solo a Jaime, en dos o tres ocasiones y muy borrachos, le he hablado de ella. Mientras él me llamaba por mi nombre.

—A ver, a mi amigo Hipólito le cargas más la copa, ¿eh?

Le hace un gesto a la camarera, con la palma de la mano hacia arriba y extendida, indicando que eche más, más, más, mientras se le pierden los ojos en el escote de ella. A mí también se me pierden. Pruebo la copa. Está asquerosamente cargada.

—Esto no se puede beber, joder.

Lo grito. Gritar es la única forma de comunicación posible en el Warhol's. Ahora sí noto mi voz recorriendo mi garganta entumecida. Mis ojos pesados. Mis articulaciones blandas y alegres. He empezado a caminar de puntillas, signo inequívoco de que voy borracho. Pongo la mano en el hombro de Jaime y lo aprieto.

—¿Sabes qué? Que estará asquerosa, pero yo tengo mucha sed.

Frunzo los ojos y me llevo la copa a la boca. Bebo, bebo, bebo, bebo. No me detengo ni para respirar. Cuando me retiro el vaso de los labios, solo quedan en él los hielos. Lo he vaciado de un trago.

—Ya sabes lo que te toca ahora, ¿no, Jaimito? Rapidito porque voy a pedir otras dos. Y no te rajes.

—¿Cuándo me has oído quejarme?

Se pega a mí. Noto su cuerpo, húmedo de sudor, tocando el mío. Se lleva el vaso a los labios. Veo su cuello dilatarse. La nuez subiendo y bajando. Las venas tensándose y los músculos marcando su relieve. Pese a la luz oscura y rápida de la discoteca, cuando está a punto de acabar, noto en su piel el color rojo de cuando prueba el popper.

Le doy una palmada en la espalda. Ahora soy yo el que sonríe como si ocultara algo. Vuelvo a la barra. No despego los ojos de las tetas de la camarera. Me adelanto a una pareja de babosos que hay en la barra y pido yo primero.

—Nena, otras dos. No sé qué pasa que nos has puesto dos vasos que tenían agujero.

Cuando entramos en el KGB fui directo a la barra.

—Dos cubatas, de los que tienen un agujero en el fondo.

Aquella sí que no me rio la gracia. Tenía acento andaluz. De Málaga. Había decidido pasar el verano trabajando porque era la única forma que tenía de vivir los Juegos Olímpicos, me dijo. Podría haber hecho lo mismo en Sevilla, pero no soportaba a los sevillanos.

Yo la escuchaba calentando los dos cubatas, uno en cada mano.

Creía que ya tenía la noche hecha cuando el tío de al lado la llamó, enfadado por haberme atendido a mí primero. Ella fue sin despedirse y a mí me dejó solo y compuesto en la barra.

A Miguel le había perdido de vista. No estaba en la zona de las escaleras de caracol donde lo dejé. Lo busqué, con la sensación de estar siendo observado. Con la sensación de que me habían dejado tirado y de que alguien, desde algún punto de la discoteca, se reía de mí. Ni siquiera había conseguido el número de la camarera y a partir de ahora iba a ser imposible hacerlo, por allí había cada vez más gente.

Los vi, a lo lejos, contra una de las esquinas de la discoteca. Como un panoli fui para allí. El amigo pardillo que se encarga de rellenar las copas porque ninguna chica le mira.

—Ei.

—Podrías haber avisado de que te movías de sitio.

—Es que vi de lejos a esta preciosidad y no podía resistirme a sus encantos.

La Neus, como una tonta, le reía las gracias. Miré a Laia, que ya apenas me miraba con curiosidad, un poco como si contemplara el paisaje de siempre.

—Así que venís del Up&Down…

—Eso es, monada.

—Pues con nosotras —dijo la Neus— vais a estar mucho más *up*.

Ahora era el imbécil del Miguel el que le reía la gracia. Estos dos van a follar otra vez, pensé. Laia se sonrió y estiró el cuello, buscando otro paisaje en la discoteca. Me puse de tan mala hostia que hubiera arrancado la barandilla de las escaleras. No soporto quedarme atrás.

—A ver si esta copa nos dura un poco más, Jaimito, o voy a tener que darle dos duros a la camarera para que me ponga vasos sin agujeros.

—¿Y qué? —Jaime no ha conseguido todavía relajar las patas de gallo que se le manifiestan más desde que volví de Barcelona—, ¿follaste mucho? No me quiero ni imaginar el folleteo de la Villa Olímpica.

—Las atletas cuerpazo tras cuerpazo, tío. Ellas sí se lo han tenido que pasar de puta madre. Las mejores competiciones de Barcelona han sido en la cama.

—¿Y tú no has competido en la cama o qué?

Otra vez esa frustración que me tensa las corvas, como si quisieran propulsarme solas y salir corriendo. Pues no. No follé, pero ni siquiera a Jaime se lo voy a reconocer. Me da cierto pudor, cierto sonrojo. Nunca me ha ido mal, pero en la que debería ser la cumbre de mi

vida, en la capital del mundo, no he sido capaz de defender la plaza. Siento lo que se transluce en las palabras que no digo: que todos me miran por encima del hombro, con cierta displicencia. Siento cómo la frustración arquea mi espalda. No estoy acostumbrado a ella.

—Cállate, Jaimito, cállate. Que tú sí que has follado. Y en un vaso con agujeros, además.

Se tensa aún más su gesto y pega un trago largo a la copa.

—No voy a haberme gastado quince mil pelas en un gramo, más lo de las pastillas, para no disfrutarlo. Cuando acabemos esta copa vamos al baño, Polo.

Su tono llega certero a mí. Se ha molestado. Solo el uso de mi nombre habitual alivia esa carga con una leve ironía que en el último momento ha trepado por su voz.

En la voz de Jaime mi nombre completo siempre ha sonado distinto. Denso y dulce como un jarabe infantil. En boca de mis padres es pura aspirina de adultos. Amarga:

—Entonces, vas a dejar el periódico y te vas de vacaciones, Hipólito.

Asentí con la cabeza. El año anterior había pasado a verlos justo antes de irme a Valencia con Jaime. Fue días después de la escena del traje gris marengo que nunca me compré. Sentía el mundo a mis pies. No llevaba apenas equipaje.

—Dejas el trabajo y te vas de vacaciones.

Insiste. Ya sabía yo que él no lo iba a entender.

—Ya os lo había comentado. Dejo el trabajo. Me voy una semana con Jaime y dentro de diez días empiezo los cursos de la televisión.

Mi madre, gracias al nerviosismo y la incomodidad que dan las discusiones que no se pueden frenar, saltaba con la mirada del mueble-bar a la estantería, de la estantería a la lámpara de pie y de la lámpara de pie al mueble-bar. Y vuelta a empezar.

—Pero vamos a ver —mi padre, ajeno a las piruetas visuales de mi madre—, ¿cómo que un curso?

—Para aprender a manejar la cámara y los equipos técnicos.

—Pero vamos a ver —repetía las expresiones para desquiciarme, o porque no acertaba a entender la lógica de mis argumentos—, para eso te pagamos la universidad, ¿no? ¿No te enseñaron allí?

—No, papá, acabé la universidad hace casi diez años y las cámaras de la facultad no eran…

No me dejó terminar. Empezó con su discurso aprendido, lineal, que podría haber dibujado con los ojos cerrados en papel de calco. Que si no sé lo que es trabajar. Que no le hice caso al no haber estudiado Derecho. Que todavía estaba a tiempo de reencauzar mi

vida laboral. Que no se me conoce ni se me ha conocido novia. Que si me drogo. Que no pienso en mi futuro. Que él lo único que hace es pensar en mi futuro. Que qué es eso de dejar un trabajo para irse de vacaciones antes de empezar otro. Y desemboca en mi parte favorita, porque es la parte final.

—… lo habéis tenido todo hecho, masticadito, y no valoráis lo que es el trabajo bien realizado, la estabilidad, el llegar a casa y que todo esté en su sitio. Para eso tu hermano ha salido mejor que tú. Que yo no sé en qué nos hemos equivocado…

Y yo, como quien escucha un hilo musical de hotel, contesto mentalmente sus preguntas. Sé lo que es trabajar porque lo hago desde antes de acabar la carrera. El Derecho me aburre. Mi vida laboral está superencauzada. Novia tuve una, se fue hace cuatro años con un niño pijo y todavía me duele, todavía no quiero acordarme y todavía me dan cierto miedo las mujeres que me gustan de verdad. Por eso solo me fijo en crías. Me drogo, sí, pero yo controlo, ya he visto a demasiados amigos perderse. Estoy harto de oír hablar de mi hermano. Me voy de vacaciones una semana porque si no no voy a pisar la puta playa en todo el verano y el año que viene es lo de Barcelona y lo de Sevilla y voy a estar pringado y sin descansar. Y él sigue con mi parte más favorita aún:

—… te escapaste de la mili por pies planos, que si no capaz te veo de decir que eres invertido. Pies planos, ni para correr delante de los grises hubieras valido, que tú ni eso. Os hemos dado todo hecho…

Cada vez que me saca el tema de los grises me gustaría agarrarle por el cuello de la camisa y levantarlo en volandas, ¿tú te crees que yo soy tonto, papá? Zarandearle en el aire mientras noto la tirantez de la piel de los nudillos. Mientras me escuece la rabia en el esófago, mientras mi voz se dilata y mis poros elevan el tono. Yo no soy tonto, papá, que en tu puta vida has corrido delante los grises.

—… hasta la democracia habéis tenido hecha.

Y moverlo, agitarlo en el aire para que él me mirara con el gesto desorbitado, con los ojos sorprendidos. ¿Qué democracia dices, si recuerdo perfectamente el día que votaste a Suárez y ahora se te llena la boca diciendo que votas al PSOE desde el 78? ¿Qué haces insinuando haber estado en reuniones con González cuando estaba escondido a principios de los setenta en los Colegios Mayores? A mí no me engañas, papá, puede que tu hijo, el listo, el pequeño, te compre el cuento. Pero yo no. Yo no porque sé que siempre habéis vivido en Argüelles, porque me he criado en este barrio y sé cómo sois. De qué pie cojeáis. De qué democracia habláis.

Pero para cuando habla de la democracia aguanto. Aguanto porque

lo más triste es que en el fondo a mí eso ya me dé un poco igual, me da un poco lo mismo porque el desprecio hacia lo que me dice se va transformando en pena.

—Y, además, las televisiones privadas van a durar dos días.

Aquel día me callé y me fui. Ni siquiera me despedí porque para qué. Le dejé feliz en el salón de su casa, convencido de sus carreras delante de los grises, de su voto fundacional junto al ahora todopoderoso presidente del Gobierno. Él, despreciando mi papeleta a Anguita, convencido de que mi generación le debe todo a la suya. Convencido de que lo he tenido todo fácil.

—¿Vas a ir así a votar?

—¿Así cómo?

En casa de mis padres votar no era algo excepcional. Como si ellos hubieran podido decidirlo todo desde siempre. En la de Jaime era distinto, cuando se votaba era más domingo que nunca. Por eso, la última vez, él me llamó la atención por salir hacia el colegio electoral en chándal, sin arreglar.

—Pues así, como si fueras a por el pan un domingo normal.

Despistado ante su comentario, me cambié. Los chinos y una camisa. Había cogido tanta rabia ya a la casa de mis padres que había cambiado el padrón al piso que compartía con Jaime. Él no. Seguía teniendo el médico y el colegio electoral lejos.

—¿Ya has vuelto?

—¿Cuánto crees que se tarda en meter una papeleta en una urna? Pero tú…

Me hablaba un Jaime no solo sorprendido porque yo volviera pronto, sino también impoluto. Perfectamente peinado, planchado y perfumado. Como si ir a votar fuera una boda. La fiesta de la democracia, como les gusta decir a los periodistas de nacional.

—Bueno, Polo, me voy. Volveré por la noche. Después de ir al colegio, vamos a aprovechar para ir de vermut y a comer. Como siempre.

Me dio envidia. Tanta que estuve por preguntarle si me podía unir al plan. Nunca había estado en casa de los padres de Jaime. Me agarró entonces una sensación de vacío estúpida. Como si dejarme solo el domingo fuera una traición. La Sega solo para mí, claro, pero sin otro plan que hacer.

—Vale, nada, pues dales recuerdos a tus padres…

Ahora en cambio le digo.

—Te toca.

Agarro por la nuca a Jaime y le dirijo hacia la barra. Aprieto en su cuello lo justo como para notar su pulso, el ritmo de su circulación.

—Esta la pagas tú —me olvido intencionadamente de las invitaciones que lleva profiriendo él durante todo el día—, pero ojo con la camarera, que es para mí.

—¿Y si me pide a mí el teléfono de casa, qué? ¿Vas a coger tú la llamada?

Más de una vez lo hemos hecho. Responder a llamadas que eran para el otro y decir que no estaba en casa. Nos hemos jodido un par de polvos.

—Ya no vives en casa, Jaimito, así que para mí.

Una extrañeza que durante la tarde y la noche habíamos conseguido olvidar rebrota ahora. De repente, Miguel se ha convertido en la última persona con la que he compartido piso. Como si fuera una despedida a lo inesperado, así lo recuerdo ahora, sonaban los golpes de su cama contra la pared que la separaba de la mía. Acabábamos de volver del KGB y le había tenido que aguantar todo el camino guarreando con la Neus. Laia había desaparecido con otro grupo de amigos una hora antes. No la volví a encontrar. La conclusión de la noche fue un golpeteo rítmico contra la pared que martilleaba, suavemente primero, después con más furia, contra mi frustración. Que se enrojecía, que crecía y que me ordenaba salir a la calle, pillar un cuarto de gramo y follarme a cualquiera en las tres horas que quedaban para que sonara el despertador. Y encima el cabrón de Miguel no tiene ritmo, hostia. Mi frustración creciendo, cada vez más candente, más nerviosa ante los golpes cada vez más fuertes pero más irregulares que se ceñían contra la pared. Iba ya a vestirme y a solucionar mi ansiedad lanzándome a la calle cuando el teléfono empezó a sonar.

Como si quisiera socavar el suelo nuevo, reluciente, de aquella vivienda estrenada junto a otras miles durante aquellos días, fui a descolgar. Iba preparando un grito en mi garganta porque qué gilipollas llamaría a aquella hora para molestar, y mientras me llevaba con furia el auricular a la oreja pensaba en que solo podía ser eso, molestar, porque únicamente a Jaime le había dejado el teléfono de aquella vivienda.

—Polo, tío, ¿qué coño haces? Llevo llamándote toda la noche.

Por qué cojones me llama este imbécil, a las cuatro de la mañana, a Barcelona.

—¿Qué hostias pasa, Jaime?

—Tío, mi hermana, que se ha fugado de casa. Creemos que se ha ido a Barcelona.

La rabia se disipó poco a poco, aunque le costó ceder ante la preocupación.

El rastro que permaneció de esa furia a la mañana siguiente era similar al calor que siento ahora, cuando Jaime trae la que no sé si es la cuarta o la quinta copa. Soy capaz de distinguir el calor que exhala él del que exhalo yo y que a su vez es distinto del que procede de los focos del Warhol's. Apenas es contravenido por el cubata, también caliente, que Jaime encaja en mi mano y que templan un par de hielos. Jaime pone su mano izquierda al final de mi espalda y empuja un poco. Es casi imperceptible, pero yo reconozco el movimiento. Me quiere dirigir al baño y se me ponen los ojos, lo oídos, pero sobre todo el tacto, alerta. El vello de la zona lumbar se me eriza. Lo tiene que notar en la palma de su mano, que me dirige gentilmente. Pasamos la puerta con la figura de un hombre, esperamos la cola de las cabinas sin dirigirnos la palabra, con una medio sonrisa automática. Cuando llega nuestro turno nos encerramos a solas.

La última vez que hicimos esto tuve un blancazo. Lo siguiente que recuerdo fue despertar, al mediodía siguiente, muerto de frío. Me había metido en la cama desnudo. Aquello me extrañó y, cuando fui a salir de la cama para ponerme el pijama, me golpeé contra la pared.

—Qué cojones…

A mi lado Jaime, en pelotas y medio dormido, se descojonaba. Estábamos en su cama. Cogí mi ropa y me fui a mi cuarto.

Ahora, en el baño, Jaime me da una palmada suave, que repite, entre el cuello y la mandíbula. Saca de su bolsillo, con cautela y morbo, dos bolsitas de plástico. Las mira como si las pesara con la mirada y descarta la que contiene polvo blanco.

Me alarga la otra, que tiene dos pastillas pequeñas.

—¿Media?

No le miro a la cara, rasgo el plástico y, según me doy la vuelta para salir del baño, me meto las dos en la boca.

—¡Eh! ¡Flipao! ¿Dónde coño vas?

Camino rápido hacia la pista del Warhol's. Jaime viene corriendo detrás de mí. Aunque se esté riendo, se hace el ofendido.

Yo ya me he tragado una pastilla. Cuando las luces bajan, me coloco la otra en la punta de la lengua y me doy la vuelta. Jaime está muy pegado a mí, no tengo margen siquiera para dar un paso hacia él. Le agarro la cara con las manos. Giro el cuello. Le beso en la boca con fruición. Voy a pasarle la pasti con la lengua mientras recorro sus labios con los míos.

—¡Eh!

Se aparta. Le miro sorprendido, con la boca abierta y la pastilla todavía en la punta de la lengua. Como un puto gilipollas.

—¿Qué pasa tío?

El muy hijo de puta nunca me había quitado la cara. Siempre nos pasamos las pastillas así.

—Que no.

—¿Por qué?

—Porque no. Ya no.

Le escupo la pastilla en la puta cara esa que tiene y le da en un ojo. Le insulto y voy a la barra. Le grito a la camarera mi número de teléfono. Salgo del garito y les grito a los porteros que qué puta mierda de música es esa que ponen últimamente. Antes de que me suba la pastilla tiro un contenedor y me recreo viendo cómo la basura se esparce por el asfalto. Miro a Jaime, que me ha seguido con los ojos muy abiertos y le grito también a él y le digo maricón, maricón, maricón, vendido, que te has dejado comprar tu vida y no lo ves y me dejas a mí solo, solo en casa. Imbécil de mierda.

—Pero ¿por qué?

—Porque ya no, Polo.

La luz del Warhol's baja aún más y la música sube:

En el límite del bien (el límite del bien)

Yo sigo con la pasti en la puta punta de la lengua. Si me la trago, puedo tener un mal viaje.

En el límite del mal (el límite del mal)

Tengo que gritar para que me oiga.

Te esperaré
En el límite del bien y del mal

Grito con el cuidado del que soy capaz para no perder la pirula.

—¿Qué cojones te pasa, Jaime?

Pillo la pastilla y se la pongo en la palma de la mano, húmeda y pegajosa de sudor. La recibe inerte.

—¿Llevas todo el día invitándome porque te sientes culpable? Aclárate, tío. O da la puta marcha atrás o que aborte, o le pasas una puta pensión, joder.

Jaime cierra los ojos y, en un gesto sorprendentemente adulto, se lleva el pulgar y el índice al tabique de la nariz. Le veo hacerlo a través de las ráfagas de luz del local. Con la otra mano, como si reculara en su gesto, se lleva la pastilla a la boca y después me agarra del brazo con violencia. Si el tirón que me acaba de pegar me lo da otro, le meto una hostia. Me arrastra hacia la puerta.

—¿Que le pague una pensión, me dices? —grita hasta el límite de

sus fuerzas, y no le hace falta porque ya estamos fuera del Warhol's—. Una pensión… Vas a ver qué pensión le voy a pagar con el curro de mierda de *Triunfo,* empalmando contratos. Eres un gilipollas, Polo, no sabía que eras tan puto gilipollas…

Me sigue arrastrando por Santa Engracia. Va decidido, pero no sé adónde.

—¿Dónde coño me llevas, Jaime?

—Cállate la puta boca. Te voy a enseñar una cosa. A ver si de una vez me entiendes.

Lo que más me jode es que como no me entiendas tú no me va a entender nadie, me dice.

Clara

Llegó a la calle jadeando. Cuando pisó el pavimento siguió corriendo, cuesta abajo, para ir más rápida. Volvió varias esquinas para que no la encontraran y hasta que le dolió el pecho no se detuvo. Se apoyó en una fachada de la calle Aribau, cerrando los ojos, la espalda curvada por el peso de la mochila. Al girar la cabeza para comprobar que nadie la seguía, se acordó del movimiento frustrado del cuello de Joana al llegar al suelo la noche anterior. Había sido tan solo la noche anterior. Ahora, en la distancia, parecía indudable que no se había caído sola. Lo que le resultaba extraño, inverosímil, era haber llegado a dudarlo. Abrió los ojos y, estremecida ante el recuerdo, comenzó a buscar una boca de metro.

Preguntó a varias personas, pero todas eran de fuera y casi ninguna hablaba español. Siguió caminando cuesta abajo, observando a la muchedumbre, sin rumbo. A lo lejos, por fin, le pareció ver una boca de metro. Apenas se había acostumbrado a ellas, eran tan distintas de las de Madrid, sin su forjado historiado y sin su letrero con forma de rombo tumbado, con los bordes de un rojo intenso que siempre brillaban como una promesa. En el pecho le seguía latiendo la falta de aire, pero le dio igual, casi no la sentía, y se encaminó hacia las escaleras del subterráneo. En un escaparate vio, antes de bajar, una lámpara idéntica a la que tenían los tíos de Estíbaliz consagrada una esquina de su piso. No aquella que protegían con tanto celo, sino otra. Allí también lucía inmaculada, como una custodia en una iglesia. Era un tubo azul metálico, que se curvaba para después girar en ángulos dramáticos y unir dos neones que resplandecían. Parecía la silueta de un perro. Cuando agachó la cabeza para ver su precio, estuvo a punto de dejar escapar una carcajada. El número aparecía avalado por un nombre, Mariscal, que se podía leer alto y claro. Pero si todo en este señor, pensó Clara, tiene forma de perro.

Irreflexivamente, llevada por un impulso que la trascendía, descendió las escaleras del metro. Le parecían sus propios movimientos envidiables, como si estuviera en posesión del subterráneo. Sentía un regocijo orgulloso en aquello de ir sola de un lado para otro, en una ciudad desconocida, algo que, se daba cuenta en aquel momento, no había hecho desde su llegada al piso de Gràcia. No quiso reconocer, tardaría aún muchos años en hacerlo, que esa sensación de autonomía se debía casi únicamente a que sus pasos la dirigían a su casa, al suelo de sintasol, al gotelé, a las lámparas de un falso dorado y lágrimas de plástico duro. Y, aun así, toda aquella sensación que tan cálida y callada parecía se desmoronó a la entrada

de la estación.

Su labio superior empezó a temblar y descubrió que su pulso inestable la hacía incapaz de abrir la cartera para encontrar con certeza las monedas de veinte duros que debían servir para pagar aquel trayecto. Tuvo que coger aire y cerrar los ojos cuando la marabunta que salía del túnel —acababa de llegar un tren— comenzó a aproximarse a ella. Pronto alcanzaron su altura y Clara quedó sumida, deglutida, por cuerpos alegres y sudorosos que rozaban el suyo displicentemente.

Aquella mañana, unas horas antes, su madre saltaba casi en marcha del coche de los vecinos. Agarraba con fuerza la bolsa de lona que agrupaba las cuatro cosas que había metido allí al desgaire y que configuraban la totalidad de su equipaje.

—¡Pero mujer! ¡Cuidado!

Su marido subió al bordillo dos ruedas del Simca 1000, que quedó borracho y destartalado, con una mitad sobre la acera y otra mitad en la carretera. Dos o tres bocinazos le recriminaron el aparcamiento. Cuando salió del coche ya casi había perdido a su esposa de vista.

—¡Pero mujer! ¡Espérame!

—Ya voy yo buscando las taquillas.

Con decisión, ella entró en el intercambiador. Las manos le sudaban, pero incluso así buscaban certeras en el escote para comprobar que los billetes que guardaba seguían ahí, pulcramente doblados entre la piel y la licra. Ellos también un poco sudados. Cerró los ojos cuando una multitud —acababa de llegar un autobús— se le vino de frente, comiéndosela.

Cuando toda aquella marabunta pasó, y antes de que llegara la siguiente, Clara vio ante la máquina expendedora de billetes una valla olvidada. Parecía que alguien la hubiera dejado allí; un relegado testigo de otra realidad previa a los Juegos. Se leía en ella:

NÚÑEZ I NAVARRO

Acaso señalaba que la máquina tras ella no funcionaba. O acaso aquello solo era lo que parecía, que la habían apartado, retirando con ella la idea de hacer creer que Barcelona no siempre había sido como era aquellos días y que nunca había sufrido obras. Un picor ardiente y líquido llenó entonces los ojos de la adolescente, incapaz de moverse delante de la máquina, con los brazos en tensión, dudosa de si meter sus preciadas monedas allí, no fuera a ser que en efecto no funcionase y se las tragara para siempre. Una avalancha de agua caliente se había llevado por delante la seguridad que hacía pocos segundos sentía y que ahora se desmoronaba, anegada, blanda e inconsistente. Todos

salían ahora del metro, y con su caminar apresurado hacia la calle borraban, olvidaban, la presencia de la adolescente que ya habían dejado atrás. Todos excepto uno.

—¿Estás bien, señorita?

Era un hombre moreno, delgado. A su lado, una mujer y dos niños algo más pequeños que Clara. No parecía demasiado mayor, pero las arrugas se acercaban a sus sienes y continuaban en un leve rastro canoso que, como olas rebeldes, destelleaba en una cabellera corta, cuidada y negra. No era feo, pero tenía la cabeza muy grande.

Clara no podía hablar, era como si su garganta se hubiera estrechado, ahogándole la voz. Entre la resignación y la vergüenza, asintió.

—Me alegro de que estés bien —el hombre continuó—, pero si necesitas algo podemos ayudarte.

Ella levantó la cabeza e intentó aparentar normalidad. Forzó para arrancar de su estómago las palabras.

—Creo que la máquina no funciona. Y necesito un billete para ir a Sants.

El hombre sacó una cartera. Los niños —que a juzgar por la apariencia solo podían ser sus hijos— le miraban entre impacientes y curiosos.

—Toma —le alargó un billete de metro—, le queda un viaje. A Sants puedes llegar, ¿eres de aquí?

—No, de Madrid. —Y por primera vez en ella brotó, verde y todavía minúsculo, un orgullo extraño, un orgullo con las manos duras de trabajar, de voz ronca y ropa pulcra y desgastada, un orgullo alegre —. Bueno, de Madrid no. De las afueras.

—¿Y sabes llegar a Sants o quieres mirarlo en el plano?

Clara sorbió un poco el moquillo. Se dio cuenta de que ese gesto la delataba, así que, en un intento por recuperar la seguridad perdida, miró el plano del metro que se leía en la pared.

—Sé llegar. Tome… —rebuscaba monedas en los bolsillos, lo hacía apresuradamente para detener el temblor de su pulso—, esto por el billete.

El hombre rechazó el dinero.

—Bueno, pues encantado. Ahora ya puedes ir tú sola a la estación… Ah, antes de coger el autobús llama a tus padres. Estarán preocupados.

Clara abrió mucho los ojos, alucinada. Una nueva oleada de gente se aproximaba por el subterráneo. Había que darse prisa si no quería que se la llevaran de nuevo por delante.

—¿Cómo sabes que…?

—Tú llámalos y diles que estás bien. Que tengas un buen viaje. Billete a Madrid sí que tienes, ¿no?

Ella asintió y se despidieron. Pero el hombre no se fue. Esperó para comprobar que Clara pasaba el torno y se dirigía al andén correcto justo antes de que la maraña de gente lo inundara todo.

—Mira que eres, Héctor…, todo el día con niños. Si no son los tuyos, son tus alumnos. Ni de vacaciones descansas.

—Y qué le voy a hacer…

Pronto se perdieron en el tumulto.

—No me acompañes, vete a casa. —El ruido del intercambiador de Avenida de América era insoportable, la madre de Clara se desgañitaba—. Sé coger el autobús sola.

—Tendrás que comprar el billete primero, mujer.

—Las taquillas están ahí. Vete, que lo mismo la niña llama y es mejor que cojas tú el teléfono. Y llamas a su hermano y le dices que vaya a casa. Que no te deje solo.

—Escúchame, mujer, tranquilízate. Creo que lo que tengo que hacer es llamar a Jaime y que venga a casa.

Ella le dio un beso breve, seco, intrascendente. Antes de enfilar la taquilla, aclaró:

—¿Ves? —Ella contestaba con el cansancio de quien nunca es escuchada—. Tú mismo lo has dicho.

Clara contaba las paradas de metro y miraba por las ventanas el nombre de cada estación. Se tiene que notar que no soy de aquí, pensó. Hacía tanto calor que la mano le resbalaba por el asidero del vagón, pero no quería soltarse. Entre sus piernas el tacto extraño, poco habitual, húmedo, de la compresa. Con disimulo se palpó el pantalón. No parecía haberse manchado, pero tenía la duda desde que, bajando por las escaleras de la casa de los tíos de Estíbaliz, había sentido aquel calor repentino y viscoso saliendo de ella. Lo comprobaría en los baños de la estación.

Aunque era evidente que no estaba acostumbrada a aquel subterráneo, se sentía de nuevo tranquila porque, a su alrededor, nadie era de allí. Parecían de fuera, sí, pero de una forma muy distinta a como se manifestaba en su barrio. Aquí nadie es de aquí, decía su madre. Clara había crecido convencida de que aquello se notaba, no a lo mejor en ella o en sus amigas, pero sí en todos sus padres. De todas formas, ¿quién iba a querer ser de allí? Hasta entonces había observado con extrañeza el orgullo de aquellas gentes cuando llegaban las fiestas municipales, que por supuesto no coincidían con las de Madrid. El tono festivo, burlón, un tanto descarado con el que mentaban el gentilicio. Había en ellos una reivindicación, un sacar

pecho ante sus manos callosas, ante sus arrugas manifestadas antes de tiempo. Algo que también se podía leer en los letreros de los comercios, que llevaban altivamente el nombre del municipio. Esto no es Madrid, decían con chulería. No somos de aquí aunque nuestros hijos sí, cada vez más. En su barrio —un festival de acentos y de expresiones intercambiables— se oían esas expresiones con frecuencia. El rumor de palabras endémicas de otros lugares se colaba por las ventanas del patio de luces.

—¡Dile a la niña que se quite de la picoesquina!

—Enceta eso.

—Corre, Maruxa, que chove!

Su madre se reía entre dientes, con una mezcla de alegría y de resignación.

—No, si aquí, como dice Encarna Sánchez, somos todos muy fáciles de localizar.

—¿Qué dices, mujer?

—Eso lo dijo el otro día. Que ella es la española más fácil de localizar. Y tiene razón, siempre está en la radio o en la tele…

En ella, en Encarna, pensaba también la madre mientras esperaba el autobús con destino a Barcelona. Si la niña no apareciera, habría que llamar a su programa, por si alguien la hubiera visto. Se erguía nerviosa, con la tensión apretando, casi sustituyendo a su cuerpo. La espalda recta, los billetes palpitantes en el escote, corajudos. ¿Cuántas horas de viaje tenía por delante?

Un cartel publicitario de viajes del Imserso, protagonizado por Indurain, conducía a Clara hasta la salida del metro. De pronto recordó al hombre que le había ayudado para pasar el torno. El billete que le había regalado había permanecido dentro de su bolsillo, apretado en el puño, empapado en su sudor. Con cierto cariño lo alisó y se lo guardó en la mochila.

Al entrar en la estación metió también los bocadillos en la mochila y tiró la bolsa. Era bonita, pero era una bolsa y suponía un bulto más que cargar. En la mano, la Baticao, amarilla y roja. La guardó con cierta indiferencia. Tenía que llamar a sus padres. Con las monedas sueltas que llevaba en el bolsillo podría hacerlo, pero antes cerraría la vuelta del billete.

—¿Viajas sola?

La mujer de la ventanilla la miraba sofocada de calor y le hacía la pregunta como el funcionario que rellena un expediente. Clara fue capaz de intuir que, por una cuestión de protocolo de la trabajadora, podría quedarse fuera del autobús.

—No.

Sin levantar la vista de la máquina que imprimía los billetes, con la mirada atrapada bobamente en sus mecanismos, la supuesta funcionaria del autobús siguió preguntando.

—¿Y con quién vas?

—Con mi tía. —Si aquella mujer hubiera levantado la vista, habría visto, asombrada, la improvisación de la mentira—. Está en la cafetería, ella ya tiene el billete comprado.

—Pues muy bien. —Haciendo golpear su alianza contra el aluminio del mostrador, le arrastró el billete, ya con la vuelta cerrada—. Sale en diez minutos. Yo iría a por tu tía corriendo. Si lo perdéis, no reembolsamos.

Con cierto susto, Clara cogió el billete como quien agarra un pasaporte largo tiempo extraviado y corrió hacia el baño de la estación. No le daría tiempo a llamar a su casa. Pero bueno, no pasaba nada, igual daría. Casi que mejor. Imagínate que su padre estuviera con el transistor a todo volumen, escuchando al Atleti o algo así. No oiría el teléfono, se dijo. Mejor no molestar, opinó. Es una hora malísima para llamar. Se mentía como solo sabemos mentirnos a nosotros mismos por miedo a una represalia.

—No sé para qué queremos la tele.

Era la frase de su madre cuando había partido y su marido no bajaba a El Esquinazo. Él, con una costumbre largamente heredada, se sentaba en un rincón del sofá de casa, apagaba la televisión, colocaba en la mesilla de la lámpara el transistor y sintonizaba a todo volumen el partido. Sonaba entonces la publicidad por toda la casa:

> ¿Un puro? Un señor Faaariaaaas.

Y allí, desde el chaflán del sofá, celebraba las victorias, aunque normalmente lo que hacía era amarillear con los reveses. Ante la euforia o la pena, ella siempre insistía:

—Pero enciende la tele, hombre.

Y él amarilleaba más:

—Sabes perfectamente por qué escucho el partido en el transistor. Déjame, anda.

—El vecino se queja…, oye con anticipación los goles porque los gritas tú antes de que salgan por la tele.

—El vecino que se joda.

Su madre negaba con la cabeza. Tras su movimiento se ocultaba algo que demostraba un cariño primario, gastado, viciado, hacia aquella manoseada costumbre que el tiempo no conseguía borrar por completo. En el fondo la llenaba de ternura.

Los baños de la estación olían igual que los baños de cualquier centro comercial. En ese olor oxidado no había diferencia. En aquel momento estaban casi vacíos, así que eligió la cabina del fondo. El tranquillo estaba roto, no cerraba, pero recordó las palabras de la taquillera. Tenía poco tiempo, así que no se cambió de cubículo. Se bajó los pantalones. Cuando agarró, nerviosa, ante la novedad, el elástico de las bragas, la puerta del baño se abrió y una sombra ancha la cubrió.

Dónde estaría ahora su niña. Se había ido porque su casa no era suficiente. Porque el barrio no era suficiente. Porque la alegría del parque donde ya había dejado de jugar, la alegría de los viajes a Cartagena ya no eran suficientes. Cuando la tuviera delante le daría una bofetada, una bofetada que venía del susto, del miedo, de una culpa que ella, su madre, ya sentía. Una culpa que le decía tu hija no tiene de nada, una realidad que le decía tu hija tiene de todo.

—Ahora, cuando llegues a casa llama a mi prima Mempi, la de Barcelona, y le dices lo que pasa. Dile que voy para allá.

—¿A tu prima Mempi? ¿Pero cuánto hace que no hablamos con ella?

—No lo sé, pero a lo mejor un par de años. Tú llámala, por si está allí y nos puede ayudar con lo que sea.

Cuando alzó la cara vio a un hombre grande empapado en sudor. No recordaría su cara, sí la camisa abierta, el oro de un colgante, el olor a cerrado mezclado con la peste a orín. Una sonrisa sin cara, babeante y ladina. Un dedo que pide silencio. Que dice perdona, me he equivocado de baño, que dice a ver, ¿necesitas algo?, que roza con rudeza el brazo de Clara que la paraliza, que definitivamente acaba con su capacidad de moverse mientras piensa el autobús, el autobús, voy a perder el autobús y no voy a poder volver, qué hago, qué grito, pero no sale voz de su cuerpo.

En el armario de la niña no habían encontrado la sudadera que le habían regalado en su anterior cumpleaños. Ella no se la dejaba a nadie, ni siquiera a Tina. Confirmaba aquello que se había ido porque había querido. Podría sentir la mujer aquella chaqueta de nailon anudándose a su garganta, apelándola arteramente. Por favor, que apareciera. Por favor, que volviera a casa.

Entonces Clara, no sabe por qué, porque nadie le ha contado esto, porque esto solo ocurría en los periódicos, en los programas de sucesos y en los rumores, se mete la mano en las bragas. No lo piensa. Desconoce qué impulso le conduce a hacer lo que hace, pero saca la compresa, que está, como suponía empapada y, con rabia, pero con un movimiento sencillo, rápido, la pasa por el brazo de aquel hombre sin

cara. Por su camisa.

—¡Eres una puta guarra! ¡Zorra! ¡Qué asco!

Y el hombre, en un gesto instintivo, asqueado, se echa para atrás. El hombre se mira el brazo, la camisa, las manos y mientras Clara se ha subido los pantalones, tan rápido que cuando él vuelve a mirar dispuesto a darle una lección, a pegarle un guantazo, a golpearla y a hacerle todo lo que ya tenía pensado de antes, eso que ella alcanzó a intuir en su mirada, en su voz, ella ya no está allí. Clara está corriendo otra vez y se da cuenta mientras lo hace de que sigue con la compresa en la mano, la aprieta y ahora ha manchado sus dedos. Un temblor la domina. Un esfuerzo inusitado por controlar su respiración. No sabe qué hacer, dónde meterse y ve de pronto, justo enfrente, una puerta en la que pone «PRIVADO» y, saliendo de ella, un guardia de seguridad, e intuye que ahí está el servicio para el personal, y corriendo se dirige a él y le pregunta si puede entrar, y le explica atropelladamente que su autobús está a punto de salir y que necesita entrar, *tiene* que entrar porque el aseo de mujeres está cerrado, atascado, y sabe que no puede decirle la verdad, que pronto saldrá tras ella el hombre y que estará furioso, y que puede pretender seguirla, atacarla aunque esté en medio de una estación de autobuses, pero no lo hará si la ve junto a un guardia de seguridad, del mismo modo que ella no puede decirle todo eso porque, si lo hace, el guardia querrá saber, preguntará y, posiblemente, la obligará a quedarse para explicar, acusar, repetir la misma historia a muchas otras personas como él, que querrán saber todos los detalles de lo que ha pasado, y ella no puede perder tiempo, debe coger su autobús. Y aunque el guardia no sabe todo eso, sí intuye la prisa, el desvalimiento, los nervios, y también ve la suciedad en su mano, y sabe reconocerla, ese pudor de las chicas que sentían sus hermanas, la vergüenza de no contarlo todo, de esconder esos motivos. Y sin más preguntas la deja pasar.

A salvo, pero aún temblorosa, con el tiempo justo para ponerse otra compresa, Clara se cambia, se lava las manos, se abrocha el pantalón y tira la sucia en una papelera no tan atestada como estaría la del servicio de uso público y sale corriendo del baño vacío y seguro y se une a la cola de gente que espera para subir al autobús tras pasar por delante, sin mirarla, de la puerta del otro baño. De ese baño donde nadie ha visto nada.

El autobús abre sus puertas, los pasajeros comienzan a subir mientras el conductor pone en marcha el motor, ¿cuántas horas serán de viaje? Cuando hagan paradas, la madre de Clara piensa llamar a casa desde los bares de carretera. Llamará mejor al número de la vecina, para que no comunique nunca la línea de su casa. Tenían que

haber puesto un contestador, uno como el que tenía su hijo. Suspira. Comprueba de nuevo que los billetes siguen en el escote.

Su propia respiración parece dominar a Clara. No mira atrás, ni a los lados, mira solo al autobús. Rodeada de tanta gente se siente segura. Quedan pocas personas por subir. De las prisas lleva la mochila abierta. Cuando la va a cerrar ve dentro la Baticao y, sin saber muy bien por qué, la saca. En sus manos le parece ahora demasiado infantil, un trasto inútil, un *cogepolvo,* como diría su madre. Mira a su alrededor y ve los rostros de los viajeros: están gastados, como si hubieran pasado por muchas manos. Sus caras son distintas, pero son las mismas que aquellas que el día anterior habían subido al autobús que los llevaría hasta allí. Son iguales sus formas y peinados. Sus camisetas anchas, al igual que las expresiones y los gestos. Sin embargo, el brillo de sus miradas ha sido sustituido por un cansancio sano, que deja tras de sí los rastros de una ilusión ya usada y el peso de aquello que habrán de recordar vivamente durante cada uno de los días hábiles que les queda.

Cuando consigue respirar algo más lento, nota agujetas en el pecho y por un momento siente una especie de vacío en el horizonte; fugazmente piensa en que ha visto a Arantxa, pero que se la ve con más claridad desde la televisión. De pronto se acuerda de la sudadera. No la ha sacado. Le parece ahora una niñería también. Brevemente, mientras la cola para subir al autobús avanza, no puede evitar quitarse la mochila de nuevo para comprobar que allí sigue la sudadera, bajo los bocadillos envueltos en papel de Mariscal. Aplastada, arrugada, parece mentira que en algún momento pueda salir de la mochila, abombarse, lucir en condiciones. La toca con la punta de los dedos. Todavía le tiemblan. Hay una papelera al lado del autobús y no sabe por qué y no lo piensa y tardará años en entenderlo, pero el caso es que al cerrar de nuevo la mochila y colocársela deja caer dentro del cubo de basura la Baticao y se quita un peso de encima.

Lo de menos era una Barcelona en la que nunca había estado, pensaba la madre de Clara, de la que se desbordaba la gente llena de griterío. Llevaba la bolsa de tela sobre las rodillas, fuertemente agarrada. No había querido dejarla en el maletero, por si se la robaban. La camisa negra, gastada, y la falda hecha a mano que vestía estaban pegajosas de sudor. Instintivamente miró por última vez la dársena mientras esta se empezaba a mover, buscando una mano que se despidiera. De entre las que se agitaban, ninguna lo hacía para ella.

El revisor comprobaba los billetes casi con desinterés. Alguno falso le colarían, pensó Clara. Cuando metió las manos en los bolsillos para sacar el suyo, notó antes otro papel arrugado. Lo sacó, olvidada por

completo de su origen. En él, pudo ver un número de teléfono, sin prefijo. «Estíbaliz», se leía sobre la secuencia. Un corazón en el lugar del punto de la i. Era el papel que su nueva amiga le había dado el día anterior, cuando salieron del autobús allí mismo. En esa misma dársena había escuchado, nada más verla, a Joana presumir ante su sobrina de un vestido de Lydia Delgado que luciría aquella tarde.

Arrugó de nuevo el papelillo con el número de teléfono y lo dejó caer al suelo. Lo pisó con gusto en el momento en que daba un paso al frente para que el conductor revisara su billete.

Como el duermevela que antecede al sueño, mientras recorría el pasillo del autobús, Clara revivió el mundo de iluminación imposible, los nombres de los restaurantes de moda, los apellidos de la ropa de aquella familia, los otros, pretenciosos, de las comidas, el tono respingón, nasal, con que se les acompañaba. Intentaba con ellos arrojar luz sobre la sombra de aquel hombre sin cara, que solo tenía una sonrisa sucia y varios insultos en la boca.

Pero el hombre tenía cara. Una cara vulgar. Una cara de enfado. Y la cara estaba allí, en el autobús. Sus brazos húmedos como si acabaran de ser restregados con agua. El único asiento libre a su lado.

Polo

La carretera está completamente vacía. La oscuridad parece un telón negro que cerrara todo lo que queda fuera de escena. El calor afloja afuera, pero aun así se le percibe omnipresente. Es imposible escapar de él. Durante todo el trayecto adelantamos a dos camiones, pero a ningún coche. Tras sobrepasarlos, Jaime ha permanecido más tiempo del recomendable en el carril de la izquierda.

—¿Qué cojones haces, colega? Vuelve a ponerte a la derecha.

Pero con el segundo camión parece que no me escucha y no solo no vuelve al carril, sino que aprieta más el acelerador. Los asientos, el salpicadero desgastadísimo del Seat Panda, empiezan a temblar como si enfermaran con tiritona. O quizá sea consecuencia de la pastilla, que en algún momento tendrá que subirme. Miro al suelo. Las alfombrillas de los pies, por el uso, están rizadas como las esquinas de un cuaderno escolar muy gastado.

—Jaime, tío, se te está pirando por un tubo…

La aguja indica ciento sesenta kilómetros por hora. Eso sí que no es efecto de la pastilla. Mi camisa, que estaba empezando a secarse del sudor del día, vuelve a desprender calor. Jaime abre la boca, tensa los músculos del cuello y grita como si con su voz pudiera forzar el vómito o la bilis que lo cerrara.

—¡Ahhhhhh!

Y yo, que no sé qué hacer, que no sé adónde vamos, le acompaño.

—¡Ahhhhhh!

Cuando se nos acaba el aire y el cuerpo se nos arruga, vacío, nuestro interior enjuto y seco, respiramos por la boca con ansiedad, como si asomáramos la cabeza por encima del agua tras casi ahogarnos. Nos da la risa y así estamos, riéndonos como gilipollas hasta que la aguja baja a los ciento cuarenta. Jaime me guiña un ojo y, acordándose del enfado y la amargura con la que tiró de mí desde el Warhol's hasta el Panda, vuelve al carril derecho. Las risas, al menos, han opacado por un momento su actitud de mierda.

—¿Sabes el otro día cuando te llamé a Barcelona porque mi hermana había desaparecido?

Una afirmación sale, temerosa, de entre mis dientes.

Miguel salió de la cocina del apartamento en calzoncillos. Entre sus piernas se intuía el bulto que delataba la presencia de Neus.

—Pero ¿de dónde vienes?

Detrás de él, el silencio incómodo de quien se siente fuera de lugar. Neus, chica, no te tenses, pensé, que esta no es mi casa ni Miguel es mi compañero de piso. Me dirigí con prisa al teléfono.

—La hermana de Jaime, mi compañero de piso.

—¿Está aquí y has quedado con ella?

—Qué dices tío, si tiene trece años. Se ha escapado de casa y creen que ha venido aquí. Llamó anoche Jaime, no creo que oyerais el teléfono.

Se hace siempre extraño marcar el número de tu propia casa. Mientras lo hacía me sentía extranjero, como un expulsado. No podía intuir que en apenas diez días ese número me correspondería únicamente a mí. Lo empezaría a utilizar para dejarme recordatorios, grabados con mi propia voz, en el contestador automático.

—Jaime, ¿me oyes? He estado toda la noche en la calle. He preguntado en el Hospital del Mar, he llamado al Sant Joan de Deu, que parece ser que es para críos, y nada. No la he encontrado, tío, y tengo que currar por cojones. Intento ventilar pronto lo de hoy, dejo al menda este con el que me he venido solucionando los temas y sigo buscándola.

No había dormido, iba a necesitar algo más que un café para poder sobrellevar la mañana. Aquel día era, además, el primer partido de Sánchez Vicario y nos habían pedido un material especial, un material de mierda que nos llevaría bastante tiempo grabar.

—Bueno, pues tú sabes por qué se piró mi hermana de casa, ¿no? —Jaime pregunta ahora, en el coche, y arruga los labios. Lo hace como el maestro que comprueba de nuevo que la lección no está aprendida. Ni siquiera me mira, no aparta la vista de la carretera—. Mi hermana lo que quería era ver algo importante, Polo. Quería ver algo importante porque solo ha salido del barrio para ir a ver a nuestros tíos y a nuestros primos a Cartagena. ¿Qué te crees que había visto yo de este puto país el día que nos conocimos? Y este verano mi hermana ni siquiera ha tenido eso. Mi padre está tan acojonado con el curro que no se atreve a moverse cuando libra, por si le llaman para hacer más horas.

Le escucho, pero sigo sin saber adónde me dirige. No sé dónde estaré cuando baje del coche. Tampoco cuando me baje de esta conversación. Al salir del Warhol's me dijo que me quería enseñar algo.

— … este verano, que estamos en todas las teles… —sigue, como si tuviera el discurso ensayado, largamente preparado—, en todas las teles de todo el puto mundo, eh. Ni siquiera son las de aquí, es que son las de todo el puto mundo. Que si Barcelona 92 por un lado, que si la Expo de Sevilla por otro, que todos los putos días hay algo, que te vas a Yugoslavia y enciendes la tele esa medio soviética que tendrán y allí salimos nosotros. Pues vale, mi hermana tiene todo esto al lado,

aquí, en su puto país, y ni siquiera lo va a ver. Este verano ni siquiera va a ir a Cartagena con los paletos de nuestros primos, que son unos paletos.

—¿Y dices que se ha escapado de casa porque quiere ver a Arantxa Sánchez Vicario? —Miguel inquiría mientras perdía la erección, yo le hacía un gesto para que me dejara el baño libre—. Pues joder, lo mismo está hoy en el estadio.

—Creemos que sí, que la quiere ver a ella.

—Joder, ahora mismo estaríamos allí si no fuera porque somos de la privada y no podemos entrar —se giró a Neus, en un arrebato de sinceridad poco recomendable—, pero nos han pedido una puta mierda de reportaje sobre gente en las Ramblas para preguntarles qué opinan de Arantxita.

«Quina putada», escuché a la Neus antes de abrir el grifo de la ducha. La frustración por no haber conseguido la atención de Laia, por haber sido Miguel el que follara y no yo, me volvió a asaltar brevemente. Resoplé. Encima eso. Si no fuera por la hermana de mi amigo, hubiera podido volver a salir anoche a follarme a cualquiera. Daba igual, ahora tenía que currar y encontrar a la cría.

—¿Y cómo vamos a hacer?

Miguel se apropiaba la batalla y entraba al baño poniéndose unos vaqueros. Pero, joder, si ni siquiera me he aclarado el pelo, pensé, y ya tenía otra vez a este pardillo encima. Rápidamente rematé la ducha y cerré el grifo.

—Pues no lo sé, Miguel, ¿y sabes por qué no lo sé? Porque somos unos pringados a los que nos han enseñado a hacer de todo, a coger la cámara y el micrófono, y parece que mola todo, pero lo que pasa es que así somos más baratos. Y además hoy no tenemos a nadie que nos sustituya.

La rabia se trenzaba en mi voz. Sí, éramos unos pringados y, por tanto, no tendríamos más remedio que pringar, aunque la hermana de mi mejor amigo estuviera a la deriva y por allí mismo. Lo que más me jodía era que si en ese momento, cabreado y desnudo frente a mi compañero de curro, me vieran mis padres, se descojonarían de mí. Y sacarían a relucir a mi hermano pequeño, que seguro que tiene una esclava para que le seque la espalda.

—… así que nos vamos a las Ramblas a pillar a cuatro guiris y a cuatro españoles, les preguntamos que qué opinan y qué saben de Arantxita y listo. Te dejo a ti montando las imágenes y me voy pitando a ver si la encuentro en el estadio de Vall d'Hebron.

Me tuve que tocar el pelo de la nuca, enredar los dedos en la plasta mojada y áspera de mi cabeza para cerciorarme de que al menos me

había aclarado el champú.

—¿Y si los grabamos en el estadio? Así luego no tienes que andar subiendo a buscarla.

—Ya, ya lo he pensado, pero quieren las Ramblas porque es un lugar reconocible y que no salga de fondo el pastiche del hospital o los bloques de viviendas que hay en el estadio. Una pijada.

Tan despistado estaba que comprobé, ahora en el reflejo de una ventana, que efectivamente tenía el pelo aclarado. Mi seguridad, tambaleante, casi inexistente en aquel momento, no me permitía otra cosa. Si en aquel apartamento, además de Neus moviéndose de un lado a otro preguntándose dónde molestaba menos, hubiera estado Laia, mi aplomo hubiera sido otro. Quizá yo hubiera vuelto también con otra actitud de Barcelona. Pero ahora, al ver mi reflejo en el retrovisor, rodeado de noche, recuerdo mi derrota sexual.

—¿Adónde coño vamos, Jaime?

—Ahora lo ves, joder, que pareces tonto. Y es que además, nos conocemos desde hace cuánto, ¿quince años? Y quiero que veas algo que nunca has visto.

—Por favor, levanta el pie, que entre lo que le pisas y la pastilla estoy alucinando, colega.

—Eres un mariquita, tío.

«Mariquita.» Esa es la palabra que veo desfilar por la frente de mi padre cuando hablo de trabajo. Con el curro en el *AS* venían también las tardes en los partidos, las ruedas de prensa con la Quinta del Buitre, con Butragueño, con Michel. Venía el Atleti con su idolatrado Futre. Lo de la televisión era otra cosa.

—Cariño —mi madre, las escasas veces que nos quedábamos a solas, trataba de justificarle—, tienes que entender a tu padre. Él siempre había pensado en algo diferente para ti, algo como… como lo de tu hermano. Vales para eso e ibas a ganar más. Tienes que pensar que él, lo que te dice, lo dice por tu…

—Por mi bien.

—Tú mismo lo dices.

Pero las buenas intenciones me sacan de quicio. Existe para mi padre un molde, un plano, un recorrido obligatorio que es el único camino a la felicidad. A su felicidad. Y su hijo mayor también tiene que transitarlo. Por cojones.

—Yo solo te pido, hijo —mi madre continuaba, mordisqueando casi con pudor un sándwich del Rodilla—, que seas comprensivo con él. Yo, al final, siempre en medio.

—Mira, mamá, entiendo lo que dices, pero es que cuando conozco una tía, cuando pillo un curro nuevo, no paro de pensar qué cojones

os parecerá a vosotros. Y eso me vuelve loco. No quiero ir a trabajar en traje. No quiero un trabajo en el que un motorista me lleve la cena al despacho porque no me dé tiempo a llegar a casa a cenar.

—… nosotros solo queremos lo mejor para ti…

—… y estoy harto. Harto de sentirme juzgado y que me hagáis de menos. Harto de que me comparéis con mi hermano. Harto de que haya un reproche cada vez que voy a veros porque en mi trabajo se cobra menos y hay menos prestigio y menos contratos indefinidos. Estoy harto de que seáis lo primero que se me venga a la cabeza cuando tomo una decisión.

Fui capaz de decir aquello porque esa mañana una resaca atenazaba mi humor, constreñía mi voz y apretaba mi cabeza.

—Mira, Hipólito, no. Eso no.

De pronto, levantó ella la voz. No lo hacía desde que yo era adolescente.

—Eso de que te atormenta pensar qué diremos cuando tomas una decisión lo estás diciendo tú solito. —No baja el volumen, las señoras de la mesa de al lado giran indiscretamente el cuello—. Yo también prefiero que estés en un despacho. Pero el otro día, cuando hablabas de que el año que viene te mandarán a Barcelona o a la Expo, te vi feliz. Yo claro que quiero que estés en un despacho, pero ya está. Es lo que te gusta, y no hay más. Pero esto, esto que acabas de decir del contrato, de que piensas en qué diremos… Yo sé cómo me puse cuando dijiste en casa que querías ir a la Facultad de Periodismo. Pero ya está. Te veo feliz con lo de la televisión. Si cuando cambias de novia o de trabajo piensas en nosotros, eso ya es problema tuyo. Eso míralo contigo mismo. A lo mejor el que no acepta parte de las cosas que haces eres tú. No derives esa responsabilidad en nosotros.

Jaime toma un desvío. Aunque nunca haya estado allí, caigo en la cuenta de adónde me lleva.

—Jaime…

—¿Qué te crees? ¿Que no lo sé? Que llevo toda la puta tarde aguantándote las bobaditas por nada… Claro, eso debes de pensar. Te las aguanto porque eres tú y porque te diste cuenta hace tiempo de lo que estoy haciendo, pero no hemos tenido cojones de hablarlo. Claro que me estoy vendiendo, desde que la conocí en aquel bar de pijos al que tuve que ir por curro, que si no yo allí no entro. Lo de la ópera, lo de la casa, lo de ir a comer con sus padres en los cumpleaños, en Reyes… Claro que sé lo que estoy haciendo, claro que sé el abismo que va a haber cuando mis padres conozcan a los suyos. Mira, Polito, te voy a contar una cosa, algo que no le he contado nunca a nadie porque me da vergüenza, porque es una vergüenza que nunca entendí

y que ahora que voy a ser padre entiendo. Ahora que me voy a vivir a Arturo Soria lo entiendo mejor que nunca.

Soy incapaz de hablar. Casi tampoco de mirarle.

—¿A ti nunca te he contado por qué mi abuelo escuchaba el fútbol por el transistor en lugar de ponerse la tele o bajar al bar?

—*Do you know who Arantxa Sánchez Vicario is?*

Engolaba la voz como si tuviera un chicle Boomer dentro, impostando la frase aprendida y que no había ensayado por una cuestión de tiempo. La repetí una y otra vez a todos los tíos que pasaban por la puerta del mercado de La Boquería y que tenían pinta de guiris. Más de uno de ellos resultó ser español.

—Que no hay manera, macho, que necesitamos a otros dos extranjeros que sepan quién es esta tía para poder montar la pieza.

—¿Cómo va el partido?

Miguel sujetaba el transistor en su oreja, se asomaba a la televisión de un bar.

—Ganando.

Y menos mal, porque nos jugábamos la pieza del informativo a su victoria. Si perdía había que pensar, a la carrera, otra noticia.

De pronto pensé en ella. En aquella cría de veinte años. En la derrota que gobernaría su cuerpo, su carrera, si perdía aquella mañana el primer partido. Nunca podría hablar por la televisión, ni escribir un artículo sobre mi conversación con ella. Nadie lo publicaría porque nadie atendería a la lectura que se insinuaba en los espacios entre sus palabras. En los silencios que silbaban como el viento entre las lindes. En las respuestas prefabricadas, ansiosas por salir y por verse reflejadas en titulares. Nos pareció ver que sí, que estaba nerviosa. Segura de sí misma, pero nerviosa, agitada. Sus pocos años soportando la suma de todos aquellos que la rodeaban. Sus padres, sus hermanos, aquella marca de pasta, Cataluña, España entera. Tenía que estar tremendamente sola. Más sola aún si en una mala jugada llegase a perder. ¿Cómo serían los abrazos que recibiría entonces? ¿Cómo serían las palabras hacia ella? Condolencias, pésames… para una cría que no los merecía, porque demasiado había conseguido ya.

Pensé en nuestras palabras con ella. En lo que callaban al salir por su boca. Y deseé con todas las fuerzas que ganara, que ganara el oro, porque esa exigencia no podía tener buen fin. Deseé que con el oro viniera también el premio de poder salir como una mujer normal de veinte años. Ligar, emborracharse. Dejar de estar sometida a la disciplina que la había llevado de vuelta allí, a su propia ciudad, para competir como favorita en unos Juegos Olímpicos. Pero el oro no la haría más libre y la derrota la haría más presa.

—¿Quieres que lo haga yo solo? Grabo aquí y tú te vas a buscar a la hermana de tu colega.

—Que no, tío, que no vas a poder apañarte tú solo con la cámara.

Pensé también en Clara. En cómo ella era también a su modo víctima por haberse creído el relato de una deportista que no podía haber transitado un camino de rosas. Quería ser como ella, pero la realidad era que yo no le desearía a ninguna niña esa exigencia. Esa presión sólida, persistente, que tendría sobre sus hombros hasta que decidiera retirarse con una edad a la que las carreras profesionales del resto de humanos empiezan a despuntar. Y después la nada. O no saber qué hacer con una vida que empieza a parecerse a una. En eso pensaba mientras deseaba que ganara, que fuera pasando partidos. Que no tuvieran nada que echarle en cara.

Tardaron en aparecer, pero encontramos a dos ingleses que supieron decir ante la cámara quién era la tenista, lo simpática que les parecía y las expectativas que tenían de ella, aunque iban con Steffi Graf. Para cuando los teníamos grabados, Arantxa ya había ganado a la rumana Spîrlea.

—Pillo un taxi y me voy pitando, que no voy a llegar.

—Vete, yo me quedo aquí.

No dije ni adiós. Violentamente abrí la puerta de un coche. El nerviosismo tapaba un cansancio que dudaba si empezar a manifestarse. En la radio hablaban del triunfo de Arantxa Sánchez Vicario. El camino hacia el oro. Ahora cogemos la primera rotonda tras el desvío. Al tomar la salida correspondiente el golpe de volante nos hace dar bandazos a izquierda y derecha.

—Mi abuelo tenía problemas del corazón. Ya los tenía antes de nacer yo. Siempre he creído que era por la mierda que respiraba en la fábrica, en Cartagena.

—Jaime, tío, ¿me estás llevando a casa de tus padres?

Aparta, ácidamente, la vista de la carretera y me mira airado.

—¿Me dejas acabar?

Callo con un cierto sentimiento de culpa que prefiero dejar a un lado.

—… al poco de diagnosticarle el problema del corazón, mi abuelo se obsesionó con la consulta del cardiólogo. El cardiólogo era como su cura, que dice mi padre que era más devoto mi abuelo del médico que mi abuela del Papa. Pues en una de esas consultas, que sería primavera porque era final de liga, ¿sabes qué le preguntó el médico?

Niego con la cabeza, como un niño represaliado. Entramos en otra glorieta. Bandazo a la izquierda. Salimos. Bandazo a la derecha.

—Que me contestes, joder, que si te puedes imaginar qué le

preguntó.

—No, Jaime, no me lo puedo imaginar, joder.

Arruga el gesto, enfadado.

—Era primavera, el final de la liga. Eso ya lo he dicho, ¿no? Pues el médico va y le pregunta que de qué equipo era. Y mi abuelo dijo que del Atleti.

Pisa el freno y reduce la velocidad, bruscamente, antes de girar de nuevo. Bandazo hacia adelante.

—El médico le contestó que, si era del Atleti, que dejara de ver los partidos por la televisión, que los escuchara por la radio, que sufriría menos y se llevaría menos sustos. Pues bien, en casa de mis abuelos no se volvió a ver el fútbol en la televisión. Nunca más. Solo por la radio. Mi padre, cuando no baja al bar, sigue escuchando los partidos por el transistor. Para no sufrir por el Atleti.

Cuando llegué a Vall d'Hebron la marabunta se disolvía. Las cámaras de televisión hacía rato que habían abandonado el lugar, despendoladas hacia otra competición. Las últimas banderas de España se replegaban. ¿Cómo le explicaría a Jaime que no había llegado a tiempo? ¿Que no podría encontrar a su hermana? Instintivamente busqué por allí una bandera del Atleti, con la que me contaban que siempre iban al Calderón. Enseguida me di cuenta de que aquel era otro partido.

Jaime continúa hablando. Aparca repentinamente y con pericia frente a un bloque igual a todos los demás. Casi me como el salpicadero del Panda. Delante de mí, una inmensa colmena de edificios de cuatro plantas. Fachadas de ladrillo visto, toldos verdes y blancos rigurosamente recogidos que se repiten hasta el infinito, como dos espejos enfrentados.

—Polo, yo no quiero que mis hijos sufran del corazón por respirar en una fábrica, y si sufren pues que puedan ver los partidos tranquilamente por la televisión para que sepan que lo más probable es que vayan a ganar. Y si para eso tengo que comerme la temporada de la puta ópera en el Real me la como. Aunque no me entere de nada y me tenga que pellizcar para no quedarme dormido.

El rasguido metálico, engranado y rápido del freno de mano nos ancla al suelo. El último silencio que viviremos esta noche nos envuelve definitivamente. La pastilla me hace sentir su ingravidez sobre mi cabeza.

—No le digas a tu padre que no quieres que tus hijos sean colchoneros, Jaime.

Ahoga una risa mientras se enciende un puto BN. Me niego a que fume esa mierda. Tira con sus pulmones del cigarro. Los ojos cerrados

en una mueca borracha de delectación y esfuerzo.

—Nunca habías estado aquí, Polo… Yo sí he estado en casa de tus padres.

Me callo de nuevo. Quiero decirle que no he venido porque nunca me ha invitado y porque esto pilla a tomar por culo de todo. Estoy un poco acojonado.

—No has venido porque yo no te he invitado. En primero de carrera fuimos a hacer un trabajo a casa de tus padres, ¿te acuerdas?

Me acuerdo porque ellos estaban pasando el fin de semana en San Sebastián y mi hermano había ido con ellos. Les vaciamos el minibar y nos cogimos un pedo tremendo. El trabajo no lo hicimos.

—Claro que me acuerdo.

—Cuando vi cómo era la calle de tus padres, cuando entré en su casa, que todavía vivías allí, me di cuenta de que me habría dado una vergüenza tremenda que hubieras venido tú a la mía, a la casa de mis padres. Son todos los pisos iguales, ¿lo ves? Todos tenían balcones y todos los cerraron con aluminio visto para ganar espacio. Todos pusimos los mismos toldos verdes de mierda, para que no nos dé el puto sol. Son más baratos que el aire acondicionado.

Sigo en silencio. No soy capaz de decir nada, pero la pastilla me permite alargar el brazo, tocar su nuca. Aparta mi mano casi con violencia.

—Joder, Jaime…, ¿qué te pasa?, ¿me has traído solo para esto?

—¿Tú sabes cuál es la casa de mis padres?

Ya me mosquea toda la escenita. El que resopla ahora soy yo. El que aguanta las bobadas del otro soy yo.

—Tío, deja ya de comerme el coco. Yo qué coño voy a saber.

—¿Sabes cómo distinguía yo de chinorris la casa de mis viejos? Porque son todas iguales, eh, iguales, y no hay ni una ni dos. Cuando volvía a casa del colegio miraba a los balcones y había un segundo todos los putos días que me acojonaba. Pensaba «si un día mis padres no quieren que vuelva a casa, solo tienen que quitar la bandera del Atleti».

Efectivamente, hay una bandera del Atleti que distingue uno de los balcones. Dentro la luz ya está encendida. No es el único balcón encendido. Es agosto y aún no son horas, pienso. De pronto me doy cuenta de lo absurdo de la situación. ¿Qué hacemos allí, a tomar por culo, después de llevar todo el puto día bebiendo? Miro a Jaime, su gesto reconcentrado, casi agresivo. Tiene el cuello empapado en sudor. Me desquicia. Agarro el seguro de la puerta y lo levanto. Salgo del coche violentamente.

—Me estás rayando, tío. Se te ha pirado la pinza. Voy a dar un

garbeo.

Digo esto porque las palabras desbordan mi boca. Lo digo porque quiero volver a esta mañana, al avión que me trajo de vuelta, al taxista con el que flipé de los Juegos Olímpicos, un hombre que conducía con la licencia de otro, que me contó que jamás salía de Madrid en agosto y que me dejó en la puerta de casa. Me da vergüenza decirle a Jaime que me deje en paz porque me estoy empezando a acojonar con su juego. Quiero decirle que, por favor, conduzca hacia atrás, hacia esta mañana. Hasta el momento en el que metí la llave en la cerradura para oír un solo «clic» y encontrarlo a él, en calzoncillos, jugando a la Sega.

—¡Eh!, ¡eh! Hipólito, no te vayas.

La inefabilidad con la que pronuncia mi nombre viene corriendo hacia mí. Me agarra de un brazo. Me giro.

—¿Podemos volver a Madrid, Jaime?

—Solo espera un momento.

La sonrisa reptil vuelve, un instante, a sus labios. Se transparenta bajo la arena de su amargura.

—Todavía hay veces que, cuando vengo, me oriento por la puta bandera. —No me deja contestar, aunque el reflejo que he visto en su boca me ha tranquilizado—. Yo no quiero que mi hijo tenga que mirar hacia arriba para orientarse, tío. Quiero morirme de rabia porque su abuelo el rico le regale una puta equipación del Real Madrid, morirme de rabia porque así va a ser más feliz. Y ahora espera, ven, vamos a entrar al coche.

El gesto de su cara ha cambiado, como ha cambiado también su forma de caminar. Tiene la mirada distinta, más blanda, y un toque infantil al moverse, como si no controlara del todo su estatura y le diera miedo chocarse con los quicios de las puertas, como si a sus ademanes los bañara una pátina de timidez. Me coge de la mano. Miro alrededor, todavía no hay nadie en la calle. Me susurra al oído.

—Son diez minutos y nos vamos, venga.

Tardo unos segundos en desprenderme de la intimidad que se crea cuando nos acercamos tanto. Nos subimos al coche. No va a arrancar, pero en un acto reflejo toca el freno de mano. Pongo entonces mi mano sobre la suya. Enfadado, cansado, espero que su tacto me tranquilice.

Esperamos en silencio. Poco después el portal de su casa se abre y sale un hombre que entra en el bar de la esquina. Después sale otro. Y otro más.

—¿Qué hacen despiertos? Es agosto y no son ni las cinco de la mañana.

Jaime sonríe con tristeza. Con el pulgar ligeramente roza el dorso del mío en un movimiento rítmico.

—¿Lo ves? Yo no quiero que mi hijo tenga que levantarse a las cinco para ir a una fábrica. Yo no quiero que desayune un café con coñac para olvidarse un poco todas las mañanas de la vida que tiene. Yo logré salir de esto, pero no sabes lo que le costó a mi madre convencer a mi padre de que me pagara la universidad. Por poco no lo consigue.

Nunca me lo había contado. Ni la vida que llevaban sus padres, ni cómo era su barrio, ni que casi no llega a la universidad. Que estuvimos a punto de no conocernos.

Levanta el freno de mano.

—A Madrid no volvemos hoy, Polo.

Se ha vuelto a endurecer. Tengo miedo de otro cambio de ánimo de Jaime y le miro. Me tranquiliza ver en sus ojos ese brillo que me cala y que me anuncia que no hemos acabado. Que vamos a pasárnoslo bien. Aparta mi mano y agarra el volante.

Me tira las llaves del coche. Casi me da en la cara.

—Pero por gilipollas vas a conducir tú. Si salimos ahora, llegamos al mejor momento de la Faktory.

—¿Nos vamos a Valencia?

—Te dije que me iba de casa, pero que hoy tenía grandes planes para nosotros.

Ahora sí me deja darle un abrazo. Es el abrazo incómodo de quienes están sentados en el coche. Respiro con la nariz hundida en su cuello. Noto en el mío su aliento.

Es imposible conducir de vuelta a esta mañana… y, sin embargo, la llave da dos vueltas y al otro lado solo queda la limpieza y el orden. También una nevera sin imanes.

Clara

Un dolor en el costado que tardó en identificar. Se lo había causado ella misma por presionar su cuerpo contra el brazo del asiento que lindaba con el pasillo. Lo hacía para evitar el más mínimo contacto con aquel hombre que ya tenía cara. Con su camisa de cuadros abierta. Aunque la realidad era que él ni siquiera se había inmutado. Ni tan solo la había mirado. En los oídos de Clara atronaba la voz de Alejandro Sanz. Todas las canciones de la cara A, todas las de la cara B. Ahora la letra parecía alargarse:

y la luuuzzz se le apagóóó

Se quedaba sin pilas otra vez. De buen grado las cambiaría, pero ya no le quedaban más. Vuelta a empezar. Cara A de nuevo. La voz del cantante creaba una falsa cápsula alrededor de ella y la protegía ineficazmente contra aquel hombre.

Pero ¿protegerla de qué? Allí, con el autobús a reventar, nada podría pasarle. Simplemente debía tener cuidado de no ir al baño del bar de carretera cuando pararan. Se levantó para ir al del autobús, mínimo, precario, en dos ocasiones. La segunda vez tuvo que cambiarse la compresa por la última que le quedaba. Tiró la sucia en una papelera pequeñísima, que parecía un artículo de broma. Sentía vergüenza con aquellos gestos, aunque no sabía por qué. Al volver evitó la mirada grasienta de su compañero de asiento. Pero aquello de la estación de Barcelona, ¿había ocurrido de verdad?, ¿había sido una exageración suya? ¿Por qué, entonces, aquel hombre mostraba indiferencia?

Cansada de dudar de todo de nuevo, angustiada, confundida porque, a sus años, no alcanzaba a entender que para ciertos hombres ni las mujeres ni las niñas tienen rostros que ellos alcancen a distinguir más allá de sus objetivos, cuando anocheció pensó que no sabía dónde estaba y calculó el tiempo que restaba de viaje gracias a su falso reloj Casio. Al contrario que en el viaje de ida —el alboroto, la rapidez de los movimientos, la madrugada alegre—, ahora la mayor parte de los pasajeros dormían o miraban al infinito.

No había llegado a escuchar «Pisando fuerte» por cuarta vez cuando el conductor, gracias a un micrófono instalado en la parte delantera del autobús, anunció la última parada antes de llegar a destino.

Tendría que llamar a sus padres, calculó, desde el bar de carretera en el que paraban. Siempre y cuando hubiera gente rodeándola. Menos mal, pensó Clara, el bar parecía extrañamente animado a pesar

de la pintura desconchada, amarillenta allí donde seguía cubriendo la pared. Olor a panceta pasada, a mejillones en conserva recalentados por el clima y un neón al que se le oía zumbar, agónico. El aire se notaba, ya desde el autobús, avinagrado. Palpó el bolsillo en el que guardaba algunas monedas. Al desperezarse, con el último frenazo, notó la tirantez de sus músculos. Al menos, y gracias al cambio de compresa, seguía teniendo las bragas secas.

En aquel mismo momento, y ya cerca de Barcelona, su madre desconocía que durante el trayecto se había cruzado con su hija. Una vez más, y con cierta inseguridad, palpó los billetes doblados en su escote. Tendría que llamar a casa nada más bajar, pensó, para saber si Clara había aparecido. Esperaba que su prima Mempi estuviera allí, aguardándola. Esperaba no estar sola.

El tacto de los billetes le recordó a otro, más frío, de las monedas de cinco duros que durante meses guardó en un tarro, en el cajón de su ropa interior. Cada vez que con el cambio de alguna compra recibía una moneda de veinticinco pesetas la guardaba allí. El bote acabó adquiriendo peso, porque recuerda su densidad obstinada mientras lo llevaba en el bolso hasta el banco.

—Mujer —le decía su marido—, ¿no podemos comprarle una sudadera en alguna de las tiendas del barrio?

—No. —Ella contestaba firme en las noches en que, sentada en la cama, contaba el dinero—. No son ni parecidas.

Unos meses antes, una mañana en que pasaba el plumero, había rebuscado en la carpeta de recortes de su hija hasta dar con una foto concreta de Arantxa Sánchez Vicario. A los pocos días —una mañana de esas en que su marido libraba y paseaban por la Gran Vía como si fuera domingo y vinieran de alguna provincia—, entró con esa foto en Galerías Preciados, abrió la cartera y preguntó el precio de una chaqueta como aquella.

—Es un robo —sentenció su marido—. ¿De dónde piensas sacar el dinero?

Ella calló, y cuando hubieron descendido el último tramo de escaleras mecánicas dijo:

—Tú déjame a mí.

Y bien dejada estás, contestaba él en los meses siguientes, mientras le veía contar las monedas sobre la cama.

—Es que no entiendo el capricho.

Pero ella sí lo entendía. Lo entendía porque si discutía con su hija adolescente era porque había sido igual que ella y porque se veía a sí misma con trece años casi como se ve a una desconocida. En ocasiones, aquellas noches en que contaba el dinero, pensaba con

arrepentimiento en lo que se podría arreglar con las monedas del bote. Rápidamente desechaba esa idea y guardaba el tarro con renovado celo entre su ropa interior. Sonreía con ternura e ilusión las mañanas en que consultaba la foto de la tenista a hurtadillas, y muchas noches se acostaba pensando en aquella chaqueta casi como si fuera para ella. Ansiaba el día que tendría que ponerse la blusa blanca de las ocasiones, el tacón bajo y las medias de cristal para entrar en Galerías, señalar con el dedo aquella prenda y pedir que se la envolvieran para regalo.

Pero sabía que ese dedo la delataría, porque tendría la piel restregada y la uña corta y sin esmalte, como la delataría el sacar del bolso el tarro con las monedas. Por eso, la tarde en que fue a comprar la chaqueta, un domingo en que su marido, Clara y Jaime estaban en el Calderón, se pintó las uñas, estrenó medias y sacó los billetes que había conseguido en el banco tras cambiar el contenido del tarro. En el transporte público tropezó varias veces sin saber cómo agarrarse a nada ni a nadie porque sujetaba el bolso fuertemente con las dos manos.

Cuando salió de Galerías con el poquísimo dinero que le había sobrado, fue hasta el Nebraska y se pidió un gin tonic. La falta de costumbre le hizo llegar a casa mareada. Vomitó. Se quitó las medias con cuidado de no hacerles carreras. Borró bruscamente con acetona el esmalte de sus dedos. Escondió la chaqueta para que su hija no la viera, lamentando que no cupiera en un tarro limpio de mayonesa, como las monedas con las que la había comprado. Se tumbó en el sofá. Cuando los demás llegaron dijo que le había sentado mal el plato combinado de El Esquinazo.

Esa chaqueta era aquel día, cerca ya de Barcelona, su esperanza. Si se la había llevado era porque la huida había sido intencionada y no porque le hubiera pasado nada malo. Eso, pensó, y los muñecos en la cama. Miró por la ventanilla. Las luces del autobús iluminaron brevemente una señalización. En ella pudo leer «BARCELONA 92», y un escalofrío le recorrió el cuerpo. «No podrían habérselo dado a otro país», pensó. No quiso imaginar lo que le hubieran dicho sus compañeros de viaje si hubiera pronunciado en alto su pensamiento.

Sorprendida, Clara comprobó que el resto de los pasajeros seguía durmiendo. También aquel hombre que se sentaba a su lado y que roncaba tranquilamente apoyado contra la luna. No, no podía haber ocurrido lo que ella recordaba en el baño de Sants. De haber sido así, aquel hombre sería incapaz de dormir tranquilamente.

Con sigilo para no despertarle, como horas antes había hecho para salir del piso de Gràcia, bajó del autobús. Entró en el bar. Llamó por

teléfono con las últimas monedas que le quedaban. No quiso pensar en lo que hacía como no quiso pensarlo cuando salió de su casa, ya dos noches atrás. No le contó a su padre dónde estaba porque no lo sabía, y de haberlo sabido, tampoco lo habría dicho. Su padre tenía la voz ahogada al otro lado del teléfono. Ella solo le dijo que estaba volviendo, que habían hecho parada en un bar. Y sin pensarlo:

—Venid a buscarme a la estación, por favor.

Tenía miedo. Un miedo agotador que acababa con sus fuerzas. No entendía la indiferencia que aquel hombre mostraba en el autobús. Mientras pensaba eso, temía también que él estuviera simplemente disimulando, esperando una oportunidad para volver a asaltarla, a insultarla. Podría ser que su apatía, su mirada caída, su falta de saludo, fuera fingida. También sus ronquidos contra la luna del autobús. Tenía miedo porque quería llegar a Madrid y ver a su padre y no volver a ver jamás a aquel hombre que había resultado ser su compañero de viaje. Estaba exhausta, pero no podía permitir que sus fuerzas la abandonaran. Pronto el dinero se agotó y el teléfono perdió la línea. Al salir a la explanada frente al bar tuvo, por un momento, la tentación de preguntar dónde estaba, pero prefirió no hacerlo. Cerró los ojos e intentó disfrutar de la indefinición sin conseguirlo. Una vez en Madrid le hubiera gustado coger el interurbano para ir a casa sola, pero no se atrevía. La presencia del asiento vecino se lo impedía. Ansiaba respirar, al bajar en su parada de autobús, el olor a sopa de sobre que reinaba en su barrio y que era sustituido en verano por el del asfalto recalentado.

Apuradísimo, su padre se dedicaba a abrir todas las puertas del piso que comunicaban el salón con la entrada. Abrió también la del rellano y timbró a la vecina, que abrió con ansia de noticias.

—¿Sabéis algo?

—Acaba de llamar y no quiero usar el teléfono por si vuelve a hacerlo, para que no comunique. He dejado todas las puertas abiertas para oírlo si suena.

—Pasa, pasa, usa este. Y me voy yo a tu salón por si llama otra vez, para avisarte.

En el fondo quería ella también su poco de protagonismo. Si el teléfono sonaba, pensó, lo cogería para hablar con la adolescente huida. Esperaba la llamada, ansiosa por no perder detalle, con la mano sobre el auricular.

Mientras tanto, el padre de Clara llamaba a su hijo el mayor. Lo que no sabía era que, en aquel momento, la cabeza de Jaime daba volantazos entre la desaparición de su hermana y su futuro, que acababa de precipitarse sobre él sin avisar.

—Papá.

Jaime descolgó el teléfono y habló sin cuestionarse que, al otro lado, pudiera haber otra persona que no fuera su padre.

—Ha llamado. Ha llamado la niña. Está volviendo a Madrid en autobús.

—¿Está bien?

El futuro de Jaime quedó en aquel momento relegado del protagonismo que tendría en los siguientes días. No volvería a hacerse a un lado hasta casi dos semanas después, en el momento en que decidiría pasar, por sorpresa, unos días en Valencia con el que hasta ese momento era su compañero de piso.

—¿Pero vuelve de Barcelona?

—Sí, pero no me ha dicho dónde está. Estaba en un bar de carretera, de camino, eso sí lo sé.

—Yo me voy a Avenida de América a buscarla. Supongo que llega en autobús. Tú quédate en casa y espera a que llame mamá.

—Llama en cuanto estés con ella, llama desde la estación.

Pero el futuro, recién comunicado, le hacía presión. Tiraba de su garganta.

—Papá.

—Dime.

—Que… que vas a ser abuelo.

—No digas bobadas y vete a por la niña, Jaime, ya hablaremos de eso.

Cuando colgó, Jaime agradeció a su padre el haber mandado su futuro lejos, a otro lugar, aquel más apartado del que le correspondía. El futuro, puesto en su sitio, en las siguientes hojas del calendario, no le molestaba. Antes de que llegara con su cargamento de compromisos y pañales tendría que retenerlo, ser capaz de huir por última vez de él cuando volviera Polo. Irse los dos de allí para tapar, por última vez, el porvenir con el que sabía que se había estado comprometiendo en los últimos años.

—Suelta eso, mujer, tampoco es para estar con la mano encima del teléfono todo el rato.

La vecina, cogida en falta, cambió la mano de lugar para reposarla sobre el delantal raído. Justo sobre una mancha de aceite del pescado frito. No se atrevió a preguntar más.

—¿Necesitas algo?

Él negó con la cabeza. Respiró hondo. Retuvo el llanto.

—Pero ¿dónde estaba la niña?

—Volviendo, en autobús creemos.

Él se sentó. Respiró hondo. Notó el sabor amargo de sus lágrimas

resbalando hacia adentro.

—Ve a casa, mujer. Yo te llamo si necesito algo.

—Avísame cuando llegue. Os guardo una tartera con cena.

Él asintió con la cabeza. Respiró hondo. La vecina salió de la casa y sus lágrimas se desbordaron.

El nudo en la garganta por ver a su hermana apretaba y consumía al otro nudo, ese que se constreñía con su recién anunciada paternidad. Había salido de casa corriendo, sin avisar a nadie, y al llegar a Avenida de América buscó un teléfono desde el que pudiera vigilar las dársenas de los autobuses que llegaban de Barcelona.

—¿Diga?

Aquella voz no era la de Polo.

—Hola, quería hablar con Polo, soy su amigo Jaime.

—Soy Miguel, su compañero.

«Su compañero de piso, su amigo, soy yo», hubiera querido decirle. Pero aquel otro nudo, al que le quedaba poco tiempo para dejar de ser secundario, le recordó que no, que su vínculo con Polo ya era otro. Sin despedidas, sin previo aviso porque el futuro estaba entrando por su puerta.

—Polo no está ahora. ¿Eres el hermano de la niña que están buscando?

Una niña, su hermana era casi una niña. La recordaba de bebé, cuando él era poco mayor de lo que Clara era ahora. Lo suficientemente mayor como para saber que ella había sido un fallo, un imprevisto. Entendía sus ganas de escapar. ¿Entendería también a su hijo?

—Sí, soy yo.

—Pues lleva toda la tarde buscándola. Yo he venido aquí a ducharme…

—Miguel —«Cuida un poco de Polo, que tiene muy mal pronto, que tiene mal beber, pero es mi mejor amigo y yo me voy a tener que ir de casa», querría haber dicho, pero no lo hizo—, busca a Polo y dile que mi hermana está llegando a Madrid. Ahora te tengo que dejar, estoy en la estación esperándola. Cuando llegue os aviso.

—Hostia tío, qué bien, menos mal.

—Sí, menos mal. Muchas gracias.

Al colgar sintió como si colgara también su peso del auricular del teléfono, agarrándose a él como el precipitado a una barandilla. Tenía la victoria y la derrota que buscaba. Sentía el fuego de la fricción en la mano con la que se asía a ese auricular.

Descoordinadamente, como el niño que trata de caminar en línea recta tras dar vueltas, buscaba a su hermana entre los autobuses que

iban llegando. Se veía a sí mismo como el padre de un adolescente. Esto me va a pasar, pensaba, me va a pasar a mí a partir de ahora, esta sensación de falta de recursos cuando tosa mi hijo, cuando tenga fiebre y yo no sepa qué hacer, cuando sea mayor y llegue tarde a casa. Pero no, mi hijo no se va a querer escapar porque tendremos de todo, hasta una nevera americana en un piso que siempre será nuevo y grande, y su abuelo el facha le consentirá todo, porque podrá pagarle todos los caprichos, y yo, al final, habré salido por fin de la terraza forrada de aluminio visto en un piso de la periferia.

Habían llegado ya cuatro, cinco, seis autobuses desde Barcelona. Había perdido la cuenta. Esperaba verlos aparecer por el túnel con ansiedad, como cuando esperaba de pequeño a que su padre volviera de esos turnos imposibles que le habían envejecido antes de tiempo. Cuando vio a su hermana levantarse con urgencia de un asiento de uno de aquellos autobuses que parecían llegar con cansancio, sintió que los nervios de su cuerpo se desmadejaban.

—Esto pasa porque nunca te compramos la puta Baticao —dijo en alto, antes de que ella saliera del autobús y ni aún le viera.

Vestía Clara la sudadera Kelme para la que su madre le había pedido dinero prestado. Ella había ahorrado lo suficiente en monedas de cinco duros, le dijo, pero temía que en el último momento hubiera subido de precio. Nunca le había devuelto esa cantidad. Él tampoco se la pidió.

Bajaba su hermana con una extraña dignidad disfrazada de prisa. Como si formara parte del equipo olímpico ella también, pero como si pareciera huir de alguien. La mochila pegada a la espalda, agarrando las asas con ambas manos. El corte de pelo a la moda.

Cuando vio a su hermano, sin querer, salió corriendo para abrazarle.

—¿Dónde están papá y mamá?

Jaime no le contestó, intentaba también él llorar hacia adentro. Reparó en dos paquetes con forma de bocadillos que llevaba su hermana en la mano. Estaban envueltos en papel de colores.

—¿Y esa mariconada de papel de colorines que llevas en la mano?

—Bocadillos que he traído…, es que no tengo hambre. Y el papel es de Mariscal. Pensaba tirarlos ahora.

Él se volvió a encoger de hombros, con la mirada enganchada en el detalle absurdo del papel.

—Jaime, que dónde están papá y mamá.

No contestó y mientras ella perpetuaba el abrazo, él miraba hacia arriba, en un intento vano de que esas lágrimas no escurrieran. No, su hijo no escaparía. No tendría motivos para hacerlo.

Durante los años que siguieron, Jaime tuvo la sensación de no haber retirado la vista del techo de la estación. Siguió mirando hacia arriba cuando llamó a su padre para decirle que su hermana ya estaba con él, que se encontraba bien, con cara de cansada. No bajó la mirada tampoco del cielo nocturno del verano de Madrid cuando salieron del intercambiador y los dos hermanos se agarraban de la mano. Tampoco desprendió sus ojos del horizonte de la carretera, desde el Seat Panda, mientras lloraba interiormente el futuro adúltero, apócrifo de su hijo, que tendría un cuarto de juegos y una puta equipación del Real Madrid que a él le escocía, pero que a su hijo le daría muchas alegrías.

No sabía Jaime todavía que su madre había llegado a Barcelona. Menos sabía aún que no tendrían que esperar su vuelta al día siguiente.

—¡Ay, Mempi!

Abrazaba a su prima en la estación de Sants, aliviada. Acababa de llamar a casa, sabía que su hijo el mayor ya estaba con la niña. Que la llevaba a casa. Que estaba bien.

—No sé qué le hemos hecho, no lo sé, para que se fuera de casa.

—Me tenías que haber llamado antes; si la niña tenía ganas de venir, se podía quedar con nosotros. Somos familia.

Mientras estuvieron abrazadas no se miraron a la cara. Hacía años que no se veían, y no les había dado tiempo a pensar eso de qué mayor está, lo mismo pensará de mí. Aquello ahora no era importante.

—Bueno, vamos a comer algo por aquí. Y luego compro un billete y me vuelvo. Por lo menos ya pasó el susto.

—Pero… tendrás que descansar…

Hizo un gesto con la mano. Ya estaba descansada; mientras la niña estuviera en casa, ella ya estaba descansada. Salieron de la estación. Comieron algo rápido. Fue al baño y se alivió. Media hora después, volvían a la estación.

—Qué de gente, chica, bueno, la verdad es que no me extraña.

—No te lo imaginas. Si llegas a ver las ramblas… Ay, me da mucha rabia que nos veamos así. Tenéis que venir. O ven tú sola un par de días. Te quedas en casa, nos ponemos al día… Es que, de verdad, no sabes la rabia que me da.

Y la madre de Clara se para en la puerta de la estación. Su interior le parece intranquilo, pese a la alegría que entra y sale de allí. Mira la calle, asombrada. Era aquel otro paisaje. Uno que no conocía. Uno que era en aquel momento el centro del mundo.

Notó los billetes, de nuevo, en el escote.

—Mempi… Tú tenías una habitación de invitados, ¿no?

—Claro, tienes que venir a vernos. En cuanto puedas.

—Y… ¿la tienes libre estos días?

Nada más preguntar sonrió porque nunca le había gustado hacer trayectos en balde. Se sentaron en un banco, al sol, con los ojos cerrados. En una época de sus vidas era este un gesto habitual. Ahora hace décadas que no lo repiten, y sin embargo sus cuerpos no se han olvidado de él. Estuvieron unos minutos en silencio.

—Da gusto así, contigo, oír el sonido de la gente de fondo. Qué alegría, chica.

Se lleva la mano al pecho, saca los billetes y los mete en la bolsa de viaje. Se queda con uno en la mano.

—¿Vamos a tu casa en taxi? Pago yo. Necesito darme un agua.

Nota sobre tu mano el peso ligero de la de su prima. Una mano que dice «estoy aquí otra vez, como si siguiéramos en el pueblo, como si no tuvieras hipoteca ni dos hijos, ni acabaras de pasar un disgusto».

—Esta noche cenamos con unos amigos, ahora amplío la reserva para que puedas venir. Y mañana, si quieres, nos damos un paseo por la Villa Olímpica. Verás qué chicos tan guapos…, parece una verbena constante.

Llegaron, por fin. Aparcó. Miró Jaime arriba, a la hilera infinita de ventanas idénticas, de amalgamas aburridas, conglomeradas, de aluminio visto, entre las que solo destacaba la figura de su padre. Ambos hermanos la buscaron instintivamente. El padre, al verlos, se metió corriendo al interior de la casa. Vieron cómo la luz de la escalera de la comunidad se encendía.

Jaime seguía mirando arriba. Hacia un punto en concreto que nunca se había quitado de la cabeza y al que seguiría mirando desde abajo durante toda su vida.

—¿Están muy enfadados?

—Me parece que no vas a salir de casa hasta que tengas que ir al colegio en septiembre, Clarichi.

Pero algo haré, barruntaba Jaime, para sacarte de aquí. Para que no tengas que verlo todo por la televisión.

—Corre —no quitaba él la vista de aquel punto de su edificio—, dame las cintas de Alejandro Sanz y de Mecano. Para que no te las quite papá.

Con nervio, y sin perder de vista el portal, Clara le tendió las cintas con un rápido temblor.

—Jaime.

—Dime antes de que baje papá.

—Conseguí ver a Arantxa.

—¿Cómo?

En el fondo, Jaime sabía que no podría quitarse nunca de la cabeza

la bandera del Atleti, colgada del balcón de aluminio visto.

—Ya te contaré. Pero se ve mejor por la tele.

Atletes, baixin de l’escenari

El desengaño llegó cuando creían que ya lo tenían todo hecho.

Con el filo de los dedos notó el desgaste de la bandera. Se percibe que es septiembre ya, piensa, y que su padre la cambiará a no mucho tardar, antes de que empiece el frío. Separa un momento de la tela la mano derecha para decir adiós. Contempla cómo el saludo le es devuelto. Abajo arrancan el Seat Panda, que acaba de pasar por el taller. Desaparecen tras la esquina.

Al entrar, Jaime se asegura de dejar la ventana bien cerrada. Como si fuera a salir de viaje. Y es que va a salir de viaje, pero hay una calma impostada que no lo demuestra, que lo oculta. Siente estar faltando a una promesa hecha a sus padres, que acaban de partir para Cartagena. Más a su padre que a su madre. No sabe por qué, quizá porque él no ha salido de casa en todo el verano y ella, en cambio, estuvo varios días en Barcelona, casi sin avisarles que se quedaba por allí, solo lo justo para que no se preocuparan. Cuando volvió, más allá del enfado con Clara, parecía otra. Incluso con un corte de pelo distinto. Jaime quiere ensayar, ver qué esfuerzos conlleva que a una adolescente no le falte de nada. Ha decidido gastarse aquella noche, y antes de haberlo ganado, parte del primer sueldo que ganará en la constructora de su suegro.

Como si centenares de ojos le vieran, o le leyeran, levanta el auricular del teléfono y marca el teléfono de su casa. O no, porque ya no es su casa, aunque Polo no haya cambiado el mensaje del contestador automático:

—Cabrón, qué coño haces, llámame, mis padres ya se han ido.

Se inquieta. Suponía que Polo debería estar preparado para salir en cuanto recibiera la llamada. A los dos minutos suena el teléfono.

—Jaime, que estaba en la ducha. Ya voy.

—¿Seguro que tienes las entradas?

—Que sí, cojones, de verdad. Me debes una pasta, eso sí, así que lleva preparados los billetes de tu suegro, ya sabes.

Y cuelga. Jaime acusa el golpe con media sonrisa, sabe que no se librará nunca de ese tipo de lanzas. Le duelen en cierta medida, pero al rato, como lo que cura, pica. Se enciende un BN —ahora se ha acostumbrado a esta marca de maricones y de embarazadas— y lo fuma distraídamente, mientras observa los tomos de la enciclopedia Larousse que sus padres compraron cuando Clara empezó la primaria y que estuvieron dos años pagando a plazos. Otro esfuerzo para que no faltara de nada. Con la Encarta en aquella casa ni siquiera soñaban. No sabían lo que era.

Cuando apaga el cigarro vacía y friega el cenicero, más que por pulcritud lo hace por llenar la espera hasta oír llegar a Polo. Todavía tardará. Es la primera vez que viene solo hasta aquí. Recorre el pasillo y llama a la puerta del cuarto de su hermana.

—Clara.

—¿Se han ido ya?

—Sí, se han ido ya. No te enfades conmigo por quedarme aquí hasta que vuelvan. Es solo hasta el domingo.

Ella abre la puerta de su habitación y mira altiva. A su espalda Jaime ve que su hermana había descolgado de la pared el abecedario de punto de cruz. Entiende su dolor mejor que ella. Deriva de haberse desprendido de la infancia. A su hijo también le pasará.

—Arréglate y coge una chaqueta o algo. En un rato nos vamos.

A Clara le cambia la cara. Lleva más de un mes sin salir. Solo con el comienzo del curso ha podido recorrer la distancia entre su casa y el instituto. Algún día le han permitido bajar a tirar la basura. El castigo se lo levantarán más adelante. Ni siquiera ha preguntado cuándo.

—¿Vamos a salir?

—Sí.

—¿A dar una vuelta?

Jaime se sonríe.

—A dar una vuelta.

Clara no llega a oír el obtuso pitido del coche de segunda mano que Polo ha comprado con el dinero de las dietas. Cuando llega a la calle y lo ve se sonroja. Tiene el impulso de taparse la cara con las manos. El sol de septiembre todavía calienta.

—Nos vamos.

—Pero ¿adónde? ¿Y qué hace Polo aquí?

—Tú te callas, y como digas algo a papá y a mamá te vas a enterar.

La adolescente no saluda al amigo de su hermano. Durante el trayecto en coche se concentra en mirarle la nuca, como si así pudiera erosionarla. Grabar en ella con su mirada sus iniciales, piensa.

Se acuerda de Estíbaliz. En los últimos días su recuerdo le aborda sin avisar. Es incómodo, como la costura de esos sujetadores que le compra su madre, piensa. No sabe cómo deshacerse de su imagen. Querría también deshacerse de sus recuerdos, de la visión de aquella escalera que ahora, cuando ha pasado más de un mes, le parece certera, palpable como el filo de sus escalones.

En casa no le dejan ver la televisión. Por las noches, aburrida, se agazapa tras la puerta del pasillo y escucha lo que ven sus padres. El temor a ser descubierta le entretiene más que la programación, pero eso ella no lo sabe. Sin embargo, dos días antes la voz del locutor, que

se transparentaba por la puerta del pasillo, le había hecho olvidarse de ese temor, para traer un miedo concreto y certero, que parecía respirar en su cuello y susurrarle que ella casi había estado allí. Porque en cierta medida había estado.

Recuerda la voz amarilla —es raro, porque las voces no tienen color, y mucho menos el color del cristal de la puerta del salón, pero así la recuerda—, una voz de una palidez enferma, preocupante, diciendo que el cuerpo sin vida de una mujer española, de cuarenta y cinco años de edad, había tenido que ser repatriado desde el puerto de Marsella. La mujer, que no tenía hijos, había caído, de madrugada, por las escaleras que daban al camarote que compartía con su marido en un crucero de lujo. La ciudad francesa era el puerto más cercano. Se cayó de forma definitiva, por última vez. Para siempre, pensaba Clara mientras escuchaba la noticia y se decía que no podía ser, que hay muchos cruceros, que ella misma había visto en los anuncios de la televisión que son cruceros muy grandes, en los que cabe mucha gente, la mitad de ellos mujeres, que lo más probable era que a aquella no la conociera, que no sabía por qué se ponía tan nerviosa por oír ese reportaje. Pero el locutor siguió hablando, la capilla ardiente será en el Ayuntamiento de Barcelona, dice, que en esta ocasión y tras las celebraciones de las pasadas semanas se tendrá que vestir de luto, porque se trataba de la esposa de un trabajador de, justamente, la Concejalía de Deportes. Y añade:

—La vida, ya saben ustedes, nos demuestra una vez más que nos lo puede dar y nos lo puede quitar todo.

Una vez más, piensa con pavor, hubiera hecho mejor en no desobedecer a sus padres. Mejor si se hubiera estado quieta en la habitación, escuchando música o leyendo. Olvidada de la tele. Mejor si hubiera hecho eso mismo la noche que se marchó a Barcelona. Agradeció haber tirado en la estación el papel con el teléfono de Estíbaliz. Si lo tuviera aún, se vería obligada a llamarla, y qué le diría si quizás había más mujeres de trabajadores de la Concejalía de Deportes del Ayuntamiento de Barcelona que se caían por escaleras en cruceros de lujo. Tal vez había sido otra mujer de igual vida que ella. Era posible que justo aquella no fuera Joana, sino una amiga suya. Pero al pensar en su nombre se cerró sobre Clara una certeza parásita: que no se despegaba por mucho que intentara buscar posibilidades mínimas, tranquilizadoras, que le hablaran de una mujer muerta pero desconocida. Cuánto más reparaba en la posibilidad de que ella, que apenas había salido de su barrio, conociera a esa mujer, más remota le parecía. Más segura estaba de que sí, que era ella, que ella había visto y no había visto las escaleras de aquel crucero que nunca pisaría.

Hasta aquel momento había pensado con malicia que, tras su huida de Barcelona, pudiera ser que Estíbaliz esperase su llamada. Que incluso también esperaba que le devolvieran la Baticao. Pues va lista. Que busque en los vertederos. De la Baticao se acuerda ahora, en un pensamiento fugaz que no vuelve a su cabeza en las casi tres horas que está en el coche de Polo.

El asombro consigue que deje de lado la visión de aquellas escaleras, aunque ya ha dejado de preguntar adónde van. Al día siguiente tiene clase, pero intuye que irá sin dormir.

—¿Qué hacemos en Valladolid?

Mientras buscaban aparcamiento, encolado sobre una pared, Clara vio un cartel que anunciaba un concierto en la plaza de toros.

—Oye, que hoy hay…

—… un concierto de Mecano, Clara. Te repito que como le digas algo a papá y a mamá te mato.

—Qué más te da si a ti no te gustan, dices que son unos pijos.

—Porque son unos putos pijos, pero te hemos traído para que los veas tú.

—¿Qué?

Cuando salen del coche, Clara no puede evitar colgarse del cuello de Jaime y darle un beso. Hace lo mismo con Polo. La euforia le impide darse cuenta de las ganas que tenía de hacerlo. Lo que más quiere ahora es llegar a clase, al día siguiente, para contárselo a sus amigas.

—Y a Tina tampoco se lo cuentes, que mamá se acaba enterando. Ya te estoy viendo venir…

El plan había sido improvisado dos noches antes, cuando Jaime escuchó por la radio una entrevista a Ana Torroja en la que hablaba de la necesidad del grupo de descansar. Había tenido laringitis, pero ya estaba recuperada. Si no vamos ahora, pensó, si no llevo a Clara ya, va a tardar años en poder ver a Mecano en directo. Llamó entonces a su antigua casa. A Polo. Era él el único que podría dar solución a un problema que no era tal, que era inventado, que se acababa de sacar de la manga: conseguir entradas para el concierto de fin de gira de Mecano. Y, esto no se lo reconoció a sí mismo, Polo era la única solución porque en realidad llevaba tres días sin hablar con él y estaba cansado de buscar excusas para llamarlo.

Y Polo las consigue, claro. Con el tiempo no sabrá muy bien cómo. Vamos a acompañar a la hermana de un amigo, le dice a su vendedor. Se lo dice a sí mismo también. Lo que no se dice, pero sí sabe, es que lo hace porque quizá sea el último concierto con él.

Los hombros de Jaime se aligeran brevemente al entrar al

concierto. Si he conseguido traer a mi hermana, si entiendo su frustración, quizá sea un buen padre, piensa. Y, sorprendentemente, lo disfruta casi más que su hermana, lo disfruta porque, aunque no lo quiera reconocer, se sabía casi todas las canciones. Le gusta porque la iluminación incide a ráfagas en la cara de su hermana, tan entusiasmada que ahora le importa poco no poder contarle nada a sus amigas. Y lo canta, lo canta todo. Algunas canciones con Clara a hombros, otras pegado al cuerpo de Polo. Le gusta porque, también él, se olvida de que su vida está tan a punto de cambiar que ya lo ha hecho, porque ya no volverá a la que todavía considera su casa, en un barrio deprimido y problemático del centro de Madrid. Volverá a otro, donde está la casa de su novia, su prometida ya, la madre de su futuro hijo. La casa de su mujer, lo sabe, porque no es la suya.

En el camino de vuelta, Clara cae dormida. No despertará hasta notar que el coche aminora la marcha al volver a su barrio de la periferia, que es Madrid, pero que en absoluto es Madrid. En un momento en el que la carretera es plácida, suave como un río, en un momento en el que afuera solo hay una noche tibia, recibe Jaime una noticia que le descoloca más de lo esperado:

—Me voy, tío. He encontrado un piso pequeño, pero recién reformado.

—Pero ¿y nuestra casa?

Polo se ríe. O más bien una risa discreta se disuelve entre sus dientes antes de materializarse.

—Ya no es nuestra casa, Jaime. A mí solo se me hace grande, y no tengo edad para compartir piso con un desconocido. Todo el mundo está con sus novias, con sus hijos. Bueno, como tú.

Se callan y no se miran. Cuando salió de allí con la última caja, la tarde anterior a que Polo volviera de Barcelona, Jaime no sintió pena ninguna. Volveré todas las veces que quiera, pensaba, me quedaré con las llaves, a Polo no le importará y le vendrá bien que conserve un juego.

—Necesito tus llaves, para dárselas al casero.

Pero ahora sí siente un vacío atroz, una nostalgia anticipada, un hueco de algo que ha vivido y que no volverá a vivir. Una envidia ante los próximos inquilinos de ese piso destartalado y viejo, en cuyo rellano es más que probable que dentro de poco vuelvan a pasar droga.

—Y… ¿te vas lejos?

—No te rías, eh…, que te conozco.

—Te habré aguantado yo pocas bromas con mi vida como para ahora no poder devolvértela… No me jodas que te vuelves a Argüelles,

con lo que has despotricado.

Sí, a un piso pequeño, dice. A la calle Rodríguez San Pedro, dice. Un poco más abajo del edificio bonito del arco, que ya me gustaría a mi vivir allí, a un piso pequeño pero reformado. Droga no van a pasar porque hay portero. Y, bueno, está a cinco minutos de Malasaña andando. Pero no te lo pierdas, que los caseros me han pedido ver mi contrato de curro para alquilármelo, eh. Como si no les fuera a pagar. Menos mal que cuando les he contado que estaré en el programa de Nieves Herrero se han tranquilizado. No saben la puta gracia que me hace, todo el día cubriendo sucesos. Sucesos de mierda. Puta televisión privada.

—Así que dime de dónde sacaste tú las cajas para tu mudanza —recapitula Polo—, porque tengo que empezar mañana mismo. Aunque, bueno, tampoco hay tanto que llevar.

Las cajas las va recogiendo del VIPS de Fuencarral. En una ferretería compra un rollo de precinto y, a la mañana siguiente, casi sin dormir, en calzoncillos y tremendamente solo, Polo empieza a meter revistas en una de ellas. Con un sentido del orden que nunca ha conocido busca ejemplares por toda la casa, para que todas estén en la misma caja. ¿Por qué, si a él el orden siempre le había dado lo mismo? Porque no soporta el silencio, piensa.

Silencio. Silencio informativo. Ruego por el silencio informativo. Esto llegará Polo a decirlo en alto tres meses más tarde. Porque en la España posterior a las Olimpiadas estaba todo hecho, no iba a pasar nada. Pero sí pasará. Algo que ocurría más veces, algo que en ocasiones salía en los periódicos. Algo que muy pocas veces tiene un final feliz. La vida, ya saben ustedes, una vez más demuestra que te lo puede dar y te lo puede quitar todo. En esa afirmación, pero con otras palabras, pensará Polo muchas veces a partir de ese noviembre:

—Tú de viaje de trabajo y llamándome…, sí que tiene que ser jodido el tema.

Se le hará raro marcar el teléfono fijo del piso que Jaime comparte con su ya esposa, que se casará con vestido blanco, suelto, de Sibylla, y que gracias a las tendencias del momento ocultará su incipiente barriga de embarazada. Será una boda ostentosa, pero con pocos invitados. Polo no se separará de los padres y la hermana de su amigo. Los padres de hecho, con cierto complejo, no se despegarán de él en todo el día, como si lo consideraran de los suyos. También aquel día incómodo y predecible quedará lejos. Y sin embargo la situación que vivirá en Valencia será tan desagradable que lo preferirá.

—Hace poco más de tres meses estaba en Barcelona, flipando con el mogollón, viviendo un momento histórico… Y ahora aquí, que no te imaginas lo que es esto, porque es que esto no es ni Valencia, esto es un puto pueblo en el que la peña ya ni se atreve a salir a la calle en cuanto anochece, Jaime.

Más o menos con esas palabras expresará Polo que la vida te lo puede dar y te lo puede quitar todo, o que en una vida caben muchas vidas. También en las vidas de un país. Se puede ser el centro del mundo en verano, y al otoño siguiente ocupar todo el espacio informativo con la desaparición de tres niñas en un pueblo pequeño, cercano a la costa, del que hasta hacía poco tiempo no muchos habían oído hablar. Tampoco dormirá mucho durante esos días Polo, ni lo hará en la noche en que, durante la emisión de un programa en directo desde aquel lugar, aparecerán los cuerpos de las adolescentes. El recuerdo del dolor y de su publicidad le acompañará siempre como un contrapunto certero ceñido a aquel glorioso año. Pero de aquello se dará cuenta más adelante. Antes de pedir en voz alta un silencio informativo que nunca llegará, a Polo le podrá el ego, le podrá una vez más pensar en su padre cuando saliera por la televisión. En su madre. En su hermano, que ha empezado a engominarse el pelo como Mario Conde, que dirá en aquel despacho de abogados que él tiene información de primera mano sobre lo que ocurre en Alcasser porque su hermano el mayor estaba allí. En el epicentro informativo. Le podrá el ego a Polo y no dudará en participar en los directos, en la retransmisión en vivo de un dolor a la vez íntimo y público, pudoroso y exhibido. Mucho antes de que acabe harto del Levante, alardeará por teléfono de estar, una vez más, en el centro de todo. Aunque en el centro ya no habrá banderas de colores y sí un morbo oscuro, beatífico, que solo se avergonzará de sí mismo décadas después.

No volverá a Madrid hasta la Nochebuena, cuando ya sí empiece a notar el cansancio, y lo hará también para grabar a los padres de las tres niñas, que entrarán en la residencia del presidente del Gobierno con una ropa que a todas luces parecerá prestada. No le dará tiempo ni siquiera a pasar por casa.

Como el silencio es insoportable, ha puesto la radio en la minicadena. Tampoco la aguanta, así que ha acabado desenterrando unas cintas que apenas escuchaba con Jaime. Fran Lenaers. No es la Spook, pero vale. Aquel ritmo que se repite como un rosario, como una letanía, le sirve al menos para darse cuenta de que la Sega la tendrá que envolver en papel de periódico. Coge un ejemplar viejo del *AS,* de cuándo él firmaba allí. Busca la página con su nombre. La saca del

diario y envuelve con ella la consola.

Ese día, cuando vuelva a Madrid, discutirá con una fotógrafa que en las semanas previas también ha estado en Levante. Será una chica de más o menos su edad, no muy alta, que ha cogido fama por saber colocarse siempre en primera línea:

—Deja espacio para los demás, no nos estás dejando grabar.

—Sois más altos que yo y me estáis tapando —se quejó aquella muchacha, corajuda, haciendo valer su metro sesenta delante de varios hombres con su mismo oficio.

—A quién se le ocurre mandar a una mujer…

—¿Tú que has dicho, imbécil?

En ese momento Polo sentirá una vergüenza inusitada. Nueva, a estrenar. Pondrá la mano en el hombro de aquella chica y la empujará con brusquedad hacia delante, para que pueda hacer las fotos. Cuando aquellas familias entren en la Moncloa la fotógrafa se dará la vuelta y jurará en voz alta que pasara lo que pasara no permitirá que la vuelvan a enviar a Valencia.

—¿Pero tú no eres de allí?

—Yo qué voy a ser de allí, a mí me han mandado allí hace un mes, como a todos, y no me han dejado volver hasta hoy.

Un poco altiva. Un poco indiferente a todo. Un indiferencia impostada, aprenderá dentro de poco Polo. Una impermeabilidad a los comentarios ajenos que le permite desempeñar su trabajo. Si reparara en lo que decían de ella sus compañeros masculinos, habría abandonado el trabajo haría ya tiempo. Por eso mismo no se dejará invitar a un café, pero por supuesto que la volverán a mandar a Valencia. Como a Polo. Por eso, cuando en enero él vuelva a ver el gesto resignado de ella, obviando al resto de profesionales que tenía al lado, él la envidiará, porque parece que a ella no le hace falta la aprobación de los demás. La envidiará porque notará que a ella le había empezado a dar igual todo. Y si no le da igual todo, que es probable, la envidiará por al menos fingir esa indiferencia. Será ese día cuando pensará que lo mejor no será invitarla a un café para disculparse por su comentario:

—Cóbrame la cerveza que se está tomando esa chica de allí, la de la cámara.

El camarero levantino guiñará un ojo a Polo. Es pequeñita, pero está buena que te cagas, parecerá decirle, para volver minutos después con otra cerveza.

—Yo no te he pedido esto.

—No, tú no, pero la tía a la que has invitado parece que quiere devolverte la invitación.

Porque a mí no me hace falta que me invite nadie, le dirá minutos más tarde, cuando pase al lado de su mesa. Aunque cobre menos que vosotros. Entonces, Polo, se reirá abiertamente.

—¿Cómo vas a cobrar menos que nosotros, mujer, si eres la primera en llegar a todo?

Después de envolver la Sega, abre de nuevo la caja de las revistas. De ella saca todos los ejemplares polvorientos, ajados, que conserva del *AS*. Es increíble, piensa, qué poco dura el papel de periódico sin estropearse. Arranca las páginas con su firma y empieza a envolver los vasos, los platos…, incluso el bol de plástico que apenas han usado.

Firmará como testigo en su boda. Aunque prácticamente solo hará eso, firmar, porque su mujer tiró de él con ahínco antes de la comida con la que lo celebraron. Se lo llevó de allí sin contemplaciones.

—Tío, ya sé que es una boda pequeña, casi improvisada…, ¿pero no os vais a quedar a comer?

—Hipólito, solo a ti se te ocurre casarte el día antes de unas elecciones generales. Coño, que no os conocéis de ayer, que lleváis años de novios, que podíais haber avisado con más antelación… Tenemos una comida con el partido ahora. Mi suegro es interventor y no me quedan más cojones que ir. Anoche insinué que podían ir sin mí y ni te cuento el pollo que me montó aquí la jefa…

—¿Pero qué me dices?

—Ya, ya…, por favor, no me reproches nada tú también. No sabes el disgusto que llevan mis padres. —Y calló un momento, rumiando algo que no se pudo tragar—. Tío…, creo que se sienten traicionados. Pero tú no me digas nada, que esto es lo que me faltaba. Porque lo peor es que les entiendo.

—Esto te pasa por meterte a rico y tener un suegro facha.

—No te voy a explicar lo que es tener a un suegro facha que cree que Aznar es lo mejor que le puede pasar a este país.

La noche siguiente, en la casa de los padres de Jaime, nadie se asomará al balcón. Apagarán la tele antes de lo habitual. Ni siquiera dejarán el transistor encendido.

—Me podrían haber dejado votar. —Clara hablará con rabia, pero con cierta timidez—. Solo me queda un año para ser mayor de edad. Los repetidores del instituto han podido y yo no. No es justo.

—Serán solo cuatro años…, solo hay que aguantar cuatro años y podrás votar para quitar a ese impresentable de la Moncloa. Ya verás, ya verás como la gente se arrepiente. Y antes habrá unas autonómicas.

Su padre le parecerá mayor de repente. Avejentado. Más profundas

sus entradas, más ralo su pelo. Su cuello flácido, con la piel colgante. Era así, y de forma prematura, desde hacía tiempo, pero Clara se fijará esa futura noche de marzo, cuando esté ya al borde de su mayoría de edad, cuando la impaciencia por la universidad le presione todas las noches. Cuando toque ya con los dedos el tener que ir a Madrid todos los días para conocer a otra gente, gente que no tendrá nada que ver con el barrio ni con El Esquinazo ni con su instituto. Cinco años por delante que se acercan ya, que han sido lejanos, pero ya no. Ya no. Su vida va a dejar de esperarla para empezar el próximo septiembre.

—La gente se dará cuenta. Seguro. Nosotros solo tenemos que seguir haciendo lo de siempre: trabajar. Y tú a estudiar, a ver si se te quita de la cabeza lo del INEZ…

—Mamá, se dice INEF, y no se me va a quitar de la cabeza. Ya me estoy preparando para las pruebas.

Pero yo creo, dirá su madre, que con tus notas podrías hacer otra cosa, ¿no? Ingeniería. Pero ingeniería de qué, mamá. Ingeniería, hija, ingeniería, y así tu padre te colocaría donde él, pero en otra posición, claro está.

—Deja de decir bobadas —contestará su marido—, a ver si lo mío sigue existiendo y no se lo cargan estos que han ganado hoy.

—Ya remaremos, ya remaremos —añadirá ella—, ya verás, como hemos hecho siempre, cuatro años pasan rápido. Ya lo verás. Cuatro años no son nada.

Cuando acaba con los platos y los vasos, Polo monta otra caja y empieza a meter libros. Pero sus títulos se repiten en ocasiones. Algunos también faltan. El cabrón de Jaime se llevó lo que quiso, sin preguntar, mientras yo estaba en Barcelona. Qué hijo de puta. Qué maricón. Pero no hay rabia en él. Se ríe. Los títulos repetidos los deja fuera de la caja. Antes de dejar el piso los bajará a alguna librería de viejo del barrio. Los regalará. No los piensa vender.

Septiembre llegará. Llegará después del verano más largo de su vida. Tan largo que aburrirá a Clara. Cuántas veces se acordará de este verano, muchas, todavía no lo sabe. Casi tantas como del concierto de Mecano que sus padres nunca llegarán a conocer. Ni su amiga Tina. Quizá por eso el recuerdo será más valioso cuando hayan pasado algunos años.

Días antes de la primera clase en la facultad, su hermano pasará por casa, la recogerá y la llevará a dar una vuelta por la Ciudad Universitaria. Irán también sus dos sobrinos. Un niño de tres años y medio y una bebé de uno.

—Así me escapo de casa —le dirá— antes de irnos de vacaciones a Marbella.

—Qué mal llevas la vida de rico, hermano —contestará ella con sorna. Y no le dirá que tiene un poco de miedo ante su nueva vida. Un miedo parecido al que sintió en Barcelona cuando salió corriendo de aquel piso para volver a Madrid. Un miedo distinto al otro, rápido y certero, concreto como una roca, que sintió pocos momentos después, en el baño de la estación, en un capítulo que no había olvidado porque seguía aferrado a su memoria. No iba a confesar nada de eso.

—Mira, por aquí, por estos bancos bebíamos Polo y yo en primavera… Bueno, y en invierno, porque en aquellos años no teníamos frío nunca. —Su hermano se acelera tanto al hablar, últimamente, que le da la sensación de que no tiene tiempo ni siquiera de sentir nostalgia—. Lo único que te pido, por favor, es que no vuelvas a casa sola. —Y volverá a la mente de Clara aquella huida de Barcelona, precipitada, afortunada por los pelos, por casi nada. Prefiere no pensarlo—. Polo y yo volvíamos solos, pero éramos dos chicos, claro, no éramos chicas.

—¿Qué sabes de Polo? —preguntará envalentonada; hace años que no lo ve, pero su recuerdo le seguirá gustando.

—Va a tener un niño. No sé si te dije que estuve en su boda pero no me pude quedar al banquete… Bueno, que no fue un banquete, que se fueron a comer un cocido por la Plaza Mayor… Si al final al pijo de Argüelles no le hacía falta más. Bueno, sí, otro piso. Está mirando con su mujer, la fotógrafa, para comprar por su barrio de siempre, porque con el crío no caben donde están. Les darán la hipoteca, porque él lleva ya sus años en la televisión y porque a ella le pagan una pasta persiguiendo a famosos.

En esta otra mudanza, en septiembre de 1992, y cuando todo, excepto la minicadena, que sigue sonando, está ya en cajas, Polo intenta, con todo el cuidado del que es capaz, quitar de las paredes los pósteres de Nirvana y Courtney Love. Con atención desprende la goma azul con la que están pegados y, cuando empieza a preguntarse si de verdad los reutilizará, si las figuras en ellas impresas le siguen representando, el papel del póster se rasga de arriba abajo, dejando el rostro de Cobain partido por la mitad.

Todos los septiembres, antes de empezar el curso, Clara volverá a recordar aquel concierto de Mecano. Lo único que echará en falta es no haber podido anticiparlo. Hubiera disfrutado también los nervios previos de haber sabido que aquel castigo se rompería con secreto y

de aquella manera. Es otra ilusión, porque no es ninguna ilusión la que se irá cuando acabe el concierto de Las Ventas. También es una plaza de toros, pero salir de allí será difícil. La muchedumbre se debatirá entre la consternación por el asesinato y el ánimo de la música. Saldrán todos liberados hacia las calles de Madrid. Emocionada por las palabras de Concha Velasco, Matías Prats y Ana Obregón, que presentarán el acto, Clara se apoyará en un hombre cinco años mayor que ella al que habrá llevado hasta allí a rastras. La actuación de Nacho Cano ha sido patética, dice, ¿sabes que yo fui al último concierto de Mecano? Fue el verano de los Juegos Olímpicos, cuando me escapé de casa, mi hermano me llevó a escondidas. Mis padres todavía no lo saben. Mira a su novio de perfil, se parece a Polo, pensará, a Polo en aquel verano en el que empezó a trabajar para Nieves Herrero, cuando comenzó para él la cadena interminable de programas de sucesos y del corazón que tardará años en devolverle a los informativos.

No quiero volver a Valencia, dirá Polo cada vez que se reconfigure el equipo de informativos. Lo dirá de nuevo aquel verano: no quiero volver a saber nada de los excesos de la Ruta del Bakalao ni de niñas desaparecidas. Ni yo quiero saber nada de famosos en Marbella, dirá su mujer. Cuando me reincorpore lo voy a pedir, que ya no puedo viajar así, ya saben que ahora tenemos un bebé recién nacido. No me lo voy a llevar allí, a conocer a Gil, cada verano. Pues a la sección de nacional, le dirán a Polo. Ya sabes, en verano nunca pasa nada. Pero, una vez más, ocurrirá. Y Polo pasará el verano en Ermua, entre la rabia, el miedo y las manifestaciones. Sí, su trabajo le ha dado mucho. Le ha permitido estar en primera fila en lugares y momentos que todo el país recordaba. Pero ya no. Ahora querrá cubrir información mediocre. Un pleno del Ayuntamiento, pensará. Unas palabras desafortunadas de un diputado o, mejor aún, de un concejal. Habrá que estar loco para querer seguir siquiera una campaña electoral, opinará con vehemencia. Querrá llegar a casa a su hora porque deseará ver a su hijo. O por lo menos llegar y no pasarse los dos meses de verano en una tierra en la que en verano llueve y en la que además este preciso verano llorará, llorará desconsolada y con razón, pensará. Que llorará de pena y de rabia. Por eso se conformará con llamar. Lo hará desde un teléfono móvil que apenas le cabrá en el bolsillo. Estoy bien. No hay novedades, nada de nada. Está todo lleno de Ertzaintza, ponme al niño al teléfono, ya sé que no me entiende ni habla, que solo llora, pero quiero escucharle un poco, yo también os echo de menos y dile que espere a decir su primera palabra a que yo vuelva. Y no, no vengáis, ni de coña vengáis por aquí. No me lo perdonaría. En cuanto

esto se calme, yo vuelvo a Madrid, seguro, y de lo de aquí se encarga la delegación.

—Y quizá… —pero esto no lo dirá, se jura no decirlo en alto, se promete ni siquiera volver a pensarlo—, quizá mi padre tenía razón y tenía que haber currado en un puto despacho. Como mi hermano, como mi hermano ahora, que es un abogado del montón, normalito, desde que cerraron su gran bufete por malversación. Hizo pasta. Se compró el piso y desde eso todos los días en casa a su hora. Eso tenía que haber hecho yo en lugar de ir con el periodismo, con la pasión, con el ardor guerrero por delante.

Pero esto no lo dirá. Lo pensará y se jurará no volver a pensarlo. Y aunque nunca lo dirá, lo repetirá en su interior cada vez con más frecuencia.

—Ha venido tu madre. Le ha comprado un babi azul… Creo que es repetido, que ya nos ha regalado uno igual.

—Dile a mi madre que deje de ir todos los días.

—Pues a mí me ayuda. Y se le cae la baba con el niño. Vamos, te diría que con tus sobrinas no se le cae la baba así…

Y Polo se callará, se callará de nuevo porque es verdad que nunca su madre había sido tan abuela, ni siquiera cuando nacieron las gemelas de su hermano el pequeño, el que ahora es abogado del montón. Pero no lo dirá en alto, como si temiera que ese milagro inusitado, y que revelará algo más que la predilección por un nieto, se pudiera romper. Incluso su padre va a visitarle al piso con el que se han hipotecado, no lejos del anterior, no lejos de casa de sus padres. El otro día, pensará mientras contempla la tristeza de Ermua, vio a su padre de rodillas en el suelo, jugando con el bebé. Tampoco le ha visto hacer eso con sus sobrinas.

Así que sin rabia, pero con una extraña ligereza, arranca el póster. Arranca también el de Courtney Love y se dice buscaré otra decoración. La del piso de un hombre soltero que trabaja en la tele. Se dice no sé qué decoración es esa, pero alguna será, algo se me ocurrirá, no voy a seguir toda la vida con lo mismo. Arruga el papel satinado, viejo, lo tira a una bolsa de basura y repara en que hay muchas cajas, demasiadas.

Y prepara el sofá, dirá un día en el que es incapaz de separar la vista del ordenador. Prepáralo, que viene Jaime a dormir. Ya, ya sé que hace más de dos años que no le veo, pero no le están yendo bien las cosas.

—Prepáraselo tú, anda, y deja el ordenador, que no le va a pasar

nada por mucho que nos metan miedo.

Un niño se caerá de bruces contra una mesa de centro, de cristal. Otra vez, dirá Polo, que en esta casa no podemos tener una tarde tranquila, para un día que libro. Ven, anda, no llores, le dirá a un niño de cuatro años que es su hijo. Pero esto te pasa por correr por casa, que te hemos dicho mil veces que por casa no se corre. Y cuando el niño deja de llorar le dirá a su mujer:

—Si el uno de enero deja de funcionar, te voy a recordar esto que me dices. A mí lo del efecto 2000 me da yuyu. Y no estamos ahora para andar comprando otro ordenador.

Y Jaime llegará a casa de Polo, porque no sabrá adónde ir y porque es el último sitio de donde, más de siete años atrás, salió, aunque desde ese sitio del que salió hayan pasado dos mudanzas. Pero cuando entre en casa de su amigo, de la última persona con la que convivió antes de formar una familia, se sentirá de nuevo como en aquel último verano:

—No he soportado más el simulacro —se desahogará—, no sé cómo no lo he visto venir antes… —Y después, tras la cena, seguirá—: no sabes lo que me alegra no tener que volver a la puta ópera. Eso y no tener que pagar el abono, que es una pasta.

Pero se le congestionará la voz cada poco, y con palabras pastosas confesará que tiene miedo, miedo al abogado que contrate ella, miedo a ver a sus hijos solo un fin de semana de cada dos. Los perderé, dirá, los perderé porque siguen empeñados en que sean como su abuelo el facha, y yo no podré sacarlos de ahí. Y no podré viajar con ellos porque sé qué es lo que va a pasar: que el cabrón de mi suegro me va a largar, me va a largar a la puta calle, que lo veo venir, para poder tenerme en paro, fuera de combate; total, ya le pasará él a su hija pasta suficiente para que no le haga falta mi pensión.

Y, efectivamente, así acabará ocurriendo.

Será Jaime, en el año que estrena el milenio y en el que no hay ningún apagón tecnológico, quien baje a un bazar, compre la bandera del Atleti y la cambie en casa de sus padres aunque no sea septiembre. Volverá allí tras unas semanas en casa de Polo y su mujer porque pensará, con años de retraso, que quizá de allí, de ese barrio que era Madrid pero no era Madrid, no debía haber salido nunca. Colocará la bandera porque no querrá perder la señal que le indica el camino de vuelta a casa. Sus padres lo acogerán con resignación. Porque es eso, resignación, no hay otra palabra. Para entonces seguirán envejeciendo con anticipación: la fábrica, la puta fábrica, se quejará su padre como se ha quejado siempre. Someterán a su hijo a las normas domésticas de siempre, inalteradas. Además, ahora que han descubierto las

ventajas de una televisión nueva, pagada a plazos, tendrán la posesión absoluta del mando a distancia.

—Si hablas con tu hermana, pregúntale si vendrá a vernos en algún momento. Desde que gana su sueldo, ya ni se acuerda de nosotros.

—Es normal, ¿qué queríais?

—Pues que viniera a comer algún día. Todo el rato con su novio, todo el rato con su novio… Le faltó tiempo para salir corriendo en cuanto la contrataron de monitora en un gimnasio.

Es ese año, el del milenio, en el que todo parece futuro de nuevo, en el que todo vuelve a ser una promesa, cuando Jaime tendrá que ir a la cola del paro. Un mes. Y otro. Y conseguirá trabajo en una agencia de eventos tras fingir en una entrevista sobre cuestiones que no podían ser tan difíciles. En fin, le comentarán el segundo día de trabajo, a todo se acostumbra uno.

También se acostumbrará Jaime a un piso nuevo, para él solo, cerca de casa de sus padres y con una habitación para los niños, cuando se los dejen un fin de semana de cada dos. Se acostumbrará a su ausencia. A la falta del espacio, de la comodidad, que había tenido en Arturo Soria. Se acostumbrará porque es su barrio, se acostumbrará porque hay mucha sabiduría en la aceptación y en la resignación. Se acostumbrará de nuevo a los platos combinados los domingos, a la comida precocinada de la tienda de congelados. Se acostumbrará a lo que era costumbre no hacía tanto, pensará, solo unos años atrás, cuando era un niño.

Hay demasiadas cajas, piensa ahora Polo, yo creo que no caben en el piso nuevo, se dice. Para qué necesito yo todo esto. Y mira la hora y ve que tiene tiempo, así que abre de nuevo las que están marcadas con la palabra «Revistas». Hay muchas, demasiadas. Hay también documentación de la época del diario deportivo. Y una entera llena con todo lo que hace solo un mes ha usado en Barcelona.

En 1992 resultará imposible de concebir, pero será Jaime quien se fuerce a votar a Aznar, para darle él también una mayoría absoluta sin saber que su voto es aspiracional. No es real —piensa—, pero está, pero cuenta, pero vale igualmente. Es el voto de a los que, pese a todo, nos va mejor. Pero se mete en la cabina y piensa pero a quién le va mejor. Pero qué hago escondiéndome para meter una papeleta en una urna, pero esto qué es. Y se avergonzará y quizá cambie el contenido del sobre.

—Menuda puta mierda votar por primera vez en unas generales para esto, para tirar el voto.

La frase no la dirá Jaime, sino su hermana, Clara, que ha vuelto al barrio de sus padres en esa jornada electoral. No les habrá dicho que para el curso que viene le han ofrecido dar clases en un colegio privado. Peor que privado: religioso. Lo ha comentado con su novio, que le anima a aceptarlo, que ve que les van a subir el precio del alquiler y que no van a llegar a pagarlo porque él se dedica a lo mismo y los sueldos no suben, pero sí las viviendas, y los sueldos no suben, pero sí los precios. Porque habrá que verlo, habrá que saber verlo, que nos la van a meter doblada, Clara. Y añade:

—Y espera a que llegue el euro; por mucho que digan que no, va a subir todo.

Al menos el colegio está cerca de la casa de mis padres, se dirá Clara. No entrenaré a deportistas de élite por el momento, pero por lo menos pago las facturas. Y no lo sabe aún, pero dos años después su hermano se volverá a quedar en paro porque vale para muchas cosas, pero no para organizar eventos, y entonces será ella, la hermana pequeña, la que le conseguirá una plaza en ese mismo colegio como profesor de Lengua para niños de primaria. Le conseguirá ese trabajo y una nómina que parecerá ridícula y que se cobrará en otra moneda.

—¿Profesor? —La pregunta la hace Polo, desde su mesa en la redacción de informativos, una mesa llena de papeles, concurrida, la mesa del redactor jefe. Redactor jefe de sociedad, dirá cada día al llegar a casa, cubriendo accidentes de coche y violencia doméstica, porque ahora se llama así, ya no se llama crimen pasional, aunque ese nombre, él no lo sabe, tampoco tardará en quedar en desuso.

—Mira, he hecho el curso de profesorado —la respuesta la dará Jaime, que estará harto de dar explicaciones—, con la carrera se puede acceder, y con esto voy preparando oposiciones y a vivir. Ya me he olvidado de cobrar lo que cobraba en la empresa de mi suegro. Si, además, se me va todo en la pensión…

Decide salvar solo una caja: la que contiene los documentos de la marca de pasta. Pero no la salva por eso, la salva porque también hay en ella un cuaderno pequeño, de tapas naranjas, que pasaría inadvertido a cualquiera excepto a él. El cuaderno en el que, hace dos meses, anotó las impresiones de aquella conversación con la joven tenista. Una entrevista que, sabe, no va a ser nunca publicada porque nadie publicaría una entrevista donde hay una caída de ojos, una palabra que se recita de memoria, un miedo en la mirada. Aparta ahora esa caja de las demás mientras piensa que ha llegado el momento de ponerse una camiseta, que con septiembre el aire empieza a refrescar.

Llegará un noviembre en el que el cielo de Madrid parecerá tan cubierto de cemento como el ánimo de Polo, hoy más Hipólito que nunca, porque vuelve del funeral de su padre. Sentirá que le ha dejado su nombre completo, con sus ocho letras, como herencia. Cuando vuelva a entrar por la puerta de su casa tendrá la sensación de haberlo hecho todo él: decidir el féretro, revisar la esquela, avisar a familiares. Su hermano solo se ha dedicado a saludar.

—Te juro que ha habido momentos en que tenía la sensación de que el cabrón solo estaba allí para saludar. Que estaba encantado el tío. Con eso y con la corona que han enviado desde el despacho ese que le ha contratado. Con lo tranquilito que estaba él antes…

Y su mujer callará por no asentir, pero desearía hacerlo. No le falta razón, pero no quiere que ahora le dé el pronto, no quiere darle el empujón que le falta para ponerse a gritar. Revisa su teléfono. Hoy tampoco han entrado encargos. Lleva una semana sin trabajar, y las únicas fotos que le han requerido no ha podido hacerlas porque estaba en el tanatorio.

—¿Quieres que tu madre venga a dormir? —le preguntará a Polo, casi pensando que le vendría bien tenerla en casa, que vaya a buscar al niño al colegio por si a ella le suena el teléfono y tiene que salir corriendo, cámara en mano.

—Se lo digo ahora, pero me va a decir que no, es muy cabezona.

Y dirá que no su madre, claro, como era de esperar. Y para calmarse, y porque no sabe qué hacer, Polo encenderá la tele.

La ve allí, en la pantalla. Madura. No es que esté mayor, es que ahora sí es una mujer adulta. Está emocionada. Él se sonríe.

—¿Qué pasa? —le pregunta su mujer—. ¿Se va a retirar?

Polo, Hipólito de repente, se acuerda de aquella conversación con Arantxa Sánchez Vicario, diez años atrás, en aquel país que para él empezó a parecer otro pocos meses después, aunque de eso se daría cuenta con el paso del tiempo, con la llegada de la presbicia que le ha obligado ya a ponerse una gafas con las que está tan cómodo que se olvida de desprenderse de ellas. No le dará tiempo a marcar en su teléfono móvil el número al que la noticia le obliga porque este sonará antes. Y antes de ver el nombre en la pantalla ya sabe quién le llama.

—¿Miguel? ¿Lo estás viendo?

—Te iba a preguntar que qué tal habías llegado a casa y mira, así tengo excusa. Oye, ¿por qué no llegamos a grabar aquella conversación con ella?

—Pero Miguel, una cosa, ¿hace ya diez años de aquello? Me parece imposible.

Pero sí, Polo, Hipólito, sí, han pasado, pensará cuando levante la

mirada y vea a su mujer decirle que va a buscar al hijo al colegio. Pero sí han pasado le recuerdan las gafas ante sus ojos, los papeles de la póliza de vida de su padre. El certificado de su muerte.

Esa misma noche, en la periferia a la que ella también ha vuelto, Clara se sonreirá también, pensando en aquel verano diez años atrás, cuando decidió estudiar INEF para seguir, en la corta medida de sus posibilidades, los pasos de la tenista. Qué largo camino de vuelta a casa, pensará, pero no con esas palabras, más bien «para este viaje no necesitaba alforjas», y se echará entonces en cara usar una expresión de su madre. Entonces ella, Sánchez Vicario, era la joven promesa, pensará y ahora anuncia que se retira. Que quiere tiempo para ella. Tan joven y su carrera ya acabada, se dirá a sí misma. Pero si era una cría en los Juegos Olímpicos, si soy yo mayor ahora que ella entonces, si no puede haber nada admirable en alguien de mi edad. Si es imposible que lo haya, si apenas he acabado la carrera y apenas me ha dado tiempo a conseguir una plaza de interina en un, ahora sí, instituto público. Quizá esto sí sea admirable, recapacitará cuando piense en todos sus esfuerzos pasados. Pero si a mí no me ha dado tiempo a nada más que a domiciliar la factura de la luz. Siente ternura hacia la tenista y, por primera vez desde que acabó su adolescencia, querría buscarla, darle un abrazo. Y decirle que sí, que de adolescente la admiraba y que ahora no sabe si la compadece. Si ahora a la que admira un poco es a sí misma, por haber hecho en poco tiempo todo aquello a lo que podía aspirar, todo a lo que quizá el tiempo ha revelado que quería aspirar.

—¿Y esa cara que se te ha quedado mirando la tele? —le pregunta su novio, que está encantado de haber conseguido alquilar un piso fuera del centro de Madrid que no tenga gotelé. Tal era su aspiración.

—Nada, me estoy acordando de cuando la vi. En Barcelona. La vi de lejos. Me decepcionó tremendamente no verla más cerca.

—Bueno, ahora esta chica empezará a vivir. Si es que la dejan.

En una vida caben muchas vidas. Eso pensará al día siguiente Clara mientras atraviesa el centro de Madrid buscando un abrigo para regalar a su madre. En una vida caben muchas vidas. Y muchas casualidades también, se dirá a sí misma, porque justo la tarde que seguirá a la retirada de Sánchez Vicario, en la sección femenina de El Corte Inglés, que ella aborrece porque nunca encuentra las escaleras, a lo lejos, distinguirá una cara conocida. Estará quizá algo más gorda, más obtusa, y vestirá un polo de marca que le quedará ciertamente pequeño y unos pantalones de tiro alto que no se habían dejado de llevar en según qué barrio de Madrid. El pelo descuidado, con alguna cana. Y unas perlas gruesas que no parecerán bisutería. Estará

acompañada por un hombre que también aparentará más años de los que seguro tiene, y que elegirá para ella la ropa más gris, antigua y recatada de toda la sección.

Un temor enterrado, viejo como un olor que anuncia el territorio que no es nuestro, la ayudará a encontrar, a la primera, las escaleras que la devolverán a la planta baja. Ya en la calle, en el aire frío de la calle Princesa, no podrá evitar decir en voz alta: qué mayor, qué gorda y qué fea se ha puesto Estíbaliz. Porque era ella. Seguro que era ella. Y luego se reirá al pensar quizá espera todavía que la llame, y luego se le congelará la risa: solo le deseará que no viva en un dúplex.

Se pone ahora Polo la camiseta y se olvida del aire tibio que entra por las ventanas. Vuelve a cerrar la caja de las revistas y la coge con los dos brazos. Cómo puede ser que pese tanto. La baja a la calle, pero en el portal se abre y su contenido se desparrama por el suelo. Tiene Polo que coger las revistas una a una y, sin mirarlas, prohibiéndoselo, negándose que fue él o Jaime el que las compró, las tira, montón a montón, al contenedor. No lo piensa, vuelve a subir a casa, reprime algo en la garganta. Pronto vendrá un gitano al que ha localizado para ayudarle a subir las cajas a un camión y llevárselas al piso de Rodríguez San Pedro. Quizá le dé tiempo a una ducha.

—A mamá no se lo digas. No se lo digas a mamá hasta que acabe el partido, no la llames.

Eso escuchará Jaime cuando abra la puerta de su piso y se encuentre a sus hijos, uno un niño mayor, que en cuanto se descuide será un adolescente, la otra ya con mirada desafiante, tan alta como su hermano aunque solo tenga diez años. Se han escapado de casa de su abuelo paterno porque no quieren ver el derbi con él.

—Es un facha y nosotros somos del Atleti y estamos hartos de callárnoslo para no llevarnos una bronca.

Los mirará atónito, desde fuera podrá parecer que duda en cederles el paso, pero lo único que será capaz de hacer es mirarlos una y otra vez. Comprobar que están bien. Que no les ha pasado nada.

—¿Cómo habéis venido?

—En autobús —contestará el mayor—. No, no hemos venido por Atocha.

—Por lo que más queráis, no se os ocurra volver a venir solos. Me llamáis y voy donde sea, ¿entendido? ¿Pero por qué no me habéis llamado antes?

Porque los mirará muerto de miedo, cómo habrán llegado, parece que están bien, no han dicho nada por la radio, en los últimos días no

parece haber novedades con los atentados. No querrá pensarlo, no querrá detenerse a imaginar qué pasaría si les pillara a ellos una bomba. Estaban todos conmocionados todavía, doloridos. Impotentes, ni quiera podían donar sangre porque se habían colapsado los hospitales con la solidaridad de todos. No sabrá si echarles la bronca o si abrazarlos. Sabrá que no se siente así desde que su hermana bajara de aquel autobús de Barcelona, tantos años atrás. Cuando consiga respirar los dejará pasar e intentará concentrarse en lo que ha ocurrido. Ni siquiera reparará en ocultar del cuarto de baño aquel otro cepillo de dientes que desde hace semanas le saluda por las mañanas. Menos mal que ella no ha llegado todavía, creerá que tiene tiempo de llamarla para comentarle que hay un cambio de planes. Perdona, le dirá, se han presentado aquí los niños, siento cancelarte. Sí, yo tenía muchas ganas de verte. Y lo dirá de verdad, justo cuando había empezado a pensar que nunca más se lo diría a nadie y ahora resulta que se lo dice a una profesora de inglés del colegio. Tiene cojones, piensa, pero se le pasará este pensamiento cuando vuelva a mirar a sus hijos y se enorgullezca un poco.

—Por favor, papá, no llames a nadie ni les digas que estamos aquí hasta que acabe el partido. Y, por favor, vamos a verlo por la tele, apaga el transistor, que te pareces al abuelo. Por cierto, hemos traído la muda porque mañana comemos todos por la jubilación del abuelo, ¿no? Mira, así ya no tienes que ir a por nosotros a casa de mamá. Oye, y ¿por qué no vamos a ver el partido con él? Pero que quite el transistor, ¿eh?

Y Jaime estará a punto de callar, pero no calla porque imagina la angustia de su mujer; no le da tiempo a llamarla porque, una vez más en esta historia, el teléfono suena antes.

—Están aquí.

No le hará falta comprobar el nombre que sale en la pantalla.

—Pero cómo no llamas —dice ella—, pero cómo no avisas. Y habrán llegado hasta allí haciendo transbordo en Atocha, claro, que cada vez que dicen que pasan por ahí a mí se me pone el cuerpo del revés. Eres un cabrón, tienes que llamarme antes. Y ahora supongo que te los quedas hasta mañana por lo de la comida de tu padre, ¿no?

Pero él ya no se enfadará, solo le dirá que acaban de entrar por la puerta. Que no se preocupe y que sí, que los niños se quedan hasta la mañana siguiente con él. Él no se enfadará porque es tarde para hacer la otra llamada que tenía pendiente y el telefonillo del portal suena.

—¿Viene el abuelo?

La que preguntará será la pequeña, porque el mayor, que acaba de salir del baño, mira aviesamente a su padre.

Jaime cuelga el teléfono y dice en voz alta, pues mejor ponerse una vez rojo que cien amarillo. Total, ella también venía a ver el partido. Pero esto a vuestra madre no se lo digáis, esto sí que no. Todavía no.

A la mañana siguiente saldrán de casa cuatro personas. Y la cuarta, la mujer que anoche había timbrado al portal, conseguirá escabullirse de la comida familiar. Es pronto, le dice, cansada de unos hijos que tampoco son los suyos. A los suyos los ha dejado con su padre porque este fin de semana le tocaban a él. Demasiadas emociones. Pero me quedo con ganas de verte más, le dirá a Jaime. Y este sentirá que sí, que es verdad. Y él llevará a los niños, sin pensar, a El Esquinazo para esperar allí a su padre, pero al comenzar a caminar se da cuenta de que no, que la comida no será allí. A El Esquinazo su padre sigue bajando, pero nunca para comer porque ahora lo regentan unos ecuatorianos y, aunque la cerveza sea la misma, los chifles no acaban de encajarles bien.

—Anda, date prisa en llegar, que es aquí al lado. —Clara es la que le responderá a la llamada cuando él intente localizarles para decir que llega tarde—. Pero no tardes, que le acabo de dar la teta a la niña y se acaba de dormir. A ver si me deja comer tranquila.

Jaime le hará una broma que es la broma de los últimos meses. Que vaya hermana pequeña tan díscola que le ha salido, que habrá vuelto ella también al barrio, pero para vivir en pecado, sin casarse, con un hombre cinco años mayor y con una hija a la que no han querido bautizar.

—Pues mejor que a ti me va, así no me tengo que divorciar.

Jaime se reirá y se callará. Con suerte, hoy la pillará sola y le podrá contar lo de la profesora de inglés. Como acabará ocurriendo.

En esta mañana de finales del que, pese a todo, va a ser el verano más glorioso de su vida, Polo se acaba de vestir y espera impaciente, dando vueltas por la casa. Más se impacienta cuando repara en la música y desenchufa y guarda la minicadena. Los gitanos del camión no llegan. Con el despiste, se quedará olvidada sobre la cocina la cinta de Lenaers. No lo sabe, pero no volverá a escucharle nunca.

Cuando llegue ese otoño amargo no van a estar bien. Tampoco mal del todo, pero aguantarán. Polo aguantará porque la quiere, o porque cree que la quiere. Porque no lo verbaliza —no ha sido educado para encontrar las palabras—, pero aún le enternece, porque es evidentemente ternura lo que sentirá cuando la vea vestirse para ir a las manifestaciones que se empiezan a convocar con frecuencia. Ella irá a todas, porque no tiene nada mejor que hacer. La revista para la

que trabajaba acaba de cerrar y resultará que hay muchos más fotógrafos —y más baratos, y más jóvenes— que la última vez que estuvo en paro, cuando se dio de baja en autónomos tras dar a luz. Al niño, que ya no es tan niño, no se lo dirán todavía, pero empieza a ser insostenible la mentira. Casi tanto como la economía doméstica.

—Te conoce todo el mundo, te van a llamar. —Polo aguantará, y no le dirá que en la televisión cada vez son menos y las piezas del informativo más cortas, y que hay que correr más incluso que antes porque ahora todo está en Internet. No se lo dice porque tendrá la cortesía de no quejarse delante de ella.

—Me van a llamar, sí, pero para hacer sucesos, que es lo que les gusta. Y ya me prometí que no volvería a hacerlos.

Pero llegará ese año la realidad mostrando una vez más su desinterés por nosotros. Ella sí usará esas mismas palabras, poco tiempo después, para demostrarme que nunca es tarde para volver a hacer fotografías del lugar del crimen, del atraco, del sitio donde asaltó la banda. Disparará la cámara sin interés, lo confesará a sus nuevos clientes, que cada vez son más ralos en los pagos, le dará ya igual que la imagen salga descuadrada.

Y así, con el correr de los años, la casi precariedad será ya ley en su casa y menos mal que Polo con sus horas extra, con perderse la entrada en la adolescencia de su único hijo, ha conseguido mantener el puesto. Menos mal que no podemos tener excesos, pero, bueno, todavía nos da para este verano salir a veranear. Menos mal, tocamos madera, que aunque se hayan disparado las tasas universitarias hemos sido precavidos y el niño va a poder ir a la universidad. Es ahí, cuando en la mediocridad económica han logrado extinguir las letras de la hipoteca, cuando alguien, no saben muy bien quién, convocará una manifestación un domingo. Convocan, sobre todo, gente joven.

—No tengo edad ya —dice ella, con su pelo gris que hace tiempo que dejó de teñirse, que gastará ya en ese momento lo que le parece una culpable fortuna en cremas de noche—, pero me han dicho que haga cuatro fotos y las mande. Si total, en San Isidro no sé quién creerán que va a pasar por allí.

Se pondrá entonces las medias de compresión para las varices, que también han costado una fortuna, y se irá de casa consciente de que deja a Polo mirándose en el espejo, comprobando el avance de su frente.

Pero aquella tarde de primavera tardará en volver a casa. Al principio, le costará que otro periódico le compre las fotografías de la policía cargando contra los jóvenes en aquella tarde. Fotos que nunca pensó que iba a hacer porque los estudiantes estarán sentados en Gran

Vía, cortando el tráfico. Porque la policía disparará pelotas de goma que rebotan en el suelo. Pero alguien le comprará las fotografías.

—Es un medio digital y me pagan poco —le dirá a Polo cuando le llame desde la calle Preciados, justo antes de fotografiar un contenedor en llamas—, porque el periódico que me llamó solo quiere las fotos de siempre, pero yo ahora voy a volver, parece que van a acampar en la Puerta del Sol y me han dicho que si envío las fotos me las pagarán esta misma semana. Y tú, ¿no has llamado a la redacción por si quieren que vayas?

—Pues sí, pero parece ser que de momento se apañan. No le han dado mucha importancia en la tele… ¿No vienes entonces? Mujer, si viene Jaime a cenar…

—Mira, yo me voy a Sol otra vez, vosotros id empezando.

No hay quien las entienda, esto se lo comentará Polo a Jaime esa noche, cenamos solos, el niño está en casa de unos amigos y vuelve ahora. Se abrazarán y prolongarán su cercanía ahora que nadie los ve. Lo harán hasta más allá de donde ellos se han atrevido siempre a sospechar.

—Polo, voy a ser tío, otra vez. Clara está embarazada de nuevo.

—Qué bien, cómo me alegro…

Polo mirará a los ojos de Jaime para darle la enhorabuena y percibirá en ellos un halo raro, de preocupación. Sabrá que solo él es capaz de verlo.

—¿Qué coño te pasa, tío?

Le preguntará entonces por su novia, porque sigue siendo su novia, viven juntos desde hace años, pero no planean casarse. Como mi hermana, dice Jaime, que ni una vez ha pasado por el altar y ahí sigue, con el novio de siempre. Para qué me voy a casar, le suele repetir. Pero la respuesta ese día será otra.

—El chaval, que dice que quiere estudiar Periodismo.

—No se lo permitas, ni de coña, ¿pero no ve cómo está el patio? Si es listo, que haga Informática o, yo qué sé, una ingeniería. Que se busque un trabajo de despacho. —Sabrá que habla como su padre hacía, pero ignora esa advertencia, hay algo más poderoso que tira de él—. Quítale ahora mismo la idea de la cabeza. Pero le queda tiempo aún, ¿no?

—Dos años para acabar el instituto…

Más loco estarías tú si se lo permitieras, le dirá. Que sí, que muy bien los años de la carrera. Pero luego viene la vida, y de aquí a que él entre en la universidad estamos todos en la calle. Ya verás.

Suena el timbre de la calle por última vez. Polo corre a abrir y ni

siquiera pregunta quién es. Observa las cajas de la mudanza. Siguen siendo muchas, pero la ausencia de las revistas le da un poco de aire. Siente una tristeza tremenda por su marcha. Pero es que no se acaba de creer que se va. Le resulta imposible creérselo. Cómo es posible, piensa ahora, si lo mejor de mi vida lo he pasado aquí. Deja la puerta del rellano abierta y el pensamiento lo interrumpen tres hombres como robles que, sin apenas preguntas, empiezan a cargar las cajas.

Es ella quien llama por teléfono a Polo a la redacción. Desde que es editor del informativo solo hablan al llegar a casa, por la noche, muy cansados y de temas rutinarios. Los fines de semana al menos se pueden escapar, siempre y cuando no suene el teléfono de él. El periodismo no descansa, empezará a decirle. Ya, contestará ella, pero las personas sí deberíamos. Cuando él ve que quien llama es su esposa, y que lo hace en horario laboral, se asusta.

—Que me vaya al juicio de Arantxa Sánchez Vicario a Andorra, ¿tú te crees? El que tiene contra sus padres. Les he dicho que no. Por dos duros además, y pagan a noventa días. Que no. Que me niego, que ahora estamos algo mejor de dinero y que bastante que aguanté una campaña electoral en Cataluña hace menos de un mes.

Tiene razón su mujer, pero él calla, porque hace mucho de tanto. Mucho de casi todo. ¿Cuánto hace de aquel verano de 1992? El otro día lo habló con Miguel, se fueron a comer juntos. Pero les dio miedo echar la cuenta en voz alta.

—Di que no. Trabajo no te falta…, si te lo dicen hace unos años…

—No me falta trabajo, pero me sale del cuerpo el trabajo que me dan…

Es un visto y no visto. Fuertes, sudorosos como en un anuncio de la televisión, estos tres hombres han vaciado la casa de cajas. Quedan tan solo unos pocos muebles y el vacío. Hay ahora una extraña sonoridad. «Jefe, le esperamos en la furgoneta», le dice el último al salir por la puerta. Y Polo ahora piensa que qué calor de nuevo, que el verano no acaba de irse. Que tiene que dejar sus llaves y las de Jaime, que no ha querido ir por última vez al piso, en la encimera de la cocina.

—¿Te acuerdas de Barcelona 92, Jaime?

Esto también lo dirá Polo, sentado en una terraza. Le acaban de dar las vacaciones. ¿Te acuerdas de cómo nos sentíamos el día antes de que yo me fuera a trabajar allí? La ilusión, la Expo también. Aquellos indios que llevaron a Sevilla, qué vergüenza… Cómo no te vas a

acordar si fue el verano que me dejaste, dice con sorna. Me acuerdo del rey, saludando con la bandera, nadie sabía que él iba a ser el abanderado. Bueno, el príncipe, porque era el príncipe entonces. Y el palco, todos los políticos aplaudiendo. Pues hoy les insultan. Cuando mando a un redactor a cubrir los juicios, es lo primero que me dice, que a las puertas de los tribunales les insultan. El otro día fui a Barcelona, a una reunión con la delegación. A uno le sonó el móvil con Els Segadors. Pues casi se matan unos a otros con las miradas. Y en el 92 recuerdo perfectamente que pusieron ese himno cuando los reyes, los de antes, entraron en el estadio. Y ahora solo hay una forma de ver a toda esa gente junta: en los tribunales.

Polo no echa de menos este piso que está a punto de abandonar. No lo echa de menos porque no le ha dado tiempo, piensa, y porque siente, desde hace algunas semanas, que ya no es su casa. Tendrán que pintar, queda la marca de los pósteres, también la parte de atrás de donde estaba la televisión parece renegrida, y el pomo de la nevera, a ver si lo arreglan de verdad, de una vez, y el suelo, tendrán que pulirlo, lo pulieron cuando entramos, pero está hecho un cristo ya, y se empieza a mencionar desperfectos a sí mismo mientras mira la que ha sido su casa. Palabras sobre el gasto que origina el uso que encubren que quizá sí, que quizá ya echa de menos esa casa, pero que esa casa ya no está allí.

Clara se sonreirá. Recogerá los platos de sus hijos y pondrá el lavavajillas. Es nuevo. Nunca ha tenido uno. Su pareja, ella lo llama así, «pareja», está en ese momento pasando un trapo por la mesa del comedor. Con el tiempo él se ha convertido en una presencia amable, que lleva acompañándola casi desde el principio de la carrera. Hablarán poco sobre ello, sobre su relación. Simplemente están hechos el uno a la otra y son felices. Supondrán que sí, que lo son. El otro día se les estropeó la lavadora y la cambiaron entre quejas, pero eso tampoco va a trastocar sus planes. Reparará de pronto, esa noche, tras poner el lavavajillas, en la televisión porque habrá en ella un programa del corazón, otro, siempre hay uno. Arantxa Sánchez Vicario vende unas propiedades para evitar pagar impuestos. Le puede acarrear, de nuevo, problemas con la justicia. Cuando se quede sola, cuando todos duerman, porque suele ser la última en acostarse, buscará en su móvil más información. Resulta que la extenista vive en Estados Unidos. Resulta que ha vuelto a tener relación con su familia, con la que no se habló durante tantos años. Llegó a tener un juicio contra ellos, hace no mucho.

Comprobará Clara que todas las luces de la casa estén apagadas y, sin despertar a su marido, sigilosamente, abrirá el armario. Meterá la mano y rebuscará al fondo. Sacará una prenda y en la oscuridad se la pondrá. La olerá. Comprobará que en el bolsillo continúa guardado un viejo billete del metro de Barcelona. Con cuidado volverá a meter la chaqueta Kelme en el armario. Casi se diría que la esconde.

Pero ya no está allí la casa, porque se fue, de alguna manera, en el mismo momento en el que él salió para Barcelona, apenas dos meses atrás. Aunque no lo sabía, piensa ahora, esa fue la verdadera despedida, porque ya no volvería a ver los imanes en la nevera, ni el desorden del salón, ni a Jaime recorriendo los pasillos en ropa interior, o en una sudadera enorme, vieja, que nunca lavaba, quejándose del frío en invierno. Joder, piensa ahora que entra por última vez en la cocina vacía. No hay fotos, no hay fotos de nada, nunca hicimos fotos aquí dentro y ya no se pueden hacer.

Una tarde Polo se ha quedará solo en casa. Solo y con el perro. Siempre se había negado a tener uno. Cuando cedió ante su familia no les reconoció que lo hacía porque a veces se sentía solo. Hoy no esperará a nadie despierto, su mujer está de viaje, no para de viajar desde que pudo jubilarse, a él le queda poco ya y su hijo duerme en casa de un amigo. De cuál de todos no lo sabe. Intuirá que no han quedado para estudiar, aunque eso sea lo que le ha excusado.

Pasará las horas intentando comprender un videojuego de aquel al que todavía llama «el niño». De pronto se acordará de la Sega. Del momento en que averiguó que Jaime la había ganado en un campeonato de dardos. Se sonreirá.

Una hora después le esperará en una terraza. Ha conseguido encontrar sitio en el Dos de Mayo. Mirará la plaza y se preguntará cómo, a pesar de haberla limpiado, el Ayuntamiento no ha conseguido quitarle el olor a orín y a cerveza recalentada. Es tan distinta, tan igual a como era cuando ellos vivían aquí.

Ahora, ahora mismo, y aunque esté solo en el que ha sido su piso, Polo finge indiferencia y tira los dos juegos de llaves sobre la encimera. Sale de la cocina, recorre el pasillo y cierra la puerta por fuera, en un gesto cotidiano que le acaba de clausurar el acceso a lo que ha sido su vida. No tengo fotos, se repite, y se apresura en bajar antes de reparar en una congestión extraña en su garganta. No he hecho fotos y ahora ya ha ocurrido todo.

—¿Pero qué coño traes, Polo?

Sin conocerlo, el perro se abalanzará sobre Jaime. Ya ves, de mi hijo, dirá Polo. Que no ha tardado nada en dejarme solo con él un fin de semana. Y Jaime se agachará y acariciará al perro. Y dice pero qué bueno es. Pero qué bonito. Pero cómo no me lo habías dicho. Y Polo le advertirá: no te pongas cariñoso que no te lo quitarás de encima. Y Jaime agarrará la cara del perro y le dará un beso en el hocico y le dirá pero qué guapo eres, si eso es lo que quiero yo, no quitármelo de encima. Polo retirará la mirada, como si al no hacerlo fuera a sonrojarse.

El perro se tumbará entre ambos. Los animales son listos, y escogen sitio allí donde las manos se quieren. En el suelo y durante el resto de la tarde tendrá siempre una de Jaime encima. Otra de Polo. El animal elegirá un lugar entre los dos porque sabrá que esas manos mantendrán las distancias, pero se rozarán en cada caricia.

Al igual que lo harían si conocieran el descuido.

You can't take a picture of this.
It's already gone
(Una nota del autor)

En la magnífica *A dos metros bajo tierra* hay un momento en el que uno de los personajes se dispone a tomar una fotografía de su familia. Cuando lleva el dedo al obturador de la cámara, otro pariente le susurra al oído: «No puedes hacer una foto de esto. Ya ha ocurrido». Es su forma de decirle que cualquier momento presente es imposible de asir y que lo que conocemos como realidad rápidamente se convierte en pasado. Eso, y no otra cosa, es lo que le ocurre a uno de los protagonistas de esta novela, Polo, cuando abandona el piso en el que ha vivido. En el que ha sido feliz. Se da cuenta de que durante los años en los que lo habitó no tomó fotografías dentro de él. Y que ya es tarde, porque ya ha acabado todo.

Ese era también mi propósito con esta novela: capturar un momento de la historia de España que desapareció tan pronto como vino: el glorioso año de 1992, que, como no podía ser de otro modo, acabó con la crisis económica de 1993. Durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Expo Universal de Sevilla yo tenía dos años, por lo que no guardo recuerdo alguno, pero ante mis ojos, como ante los de cualquier español, ha pasado una y mil veces la imagen del entonces príncipe Felipe entrando en el estadio con la bandera rojigualda. Ahora bien, ante los oídos de nadie más esa imagen va acompañada de la voz de mi madre: «Pensábamos que lo teníamos todo hecho».

Esa sentencia, que seguro que con infinitas variantes se habrá repetido en multitud de lugares, fue el detonante de una historia que, una vez más, se desarrolla en una época que, independientemente de que sea cercana, me obliga a documentarme. Y es aquí donde entran estos agradecimientos.

… lo del deporte…

No soy una persona que disfrute con las retransmisiones deportivas, pero el entusiasmo por lo que se vivió aquel verano me lo han sabido contagiar varios profesionales. En primer lugar mi agradecimiento a Íñigo Picabea, del área de cultura de Radio Nacional, que me puso en contacto con Paloma del Río. Así que, en segundo lugar, debo dedicar un agradecimiento a Paloma del Río, que en pleno confinamiento de 2020 tuvo la paciencia de contestarme al teléfono y explicarme

multitud de detalles sobre la logística, el funcionamiento y el ambiente vividos por una periodista durante los Juegos Olímpicos de 1992. Gracias también por conseguir crearme desde pequeño una excepción: que determinadas disciplinas consideradas «menores» sí me interesaran. Gracias también a Sergio Sauca y al tiempo que me dedicó recreando un momento que no pude vivir. El contrapunto de cómo funcionaron las recién creadas televisiones privadas me lo dio Faustino (Tati) Álvarez Espejo.

Si bien Paloma del Río consiguió hace décadas que a mí me interesaran determinados deportes, mi padre nunca jamás consiguió que yo sintiera pasión ninguna por el fútbol. Sin embargo mis personajes sí la sienten, y solo podían ser seguidores de un equipo concreto: gracias aquí a mi amiga Sara García, que me explicó lo que era ser del Atlético de Madrid. Y a su abuelo, que escuchaba los partidos en un transistor, por recomendación expresa de su médico.

Fue gracias a *Open,* las memorias de André Agassi , escritas por J. R. Moehringer, que logré entender la presión a la que son sometidos, desde niños, los deportistas de élite. La elección de Arantxa Sánchez Vicario como *McGuffin* de esta novela obedece a motivos puramente literarios. Durante el comienzo de su carrera, la tenista sí estuvo patrocinada por pastas La Familia y, por supuesto, participó en los Juegos Olímpicos de Barcelona y, por supuesto, en su primer partido se batió con la rumana Irina Spîrlea, tal y como se cuenta en esta novela. La fiesta en la que la sitúo la noche previa al partido muy probablemente existiera, pero, hasta donde sé, ella no acudió; su presencia en ella es, simplemente, verosímil. Al igual que ella no pudo conceder a Polo y Miguel una conversación que nunca sucedió, ya que estos dos personajes son precisamente eso, personajes. Por eso el lector nunca sabrá qué dijo la tenista en esa entrevista informal.

Gracias también a la maravillosa hemeroteca digital de *Mundo Deportivo,* que me ha ahorrado muchas horas de buceo por internet.

… lo de Barcelona…

A Manuel Vázquez Montalbán, cuya mirada certera y ácida me ha iluminado años después de su muerte. A Francisco Casavella, por exactamente lo mismo. A Iker y a Josep, que me pasearon por la Villa Olímpica. A Aurora, que me llevó a Vall d'Hebrón a dar vueltas alrededor de las pistas de tenis y no hizo preguntas… Y al libro *Barcelona,* de Josep Roca, que, entre otras cosas, me proporcionó datos muy útiles imposibles de encontrar en sesudos libros, como por ejemplo, saber cuánto costaba un gramo de coca en la Barcelona del

momento. A Mireia Massagué, que me habló de una ciudad levantada por las obras.

Debo recalcar un agradecimiento muy especial a María Millán, que fue la primera en hablarme del boom del diseño que la ciudad vivió en aquellos años ,y a Ignacio Gómez de Liaño, que me dio la clave que convirtió a esta novela en lo que es al ponerme en contacto con Dos i Una.

Dos i Una eran, y son, Brigitte Szenczi, Juan Antonio Mañas i Vicenç Ferran. Fueron ellos quienes muy primorosamente anotaron para mí cómo y de qué marcas se vestía, dónde se comía y se cenaba, dónde se iba de copas, dónde se compraba y hasta qué lámparas se utilizaban en la Barcelona del 92. Una conversación con ellos fue más valiosa que toda la bibliografía disponible.

… lo de España…

Gracias a Encina Díaz González, tan apasionada amiga como politóloga, que me arrojó luz sobre la situación sociopolítica de España en 1992.

Gracias a Txemi Terroso y a Clara Valmorisco. Gracias a Luis López Carrasco y su magnífico *El año del descubrimiento,* sin el que ni Jaime ni Clara ni sus padres hubieran sido los mismos.

… lo de la Baticao…

La Baticao no llegó a nuestras vidas (a aquellas de los que tuvieran Baticao) hasta el verano de 1993. El recurso de este aparato tan básico, que tanto furor causaba, me parece tan pop y tan representativo de mi generación que he decidido saltarme a la torera este escollo. En mi novela la Baticao llega antes. Y punto.

y lo nuestro.

Gracias a Cristina Pérez, que siempre pregunta lo que tiene que preguntar: nunca de más. Gracias a Aurora Gómez, Ileana Lantigua, Beatriz Juan y Marta Tamayo, que, para ayudarme a construir a Clara, me contaron sin problemas cómo fue su primera regla, dónde estaban, qué hicieron y cómo se sintieron.

Gracias a Bea Renovales, que no dudó en lanzarse a ser la primera persona que leyera la versión definitiva para localizar errores. Y gracias una vez más a Mariaje Ramos, que leyó la primerísima primera

versión.

Gracias a mi agente, Pau Centellas, que, como dice Ignacio del Valle, tiene nombre de superhéroe. Hace falta serlo para infundirme calma. Gracias también a Silvia Bastos, sin ella no estarías leyendo estas páginas.

A Ana Sánchez y Marina Mena, que creen en mis personajes como si fueran de su familia y que leyeron estas páginas con cariño y atención. Y gracias, por supuesto, a Fernando Paz, porque va por la tercera vez que confía en un viejo prematuro que solo escribe sobre cosas que no vivió. Le prometo desde aquí que el presente se me sigue haciendo cuesta arriba a la hora de ficcionarlo.

Gracias a Barcelona, que me hace feliz como solo lo hacen algunas personas.

Y gracias a mis padres, que siempre han sido los únicos imprescindibles.

Edición digital: 2023

© Enrique Llamas, 2023
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria © AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-410-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Lo nuestro
Créditos

Contents

1. Cubierta
2. Lo nuestro
3. Créditos

Hitos

1. Cubierta
2. Créditos
3. Portada